ANA BOLENA.

ANNA HELENA

R.43576

ANA BOLENA.

NOVELA HISTÓRICA,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

ARREGLADA AL CASTELLANO

por

D. J. M. de V.

TOMO III.

Málaga 1849.

Establecimiento Tipográfico-Literario de don José García, calle de Granada, número 51.

I.

Tal era la situacion de los amores de la señorita Bolena, que ella propia no sabia esplicarse si las palabras que acababa de leer eran verdad ó eran un ensueño que la atormentaba. Enrique decia amarla, y sin em-

bargo huia de ella, y huia por creerla culpable: acusábala de ambiciosa, la mas vergonzosa de todas las acusaciones que podian lanzarse al rostro de una jóven llena de encantos y que merecia por su hermosura los mayores sacrificios, incluso el de una corona.

Un prolongado silencio se sucedió á la lectura de aquella carta, que despues de concluir mis Savage repitió la señorita Bolena, y solo los sollozos arrancados de lo mas intimo de su corazon, solo la agitacion de su dolor, interrumpia un silencio durante el cual, las dos amigas entregábanse á diversos pensamientos.

Ana, en volver á cualquier precio á reconquistar el afecto de Enrique: mis Savage en apartar del peligro que amenazaba á aquella compañera de infancia, que miraba como una hermana.

La señorita Bolena fue la primera que, dando treguas á su desesperacion, dirigió algunas razones á su consejera inseparable.

—Ah! yo no puedo sufrir que asi calcule de mí que solo la ambicion ha podido arrastrarme: debo procurar por todos los medios arrancar de su corazon esa duda que lo hace quizá mirarme como al ser mas despreciable del universo. Quiero, que comprenda que hay algo mas en mi alma que la codicia y el afan de una corona: sí, que hay mas, porque tambien le amo: yo tampoco lo habia creido hasta este momento, y es necesario que él tambien lo sepa.

—Mas despacio, Ana, mas despacio: replicaba con calma la solícita amiga: mas despacio que todo eso, porque obrando con tal imprudencia, nos esponemos á que vuelva mas ecsigente, mas atrevido: se creerá dueño de tu persona, desde el momento en que le digas esas palabras que tanto deben cautivar su espíritu.

—Mas no comprendes que el callar es la confirmacion de sus sospechas amadoras; que el silencio es una prueba

de la injuria que me lanza descaradamente?...

—Cierto: muy cierto; no sé que aconsejarte: no sé que decirte: apurada es nuestra situacion. Si la presente carta es nacida de un cálculo, es el lazo mas peligroso de cuantos te han rodeado hasta ahora. Cierto que habla de renunciar á los sacrificios cesigidos: pero la última idea que en ella se vierte, reproduce con esceso las condiciones, y las indica: bien se traslucc, no son las mas honrosas.

—¿Y qué debemos temer en ningun concepto? ¿No soy la misma ahora que ayer?... ¿Quién ha resistido tanto tiempo á todas sus acechanzas, quién ha logrado triunfar de su poder y sus persecuciones, ha de creer que pueda doblegarse imprudente á circunstancias de esta rara situacion? Y por último, el rey me ama: me ama como siempre; mas quizá, y nada malo puede resultarme, puesto que lo sabre conducir á su despecho por el camino que me aco-

mode: créeme, amiga mia: eso és lo menos: lograr que vuelva, sin desdoro, con honor y sagacidad, eso es lo mas: no pensemos en otra cosa.

—Pues bueno; vuelva si es preciso, pero no olvides nunca cuánto te importa no descender del puesto á que habias llegado: esa carta no me satisface y hasta no ver fija la conducta del Rey . .

—Nada temas: voy á escribir: atiende lo que voy á decirle y no desperdicies la menor ocasion de corregir lo que no esté en armonía con mi honor, mis principios y mi objeto.

Con efecto, la consejera mis Savage apoyó graciosamente su barba sobre la mano derecha y con la mayor atencion comenzó á leer las palabras que la señorita Bolena trazaba sobre el papel: hé aqui el contenido de la carta dirigida al rey.

«Amable príncipe: sensible me és ser con vos tan severa como voy á serlo aunque tan franca cual ninguna: muy

triste ha sido para mí la lectura de vuestra carta, por dos importantes razones: la primera porque creí que ya habia concluido todo y me resignaba á mi desgracia cuando habeis vuelto á desgarrar mis heridas: la segunda, porque descubro con pesar que no me hablais en el lenguage que lo habeis hecho tantas otras veces: os habeis tornado de franco en misterioso, y es un mal que os hace desmerecer sobremanera. Si no fuese tan conocida la discrecion de V. G. llegaria á pensar, porque sobran razones para ello, que obedeciais á otra voluntad y que recibis agenas inspiraciones para escribirme. No es el lenguage del corazon ese en que espresais vuestro amor, sino que es el que se emplea para ocultar, á manera de con una máscara pensamientos demasiado oscuros para salir tan claros de la pluma como el oro del Crisol.—Sobre argumentos muy poco fuertes haceis vuestras inculpaciones, porque ciertamente, mientras mas os esforceis en probar-

me que no he sufrido con vuestros sufrimientos. he sufrido y mucho mas de lo que pensais. Pero sobre todo, lo que no os perdono, lo que no os puedo perdonar, lo que no os perdonaré nunca es haberme creido guiada de la ambicion. No habeis reflecsionado, porque si lo hubiéseis hecho, hubiérais recordado nuestras primeras entrevistas. ¿Cuándo he procurado atraeros, decid? Yo huí de vos al castillo de Hever, de donde me sacásteis vos casi á la fuerza. ¿Por qué no me dejásteis en la tranquila soledad de sus muros y no seria tan desgraciada? ¿Por qué os acordásteis siquiera, de la pobre vasalla?...'

Tambien me decis que esa sola palabra pronunciada por mis labios os hará olvidarlo todo y correr á mi: pero al mismo tiempo me prohibis que la pronuncie. No entiendo ni puedo entender este enigma; algun misterio demasiado oscuro encierran estas palabras, que no debe de ser muy justo cuando

usais de tales razones y de esa reserva.—Mas consultando solo mi corazon y mi deber, os diré que no vacilo en llamaros: si, venid y bien venido seais: ya conoceréis que me desentiendo de todo y no quiero interpretar mal, circunstancias que pudieran asustarme: venid, os repito; pero venid seguro *que no hallareis en mi variacion alguna*: pues antes que sucumbir á aceptar condiciones, renunciaré á que *para siempre* llegueis hasta mi. El honor, único apreciable don que hace valer á una muger como yo. Será por mi antepuesto á todas mis demas pasiones. Y si me llevase el temor de verme perseguida de vos, hasta á desconfiar de mi misma, huiré á Hever y sus puertas se cerrarán para siempre detras de mi, como las de una tumba; porque no conseguireis ni con todo vuestro poder hacerme pasar sus umbrales para conducirme á donde pueda encontraros. Lo juro por lo mas santo que ecsiste: por Dios, que vè oye y acepta en este momento la solemnidad

de mi juramento. — *Ana.*"

¡Estúpido Wolsey! El cielo te confunda y aniquile con todas tus sutilezas y tu talento en materia de amor. Vete con dos mil diablos y no me vuelvas á hablar en tu vida por que no te escucharé aunque me persigas. Voy á Lóndres, y ruega á Dios por tí si ya ha dejado la córte la señorita Bolena.

—Estad tranquilo, que allí la encontrareis: no se llevan á cabo pensamientos de tanta magnitud tan ligeramente como se imaginan y se escriben. Los preparativos de un viage duran todo lo que se quiere y siempre es lo bastante para aguardar resultados. Yo tambien creia que debiais volver á Lóndres, pero, no fijaba para tan el momento la partida, porque aun cuando V. G. no lo conozca, eso os perjudica.

—No le importa.

—Dejadlo á mañana señor.

—Esta tarde, ahora mismo.

—No quereis recoger segun eso el fruto de nuestros trabajos!

—Lo que quiero es no oirte, necio: bien entenderás de formar alianzas con las estrangeras potencias; bien sabrás dirigir un estado; bien conocerás el modo de hechar una bendicion con donaire y magestad; pero de embajadas de amor, entiendes menos que mi caballo de batalla. ¿No has visto por tí misma que hemos sido derrotados? ¿Completamente derrotados? ¿Qué fruto quieres recojer infeliz cuando mis condiciones son tan enérgicamente rechazadas y cuando todo da á entender que se ha perdido todo?.. Pero pobre de tí si así se verifica.

—Tened paciencia, señor! Estamos en el quinto dia, y segun nuestro convenio, son ocho los que me habeis concedido: nos quedan tres: y como no puedo creer que intenteis faltar á vuestra palabra, reclamo su cumplimiento.

—Es que todo lo llevamos perdido, estoy por no concederte esos tres dias convencido como lo estoy que adelantaremos en ellos lo mismo que en los pasados.

—Es que estamos mas adelantado de lo que creeis.

—Mira la prueba.

—Ninguna muger se entrega tan á primer esfuerzo.

—Ninguna menos esta, para lo cual no basta nada.

—Agotemos los recursos.

—Cual es el que queda.

—Demorar por el pronto ese viage.

—Hasta cuándo?

—Hasta mañana, señor; nada mas que hasta mañana.

—Convenidos: partiremos temprano.

—Al amanecer.

—Bueno: al amanecer.

—Por ahora tranquilizaos y dormid tranquilamente.

—Pero no pensarás en detenerme amanecido el dia.

—Si acaso hasta la tarde, para evitar el sol.

—Wolsey; quieres jugar conmigo.

—Quiero que vuestra llegada á Lóndres haga algun ruido para que llegue á

oidos de vuestra amada.

—¿Y luego?

—Luego os estareis quieto en vuestro palacio, conmigo á vuestro lado para discurrir entre los dos lo que debemos hacer en el siguiente dia.

—Y es esa tu táctica?

—La mas segura, la mas cierta.

—Es que no me avengo á tantas dilaciones, embustes y disparates.

—Entonces obrad por vos mismo y no me preguntéis.

—No he dicho eso, Wolsey.

—Pues aguardad.

—Me dá grima permanecer en la inaccion.

—La necesidad lo obliga.

—Pues no olvides que tú me pagarás bien caro el engañarme sin fruto.

—Acepto sin temor ninguno.

—Tres dias te quedan.

—Ya lo sé.

El rey marchósé á dormir, si bien es cierto no pudo conseguirlo, interin el ministro confiado todavia descansó

tranquilamente diciendo muy satisfecho al acostarse: mio serà el poder: yo mandaré contigo Enrique, porque tú eres un niño nada mas: tú sucumbirás, Ana, porque me estorbas, y nadie que me haya estorbado hasta aqui en mi camino, he dejado de destruirlo."

. . . . . .

Amaneció el siguiente dia; uno de esos dias que hacen época en la vida del hombre, que se anhelan y se temen á la vez; que soñamos y temblamos, porque no nos es dado preveér el resultado de nuestros cálculos y nuestros sueños: semejante á un jugador que con el resto de su fortuna puesto á una sola carta se mira pasar en un solo segundo desde las comodidades á la miseria, ó desde la mediania á la opulencia, segun el capricho de la suerte, semejante decimos, á ese jugador, asi padecemos y sufrimos aguardando un dia que llega comunmente para nuestro desengaño, acortando el perentorio

plazo de nuestra miserable ecsistencia con nuestro prolijo afan. Enrique VIII de Inglaterra tambien aguardaba; y como las prerrogativas de una corona no llegan hasta proporcionar la conviccion de ser siempre feliz; como el cetro no vá unido al positivismo de alcanzar cuanto la mente imagina, si son empresas que penden de otra voluntad no menos fuerte y decidida, su corazon tambien se angustiaba, porque amaba cuanto amar podia un hombre como él, de altivo carácter, de violentas pasiones y de condicion altiva. Incomodábale la sugecion que sentia de parte de su ministro, y no habia determinado á romper el nudo que lo sujetaba, no por falta de deseo ni por suficiencia de ánimo; sino porque Wolsey le aseguraba hallarse muy prócsimo el momento del triunfo codiciado.

Reconocia en el privado una superioridad de talento que en mas de una ocasion lo habia sacado á salvo de cien apuros de mayor cuantía; y aun cuando

impropio de un hombre como el cardenal de York el ocuparse de tan menudas gavelas como una intriga de amor, ni el estar al cabo de los accidentes una pasion mas ó menos estensa, no dudaba que su conocimiento del mundo, su saber y penetracion sobre el humano corazon, avanzasen hasta á doblegar la voluntad y la virtud de la señorita Bolena: hé aqui en pocas razones esplicada la conformidad del rey con los preceptos de su ministro.

Amaneció el siguiente dia, y bien contra la voluntad del monarca, la partida se demoró hasta la tarde, haciéndose esta con mayor pompa que de ordinario se acostumbraba, por considerar Wolsey necesario verificarlo de tal modo, segun el proyecto que maquinaba en su cerebro. Pages, caballeros, guardias, arqueros, cazadores, todos lujosamente vestidos precedian al enamorado príncipe que en su creciente impaciencia parecíanle siglos los instantes; eterno el camino que conducia hasta á Lóndres.

Mientras que la régia comitiva seguia el sendero de las orillas del Támesis: el ministro universal de Inglaterra, cabalgando al lado de su señor, dirigiale, para hacerle creer y apreciar la intriga que habia forjado, las mas espresivas razones que probasen la eficacia de los medios.

—Piense V. G. un solo momento en la naturaleza de ese sexo tan hermoso como cruel, y que puede ser y és, á la vez que el encanto del hombre, la primer causa de su desesperacion, de su ruina y de su muerte. Os acusan que marchais por tenebrosos senderos; que ocultais bajo de vuestras palabras pensamientos poco dignos y que sé yo cuantas cosas mas que añade mis Bolena en sus cartas. ¿Pero podrá ningun hombre, por conocedor que sea, calificar con acierto á qué altura se halla con la muger que quiere? Nada hay nunca en ellas que sirva de señal positiva para creer en el triunfo. ¿Y no sabeis esto por qué? Porque hay ocasiones mu-

chás en que están concediendo el último favor, y aun están protestando que morirán antes que ceder ni entregarse: es decir que encuentra el hombre en sus lábios las quejas, las recriminaciones, la negativa, interin que guarda en su corazon el deseo, *el amor mas determinado*, y la ilusion de los *inefables placeres*.

—Cierto será todo eso: peroi las hay tambien virtuosas.

=Sí, no digo lo contrario: vertuosas, ecsaltadas: esto es segun el esoiritu de cada una.—Vehementes hasta en ola castidad.—Su beatitud, su recogimiuto, su austeridad tocan el confin de lo posible: pero esas, señor, esas si tienen uno de aquellos momentos que acometen á las mugeres, peca asimismo como las otras: si un soplo de simpatía introduce en su alma el aguijon de un capricho, este capricho acaba por empujarlas al abismo: vedlas entonces: al cabo de una vida ejemplar, el vicio se entroniza con doble fuerza porque no han

probado de él hasta entonces, y es el vicio su delirio, su Dios, su felicidad.

=Sin embargo, Wolsey; todo eso sucederá con la mayor parte de las mugeres; pero no creo que te atrevas ni remotamente á dar á entender que la señorita Bolena pueda pertenecer al número que tú cuentas: honrada y sencilla, es quizá la primera, la única, la sola, que merece entre todas, las deferencias que deben tributarse á la virtud, á la verdadera virtud.

Pues bien; eso mismo hace creer que ha de ser mas fácil vencerla: esa esquisita sensibilidad, esos mismos sentimientos que le suponeis han de ponerla en vuestros brazos. Habeis sido con ella demasiado bueno: la habeis dejado enteramente al cuidado de dirigir vuestros amores y le habeis evitado hasta el mas pequeño disgusto La fuerza, el orgullo, la pertinacia, la virtud de esa jóven, estan basadas sobre respeto, sobre nuestra tolerancia.

—Pero vamos á lo cierto, Wolsey:

¿para qué puede servir este retraso de horas, este viage, esas amenazas escritas de abandonarla, con todas las demás que se la han prodigado en las dos epistolas que tú dictastes y que yo he escrito?

—Al sembrar la duda en su imaginacion, á escitar los movimientos sobrenaturales: á ecsasperarla con las dificultades: á herirla en su orgullo: á lastimarla en su amor propio, Dios que veneran las mugeres y al que comunmente lo sacrifican todo; todo, hasta su reputacion, primero que verse abandonadas. Es un medio de triunfo como otra cualquiera y que conduce al logro de nuestros deseos.

—Pero este viage...

—Era preciso un momento de alegria de subita esperanza, y este está obtenido con saber que V. G. está en Lóndres: qué de cálculos no se formarán, contando por cierta vuestra nueva humillacion! No hay duda que entonces saltando de gozo diráse á sí mis-

ma: «He triunfado; su amor le ha hecho volver y nada he perdido, porque siempre seré para él la muger idolatrada: tornará á pedirme de rodillas que me digne amarle, porque no puede vivir sin ser amado.»—Pero vos no ireis á verla siquiera, y ella pasará horas crueles acomodada á su ventana aguardando al amante que la olvida. Y ese desengaño cruel que desgarrará su alma, cuanto mas se satisfaga de su error, cuanto mas conozca que el Rey no vuelve por ella, la hará llorar, desesperarse, maldecir de su suerte y apurar los recursos para veros á su lado. Entonces; entonces es cuando conteniendo vuestra emocion, os presentareis á ella y os será fácil aprovecharos del primer momento de debilidad. Todo esto sin descender del lugar á que os habeis colocado; sin humillacion: siempre acusandola; siempre reconviniéndola; siempre añadiendo que no os ama, que no os ha amado nunca: las quejas seguirán aun en medio de las caricias, y estas se

redoblarán, y crecerán, y llegará la postrera, y vos sereis su dueño.

—Dios te dé acierto y ojalá no te equivoques: pero lo dudo, porque tú no sabes hasta dónde raya el fanatismo con que defiende su honor.

Allegó aun mas su caballo al del rey el ministro de Inglaterra, y en voz muy baja continuó aquella conversacion, muy digna de un príncipe de la iglesia, no perdonando en ella el atrevido cardenal ni aun los mas minuciosos detalles de una seduccion.

Llegaron con efecto á Lóndres, y aquella misma noche Enrique VIII convidó á cenar á todas las damas de su corte, con escepcion de la señorita Bolena: no necesitaremos esplicar el efecto que esto produciria, lo mucho que de ello se ocuparon todos los cortesanos y los comentarios á que dió lugar aquella circunstancia: unos calculaban que el reinado de la favorita habia terminado para no volver: otros, que el príncipe, habiendo recibido despachos de Roma en

que se le incluian la bula de divorcio, solemnizaba por medio de aquella reunion los preparativos conyugales: otros en fin, llevaban tan adelante sus conjeturas, que llegaron á asegurar que el matrimonio se efectuaba aquella misma noche en la capilla de palacio, y por esta razon la novia no habia comparecido en la reunion. La confianza y orgullo que mostraba Wolsey, tambien servia de fundamento para tales cálculos, pues que á él solo atribuian haber conseguido de Clemente VII la tan apetecida bula.

Cálculos errados eran todos aquellos que ni remotamente se aprocsimaban á la verdad, y sin embargo habia quien soñaba con que se esclareciese lo cierto para saber á qué adherirse: es decir, á quién habian de aduiar.

Al siguiente dia, y siguiendo las instrucciones de su ministro, Enrique montó su mejor caballo y salió á pasear, tomando la direccion del palacio de la señorita Bolena. Pero apesar de es-

to, apesar que el rey hubiera devorado con los ojos las ventanas de la jóven amada, permaneció con la vista baja sin alzar su cabeza siquiera hácia el lugar en donde debia suponer y con razon se encontraba la señora de sus pensamientos: habia su objeto premeditado en obrar de aquella manera, y el rey obedecia las instrucciones de su mentor. Y no se engañaba Wolsey; la pobre niña, sufria, sufria cruelmente en aquellos momentos tan amargos, tan tristes, tan desconsoladores, porque el desengaño lastimaba su sensible alma. Momentos, repetimos, tan llenos de pesar como serán los del náufrago que próximo al buque que va á librarlo de la muerte, una nueva oleada mas fuerte que las anteriores, le aleja y le roba la esperanza; aquella esperanza llena de luz y de ventura, porque es la esperanza de la salvacion: la esperanza de volver á la vida.

El rey se alejó seguido de su escolta, y Ana Bolena lloró, porque el rey

la abandonaba. Su confesion alcanzó tambien á la inseparable amiga: era tan contrario en el carácter del monarca toda clase de fingimiento y mentira, que ni por un momento pudieron creer aquellas dos jóvenes hubiese estudio ni apariencia y nada mas en su proceder tan significativo: aquellos de planes hábilmente combinados, de intriga urdida, de consejos malvados, se ocultaba á la penetracion de la consejera y mucho mas á la enamorada doncella.

—Y bien, Wolsey: ¿tendrás ninguna queja de mi por mi modo de portarme? ya has visto, ya has visto si puede fingirse mejor ni con mas aplomo.

Tales razones mediaban entre el rey y el favorito de regreso á Wite-Hall, en cuyo palacio moraba S. G.

—Señor, os habeis conducido con una habilidad digna de elogio. Ahora es cuando debeis ir á verla: ahora, pero precediendo un aviso, por el cual la noticieis que dentro de una hora estareis á su lado si os concede su permiso:

es el medio mejor para que no note demasiada afectacion al escudarse con la política: fuera de esto, no esperareis á que pase la hora citada, sino que por el contrario os debeis hallar á su lado dentro de cinco minutos: la sorpresa que esto produzca no dejará de seros muy provechosa.

Un *gentil*-hombre pasó inmediatamente á anunciar la visita del monarca á la señorita Bolena, interin que Wolsey acababa de participar á su señor las últimas instrucciones.

—Pues señor; llegó el momento apetecido, esclamaba el rey lleno de gozo: me siento tan capaz para emprenderlo todo y con tanta fe, que dudo que otro hombre fuera mas arrojado: tengo asimismo fé en tus palabras, y aunque estoy demasiado conmovido llevaré mi obra á cabo con la mayor sangre fria: yo aparentaré serenidad: pero, voto á brios!... tú tiemblas ó què es lo que te pasa?

—Tiemblo, señor, de emocion por

vuestro prócsimo triunfo, tanto mas cuanto que he coadyuvado á que lo obtengais: la satisfaccion de contribuir á vuestra dicha me enriquece y me pone como veis.—¿Con qué no olvidareis cuanto os he encargado?...

—Descansa, Wolsey, descansa: esas cosas no se olvidan: todo estriba en que yo no me vuelva loco cuando la vea.

—Señor, señor, señor...

—Sí, loco; loco, no lo dudes: tú no sabes lo que pueden las miradas dulcísimas de aquellos dos ojos: son irresistibles y no hay fuerza que no sucumba bajo el imperio que saben ejercer.

—Evitadlas cuanto podais, señor, porque ellas os son tan perjudiciales, cuanto de ellas nacen tantos sinsabores como llevais sufridos.

—Haré lo posible, te lo juro, porque es llegada la hora de que empecemos á tocar las realidades de un amor tan esquivado y tan combatido. ¿Puedo partir ya?

—Sí, partid, y que el amor os acompañe y os guie.

—Dí mas bien que me acompañe el diablo, protector de semejantes empresas: ya le he pedido bastante á Dios y Dios no ha querido escuchar mis ruegos.

—No perdoneis nada si se os resiste.

—Nada; primero muerta, que no ser mia

—Eso es lo justo: os espero aquí, en palacio, hasta que volvais, sea cuando fuere.

—Con efecto, salió el rey, tan lleno de seguridad, que más parecia caminaba á una cita convenida, que á probar la fortuna de un lance desesperado. El ministro universal, luego que lo hubo visto á caballo, tornó al aposento real y levantando las manos al cielo esclamó:

—Y ahora, todos los demonios de la lujuria enciendan en su alma el fuego de un amor impuro para completar la obra:

arda en el ánimo del rey ese incentivo devorador que enardece la sangre, que enciende los pómulos, que destruye la razon y que solo deja en accion las facultades del cuerpo. Y tú, jóven virtuosa, que quieres destruir la gran obra que con tanto trabajo y al cabo de veinte años voy concluyendo; humillas tu cerviz; dobla tu orgullo y entrégate en manos del milano que ha de destrozarte: ese es mi triunfo; mi esperanza y mi porvenir. No puedes escaparte porque tengo en mi favor á un mónstruo de libertinage y de vicio, y tú eres una paloma torcaz, sin hiel y sin amargura. Venceré, sí; venceré á tu despecho; á despecho del mundo entero.

El ministro calló, y apoyando el codo de su diestro brazo, sobre el brazo de un sillon, y sobre su mano la mejilla, preparóse á aguardar el resultado de aquella infernal intriga urdida contra una inocente: cerráronse un momento sus ojos y su imaginacion poco á poco fuese trasladando desde el mundo real

hasta ese otro mundo divino, poético, sublime, y en el cual la virtud ocupa el primer asiento: apariciones celestes cruzaban por ante su vista, y mil mágicas voces repetian sin cesar..... Wolsey... Wolsey: la inocencia tiene tambien su poder, sobrenatural y grandioso: un ángel la cubre con sus blancas y trasparentes alas, y Dios la sonrie desde el Empíreo, tendiéndole una mano protectora. Wolsey, la inocencia desarmará el brazo de su perseguidor: Wolsey, la inocencia triunfará: Wolsey, quedarás vencido: desgraciado de tí, Wolsey: tú eres un miserable Wolsey!

Aquellas imágenes fueron seguidas de otras mas sangrientas: vió al rey echándole en cara los sufrimientos á que habia condenado por su culpa á la muger querida: presentándole la larga lista de sus escesos; de sus esacsiones al Estado, utilizadas en su provecho, para aumentar su peculio y la de las víctimas inmoladas por su consejo particular: En-

rique señalábale con el dedo el cadalso, á cuyo pié le sonreia la señorita Bolena gozando en su desesperacion..... Wolsey subia las gradas del patíbulo, y aun resonaba en rededor suyo el eco que repetia... desgraciado de tí, Wolsey... tú eres un miserable, Wolsey.

Esta última escena hizo tan cruel impresion en su ánimo que despertó sobresaltado y lleno de terror: abrió sus ojos, los tendió por la estancia, y cierto que todo habia sido un sueño, riése de sí mismo, y abandonando el sitial comenzó á pasear por el aposento, en cuya ocupacion invirtió una hora mas aun, que tardó en volver Enrique: oyó el galope del caballo, y luchando entre el temor y la esperanza, salió á recibirle.

—El infierno ha triunfado: no podia suceder de otro modo: una nueva era de goces, de distinciones, de poderio, se abre delante de mí desde este momento en adelante: esto pensaba el ministro al presentarse delante del rey.

Pero este pasó por delante de él sin mirarlo siquiera, pálido el rostro, los ojos encendidos y con los síntomas de la mayor desesperacion.

Luego que estuvieron dentro de la cámara del príncipe, este cerró las puertas y volviéndose al cardenal, contemplólo por un momento esclamando...

—Desgraciado de tí, Wolsey, tú eres un miserable, Wolsey.

El cardenal no contestó, y Enrique para desahogar su furor, hizo pedazos su capa, tiró los sillones y convirtió en añicos muchos de los preciosos adornos que adornaban la repisa de la chimenea; despues sentose, y permaneció algunos segundos ocultando su rostro con ambas manos: el silencio continuaba, y es seguro que el favorito no hubiera abierto los lábios; si su dueño no hubiera vuelto á entablar la conversacion.

—Perdona, Wolsey: perdona: no sé lo que digo ni lo que hago.

—Pero señor, qué ha sucedido á V. G.?

—¿Qué me ha sucedido? .. Todo lo mas malo: nada he conseguido.

—¿Y cómo...

—No, no es tuya la culpa: la culpa es mia: mia tan solo.

—¿Pues qué habeis hecho?

—Eso es lo peor, que no hé hecho nada.

—Pues no os entiendo.

—Oye: yo habia seguido tus instrucciones al pié de la letra; sin abandonarlas en lo mas mínimo, porque estaba convencido de que eran buenas: pero.... el furor me ahoga: aguarda, aguarda un poco, porque la rábia me quita el poder contar.... creo que voy á morirme...

—Señor, señor... por el cielo: ¿qué ha sucedido?

—Ya estaba abrumada, perseguida con mis quejas continuas; con mis continuas rèplicas: en vano se esforzaba para tranquilizarme: en vano me daba razones de conviccion y seguras, porque sordo á sus voces solo marchaba guiado de un

pensamiento y de tus preceptos: ni los hechizos de angelical semblante, ni la dulzura de sus ojos que hieren y matan, ni su sonrisa seráfica, habian adelantado nada, nada: estrechada sobre mi corazon, mi aliento junto á su aliento, mis manos tocando sus virginales manos, sin accion, sin movimiento, iba á ser mia; mia sin remedio, cuando.... no sé como lo esplique..... cuando aprovechando un momento en que le dí alguna mas libertad, se arroja á mis piés derramando dos torrentes de preciosas lágrimas: ¿qué habia de suceder? ella lloraba, y pediame que la matàra antes que perder su honor; que estimaba en mas que la ecsistencia: mi corazon no pudo resistir mas: vaciló y sucumbí, prócsimo á caer en ante sus plantas: sí, y si me hubiese pedido en aquel momento que dejàra mi pompa y mi grandeza para huir, pobre y desnudo á un lejano y apartado desierto para alcanzar entonces su amor, tambien se lo hubiera concedido: pero he salido de su

casa, y á los cuatro pasos he conocido mi estupidez, mi cobardía, y hasta he tenido tentaciones de precipitarme en el Támesis por loco y por insensato.

—Señor: imposible parece que haya sucedido lo que me referis. ¿Es posible, señor, es posible que las lágrimas de una muger os hayan hecho sucumbir? ¿Ignorais por ventura que es el arma que mas pronto emplean las mugeres para conseguir su triunfo? ¡Lágrimas de una muger!!! Risa dá el escucharlo: un rey, todo un rey de Inglaterra, tímido y sentimental como pastorcillo de esos que nos pintan los poetas. Las lágrimas de una muger es el canto de la Sirena que atrae al pasagero para adormecerlo y destrozarlo. Son una mentira ridícula, una comedia perpétua: una farsa sostenida con caractéres de verdad. Esto, esto son las lágrimas de una muger.

—Pues bien; la volveré á ver, Wolsey: la volveré á ver y ahora no será como antes, porque despreciaré sus

lágrimas y sus súplicas.

—¿Y acaso habeis podido adivinar por qué lloraba? Tal vez, evocando recuerdos pasados, lloraba por su amante: por aquel Percy tan idolatrado, que perdió para siempre.

—Sangre y destruccion: el infierno me confunda y nos confunda á todos: he de volver en el momento, y si no accede haré.....

—Hé ahí, señor, la causa porque me aborrece tanto: le he hecho un daño terrible: su venganza es el llanto y llora y os conmueve.

—Si llegára á convencerme...

—Pues convenceos, así como de que el mayor servicio que os he hecho en la vida, ha sido el de quitaros de enmedio á ese doncel de negros ojos.

—Pues si no cede.... si no cede, seria capaz de matarla.

—No tanto, señor, no tanto.

—Pues qué hago?

—Lo que habeis dicho, pero de otra manera, es decir, volver; pero no volver

hoy: aguardad á mañana; creedme: mañana á la noche, é id preparado para un violento y decisivo ataque: Tal vez no está perdido todo, y os quede un dia no mas para ser feliz.

Los deseos é instrucciones de Wolsey se cumplieron y el Rey aguardó hasta el siguiente dia.

II.

Pasó el dia, y dificil fuera esplicar la situacion de Enrique: ódio, aborrecimiento, ira, ambicion de placeres, abrigaba aquel alma fogosa é irascible: no hubo audiencia para ninguno de los altos personages que la so-

licitaron: no se despacharon los asuntos del Estado, y nadie adivinaba la razon: el ministro universal de York, era el único que lo alcanzaba, y en su interior tambien sufria, pero sufria por la incertidumbre: incertidumbre cruel, porque nacia del temor de perder su codiciada privanza.

Mucho mas larga fuè la ausencia del rey en la noche de aquel dia segundo y decisivo, segun Wolsey, para lograr Enrique sus impuros deseos: cuanto mas se prolongaba la tardanza del monarca, tanto mas ánimo concebia el favorito, tantas mas esperanzas realizadas le representaba su imaginacion. Esta vez, como la precedente aguardaba en el aposento real, y esta vez como la anterior al divisar á la luz de la luna los caballeros que acompañaban á su dueño, salió para recibirlo y felicitarle: no era muy temprano, pues habia sonado la una de la madrugada. La faz de Enrique ni agitada ni encendida, daba indicios de una tranquilidad

completa, y esto acreció en el ministro su confianza y orgullo: pero llegó á su aposento el rey sin haberse dignado siquiera volver la vista sobre el favorito y sin que la mas leve sonrisa le diese á entender lo que deseaba adivinar: no pudiendo resolverse á esperar por mas tiempo, preguntó...

—Y bien? ..

—Lo mismo: siempre lo mismo: pero no te ecsasperes ni me ecsasperes, pues mañana quedará todo terminado...

—Pero por qué esta noche...

—Era imposible; estaba enferma; muy enferma.

—¡Enferma!..... Mentira: mil veces mentira: otra comedia de muger.

—No era comedia, Wolsey: la he visto pálida, sin aliento, ecsánime, y todo eso á consecuencia de la entrevista de ayer: me dió compasion y he cedido por un dia: un dia no mas, porque mañana ciertamente no cederé apesar del mundo entero.

—Señor; V. G. es muy bueno y no podeis dar cabida á un pensamiento que sea contrario á lo que ven vuestros ojos: pero yo que no mido jamás las esterioridades del cuerpo, sino que alambico las del alma, os aseguro y respondo con mi vida, de que su mal era fingido; su padecer momentáneo y endiablado.

—¿Te has propuesto hacerme perder la paciencia? Mas lléveme Luzbel si ya no me martirizas con tanto contradecirme.

—Por vuestro bien, señor, por vuestro bien.

—Si la he visto tomar las medicinas preparadas por John Cork.

—Tambien el cordial será una mentira.

—Mal rayo sobre nosotros.

—Si, una mentira, porque no contendria sino brebaje con color y sin sustancia ni virtud.

—Pero Wolsey; es posible llevar tan adelante la infamia, la tenacidad en ha-

cerme sufrir?

—En las mugeres cabe todo.

—Pero Ana no es como las demás mugeres.

—Lo mismo que todas, señor.

—Wolsey, calla.

—Callaré si me lo mandais; pero si yo callo quién remediará lo que vos habeis descompuesto?

—Pues bueno, las pruebas de que todo era fingido: esas pruebas son las que necesito.

Que mas prueba quereis que los tantos otros que habeis sufrido tres años de desengaños crueles de inútil esperar y repetidas gestiones.

—Esas no son pruebas, sino sospechas.

—Condúceme, Dios, Señor, si ese lazo tan hábilmente dispuesto no es la mas fina de todas las supercherias empleadas hasta ahora: Si, porque la enfermedad es mas engañosa que el llanto. Debiérais haberlo despreciado todo, seguir el impulso de vuestro carácter y

de vuestro deseo, y arrancando la máscara á esa hipócrita embustera haberla hecho para siempre vuestra, con lo que hubieran desaparecido todas esas ficciones. Habeis perdido dos ocasiones seguidas.

—Wolsey, mientras mas prediques, no puedo resolverme á creer semejantes palabras: por mucho que la muger estudie, por mucho que discurra con esa imaginacion sagaz de que el cielo las ha dotado, no pueden llegar hasta tal punto de perversion, y mucho menos mi encantadora sirena.

—Vos lo habeis dicho: encantadora sirena: porque al lado de ella parece que hasta vuestros ojos se ciegan y vuestra imaginacion embotada no conoce, no comprende, no alcanza. ¿Creeis por vuestro corazon en el ageno y en el de la muger... ¡Señor... señor! El hombre en cualquiera circunstancia de la vida manifiesta en el esterior las pasiones y los padecimientos del alma; pero la muger compone su rostro á medida de su pen-

samiento, y se sirve de él como de un mueble cualquiera que tiene su objeto, su tendencia y su ocupacion.

—Wolsey!... Será posible que asi se juegue conmigo como con un niño inocente?

—Justamente, señor: eso mismo.

—Cielos!... Y como remediaremos eso mas?

—Con la violencia: es el último recreo, pero el que mas acorta el camino que hemos perdido.

—Pues bien; mañana la violencia sustituirá al amor, á la condescendencia, á la bondad y á la credulidad.

Enrique tendió una mano señalando el relóx que apuntaba las dos de la madrugada: despues continuó.

—Mira Wolsey: van á dar las dos: juro por la memoria de mis antepasados que mañana á estas horas, antes, mucho antes, Ana Bolena habrá dejado de ser independiente y será mi esclava: si, mi esclava, porque reducida á semejante condicion, se humillará tanto cuan-

to ahora se alza orgullecida.

--No empleeis semejantes juramentos para semejantes asuntos, porque el diablo puede haceros alguna mala pasada y de ella resultaria un ódio para mí por haberos aconsejado, ó impelido á que juraseis.

--No, no: yo quiero que medie un juramento formal para obligarme á mí mismo: lo juro por el alma de mi padre: ha de ser mia apesar de su virtud y de sus esfuerzos.

Una llama infernal brilló en los ojos del ministro; y una sonrisa diabólica asomó á sus lábios.

--Con franqueza: V. G. debe apresurar el término de un asuntillo tan enojoso, porque es ante todo vuestra salud y esta se resiente de semejantes disgustos y de tan afanoso esperar: luego, vuestra querida niña se vá pasando y.....

—No te entiendo.

—Quiero decir que vá envegeciendo.

—Tú estás loco, Wolsey.

—No señor: cuenta cerca de veinte y cuatro años.

—Es hermosa como la imágen de la Virgen sobre su trono de luz, es el conjunto de cuanto han podido crear de mas bello y mas encantado, las ardientes imaginaciones de los pintores y los poetas.

—Sí, los encantos peligrosos de Cira.

—Dios al formar su mas perfecta obra, la creó á ella para que fuese el tipo, el conjunto de todo lo encantador y mas sublime: lo precioso sobre la tierra: la imágen verdadera de la felicidad; es una maravilla, Wolsey.

—Sí, es una maravilla, pero cuenta veinte y cuatro años.

—Lo que quiere decir...

—Lo que quiere decir, señor, que de aquí á seis, cuando la media docena de lustros la hayan marchitado, ese aire puro y angélico que ahora la circuye, se habrá convertido en árido viento que

habrá deshojado la hermosa y delicada flor.

—Pero aun tiene veinte y cuatro nada mas.

—Por eso os repito que es ahora el verdadero tiempo para una union.... de voluntades...

—Una union ilegítima quieres decir: te entiendo perfectamente.

—Me habeis entendido.

—Pues mira; aun hay momentos en que pienso casarme con ella.

—Y vuestro juramento?

—¡Ah!... sí, sí: lo he jurado: será mia: mañana mismo

Poco despues se retiró el cardenal y Enrique buscó en vano el descanso que no halló, porque los recuerdos del dia venidero lo martirizaban sin tregua.

Igual suerte les cupo, tanto á la señorita Bolena como al ministro, si bien por distintas causas: la primera porque una gran determinacion adoptada de repente, haciála agitar en su imaginacion

glorias pasadas al lado de la soledad en el porvenir: el segundo porque cada día transcurrido sin conseguir su triunfo, hacíale temer mas aun de alcanzarlo; llevando su supersticion hasta á recordar con horror el sueño tenido dos noches antes en el aposento del rey.

No despuntaban ni remotamente los primeros albores del nuevo dia, no se acercaba, ni con muchas, la hora en que volvian de su sueño los habitantes de Lóndres, cuando Enrique, poniendo en conmocion á sus criados se habia hecho vestir lujosamente para marchar al palacio de la señorita Bolena. Cediendo el príncipe á la impaciencia que le devoraba; atravesó rápidamente la distancia que mediaba entre su palacio y el de la favorita, á donde llegó muy en breve soñando felicidades que sin embargo no habian de verificarse. Desde el momento que puso su pié en el primer escalon del pórtico, comenzó á notar ciertas circunstancias que lo alarmaron estraordinariamente.

Las grandes puertas del palacio se encontraban abiertas, y toda la servidumbre de él iba y venia precipitada y aturdidamente, en tanto estremo, que ninguno reparó en su llegada ni menos se apercibió de que, enmedio de su asombro, cruzaba las habitaciones hasta llegar á la que servia de dormitorio á la linda camarera.

Y asombro en efecto debió causar al príncipe; porque aquel gran palacio, unas horas antes tan adornado y suntuoso, se hallaba despojado y desnudo: todos sus adornos habian sido empaquetados y un número crecido de bagages y carros se encontraban cargados de todos ellos, asi como del equipage de la señorita Bolena y su servidumbre.

Al empujar Enrique la mampara que daba paso al dormitorio, en vez de encontrar sola á su amada, vióse en presencia de mis Savage y las siete ú ocho camaristas que hacian las veces de damas de honor de aquella pequeña reina. Ana Bolena tambien estaba allí;

pero desfallecida, enferma, falta casi de la vida; aquella hermosa luz casi estaba à punto de estinguirse para siempre. Levantó sus hermosos ojos al ruido que hizo el rey al entrar, y su mirada encontróse con la del monarca: un.... ¡ay!... de sorpresa y dolor escalaron sus lábios, y cayó desmayada sobre el respaldo del sitial en que se hallaba sentada.

—Salid todos. Gritó Enrique con voz de trueno.

Las doncellas salieron, pero mis Savage continuò impasible al lado de la enferma.

- Por San Jorge!... no habeis oido?...

Esa órden no habla conmigo, señor, y vos la revocareis, porque podeis conocer que si me separo de su lado, su vida corre el mayor peligro.

¿Pero qué significa este desórden?

Significa que la señorita Bolena parte para el castillo de Hever.

Por voluntad de quién?..

Por la suya, que és la que aquí acatamos todos ciegamente.

¿Con que quiere abandonarme?..... ¿partir?.... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Es esto un sueño?

Ella lo quiere, y lo debe, porque....

Por qué? acabad.

Porque.... V. G. me perdone: mas vos no la habeis amado cuando habeis querido y quereis arrancarla su honor: mirad los efectos: veíla postrada, sucumbiendo al vigor del desengaño y la dolencia, y todo por vuestra culpa, ¿la quereis tener tambien de su muerte, no respetándola todavia, y pretendiendo triunfar de su pudor? Dejadla á lo menos partir, para que la ausencia, ya que no logre curarla, al menos dulcifique sus padeceres.

Hablais de morir, señorita, y de que yo soy la causa!.... Ah! por piedad, no digais eso, porque me volveré loco; porque maldeciré de mi mismo, porque

maldeciré del mundo; del cielo!... Morir!... morir esa criatura esencia de mi vida, luz que dá luz á la luz de mi ecsistencia: dulcísima esperanza de mi porvenir mas dichoso!... Morir!.. Muera primero la Inglaterra entera: perezca hasta el último de mis vasallos; tórnese cenizas hasta el postrero de mis pueblos, pero que viva ella: que viva; sí, porque es preciso salvarla.

Enrique hablaba con todo su corazon; Enrique amaba con toda la fuerza de su carácter, y esta era la primera hora en que daba salida de su corazon á aquel torrente de emociones tan dulces como desconocidas para él: no ya era á sus ojos aquella hermosura pálida y desmayada la muger que habia ambicionado para satisfacer impuros deseos; era la jóven celestial, angelica, circuida de la aureola de pureza que la elevaban y engrandecia haciéndola digna del cetro del mundo entero.—El recuerdo de los consejos de Wolsey tambien apareció repentinamente en su me-

moria y juró vengarse del que tan impiamente le incitó à profanar el ídolo que debia idolatrar él prosternado de hinojos. Dos lágrimas asomaron à sus pupilas que rodaron hasta su pecho, llenas de fuego, ardientes como la llama abrasadora de un volcan: Enrique de Lancáster; el leon de Inglaterra lloraba y lloraba de amor. ¿Quién pudo jactarse de haber conmovido nunca aquel corazon duro como el bronce hasta el punto de verter llanto como una pobre muger?... Ana Bolena tan solo. Llevóse las manos á la frente y esclamó devorado por los remordientos de su culpa.

—Miserable!... miserable de mi!... Iba à perderla, á hundirla para siempre en el mísero polvo de ese piélago nutrido de fango que se llama mundo: à matarla, yo, que la amo tanto; eclipsando así la estrella luminar que ha de alumbrar mis reinos desde la elevacion de mi trono!... Y tu, infernal Wolsey, furía que vomitó el infierno formada en el centro de sus horrores, tu eras el

que me empujabas por aquella pendiente resbaladiza... tú que has soñado ser tan grande como yo, mas ano, y querias hacerme tu juguete como lo he sido de otros asuntos... tú pagarás con tu vida las penas que ella pasa: los sufrimientos que la obligan y marchitan el cáliz de tan aromática flor mecida por el soplo de los querubines y cultivada en el jardin de Dios. Perecerás Wolsey porque has querido atentar contra la vida de tu monarca, sujeta á la vida de un ángel.

Acompañaba Enrique estas ecsaltadas razones de movimientos los mas irascibles, interin pasaba y repasaba en todas direcciones la habitacion de la su querida. De repente paróse dirijiendose despues hasta los pies de Ana: allí dobló sus rodillas, tomó la mano de la enferma, aplicola á sus labios y empezó á llamarla con los nombres mas dulces, mas afectuosos, mas tiernos, mas propios en fin de un hombre que mira perdido el tesoro que guarda codiciosamente.

Por último, los esfuerzos de mis Savage

no fueron inútiles y poco á poco volvió de su desmayo la señorita Bolena, aunque tan débil y abatida que á cada instante se temia volviera á aquel estado primitivo, tan penoso para ella como amargo para los que la rodeaban.

Cuando pasó algun tanto el accidente de la señorita Bolena, que restableció algun tanto la desesperacion de Enrique, sentóse este à su lado y comenzó á dar las mas cumplidas satisfacciones sobre su pasada conducta.

=Perdonadme, Ana, perdonadme, (le dijo) porque soy un ingrato, un malvado, un loco Mas, creedme esta vez aunque deba ser la postrera: el mal que os he causado estoy pronto á repararlo á cualquiera precio, si es que aun os atreveis á amarme. Yo juro en nombre de Dios, que nadie será vuestro esposo sino el rey de Inglaterra, porque sois acreedora màs que ninguna á reinar sobre su corazon y su trono. ¡Oh! un ángel malo me ha perseguido incesantemente, que apoderado de mí y de mi con-

ciencia me hacia esclavo de sus pérfidos intentos. Wolsey, ese Wolsey nacido para mi mal, hiena cruel que yo abrigaba, y á quien prodigaba un cariño que ha remunerado haciéndome infeliz, porque os ha hecho á vos. El dia de la justicia y la venganza ha llegado para él, y muy en breve no nos deberemos nada: su hora última está tan prócsima, como prócsimo el momento en que nosotros dos debemos ser el uno para el otro: su infame cabeza rodará delante del pueblo que lo ha obedecido y acatado, para escarmiento de los que quieran medrar á espensas de la buena fé de su monarca.

En seguida Enrique contó punto por punto todo lo ocurrido, los planes del cardenal, sus intenciones, los consejos que le habia dictado y la seguridad con que contaba el triunfo, como ya obtenido. No pretendió en el relato de aquellos sucesos subsanar la parte que á él le habia correspondido: acusóse con franqueza impetrando el perdon con palabras

tan humildes, que hacíase necesario creerlo, y fue perdonado en efecto.—Larga, muy larga fue aquella entrevista, y en ella apuró el rey todos sus recursos para autentizar la sinceridad de sus instrucciones, y para borrar el recuerdo del agravio que habia hecho á su amada. Hasta la vida del cardenal fue ofrecida á la futura esposa, para lavar con su sangre la mancha de un proceder poco noble en un amante por muy mal aconsejado que sea: el verdadero amor, cuando es puro y esento de mezquinos intentos, no admite nunca sugestiones que empañen ni oscurezcan en lo mas leve la reputacion de la muger querida.—Mas generosa que Enrique, la señora Bolena, no obstante su ódio hácia el ministro, rogó y suplicó tanto, que hubo de concedérsele la vida de su enemigo, cuya pena quedó conmutada con la de ser desposeido de todos sus cargos, títulos y condecoraciones, saliendo desterrado á su obispado de York en donde debia ver el fin de aquella ecsistencia,

agitada por tantos años.

Muy entrada la noche volvió el príncipe a su palacio, feliz, contento y entusiasmado nuevamente con el recuerdo de la ventura que disfrutaria, cuando aquel ángel le perteneciera para siempre.—Digamos algo del ministro-cardenal.

Horas de angustia fueron las de aquel dia para él: cada vibracion de la campana que señalaba una hora mas pasada sin volver Enrique, llevábase una esperanza: cada momento invertido en esperar sin fruto, era un puñal para su corazon. Serian las once de la noche, cuando, dudoso aun de su desgracia, y al ver, que contra costumbre, el rey no le enviaba á llamar, salió en persona para el régio aposento á cuya puerta llegó para recibir el primer amargo desengaño.

—No podeis pasar, dijo el ugier que recibia y anunciaba.

—¿Quién está con S. G. á una hora tan avanzada de la noche?

— El duque de Norfolk.

—Norfolk .. replicó convulso y sin aliento, el cardenal:

—Norfolk... mi terrible, mi implacable enemigo: mi perdicion ha llegado sin remedio.—Y se retiró cabizbajo y pensativo.

Pero á medida que Wolsey se alejaba de la puerta de la cámara de Enrique repetia una vez y otra vez el nombre de su adversario.

¡Norfolk .. esa ave de mal agüero, anuncia la caida de mi poder y mi grandeza! La envidia que siempre me ha tenido, ahora que halla lugar para ensañarse contra mí, lejos de contentarse con arrebatarme ese lugar, objeto de sus ilusiones, llevará su ambicion hasta ver rodar por tierra mi cabeza encanecida... ¡Oh! viejo estúpido: tú no serás capaz de mantener á raya el coloso que vá á desmoronarse hundiéndote bajo su peso: ¡pobre Inglaterra!...—Y es una jóven, una débil muger la que me destruye la obra de veinte años de cons-

tancia y asiduidad?... Todos los obstáculos los he sabido remover y nadie ha sido tan grande que me haya detenido en mi marcha de triunfo; todos los hombres me han parecido pequeños; todos los poderes superiores los he ahogado entre mis brazos, y ahora debo humillarme, rebajarme, prosternarme, caer al leve impulso de la mano de una niña!

Precedido de sus criados atravesaba el ex favorito las galerías de su palacio entregado á profundas meditaciones, cuando al llegar delante de un espejo corpóreo, que lo reprodujo con su gran traje de cardenal y su semblante pálido y desconcertado, paróse de repente y esclamó en uno de aquellos arrebatos propios de las imaginaciones vivas y en el carácter de ciertos hombres.

Wolsey: tú has sido un insensato: Wolsey, tú has sido un necio, porque no has sabido conocer el terreno resbaladizo por donde has caminado de muchos dias á esta parte: tú has sido un

loco en no retirarte y no aguardar á que el golpe te haya herido de frente y de improviso. Ambicioso!... ¿Por qué has descendido de tu altura para mezclarte en pequeñeces, en intrigas vergonzosas, tan indignas de tu grandeza? Has entregado tu alma al demonio para conservar tu fausto y tu grandeza, y sin embargo la grandeza y el fausto te ha sido arrebatada sin redimir por eso la culpa que Dios ha de castigar cruelmente?...

Ah Wolsey! tu desgracia es bien merecida y es tardio el arrepentimiento: vuelve los ojos no mas que á la otra vida y piensa en tu salvacion: el que todo lo puede es mas justo que los hombres, y apesar de tus ingratitudes por ocuparte de un rey ingrato, acaso te perdone y olvide tus yerros: desgraciado monarca, que te han despojado del freno; no conoces que sin ese freno te perderàs y perderás á tu nacion porque eres una fiera que destrozas á cuantos te rodean...—Pero no mas humillacion:

alza tu cabeza y desafia al peligro que se te acerca á pasos agigantados: hagamos como César en presencia del arma que debia herirle: despues de veinte años de continuo anhelar, es tal hoy tu suerte que no la envidiaria ni el ser mas despreciable del mundo. Y si el cielo quiere darte por castigo el arrebatarte no mas tus riquezas, bendícelo, porque te preserva del infierno. Pero si la muerte viniese en pos, no te humilles tampoco: tiéndele tu mano, estréchala y acógela porque ella es el término de todos los padeceres, mas no te olvides de la eternidad, para que Dios tenga piedad de ti, Wolsey: tú te has dejado envilecer por la fortuna: ennoblécete por la desgracia.

. . . . . .

Tiempo es ya de que nos ocupemos, dejando por un momento la corte y sus intrigas, del enviado Francisco Brian, que como recordarán nuestros lectores, partió con toda velocidad al alcance del

enviado de Roma; del cardenal Capeggio, que mal parado y miedoso, á toda prisa volvia á dar cuenta á Clemente VII del ecsito obtenido en aquella jesuitica embajada. A largas marchas atravesaba las distancias para salir cuanto antes del territorio de Inglaterra, y aunque con alguna zozobra, ya se contaba seguro; cuando le alcanzó el atrevido Brian, del que fue tratado del modo que veremos.

Ya se habia tambien desembarazado el cardenal de los enfadosos testigos que componian la comision encargada de despedirlo, y solo con sus italianos podia entregarse libremente á hacer de su persona el uso que mas conveniente le parecia: por lo tanto, Capeggio se habia despojado de la gota, y nada sufria por largas que fueran las jornadas, aunque caminaba á caballo, y no ya en litera, medio útil para alargar las distancias y no el que debia emplearse por cierto cuando precisamente solo se pretendia lo muy contrario.

Pero lo que mas angustió á Capeggio, fue, al llegar á Douvres, hallarse con que no se le habia prevenido de antemano ningun navio en que poder hacer la travesia. Entonces se creyó morir, y al estender sus àridos ojos sobre el inmenso Occéano, cuyas amenazantes olas parecian desafiar al pasagero, hubiera querido devorar el espacio para pasar de un salto el inmenso mar. No habia que pensar mucho tiempo sobre la resolucion mas cuerda que debia poner en práctica: trasladarse á Italia en el primer buque mercante que saliera, aun apesar de las incomodidades que pudiera pasar á su bordo. Capeggio solo pretendia salir de Inglaterra prefiriendo mejor arrostrar la furia del elemento que esponerse al alcance de los emisarios de Enrique: ejecutóse el viage con el capitan de una fragata francesa y ya se ocupaban los criados del cardenal en trasbordar á los botes el equipage, cuando apareció Brian seguido de su escolta compuesta de veinte arqueros.

—Alto ahí con eso, señor eminentísimo: llego lo mas á propósito, porque segun veo tratábais de tomar las de Villadiego, antes y con antes: loado sea Dios: dejo para despues preguntaros por vuestros achaques y paso á ocuparme del objeto de mi venida.

¡Ola!... muchachos... apoderaos de esos cofres, de esas cajas, de esos bultos, é idlas poniendo en disposicion de que las podamos abrir. Señor cardenal, dadnos prontamente esas llaves ú hago pedazos las cerraduras.

—Pero qué significa esto?

—Significa que voy á registrar vuestro equipage.

—Estraño mucho ese lenguage y esas acciones, caballero: vuestro cerebro turbado con los acostumbrados escesos, ha dado al olvido á quien hablais y lo que hablais: estais equivocado, Sir Brian.

—No estoy equivocadó, señor cardenal.

—Pero qué pretendeis de mí?...

—Pretendo dejaros encuero, principe mio.

—Y quién os autoriza?

—Lo habeis acertado; me autorizan; pues si no me autorizaran tomaria contra vos tales medidas? Dios me libre: estoy demasiado bien con mi cabeza para hacer semejante locura.

—Es que eso es lo que jugais en esta partida, Sir Brian.

—Es que vos no me la podeis cortar, principe de la iglesia.

—Vamos; esto no puede ser, y no entregaré esas llaves por que aunque harto pesada, esto no puede pasar sino de una ridicula tramoya.

—Tramoya, señor cardenal que tiene por objeto que nos devolvais lo que os habeis traido.

—Ha perdido Wolsey el juicio?

—Ja .... ja..... ja .... Wolsey!... Pues estais adelantado: vaya, dadme las llaves buenamente, y mientras se practica el mas escrupoloso reconocimiento os contaré lo que ha sucedido.

—¿Lo que ha sucedido?

—Sí, pues ya veo que estais en ayunas de lo que ha pasado en vuestra ausencia. El muy respetable señor ministro universal, obispo de York, cardenal-consejero, miembro del parlamento etc. etc.. ha perdido todos sus honores, cargos y condecoraciones, y ha quedado reducido á cero. En otras manos andan ya aquellos fregados, y esas manos son las del rey mi señor y las mias, aunque indignas, muy servidor vuestro, Francisco Brian.

—Pero eso es posible!...

—Pues es muy cierto: yo he reemplazado á Mr. Wolsey en el mando de Inglaterra: no te queda mas que saber y no abrais tanto los ojos para espresar vuestra admiracion: de menos nos hizo Dios que nos formó de la nada.

—Este hombre está loco.

—Que estoy loco decis?... Loco, eh? .. Os habeis propuesto á fuerza de injurias... pero os perdono, porque yo no soy fraile y soy mejor que todos ellos

y he nacido noble y.... en fin, he concluido. Ved la órden firmada por S. G. y decid despues si estoy loco ó no lo estoy. No siempre ha de estar el verdadero mérito oscurecido: algun dia habia de llegar para hacerme justicia, y ese dia es el presente. Quizá me pesen alguna vez los cuidados del gobierno y mejor me hubiera sido permanecer en mi hermosa oscuridad, en vez de amarrarme junto á las gradas del trono.

=Podeis mofaros de todo lo que querais, caballero: pero ni con todos los papeles del mundo lograreis convencerme de que Enrique apruebe semejantes tropelías.

=Pues ved lo peor para vos; porque si no os convencen mis papeles, si no os plegais buenamente á la razon y me dais esas llaves, hago romper las tablas y salimos del paso cuanto antes.

=El cardenal pensó un momento sobre su situacion; despues continuó:

—Mostradme vuestros credenciales.

—Mirad: uno, dos, tres.... notas, apuntaciones; el sello real y la firma *Enrique Rex*: con que vengan las llaves.

—Pero esto es una medida abominable, innoble, odiosa, infame: soy embajador y se me atropella: gozo de inviolabilidad, y esta no se respeta: en qué tiempo vivimos, señor?..

—Lamentad, señor cardenal mas bien vuestra fea accion cometida de donde nacen al presente vuestros tropezones, y no los resultados emanados de ella.

—Qué accion, caballero, es la que yo he cometido?... ¿Qué puede decirse de mí?.. Responded pronto.

—Harto lo sabeis sin que yo os lo refiera: evitadme el disgusto de que os lo repita.

—Acabad: vuestro silencio me ofende.

—Vos me obligais á ello? Oidme entonces. Señor cardenal; es accion propia de un hombre como vos robar las

cartas amorosas habidas entre mi señor y mi muy cercana parienta la señorita Bolena? ¿Qué vais hacer con ellas? ¡Vais á aprender á edificar católicos espíritus con su interesante lectura?... Señor, señor..... eso es impropio á vuestra edad.

—El enojo me ahoga! sir Brian, he de hacer ..

—Dejémonos de amenazas y de protestas inútiles: quiero las cartas; y como prefiero tomarlas por mi mano, por ver de paso si llevais algo entre vuestro equipage que crea pertenecerme, no os molestaré diciendo que las busqueis: cumplo tambien así con las precisas y terminantes instrucciones de mi rey.

—Ciertamente que vuestro rey trata por buenos medios de ganar el afecto del soberano de la Iglesia.

—Esas no son cuentas para este momento, y como no estamos en el consistorio, es inútil pronunciar discursos que solo sirven para llamar al sueño. Amable señor, he usado con vos de toda la política que he podido: no obstante

mis apromiantes insinuaciones no habeis querido soltar las preciosas llaves de vuestro aquipage: permitireisme que yo las suprima para abrir estos cofres. Arqueros, manos á la obra.

—Esperad, sir Brian; aqui están las llaves ya, pero tened entendido que solamente las pongo en vuestras manos impelido de la fuerza: que protesto contra semejantes violencias; que recuso proceder tan villano; que elevaré mi queja reclamando el infringido derecho de inviolabilidad como de tal embajador, y que mi clamor se levantará tan alto, tan alto que llegará hasta el trono de San Pedro.

—Llegue pues, hasta donde querais, aunque yo fio que si sois vos el que habeis de dar las voces, no incomodaran demasiado: sois muy viejo, y no tubiérais mucha fortuna en el mundo si hubiérais de haberla adquirido con la garganta y los pulmones.

—¡Sacrilego! ¿Olvidais que tenemos en nuestra mano los rayos vengadores que

fulmina la celeste espada?

—Con que teneis los rayos!... Vaya, pues descargadlos como mejor os pareciere.—Magníficos vestidos!—Rayos!—No és mala lluvia y tendria curiosidad de verlos.—Las cartas no están aquí; busquemos en otro lugar.—Vamos señor Cardenal Caregio: ¿por qué no despedis ahora uno de vuestros rayos?—Oia, ola; plata *tenemos*! .. Quitaremos este estorbo de enmedio, porque con semejante peso pudiera naufragar el buque que os condugera.—Pero, donde hemos dejado los rayos!. . Será primoroso el entretenimiento de despedir rayos —¿Qué es esto?... ¡oro en barras! Bueno, muy bueno: venga á juntarse con la plata, porque es gente muy allegada y no es cristiano ni caritativo quien separa sin remordimientos ni piedad los miembros de una misma familia.—No puedo olvidarme de los rayos: envidio no pertenecer á la iglesia por poseer tambien un almacen de rayos de esos que hay en Roma y que queman á los seglares.—To-

davia no veo las cartas del rey.—Vaciemos este último cajon.—Vaya por amor de Dios!.... Y qué provision de coronas, chelines, ducados.... No sabeis que estas monedas inglesas no corren en la corte de los rayos?... O las llevais por aumentar algun cuadro de antigüedades comenzadas á recopilar en tiempo de Cayo Graco!... Basten pues, la mitad de estas, porque no harian bien, tantos bustos de Enrique VIII al lado de todos aquellos antiguos respetables varones. La otra mitad serán repartidas entre estos pobres muchachos, para ayudarles á olvidar la pena de la escomunion romana: ea; cincuenta coronas para cada uno.—Veamos el postrero de los cofres.—Voto al demonio, mi patron!... Las cartas del rey no parecen y lo siento por vos, senor Cardenal, que os las habreis comido y me voy á ver obligado á abriros de arriba abajo para sacároslas á la fuerza. No me habeis entendido?... Necesito las cartas; las cartas que habeis robado del palacio de mis

Bolena.

=Suplícoos, caballero que modereis vuestro lenguage: no os basta el inicuo despojo que me habeis hecho, sino que aun pretendeis infamarme con el delito mas feo, con el atentado mas vergonzoso?..... ¿Con el epíteto de ladron?...

Inútiles de todo punto fueron las amenazas y protestas del cardenal; inútiles cuantas palabras salieron de sus labios para convencer á Brian: este decidido á completar la obra que habia comenzado, hízole entender que mediante á que las cartas del rey no parecian, y él se negaba á decir su paradero, quedaria arrestado en poder de los arqueros ingleses, interin que marchaba á la corte para dar cuenta al rey del resultado de su cometido.

Apoderóse Brian de todos los tesoros del cardenal y con ellos partió para Lóndres, presentándose á Enrique al que se esforzó por hacer ensoberbecer contra el desventurado Capeggio.

—Está visto: esos cuervos de mal agüero, esa gente de sotana quieren hacer de mí un juguete despreciable para entretener sus ocios y satisfacer sus ambiciones: pero juro á Dios que no lo harán en vano.

—Vuestra Gracia, señor, no deja de ser muy culpable, ó á lo menos, tiene una buena parte de culpa.

—Calla, imbécil.

—Pues permitidme que crea...

—Calla con cien mil demonios. ¿No lo has oido? ó vienes á apurar el resto de mi poca paciencia con estériles consejos.

—Me callaria si viese que no era útil. ..

—Pues mire no utilice yo sobre tu cabeza este tarro. Pero se cansaban asi Brian como Enrique, porque no podian atinar como habian desaparecido las cartas: nosotros se lo haremos saber al lector para que no tenga las mismas dudas.

El Cardenal Capeggio habia sido ca-

sado, y de su matrimonio tenia un hijo llamado Rodolfo, el cual lo habia acompañado á Inglaterra en calidad de secretario de embajada: á este jóven fué á quien Wolsey dirigió las cartas de la amada de Enrique y por conducto del mismo hallábanse ya en poder del pontífice aun antes de que el rey tuviese noticias siquiera de aquella sustraccion: estas cartas se conservan aun en el archivo del Vaticano.

Muy furioso estaba Enrique, pero sin embargo, no le oscurecia su furor que el romper abiertamente con Roma seria perjudicial por el pronto para el estado de sus negocios. Así, pues, aplazó su venganza para mas tarde, y dejó partir á Capeggio, devolviéndole la mitad de las riquezas que portaba, y que le habian sido sustraidas por Brian: otros planes que de repente venian á su imaginacion, hacianle decidir en pró de nuevas determinaciones, y sacrificando por el

pronto sus ódios, encerró dentro de su corazon el encono contra Clemente VII, y trató de ganar de nuevo su confianza.

III.

La ventura de Wolsey había descendido á su ocaso: el sol de su fortuna se eclipsaba y el astro que había lucido tanto tiempo en Inglaterra, iba á ser eclipsado para siempre,

como veremos en breve.

Pocos dias despues de aquel en que Enrique habia desistido de sus acechanzas en contra de Ana, una mañana muy temprano, y cuando apenas Wolsey acababa de levantarse, presentáronse en su casa dos comisionados del rey, de los cuales el uno lo era el duque de Norfolk. Llegados á su despacho los recibió el ministro sentado y con la misma altivez que en sus felices tiempos. Una sonrisa imperceptible escapada al duque y notada por Wolsey hizo á este romper el silencio que habia guardado hasta entonces.

—Milores, dijo: creo adivinar la causa de vuestras visitas: hombres como Wolsey saben adivinar el porvenir y leen la desgracia cuando aun está lejana: pero los hombres como Wolsey no doblan por eso la cabeza, sino que desafian la adversidad, con calma, orgullo y resignacion.

Los emisarios del rey quedaron desconcertados, mudos y sin saber que hacer á presencia de semejante serenidad.

El enemigo irreconciliable de Wolsey, el que por tanto tiempo habia soñado con la destruccion del cardenal, el duque de Norfolk en fin, calló, porque Norfolk no era sino un cortesano intrigante, sin talento ni energía: Wolsey continuó poco despues.

—Vamos, señores, vamos: cumplid con vuestro deber y no tembleis: sois no más que pobres instrumentos de quien no quiero nombrar ahora.

El enojo y la vergüenza hicieron saltar el dique al sufrimiento del duque.

Con efecto, los encargados del rey procedieron á recojer los sellos, y entregaron á Wolsey la órden del monarca, en que se le mandaba salir desterrado para su arzobispado de York en el término de dos dias.

Los comisionados marcharon y el cardenal llamó á su secretario Cromwel, al que comunicó varias órdenes precisas respecto de sus asuntos: por él supo Wolsey debia la vida á Ana Bolena y á su mediacion con el rey: el buen car-

denal agradecido á esta muger, quiso mostrarle su agradecimiento, enviándole las gracias por medio de su secretario, al mismo tiempo que una multitud de consejos útiles y sábios, respecto del modo de sugetar y conducir las pasiones de Enrique VIII.

Aquí llegaba Wolsey en sus últimas disposiciones, cuando llegaron varios oficiales de justicia que todo venian á intervenirlo y sellarlo, y los cuales, practicada su comision, hicieron al cardenal mas pobre que el mendigo miserable que carece hasta del preciso alimento. Baste decir para probarlo, que el cardenal de York, debió á la generosidad de algunos señores de la corte el poderse trasladar al lugar de su destierro en carruage, pues que ni una tanta le fué dejada para poder hacer uso de ella.

La ausencia de Catalina de Aragon, y la noticia corrida muy en breve de boca en boca de deberse á Ana Bolena la caida del hombre odiado por la Inglaterra, vinieron á mejorar su causa,

ganándola infinitos prosélitos.

El pueblo se alegraba interin que Wolsey, salia disfrazado de la capital: pero Enrique VIII advertia en silencio la falta notable de su ministro, porque con efecto, ninguno de los hombres que lo rodeaban podian como Wolsey acudir á todas sus necesidades, ni servirle de descanso en el poder. Pero esta idea era muy pronto calmada por el alborozo de haber recobrado á su amada, bien que recompensaba en el corazon del rey, todos los males que la ausencia de Wolsey pudiera proporcionarle.

Pero estaba decretado que la suerte del ex-ministro fuese la mas amarga: aparando Enrique los instintos de venganza que germinaban en su alma, uno de los dias en que acabándose de separar de Ana, echaba de ver los medios de que se habia valido Wolsey para alejarlo de la muger querida, determinó pagase con la vida las desgracias que habia querido traer sobre su corona, como el la llamaba á esta resolu-

cion, atizaba el encono del duque de Norfolk, elevado al supremo poder despues de la caida de Wolsey, el que aconsejó á su dueño que entre los papeles del ministro se podria hallar alguno que pudiera servir de base para una acusacion: no se tardó en encontrarle, y Wolsey fué llamado nuevamente á Lóndres, para responder ante el parlamento.

Cromwel, su secretario, hombre que empezó á figurar en esta época, tomó á su cargo la defensa de su antiguo dueño, y con tal decision y sábias luces, que consiguió conjurar la tempestad: pero el golpe era demasiado fuerte para que Wolsey pudiese resistirlo: acometido de una grave enfermedad, cuando caminaba para Lóndres, cayó enfermo, viéndose obligado á detenerse en el monasterio de Leycester, donde murió pidiendo al cielo por la felicidad de Inglaterra: la historia, despues de su muerte le ha hecho justicia, porque si Wolsey tenia algunos defectos, tenia tambien vir-

males, y á ellas debió su patria algunos años de paz y tranquilidad: durante su mando, la Inglaterra permaneció tranquila: su caida la ocasionó convulsiones horribles y ver correr la sangre de muchos de sus hijos: el monarca perdió el freno, el parlamento se prostituyó vergonzosamente á los caprichos de un tirano, y el pueblo padeció males sin número.

Muerto Wolsey comenzaron á allanar los inconvenientes para el divorcio de Enrique, y muy pronto veremos como, sin grandes obstáculos, la heroina Ana Bolena halló un camino que la condujo hasta el trono, el mismo que mas tarde la arrastro hasta las gradas del cadalso.

Aun cuando de bastante buen grado Enrique VIII hubiera mandado dar la muerte á Wolsey, supo con disgusto que Dios lo habia llamado á si, ahorrandole de este modo tal trabajo. Manifestó por el suceso un pesar grande, y trató á Norfolk con tanta aspereza como

si el lord hubiera sido responsable de semejante acontecimiento. Este inesperado golpe del azar se decidió definitivamente del favor y privanza de Cromwel.

—Cromwel, atiende con cuidado, decia el rey: tù eres un ser nacido de la nada; pero tu audacia y tu vigor para arrostrar mi enojo me han hecho gracia. Wolsey cayó de mi privanza por haber contrariado mis planes y pareceres. Yo no obstante, te tomaré por mi consejero, si quieres servirme con celo y esclusivamente. ¿Serás capaz de marchar recto? ¿Serás capaz de conducir mi bajel hasta un puerto seguro de salvacion en un plazo fijo, corto, determinado?

—Me empeñaré, señor, por conseguirlo, à pesar de mis débiles fuerzas: me empeñaré sin titubear; pero con una sola condicion: es muy grande quizá para vos, pero concededla en gracia del objeto. ¿V. M. me dejará enteramente el cuidado de sus negocios durante el

plazo que fijaremos, sin que siquiera procure saber el mas pequeño de mis planes?

—¡Cómo, bribon solapado! ... Quieres hacer de mí un rey de estuco, vagamundo?... Y vamos, di, ¿cuánto tiempo crees bastante para romper mi enlace con Catalina y hacer mi felicidad, coronando á Ana Bolena?

—Señor, solamente tres meses, si V. M. continúa en su parecer y permanece resuelto al divorcio.

—¡Oh! A toda costa lo quiero, lo ansio, lo anhelo. Tú no sabes cuanto me hace sufrir esta fiebre de amor que me mata...

—Sea entonces consumado el sacrificio tres meses y un poder absoluto.

—Pues bien, tuyas son ambas cosas.

—Pues sea yo escarnecido y arrojado vergonzosamente si no alcanzo á satisfacerlos.

—Serás escarnecido y arrojado si tal sucede: estás puesto en la razon; pero

no dejarás de decirme algo de tus proyectos.

—Todavia no, señor: ni una palabra por hoy. V. M. quizá comprometeria el éxito con su mismo afan en adoptarlos. Fiad en mí ó renunciaré desde luego á todo. Estoy seguro: la dilacion no será por cierto muy larga. En tres meses Ana Bolena será vuestra muger, asi como es verdad que sois el hijo del gran Richmon.

—Pero al menos ¿no me indicarás por donde vamos á comenzar?

—Todo lo que os puedo decir ó aconsejar, señor, es que desde hoy se hagan á vuestra encantadora sirena todos los honores debidos á las testas coronadas; que la jóven dama tenga una guardia, criadas y tren régio; que la aristocrácia de nuestra corte se incline y bese su pié; que sea creada por de pronto marquesa (1); que el rey, por fin,

---

(1) *Este título era entonces muy es-*

no piense ya sino en sus placeres, en las fiestas de su augusto enlace, harto próximo, y en la felicidad que le aguarda..... todo lo demás será de mi cargo: para vos el contento, la alegría, las locuras de un amor correspondido: para mí, para vuestro humilde siervo, la fatiga, el trabajo, la responsabilidad de todo.

—Gracias, gracias, mi real partidario, contestó Enrique con una risa semiburlona. Eres un diplomático en ciernes poseído de seguridad. Pero si llegas á burlarte de mi credulidad....

—Señor... mi cabeza os responde: pero tened presente que Wolsey no era capaz de hacer de un loco, su amigo y su brazo derecho.

—Razon tienes, vive Dios! Has ganado mi confianza; pero no andemos malgastando el tiempo en planes, cálculos ni medios paliativos. Necesito medidas

---

caso, y por consiguiente uno de los mas elevados despues de princesa.

enérgicas en todo este asunto. Tú serás sostenido, te lo juro, por el poder que ha depositado Dios en esta mano.

—Siendo asi, desafio á la Europa entera, si se atreve á detener nuestra carrera

—Asi, asi, mi valiente Cromwel: eso me gusta: tú serás remunerado aun con mas de aquello que tu ambicion pueda desear. Pideme una gracia.... ¿qué apeteces?

—Ninguna cosa: el dia en que se vean cumplidos vuestros votos, si estais contento y satisfecho de mis servicios y si estais de buen humor, entonces.....

—Asi será: de hoy en tres meses. Sobre todo, energia.

—Y vos, señor, dejaos ya de cuidados. basta ya de negocios.

La corte al siguiente dia partió para Windsor. Una carta dirigida á mis Savage por Ana Bolena, autentiza que la amable y jóven confidenta no estaba á la sazon con su amiga. Por esta

misma carta podrá conocerse lo que pensaba nuestra heroina, á quien la precision de detallar infinitos acontecimientos de cuantía nos ha obligado á olvidar mas de lo que hubiéramos querido. Es la última epistola en que se encuentran todavia los rasgos de alegria tan comunes en aquella muger célebre.

«Vuelve de nuevo á mi lado, mi estimada Nancy; pide la mejor de tus mulas; toma botas amarillas y una capa para guarecerte de la lluvia, como un correo de gabinete; ponte el sombrero hasta las orejas con aire determinado; arma tu mano de un ligero latigo, sin el cual requisito quiza llegaras demasiado tarde; mucho terreno he avanzado en muy pocas horas; pero te guardo tu sitio en la grupa de mi caballadura. He declarado espontaneamente que queria seguir siendo solo Ana Bulena, hasta tu deseado regreso, á despecho de las súplicas de mi rey y los desaforados gritos de la corte, anhelante de ver sobre mi frente la corona

de marquesa, porque Enrique me concede el hermoso marquesado de Pembroske, y además mil libras esterlinas de renta para sostener mi dignidad, como lo previene el acta de donacion. Creo que como absoluta dueña de él, me dejarán hacer el uso que mas me plazca de este dinero, aunque sea ageno del sosten de dicha dignidad. Como nunca alcanzaria el medio mejor de manejar y emplear tantos intereses, daré por supuesto la mitad á los pobres y á los artistas. Todo está pronto. Mi manto de armiño bordado, solo espera la marquesa para brillar en el gran dia, junto con mi corona: ambas cosas descansan blandamente sobre un cojin habiendo sido muchas veces ya probadas delante de mi espejo. He decidido que tú lleves la cola de mi bata. El rey se ha reido mucho de este capricho, y asegura que no me creia tan niña; pero le he hecho el mismo cumplimiento cuando al darme las instrucciones necesarias, ha querido volver á comenzar la prue-

ba de las investiduras, por dar dos veces el beso de ceremonia, aunque yo he desempeñado mi papel á satisfaccion de la asamblea representada por mi hermano. El obispo de Winchester pronunciará un discurso en latin, en que se halla una palabra, la cual no recuerdo ya, y que será la señal por la que he de conocer el momento de presentar mis mejillas al soberano. Llega, pues, querida mia, cuanto antes, porque la ceremonia seria incompleta si tu faltases á mi lado.

«Enrique repite por todas partes que dentro de tres meses seré reina, y anuncia esta noticia á los embajadores; no veo sin embargo, en qué funda esta certeza. Preciso será creer que tiene el don de adivinar, ó que ha recibido esta revelacion del cielo por medio de algun sueño. Sabrás que ya se afanan para arreglarme una soberbia casa, y en ella encontraré seis criadas de honor. De algun tiempo á esta parte tengo las mismas obligaciones que una madre de mu-

chos hijos. Mi hermano se casa con la hija de lord Morley. Solicita en favor de los padres de la novia, hago firmar al rey el contrato, y al mismo tiempo, como es razon, me encargo de los gastos de la boda. Enrique muestra una generosidad en todo lo que es satisfacer mis caprichos, digna por cierto de un califa. Sus regalos á mi hermano de una magnificencia régia. Mis Morley es una personita singular: cimbreña como una caña, pálida como el lino; parece que no tiene mas que el aliento, y sin embargo sus ojos de un vivísimo fuego y de mirar penetrante, su desemboltura y el metal de su voz, dan á conocer una organizacion llena de fuerzas y vigor. Algunas veces la he hallado en casa de lady Eduarda Bolena. Su familia ha sufrido mucho en el último reinado: las persecuciones y la proscripcion han abatido mucho su casa y la relacion de sus desgracias me interesó mucho cuando las oí referir por boca de mis Morley. Refiere los hechos,

con un atractivo, con una gracia que entusiasman, que encantan. Le prometí llevarla á la corte, y fuí tan feliz que logré mover á compasion el corazon de Enrique en favor suyo. Mi generoso Jorge, ha llevado tan adelante el interés que le inspiró desde el principio, que ha concluido por enamorarse perdidamente de ella. Este matrimonio restituirá á Morley su primitiva consideracion.

«Desde que este negocio quedó arreglado, cada dia se renuevan murmuraciones por do quiera en contra de mi futura cuñada; pero tan cobardes proposiciones son por mí despreciadas porque la esperiencia me ha enseñado á conocer el verdadero foco de donde parten: sin embargo, he visto con admiracion al honrado Wiat en el número de los detractores de mis Morley, y de los enemigos de su padre.»

—¡Quiera el cielo, me ha repetido varias veces, que algun dia no lleguéis á conocerla! Apostaria á que es tan al-

tanera con sus inferiores, como humilde y flecsible con aquellos que pueden servirla y favorecerla. Deseo que jamas la suerte se os tuerza; que no esperimenteis ningun revés de completar vuestra ruina y vuestra desgracia. Con un alma como la que posee, es una bageza el haceros las caricias de una amiga: dia vendrá por cierto en que conozcais su ingratitud; en que caiga la máscara que la cubre, y en que se os presente con su verdadera faz: la mas refinada hipocresia encubre todas sus acciones, porque es un cocodrilo que atrae con el llanto para devorar á su placer al compasivo viagero.

—Como el temor de la ingratitud no debe retraer la mano pronta á dar, ni yo ecsijo un gran reconocimiento por mis servicios, he impuesto silencio al mismo Wiat.»

—¡Y bien, decia yo á mis Morley, estrechándola contra mi pecho: no os tendreis por feliz en ser vizcondesa de Rochford, y no dareis gracias á la mar-

quesa de Pembroske?

—Oh milady .. Sois mas feliz que yo, porque podeis hacer por vuestros amigos, todo el bien de que es capaz ese hermoso corazon.

«Wiat asegura que tales palabras son la espresion de un carácter falso y orgulloso, porque los beneficios la humillan, y yo procuro combatir estas prevenciones. Mi hermano está, como te he dicho, muy enamorado, y como á su matrimonio debe seguir inmediatamente la donacion del marquesado, maldice la tardanza causada por Ana Savage y mis deseos caprichosos. Si veo esta union con algun pesar, no es por los mismos motivos que Wiat.

«Hasta aquí he sido yo para mi Jorge lo primero de cuanto en el mundo ecsistia: el alma mas delicada solo es susceptible de cierta dosis de cariño y el que vá á tener a su muger crecerá en menoscabo del mio. Cuando yo me manifiesto recelosa por estas causas me contesta sin cesar:

—Briboncilla, por ventura nos va á compartir tambien tu amor entre tu hermano y tu real esposo?

«Y como yo en seguida le afirmo que el hermano no perderá la mas leve parte, me dice riendo:

—Yo sé que el corazon de la muger es un ancho receptáculo donde todos los sentimientos caben á un tiempo.

«Lo cierto es que mi cariño hácia el rey se aumenta de dia en dia, y aun llego á conocer que mi corazon se ensancha á proporcion que mi cariño se aumenta. La pasion de Enrique es tan vehemente y á la par tan delicada que es necesario ser aun mas dura que un diamante para permanecer insensible. Cuando calculo en las repetidas pruebas que me dá de su pasion, en los medios con que la hace ostensible á los ojos de toda Europa, conmoviéndola con esta nueva, en la diadema pronta á descansar sobre mi humilde frente, me siento corrida por no tener otra cosa que ofrecerle en pago mas que un co-

razon amante, tierno, enamorado y decidido. Seria yo en verdad, mi querida amiga, una criatura mala, si me complaciese en engañar á amigo tan generoso y sincero. Jamás tema que baste nada del mundo á hacerme olvidar mis sagrados al par que dulces deberes; no ecsiste mas que un hombre que todavia pudiera tener sobre mi corazon algun poder, pero si llegase á verlo, si llegase á hallarle, si llegase á presentarse alguna vez ante mi, en mi corte, no alcanzaria turbar á la reina ni con sus palabras: yo sabria enmudecer mi rostro y no leeria nunca en él ninguna señal de conmocion secreta, porque mi corazon será firme y tendrá un escudo en que guarecerse (1).

Mr Dubellay, embajador ha vuelto ya de Francia, y ha traido los dictámenes de las universidades de aquella

---

(1) *Hacia referencia en estas palabras, á su amante Percy.*

nacion sobre la cuestion del divorcio. La universidad de Paris ha estado revuelta durante una semana. Los diputados ingleses que se paseaban alrededor de la Sorbona, oyeron rumores espantosos. El libro en que se recogian los votos ha sido desgarrado. Apesar del encarnizamiento de esa Sorbona, á la cual tengo rencor, la decision es á favor del divorcio, gracias á la influencia de Dubellay y á las cartas reservadas de Francisco I. El presidente Lemercier salió furioso de la sesion y se negó á dar copia del decreto. Cuando nuestros diputados se presentaron en su casa, al punto que los vé les habla en una especie de latin auberñés, sin cobrar aliento en una hora. Al dia siguiente envia Duvellay todas sus gentes, una despues de otras, á pedir la copia que deseo. Al uno le responden que el presidente está de purga, al otro que se ha quemado los dedos y no puede firmar, y al otro que se han perdido las llaves. Ese maldito hombre se esconde en el

monasterio de San German de los Prados, en donde no hay locutorio. Sin embargo, como todo tiene su fin, esto tambien lo tuvo divirtiendose en enviar la copia al palacio de Blois de donde el rey de Francia la despacha con una añadidura del presidente. La universidad de Angers no ha sido menos ruidosa que la de Paris. No se veian por la ciudad mas que togas negras agitadas por pasiones teológicas y doctores moviendo disputas acaloradas. El pobre Duvellay asegura que le han roto los oidos.

Las mismas escenas se han repetido en Orleans, Tolosa, Burgos, etc.; pero todos los dictámenes son á favor del divorcio. Mi padre ha partido inmediatamente para Italia, donde las universidades de Venecia y de Padua se han pronunciado de antemano en favor del rey. En Alemania vituperan unánimemente al Papa. Los protestantes confian en que Inglaterra abraza su fé; pero el amor propio de Enrique se aleja de

las doctrinas de Lutero, contra las cuales su magestad ha escrito en otro tiempo un libro.

«Sabrás que mi primo Brian despues de su impolitica comision contra el cardenal Capeggio, ha tenido la ocurrencia de solicitar una mision cerca de Su Santidad, precisamente en el instante en que el rey resuelto secretamente á despedir á Wolsey, cata en una incertidumbre inevitable para un principe que muda la marcha del gobierno, establecido veinte y cinco años hace. Aceptó á todo evento las ofertas de Brian, y hé aqui al picaron que envanecido de su importancia, marcha á Roma ganando horas, con los bolsillos bien llenos, y dando vueltas á su imaginacion. Hemos sabido el resultado de su honrosa comision. Apenas se hubo presentado al papa, con sus credenciales en la mano y el aire de ginete que tú no ignoras, preguntó si realmente tenia Su Santidad deseo de complacer á Enrique: el Santo Padre renovó las protestas tantas ve-

ces repetidas de no perdonar nada para satisfacer al rey, en cuanto los mandamientos y la ley de Dios lo permitan.

—Entonces, esclamó Brian enagenado, si el cabeza de la Iglesia no tiene ánimo de mentir, ¿nos ayudará si se imagina un espediente de que su conciencia no pueda espantarse?

—Ciertamente, respondió Clemente VII.

—Pues yo os manifestaré uno, dijo el enviado muy satisfecho: si conseguimos forzar á Catalina á que entre en un convento ¿no será la esposa feliz y legítima de Jesucristo? Luego no teniendo derecho para dos maridos, tampoco pudiera ecsistir por mas tiempo la union contraida con un hombre, y vuestra santidad no titubearia un momento en declararla disuelta. El rey podria, pues, contraer inmediatamente segundas nupcias.

En vez de, como era de esperar, el pontifice hubiera empezado á reir de

proposicion semejante; dando á su rostro una espresion casi grave, contestóle que meditaria sériamente sobre lo propuesto por el embajador. Al siguiente dia, Brian supo con sorpresa que los cardenales habian manifestado el asunto por digno de litigio. Su genio, ostigado por los inconvenientes, abortó repentinamente una proposicion mas sublime todavia. Tal es la de que Enrique se volviera fraile y Catilina monja, en cuyo caso Roma, romperia los votos del primero, mientras que la segunda finaria en un convento. El cónclave, como puedes presumir declaró únicamente que esto era inadmisible. Brian ciego, injuria y amenaza á toda la asamblea, y Clemente VII se querella de que le envien embajadores escogidos entre los borrachos de las tabernas. A pesar del daño que estas necedades pueden hacer á mi causa, me he reido con bulla y algazara. Ha sido llamado el muy loco á Lóndres, y asi ha concluido la carrera diplomatica de mi primo Fran-

cisco Brian.

Esta mañana hemos celebrado una partida de caza á la que fué convidado Dubellay. He regalado á este amable prelado, un trage completo, con las armas, la trompa y el galgo, el cual me ha dado las gracias con la fineza y galantería que tanto distingue á los franceses, y que él sabe aun mas que ningun otro eclesiástico. El rey tiene siempre algun secreto ó urgencia que comunicarle al oido.

Cuando fué echado el ciervo, Enrique nos llevó á el obispo y á mí al mejor sitio desde donde se podia ver la caza: nos dejó mucho tiempo solos, y corrió al galope como un simple picador por el gusto de ser él mismo el que nos levantara la caza. Cuando Dubellay se despidió de nosotros, concluida la corrida, besó respetuosamente mi mano, afirmando que era blanca, hermosa y generosa, como la de una reina.

—Los hijos de San Luis, decia En-

rique, nos admiraria siempre por su viva imaginacion y por la oportunidad en sus maneras. Serian sin disputa dignos de admiracion sino reuniesen la circunstancia de burlarse de todo y por todo.

«Hemos discurrido el medio para obligar á Dubellay: tiene mas talento que fortuna. Solicita afanosamente del gran maestre de Francia una pension de quince libras diarias, y sucédele muy á menudo encontrarse sin dinero. El rey ha imaginado enviarle caballos, ricas telas y oro, que es lo que mas deslumbra á todos en este mercenario mundo.

«Yo sé que Francisco I no se obstina en dar á Enrique por esposa una princesa francesa, pues en sus cartas habla de mi de un modo lisongero y satisfactorio..... ¡Ah! Nancy! Cuando yo calculo en mi mansion al otro lado de los mares, en las afecciones que secretamente me han unido hácia príncipe tan galan, parécemo que este trozo de

mi existencia pertenece á otra muger. Se hacen grandes divisiones en la vida del mortal!.... Oh fragilidad! Pero no anhelo ni tendré, confio, mas mudanzas: un destino secreto, una mano invisible me coloca sobre el trono, y es probable que la muerte tan solo sea la que me haga descender de él. A lo menos no debo quejarme de los caprichos del azar; hubiera podido ser mucho mas amargo, y despues de conducirme en la sociedad por un camino tortuoso, hacerme volcar al final de la jornada. Quiera el cielo que no me reserve mas que bienandanzas y placeres.

Aun cuando ya es imposible creer que nada bueno podamos alcanzar de Roma, la confianza sigue en Enrique y en mi. Al preguntarle, llegué á temer se fraguaba algun complot contra la vida de Catalina y palidecí y temblé. Pero me engañé: todo al contrario: la reina será respetada, lo que calma algun tanto mi remordimiento; porque aceptar yo los despojos de una víctima in-

molada barbaramente no lo hubiese hecho jamás Quiero que ya que Dios ha germinado en mi alma la ambicion, mi nombre sea bendecido por los hijos de la nebulosa Albion. La desgracia, retiro y muerte del sin ventura Wolsey pesan sobre mi cabeza y arguye contra mi conciencia. Si cuando sobre mis sienes descanse la corona, el gobierno de Enrique fuese malo cruel y tiránico, la general maldicion atraeria sobre mi de Dios igualmente. Wolsey, contuvo los impetus reales pero por medios plebeyos, lisonjando sus desenfrenadas pasiones, y fermentando sus vicios: yo pretendo todo lo contrario: quiero desarrollar en su pecho las virtudes porque bajo ese esterior fogoso, árido y tiránico, las tiene indudablemente, ¿no es digna de elogio esta mision dificil que me impongo? Una voz me dice que lo he de alcanzar y la Inglaterra me deberá unos pocos de años venturosos.

Vuelve, vuelve á mi lado, mi buena amiga, necesito de tus consejos y tu re-

serva. Los respetos que usan todos conmigo, me tienen aislada y anhelo un corazon con quien compartir mis secretos durante la ceremonia de mi coronacion de marquesa, todas las mugeres que me rodearan aunque con la risa en los lábios mentirán sus verdaderas pasiones, pues la envidia estará tal vez en lo mas profundo de sus corazones, y el encono se simulará con cumplimientos y lisonjas. Quiero que haya una siquiera que conozca mi pensamiento, que haya, te repito, entre tantas risas y tantos besos pérfidos, una boca sincera y unas miradas que busquen con avidéz las mias.

«Torna, pues, Nancy mia, y seas la primera que estreche entre tus brazos á la

Marquesa de Pembroske.

Poco tiempo tardó en unirse á nuestra futura reina su inseparable amiga. El dia de la ceremonia efectivamente lle-

vé, á fuer de page de honor, la cola de la vestidura de ceremonia, á la cual toda la grandeza de Inglaterra estuvo convidada. La hija del duque de Norfolk llevó la corona, y el manto la condesa de Rutland.

El rey de armas de la charretera (*jarretiera*) fué el encargado, segun el ceremonial, de presentar al rey los credenciales que autentizaban la donacion del marquesado de Penbroke, y este los pasó á manos del prelado Gardiner que en alta voz la leyó á los circunstantes. Al pronunciar el obispo la palabra latina *circestimus* las sienes de la nueva marquesa fueron ceñidas con la corona, que era de forma ligera pero elegante. Bien pronto debia ceñir otra de mas peso que habia de hacerla encanecer y que habia de rodar en breve de su frente, para ser sustituida por la aureola de los mártires.

Ana Bolena se ostentó tan hermosa en el acto de su coronacion, que Enrique en su entusiasmo amoroso, casi la levantó

impetuosamente entre sus brazos, para sellar sobre su frente el beso requerido olvidándose del sitio, del momento y de los infinitos circunstantes que le rodeaban, entre los cuales habia infinitos del clero.

Tomó con sus propias manos el manto y lo colocó sobre el hombro de la jóven lady, con toda la delicadeza y cuidado de un dichoso amante: y más tarde cuando le entregó los despachos, al verla salir de la régia sala, con la cabeza coronada, brillante entre tantas hermosuras, llena del esplendor de la belleza y de la magestad; fúlgida como el sol cuya luz es viva y ardiente, levantando las manos al cielo, prorrumpió en su arrebato esclamando:

—¡Dios grande!... Tú has dejado descender sobre mi trono, el ángel mas hermoso de los que rodean el tuyo!...

—Mirad la estúpida ceguedad de una pasion: ese rey *tan grande como Francisco I, tan opulento como Cárlos V*, á

quien dominan el *Leon de Inglaterra*, permanece en un éstasis completo delante de esa jóven, hija de una cuna sino enteramente baja, á lo menos comun y no repara siquiera en la ilustre María Norfolk, mi hija, que es encantadora...

—¡Oh! no es tan grande el parecer bonita, cuando se lleva tan costosísimo adorno: mejor luciera esa corona en mi frente.

—Hela ahí, colmada de distinciones, de honor, de grandeza.... dijo para sí sola la hipócrita mis Morley. Los beneficios emanados de su mano es lo único que me hace conocer su superioridad..... pero yo sé lo que valgo, y puede que un dia lo sepas tambien...; engríete en tu presente que yo me reservo el porvenir: astuta acecharé mi hora, y guárdate de ella, porque has de ser la alfombra que tapice los grados del trono por donde puede que suba..... ¡Oh! no deliremos: calma y paciencia.

—Muy bien vá, señor: seguid como hasta aquí; dejad á mi cargo los negocios de todas clases, y yo os aseguro que adelantaremos el dia de vuestro enlace.

Ah Cromwel!... Cuánto término fijaste?.... Tres meses creo! Para qué necesitas tan largo tiempo!.... no puedo resistir mi impaciencia.—Confiame por lo menos tus planes!... Estás seguro del éxito?... Mil víboras me corroen las entrañas.

—Señor: olvidais que no hace mucho estaba tan distante el término de vuestra esperanza, como lejos encuentra el náufrago la anhelada playa cuando zozobra asido á una tabla; prestad paciencia.

—Veto al diablo á propalar esas pomposas palabras; ellas son para mí lo que son las amonestaciones para el condenado que en el potro siente torturar sus miembros al impulso de la máquina infernal! Cromwel, es preciso que abrevies.

—Señor... veremos... en fin, haré lo posible.

—Creo haber oido á Wolsey no sé que, sobre la formacion de un consilio para concluir este asunto.....

—Señor, olvida V. M. que el clero necesitaria más de los tres meses que yo os he pedido, solo para reunirse: luego estaria otros tres discutiendo, y por último lo haria caso de conciencia no atreviéndose á dar el fallo.

—Pero tú rasgarás en breve término las tinieblas de esta noche en que sin guia camino?.. no es cierto?

—Señor, iré por el camino mas corto. La claridad de un bello dia se aproxima y los vivificadores rayos de una aurora venturosa, disiparán las tinieblas que os asustan.

—Sí, si eso és.... muy bien... —Pero tú eres un demonio?...

—Señor, creo que Roma, me espedirá un diploma en que me confirme con ese apodo.

—Ea pues, camina á tu capricho,

Cromwell.

—Por lo pronto, firmadme esta carta: es dirigida á Crammer que se halla en la actualidad en Alemania.

—¿Crammer?.. Ese hombre creo haberle oido antes de ahora: es, creo, el de un eclesiástico ambicioso, determinado y elocuente.

—Nos es necesario: utilísimo: tambien os ruego firmeis esta epístola dirigida á Mr. de Montmorency.

—¿Què, quieres que yo sucumba á la ecsigencia de una entrevista consiliadora con Francisco I?... no eso ademas, seria un paso que influiria para retardar: no.

—No, señor: será una diversion: un mero paseo: la futura reina irá con nosotros y el rey de Francia nos prestará su intercesion para con Clemente VII. En lugar de eso...

—Yo estoy seguro de que accederá á mi deseo ese monarca: me prestará su apoyo para todo, y asi.....

—Adivinais mis proyectos. Por cierto

Carlos V no vendrá á invadirnos á Londres, si...si...

—Sí, si la Francia y el Occeano tienen unidas sus fuerzas y sus poderes.

Por hoy nada tengo que comunicaros ya.

—Ah! deseas tomar una resolucion estraña... ¡Mejor!.. Lo apruebo. Estoy fastidiado de esta perpetua inaccion.

—A vuestro regreso, señor, daremos el golpe definitivo.

—Seis semanas podrá ser el tiempo que tardaré.

—Pues aun antes de dos meses podeis ver cumplidos vuestros votos.

—Mañana saldré para Windsor y marcho á Calais.

—Señor, vuestra voluntad es mi ley: como mas gustareis: pero no malgasteis este tiempo precioso que podeis emplear en adoraros entre venturas y amor al lado del ángel que os esclaviza.

—¡Oh! sí... del ángel?... no es cierto que es un ángel?... el ángel de mi

ventura, de mi salvacion.—Vuelo á sus plantas; tú me lo recuerdas.

¡Oh! añadió el rey al partir: no siento la muerte de Wolsey, Cromwel es mas que un ministro, mas que un consejero, es un verdadero amigo que sabe curar las llagas de mi alma.

A pesar de lo ofrecido por el rey de marchar al dia siguiente, hubo de retardar su partido con ocasion del casamiento de mis Morley con Jorge Bolena.

Ana se mostró espléndida regalando á su cuñada, todo un *nuebiage* magnífico, y aun quiso ser ella misma quien la prendiese para el baile adornándola por su mano

—Llegue presto el dia, mi querida hermana, en que hagais conmigo lo que hago con vos ahora: decia la encantadora favorita, sellando con un beso la pálida megilla de aquella muger, á quien se inclinaba naturalmente, por aquel secreto impulso que guia á las almas generosas á amar al desgraciado.

—Sí, sí: feliz yo entonces, hermana mia, y doblemente feliz, porque ese dia habrè obtenido el titulo de cuñada de la reina de Inglaterra.

—Ya veis, Wiat, ya veis como vuestros temores son vanos: creedme: en ese corazon no hay doblez, á lo menos para conmigo: he sabido grangearme el afecto de esa linda niña.

Wiat no contestó, pero meneó su cabeza en aire de compasion é incredulidad.

—Algunas palabras Wiat... no enmudezcais; lo ruego.

—Pues bien, os diré, que de mugeres de esa especie no llega á obtenerse nunca sino el ódio, y asi no puede aguardarse de ellas sino ó malos servicios ó consejeros pérfidos.

—Wiat..... me asustais... dudo cuando os oigo hablar de ese modo, de ese corazon tan hermoso y que tan recomendable os hace: la amargura de vuestras palabras y la severidad de vuestra opinion en punto á esa jóven me sor-

prenden tanto mas cuanto que no tengo noticias de que hayais sido su tutor, circunstancia por la que hubiérais podido observar cada dia los movimientos de su corazon.

—Señora: no he sido su tutor; pero para daros una idea de quien es esa muger, y de que mis opiniones ni son fundadas sino sobre bases sólidas, os diré que cuando aun esa jóven no contaba mas que dos lustros, cuando aun no habia salido del castillo de su padre.....

—Vamos por Dios, que pasó?... Decidlo que me impacientais.

Casi nada, señora: la niña mandó en mi presencia, á la servidumbre de su casa, que ahogasen á un perrito por el cual intercedí inútilmente.

—Vamos Wiat, y es eso todo? .. Aquel perro estaria rabioso; enfermo quizá!

—Sí, si señora; estaba enfermo, era viejo; para nada servia, pero habia la salvado sacandola de un estanque en que estuvo á punto de perecer: ¿qué mas

pruebas quereis de su mal corazon?

—Dejemos eso, amigo mio: locuras de la infancia de que no debe formarse cálculo ninguno.

. . . . . .

Al gran maestre de Francia, escribia Mr. Dubellay, la siguiente carta.

Sé positivamente, monseñor, respecto á la entrevista de Bolonia, lo que desea el rey. El mayor que se le puede proporcionar, por motivos que me reservo, es que nuestro augusto monarca se decidia á llevar en su compañia á la reina de Navarra, asi como á sus hijos los príncipes; quiere además que lady Bolena sea tratada por dichas escelsas personas con la mayor cortesia. En cuanto á la reina (Eleonora, hermana de Cárlos V, segunda muger de Francisco I,) no quiere verla por ningun motivo. Odia en todo grado el trage á la española, que dice cree ver la imágen del demonio: el privado Cromwel y el duque de Norfolk confian en que esta entrevista será dirigida por vos, y ma-

mejada con el tino que caracteriza todos vuestros negocios diplomáticos: asimismo esperan apartareis dos clases de personas de las que deben acompañar á el rey, que son los súbditos del imperio, y aquellos que tienen opinion de burlones, porque la aristocrácia inglesa es opuesta á tal género de pasatiempo.

No tardaron apenas un mes en hallarse listos los necesarios preparativos para la entrevista segunda de los dos monarcas: el de Francia daria un baile. En la llanura de Andes se habia erigido un régio pabellon, que se hallaba adornado con la mayor suntuosidad. Mil frondosos árboles cargados de óptimos frutos se destacaban aquí y allí. Las magníficas esculturas, obras del cincel del celebre Eurnt, se veian hermoseando el vistoso paisage, las cuales habian sido traidas costando inmensas sumas; y sobre ellas, como enramada techumbre, se estendian verdes parras cargadas de ra-

cimos. En todas las portadas y en los tapices de Persia que cubrian las entradas se habian bordado infinitas alegorías, y para halagar el amor de Enrique, el Falcon, divisa de su amante, se veia en el centro de todas ellas. El pincel de Roux, habia tambien prodigado en los cielos rasos la figura de esta noble ave de rapiña, variada siempre en distintas actitudes.

Llegó el dia: claro, hermoso, brillante: un sol purpurino alumbraba aquel recinto y salia á ser testigo del abrazo cordial que debia estrechar los vínculos de dos monarcas tan fuertes.

Las damas de Inglaterra entraban con el rostro cubierto; galantes pages en cuyos trages recamados se habian prodigado el oro, ofrecian en bandejas del mismo metal flores y anillos á cuantas se presentaban.

Por fin se dió la señal de comenzar el baile.

Doce de ellas se levantaron y escogieron doce caballeros franceses para co-

menzar la danza, durante la cual y á una seña de Enrique, las damas quitaron sus mascarillas, dejándose ver á Ana Bolena, que habia elegido por pareja al mismo rey Francisco I.—Hay aquí muchos ojos que miran con avidez á la jóven lady Bolena, y sorprendidos al calcular que sus lindos preceptos van á tocar el escabel de un sólio; pero de entre todas esas hermosas no seré yo el que tambien me admire, cuando se posee la mágia de hechizar corazones de monarcas: estas fueron las palabras del rey.

Aunque el nieto de San Luis no hubiese llegado á comprender la inclinacion naciente de Ana Bolena hácia él, una púdica vergüenza se manifestó en el semblante de la marquesa de Pembroske; no sabia contener los impulsos de su corazon, y en esto mostraba la sinceridad de su alma.

¿Seremos tan dichosos, que ya que no otra cosa, podamos alcanzar de vos, señorita; la amistad de una hermana.

—Precisamente, señor, y disimuladme si acaso os parezco demasiado presumida, que estoy tanto mas dispuesta á esa amistad sincera, cuanto que desearia que ella fuese la piedra fundamental para la cordial union de la Inglaterra y la Francia.

—Pues dad vuestra torneada mano á la Francia, dijo Francisco continuando el baile, y sonreios en union de ella con esa sonrisa de querub que juega en vuestros lábios, porque alcanzareis vuestro deseo.

Tranquilizada lady Bolena de las violentas impresiones que en ella llegáran a causar las primeras palabras de su real pareja, siguió á la alborotada turba de danzantes, haciendo ostentacion de tantas gracias como el cielo habia reunido en ella; pero queriendo aun rectificar mas sus últimas espresiones, añadió estas palabras:

—¡Señor!... Mi mano será en breve de la Inglaterra; jamás falteis á la fraternidad; mi amistad para vos, mi co-

razon para ella.

—Si mis antepasados dejando sus tumbas viniesen á presenciar esta escena, deponiendo sus ódios contra la antigua Inglaterra, tambien se reconciliarian con la Inglaterra de nuestros dias, porque al veros no dejarian de esclamar: el Eterno ha bendecido á esa nacion en donde nacen angeles en vez de mugeres que seducen y fascinan: si no lo dudeis, é inclinando sus régias frentes besarian con respeto la orla de vuestro trage: yo como ellos lo hago, y os empeño de hoy mas, una amistad franca, leal, eterna.

Francisco I regaló al dia siguiente á Ana Bolena un diamante valor de 15000 escudos.

La fiesta de Enrique no fue menos grandiosa.

Los dos monarcas en ella hablaron largamente sobre asuntos de Estado, rogando Francisco I á Enrique VIII no diera ningun paso violento hasta que se efectuase la entrevista en Marsella.

Sin duda habia adivinado los proyectos de Cromwel y de aqui sin duda procedió tal prevencion. Distinto en verdad era el giro que tomaba la conversacion entre la princesa Margarita y la jóven predestinada para reina de Inglaterra.

—¿No habeis meditado alguna vez prudentemente sobre las doctrinas Luteranas?

—Señora, tengo muy pocos años, para haberme jamas ocupado de semejante espinosa materia.

—Pues debeis pensar y reflecsionar en los abusos que deshonra el clero católico. Leed, leed los tratados religiosos del reformador, y hallareis en su fondo un íntimo convencimiento, que desterrará de vuestra conciencia todo el escrúpulo y toda duda.

Combatid en mi rey esas erradas creencias: libertad religiosa: cien y cien voces se levantarán por do quiera para aseguraros que es este el voto universal.

—Meditaré en ello.

Transcurrieron por fin los festejos despues de dos semanas de duracion, y ambas córtes se separaron renovándose mútuamente sus protestas de amistad y de afecto.

Tornó Enrique VIII á Calais en una noche serena del mes de setiembre: atravesaba tranquilo sobre su caballo y seguido de su comitiva las primeras calles, cuando una sombra oscura, parda, negra se deslizò por su presencia, y al deslizarse alargó su mano y puso en las de Enrique un pequeño libro, que él tomó maquinalmente.

Su primera diligencia al hechar pié á tierra, fué abrir la nema del libro y leer el título que llevaba: decia de este modo: *Galanteos y fechorias de la hechicera, heréticа y cortesana Ana Bolena, durante su permanencia en Francia: Paris 1524.*

La desesperacion, la rábia se pintaron en el semblante de Enrique al leer

aquellas palabras, insultos á su amor, puñaladas á su alma, veneno para su corazon. Su primer movimiento fué arrojar lejos de si el infamante libelo y esclamó: es una villanía: pero de pronto volvió á tomarlo, cerró la puerta de la estancia en donde se encontraba y leyó por entero todo lo que el libro contenia: concluyólo, y despues de un momento de reflexion, prorrumpió en una violenta risa, articulando solo las palabras!... Miserables... la injuriais!... has hecho bien en no darte á conocer, porque te juro que hubieras padecido un tormento por cada una de las letras que ese libro contiene.

La pasion de Enrique era ardiente: era ya tarde para retroceder: el amor tiene sus épocas, y el rey de Inglaterra se encontraba en aquella en que ni los denuestos de lenguas maldicientes ni los consejos de la prudencia, son escuchados, porque hay una cosa superior al talento para que este ceda: esta otra fuerza superior, es el cora-

zon, cuando el amor observe todas las facultades.

Salió Enrique á la antesala de su cámara, y haciendo entrar á su nobleza, dijo:

—¡Milores! Entre vosotros hay alguno togado? Por qué no ha venido Moro?.. ¡Ah! Sir Tomás Anley!.. Vos sois abogado, y además miembro del alto parlamento; servios leer este libro, y momentáneamente escribid y hacedme presente un proyecto de ley para castigar horriblemente á todo el que se atreviese á disfamar de palabra ó por escrito á la ley marquesa de Pembroske...

—¡Señor..... y qué pena le impondreis?

—¡Oh! y me lo preguntais? .. la muerte..... la mas dura muerte á todo el que por su desgracia tenga en todos mis reinos un escrito como este, lo circule ó lo refiera.

—Esa ley no deberá, de ningun modo, referirse mas que á Ana Bolena.

—Decid la reina: decid vuestra soberana: porque os lo afirmo; no alcanzo los motivos que puedan estorbar mi enlace con un ángel de pureza, de sabiduria y de candor; pero cualesquiera que fuesen, los allanaré con mano fuerte, ¡Oh clérigos infames! Hace mucho tiempo que me sois gravosos .. dar-me à leer poniendo en mis propias reales manos ese conjunto de palabras asquerosas?... ¡Venidme á decir que es una cortesana; que es impúdica, relajada, que tiene seis dedos en cada mano, y tumores... Ah! Si entre vosotros hubiese uno solo imprudente ó estùpido que creyese la menor de estas tonterias, que llegase á dudar aun en su conciencia, haria que lo ahogasen como á un perro..... (Hubo un movimiento entre los nobles,) Silencio! ¿Qué teneis que decirme?..... Repito milores, que si no estais muy mal con vuestras cabezas no pronuncieis el nombre de esa dama, porque al traslucir en vuestros lábios la primer sonrisa, el primer mo-

vimiento de donde pueda encenderse la burla ó el desprecio..... el puñal..... la espada..... la muerte de cualquier modo, sin atender su rango ni sus dignidades...

Enrique marchó en busca de su amada: al principio trató de ocultarle las invectivas que contra ella se fulminaban, pero luego mas tarde, al contemplarla llena de hermosura, embelesadora, llena de amor y prodigándole repetidas pruebas del mas acendrado cariño, prorrumpió sin poderse contener.....

—¡Oh! Y aun se atreven á calumniarla!...

—Qué... que es eso, Enrique? .. preguntó Ana.

—Oh, nada, nada á la verdad; no merece que te inquietes. .

—No, no, quiero saberlo, al momento.... me calumnian has dicho: quiero saber en qué..... quiero que me digas quién es... lo anhelo...

—¿Quién es? Pues si hubiera llega-

do á entender no mas que remotamente quien era el maldiciente, no hubiera dejado de ecsistir ya?...

—Luego no se de quien debo guardarme?.. Mas que ha dado lugar á tus palabras Enrique... ¡Oh! tendré que apartarme del amante para llegar al rey á pedir justicia?

—¡Oh! no quiero ocultarte nada: mira decia Enrique mostrando á la señorita Bolena el libro que habia motivado su disgusto.

Tomólo con mano convulsa, y despues de repasarlo brevemente, volvióse á Enrique y le dijo: Señor.. permitidme retirar unos momentos, este libro ha desconcertado mi espiritu: dejadme reponer. —Y se alejó, pero al retirarse prorrumpió en voz baja que ella sola podia entender.

Muy bien.... ¡Oh! Esos clerigos me malquistan, quieren acabar conmigo: quieren hacerme descender, cuando toco ya el cetro con la mano... Quieren una guerra cruel entre nosotros?... La acepto: des-

de hoy seré la defensora y abogada de los reformadores y les daré apoyo, proteccion, amparo! Sorbona implacable! Conciliábulo de grajos espantosos!... Tú te arrepentirás aunque tarde de haberme insultado! ¡Gotas de sangre llorareis, y con ellas regareis, aunque inútilmente, el camino que me conducirá al trono.

IV.

La cólera de Enrique no bastaba nada á apaciguarla; ni la distraccion de la marcha, ni la agitacion continua en que su pensamiento se hallaba recordando el dia de su felicidad, nada: otro pensamiento lo dominaba: la

venganza: ¿pero contra quién?... he aquí lo que hacia impotente todos sus furores.

Cromwel, atiende; esclamó el rey tan luego como hubo llegado al palacio de White-hall: he seguido al pié de la letra, como un niño, las instrucciones que me distes: he querido ser por unos momentos el vasallo, é investirte por unos instantes del real poder. Creo que nada debemos temer de ese emperador y rey. Si viniese á atacarnos dentro de nuestro recinto, el de Francia le dejará internarse en el mar por sus estados. Voy á conocer en este momento si te has burlado de mi credulidad. Háblame de una vez claramente, y fija el dia de mi casamiento. Habla; te escucho.

Pasó un momento de silencio: Cromwel pareció recoger mientras él todas sus ideas, y contestó con tono grave, espacioso y solemne.

Desearia señor, que me dispensárais antes la libertad de una pregunta. Si el poderoso Cárlos V, con todas sus tro-

pas, su poder y su grandeza se hallase á dos jornadas de la capital del mundo cristiano, en la situacion misma en que hoy lo está Enrique VIII, creeis que el papa se atreveria á reinsarlo?

—Qué se yo! Pero eso que me importa?

—Juzgais que si Cárlos de España llevase á cabo su matrimonio sin mas anuencia que su propia voluntad, y sin mas autorizacion que la de un simple obispo, creeis, repito, que podria detener los rayos del Vaticano, la escomunion, el anatema del sucesor de San Pedro?

—No, porque el emperador, enviaria á Roma los lansquenetes que ya otra vez la han saqueado, y que Clemente recuerda. Pero qué quieres decir?

—Que es para mi mas que sorprendente, el ver la indiferencia con que un Tudor esta mirando una cuestion que mancha casi su honor: ¿cómo no hierve y se inflama vuestra sangre al ver que cada una de vuestras invitaciones

son repulsadas con desden? Porque no quiero hacer á mi rey el agravio de creer'o temoroso del poder de esa Roma impotente, que quiere hacer llegar el estrago de su maldicion del otro lado de los mares, y no obstante es tan miserable que no cuenta con la fuerza suficiente para deshordar una horda de bandidos con disciplina... Creedme señor: arreglaos á vuestro modo y manera puesto que no reconoceis ni debeis reconocer otro dueño en vuestra casa, sin haceros caso alguno de esos estrangeros talares ropages, que si se les dejáran se alzarian un dia con el dominio del mundo.

—¡Oh! Y cómo no he calculado yo eso hasta ahora? Si; vive Dios: no mas yugo religioso, el monarca que como yo no reconoce poderio en otro monarca, no debe permanecer arrodillado por mas tiempo á los pies de un sacerdote coronado: esa cadena va á romperse desde hoy, yo el primero seré para regir los destinos de mi nacion, y daré una

prueba al universo de que aun tengo todo el valor de un hombre: toda la entereza de un rey.

Respóndeme francamente, Cromwel: las generaciones presente y futuras podrán acusarme por mis hechos hasta el dia de debil y sin carácter!...

—No debeis temer nunca semejante imputacion: confiásteis á mi predecesor Wolsey los cuidados del gobierno, y aquel ministro fué recto y cuidadoso de los intereses y el honor de vuestra corona. Mas pretendia ceñir su frente con la tiara, y de aqui provenia su afan por el lustre de ella.

—¡Oh! eso es espantoso. Yo siendo el instrumento de los caprichos de Wolsey!... Tal vez la burla de Europa! Es lo que siempre he rehuido mas y no obstante el cielo me ha castigado!.. ¡Oh! injuria! Y yo moriré de fastidio! Pero aun es tiempo!... Quiero remediar el mal: harto tiempo he sido un muñeco debil é impotente.

Señor, mi lengua iba á aventurar aho-

ra las mismas palabras: sobrado tiempo os habeis dirigido por un ministro.

—Sí: puedes decírmelo: he sido un autómata, pero tendré de hoy mas una voluntad. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Si las olas del Occéano saliesen fuera de su álbeo, como una montaña gigantesca, para impedir á la Inglaterra el comunicar en adelante con el resto del mundo...

—¡Oh! idea admirable! Demos pues, por cierto que Roma ya no existe.

—El prelado primero de nuestros reinos se encargaria...

—De formular y pronunciar el divorcio: el arzobispo de Cantorberry..... el el decrépito Warhani..... grandioso pensamiento, Cromwel.., Pero ese viejo obedecerá?

—El rey es dueño en su casa.

—Si, soy el dueño: si llegase á rehusar, otro será menos reacio, mas esperto y mas amigo de si propio: ¿pero

ese clero va á arrojar llamas contra mi persona.

—Se pueden legitimar estas medidas.

Sí, guardémonos las fórmulas: ese es mi principio, procederemos con regularidad.

—Necesario es que la iglesia de Inglaterra, tenga su gefe dentro de Inglaterra y no á quinientas leguas de la capital del reino.

—Yo!... Yo soy el cabeza de la iglesia!

—¡Ah! me habeis quitado el mérito de la invencion, puesto que todo lo ha adivinado V. M.: todo lo ha previsto: ese mismo pensamiento era mi plan dispuesto; ese mismo y no otro.

—Una ley Cromwel... Pronto una ley: no es cierto que yo por mí mismo tambien soy capaz de inventar una razon, un espediente? Mañana me constituiré en prelado gefe: lo haré entender por medio de un discurso religioso, enérgico: me lo escribirás Cromwel... ¡Oh!

y que sea muy beatificado su lenguage, tanto que logre seducirlos, y me proclamen espontáneamente gefe de la iglesia. Pero si por su infortunio, si por su desgracia llegasen á contradecir á mi deseo, entónces!.., oh!... entónces todas sus cabezas serian pocas para levantar el asta que ha de sostener el pabellon de mi nombre: todos ellos serian pocas víctimas para inmolarlas en las aras de mi enojo: es necesario que esto suceda, y sucederá: siéntate, siéntate en mi régia silla: trabaja sin cesar, oyes?... toda la noche: trabaja hábil forjador.

—Señor, V. M me recuerda mi nacimiento: soy hijo de un herrero; todo os lo debo, y por eso todo yo soy vuestro enteramente, aunque nada en el mundo soy.

—Si, he sido muy ingrato contigo: pero te lo repararé: desde este momento te hago conde de Essex. ¡Oh! cuadrilla furiosa de eclesiásticos: de hoy mas te tendré en mis manos: llegando yo á

ser tu dueño, haré sentir sobre vosotros mi inexorable vara de hierro: no mas demora... mañana, mañana mismo se dará el golpe decisivo.

Con efecto, al siguiente dia todos los individuos del clero inglés arreglaban sus trages de mas lujo para concurrir al llamamiento que el gefe presunto de la iglesia les hacia: los miembros del parlamento sintieron temblar sus manos oprimiendo los talles de sus vestidos de etiqueta: á un toque de trompeta se habia anunciado que el rey tenia que hacer comunicaciones de importancia.

Desde muy temprano los salones de White hall estaban henchidos de la aristocrácia mas elevada. Aquellos mas acostumbrados á formar la opinion del pueblo desde la tribuna, enmudecian á su pesar y todas sus palabras se reducian á las que marcaba su cortesia, y aun estas eran pronunciadas con temor; todo anunciaba una borrasca horrorosa: por fin Enrique se presentó acompañado de una cohorte de jóvenes lores; nada á

su entrada manifestó el temor: los mas entusiastas vivas fueron entonados á su vista, pero al tomar asiento cada cual en los bancos de la asamblea, aquel puñado de hombres orgullosos, parecia una coleccion de estátuas.

Enrique comenzó su discurso.

—Mi competencia y enemistad con la Santa Sede, señores, ha de ser un suceso eternamente feliz para Inglaterra en los siglos venideros. Hace largo tiempo que las ambiciones y usurpacion de la corte de San Pedro, aja la autoridad de vuestros monarcas, habiendo llegado hasta tal punto su pretendida omnipotencia que esta tiranía se acrecienta cada dia y todos somos víctimas del despotismo de un fraile, nacido quizá de un padre bajo, inmundo y de la hez de un pueblo estraño. Vosotros no habeis pensado jamas en levantaros contra ese poder infando, pero yo quiero regenerar y avivar en vuestros pechos la apagada llama del orgullo nacional ¿No

es deshonroso para nosotros, señores, la necesidad de recurrir á Roma para que resuelva nuestras mas interiores cuestiones, como matrimonios, divorcios, testamentos y dispensas eclesiásticas? ¿De qué nos sirve pues, nuestro clero, si no tiene autoridad ninguna, y si no puede fallar ni aun en el mas mínimo asunto? Vergüenza y servidumbre intolerable es una jurisdiccion estrangera. Desconocidos que nada saben de nuestras costumbres, son jueces de nuestras conciencias y necesidades! Y lo que parece mas increible todavia, lo que es aun mas escandaloso, es que nos sea preciso pagar á esos estrangeros, para que no podamos arrancarles una dispensa ó un decreto, que el último de nuestros obispos sabe espedir. Las sumas que el reino hace ingresar anualmente en el tesoro del Vaticano, bastarian por cierto ellas solas, para enriquecer á cuatro papas en lugar de uno, si no los dominase esa avaricia insaciable de nuestro oro, que á tan poco sacrificio saben adquirirse; ade-

más, esas dilaciones en cualquier asunto que se prolonga hasta lo infinito, las repetidas contestaciones, notas aclaratívas, y detalles que son necesarios, todo esto imposibilita que las cosas sigan su verdadero régimen, unido á la larga distancia que nos separa: pero yo, Enrique de Lancáster, á quien Dios ha colocado sobre el trono, para remediar muchos males inveterados y añejos, yo repito he resuelto que esto termine en mi reinado y terminará. La Inglaterra recobrará su independencia religiosa, y comenzará desde hoy una nueva era para ella, emancipada de ese poder eclesiástico absurdo que la subyuga: tendrá una cabeza, sí; y esta cabeza que ha de dar movimiento á todo el gran cuerpo, lo seré yo .. yo, no os admireis milores y señores: yo que evitaré como padre de mis pueblos que sus caudales pasen á enriquecer á advenedizos hijos de Italia ú otra potencia: no se opone el poder real al poder sacerdotal, y en este concepto, del mismo modo que soy el ge-

fe de la nobleza y del estado llano, lo seré de la iglesia que va á quedar huérfana del padre que hasta ahora ha tenido.

Al paso que Enrique adelantaba en su discurso, una lava hirviente recorria por las venas de los individuos que escuchaban sus palabras: los embajadores de todas las naciones se sorprendian; la nobleza se interrogaba mudamente, el clero diseñaba en lo encendido de sus pómulos la vergüenza que les causaba tal resolucion, y la ira que reconcentraba en sus corazones, resueltos á combatir por cuantos medios les fuese posible, aquel nuevo gigante que se interponia entre ellos el dorado y luminoso porvenir, que siempre se han trazado los ministros del altar, para sugetar à su despotismo las clases de la social escala.

Siguiò hablando el rey de la corrupcion de los frailes, de la avaricia de los sacerdotes, de sus proyectos de reforma y de la supresion de un gran

número de conventos y monasterios, á cada una de las propuestas, la tribuna de los obispos tomaba un aspecto mas lúgubre y sombrío; tal efecto producia en ellos la idea de que quedando Inglaterra segregada de Roma, se cerraban para ellos las puertas de las dos primeras dignidades: el capelo y la tiara. El anuncio de la reforma que intentaba hacer Enrique, era la garantía para que comenzasen las persecuciones sin número, mezcladas á todos los accesorios de un sistema amenazador y terrorista.

No es por hacerme juez en mi propia causa, proseguia el rey, para lo que adopto estas medidas enérgicas: mi pleito será sometido á la decision de un individuo del clero inglés. La malevolencia de la Santa Sede me está ya demostrada. Nuestro siglo ha visto ya pronunciar divorcios para los cuales eclesiastian causas menos legítimas que para el mio. ¿Acaso no repudió Luis XII á Juana de Francia, alegando razones

cuya falsedad es bien notoria? Cosa es sin ejemplo que una muger haya casado con dos hermanos á la vez: y solo yo soy tan desventurado que mal mi grado se empeñan en mantenerme unido con un lazo que la Sagrada escritura condena: ¿Y el temor de malgustar al pontifice el emperador me forzaria à vivir bajo el peso del crimen de un amor incestuoso? Cobarde y loco á la vez seria yo, si à esto me resignara. San Juan Bautista reconvino á Herodes de haber manchado impunemente el lecho de la viuda de su hermano..... Su valor hizo de él un martir de Dios: no quiero que el dia en que todos debemos comparecer ante el tribunal inecsorable del Eterno, se levante ante mi vista amenazadora figura del orador del desierto, ni que suene en mis oidos su voz acusándome de crimen.

Para nada nombró Enrique á lady Bolena, pero procuró intermediar en su

discurso, algun trozo en el cual manifestó la necesidad y conveniencia de asegurar la sucesion al trono en los hijos que naciesen de su segunda esposa, luego que fuese disuelto el lazo que lo oprimia hasta el presente: hizo lectura de unas leyes que hablaban sobre lo mismo, y en ellas añadia por final, que seria castigado con la muerte cualquiera que se atreviese ni aun á pensar mal de la reina futura ò *dudar* que sus hijos fuesen los legítimos y únicos herederos de la corona.

Al pronunciar Enrique estas palabras, dió á su voz toda la vibracion posible, y diseñó en la gesticulacion de su semblante la cólera mas refinada: recorrió con su vista el humilde auditorio, pero en vano se afanaba por encontrar un solo rostro desaprobador porque un sentimiento único dominaba en aquella asamblea: el miedo. Como las inocentes aves de un palomar que á la vista del halcon describen sobre sus cabezas sus círculos fascinadores, asi el parlamento estaba agi-

tado por una fiebre de temor y de servidumbre, apresurándose á sacrificar al primer imprudente que se hubiese atrevido á declarar contra los proyectos del déspota.

Concluido el discurso, marchóse Enrique, dejando el cuidado de la discusion al cargo de los comisarios. Las dificultades que objetaron eran de tan poca valia, que casi instantáneamente fueron aprobadas todas las leyes presentadas. Enrique por este hecho comprendió suficientemente que jamás tendria que hallar obstáculos en nada que dependiese del voto del parlamento. Fué proclamado cabeza de la Iglesia: Dubelay escribió al momento á Francisco I esta gran novedad pero el rey de Francia estaba ya en camino de Marsella, á donde el pontifice iba tambien. Habian comenzado yá á pasarse mutuamente notas, y el mediador esperaba quedar airoso, cuando supo el rompimiento de Enrique con la Santa Sede, y esto bastó para dar fin á los negocios. Clemente VII se volvió

atrás, decidido á disparar los sagrados rayos por medio de las nieblas del norte, y Francisco se propuso no entrometerse yá en asuntos de un monarca tan mudable, arrebatado y caprichoso.

Al salir del parlamento, satisfizo y ufano por el gran paso que acababa de dar, encontróse cara á cara con el prelado Gardiner.

—Y bien, que decis de esto? le preguntó restregándose las manos.

—Señor, V. M. en su discurso ha hablado con aquella elocuencia y prudente tacto que lo caracteriza; contestole haciendo una profunda cortesía, pero esta reforma vá á conmover y á desquiciar poniendo en litigio una infinidad de artículos de la fé católica. Pienso pues, que V. M. lo habrá previsto todo de antemano y que caso de que las consecuencias que preveo llegasen á germinar os ocupareis desde luego en proporcionar el remedio.

—Por supuesto replicó Enrique muy

satisfecho aunque ni remotamente habia pensado en tal cosa.

—Supongo, señor, que reunireis concilios.....

—¡Concilio!.... ¡Oh! no; no pasaremos inutilmente el tiempo. No son necesarios para nada: mis decretos serán bastantes, os lo afirmo. Pues que soy el cabeza principal de la iglesia decidiré por mi mismo aquello que deba hacerse y se deba creer.

Temeroso de haber descontentado al rey el obispo, al llegar á su casa escribió un tratado completo *sobre la obediencia verdadera*, censurando amargamente en él la autoridad del vicario de Cristo por cuya produccion mas ó menos justa y absurda le fueron dadas en nombre del Rey las mas espresivas gracias.

Enrique en su alegria se asemejaba vivamente á un niño, en sus accidentes y cualidades pues á cuantos se dirigia, repetia sin cesar...

—Soy el supremo gefe de la Iglesia...

no hay ya papa para la Inglaterra.

—Brian, amado mio, decia él á su confidente, ya me tienes gefe de la Iglesia!

—Bueno vá ahora! contestó Brian. Manejaremos llaves falsas, parecidas á las de San Pedro, y soltaremos el diablo en el paraiso.

—Callate, tronera!

Inmediatamente fué el rey á casa de su querida, para noticiarla que era gefe de la iglesia.

—Mientras mas poder tenga, pensó Ana Bolena, mas útil y provechosa podré yo ser por mi influencia sobre él!

La marquesa participó del júbilo de su amante. Atonita la corte de la imaginacion y de los talentos del rey, se deshacia en felicitaciones. Observó Enrique debajo del vestido de seda de Cromwell el trage negro y bastante sencillo que se ocultaba modestamente. Apresuradamente se acercó á su consejero intimo, y agarrandole de la mano dijo:

—Milores, os presento el conde de Essex!

No dudaron entonces de donde venian aquellos pensamientos atrevidos, y quien habia dirigdo la egecucion.

Substrayéndose furtivamente à las finas atenciones de los distinguidos lores, el ministro Cromwell, á quien la caida de Wolsey habia disgustado de los huecos goces del aparato, se fué sin comitiva y á pié al palacio del arzobispo de Cantorbery.

—Como os llamais, hijo mio? preguntó el anciano.

—Me llamo Tomas Cromwell...

—El secretario del finado cardenal de York?

—El mismo, y por el presente honrado con el titulo de consejero del rey. Soy enviado por Su Magestad.

—Y que quiere de mi?

—El rey aguarda de vos un servicio.

—Un servicio en estos tiempos borrascosos! Dios me guie. No espero nada bueno.

—No es asusteis: Su Magestad anhela tener el ausilio de un hombre sabio y lleno de honradez ..

—Ya sé lo que és: despues del golpe horroroso que acaba de dar á los cimientos de la fé; desea que yo le ayude á concluir la ruina del edificio; que yo sacuda tambien con mis debiles manos! desea asimismo que el clero se humille como el parlamento esclavo, y que yo tome la voz!

—Os sobresaltais muy pronto. La autoridad de la Santa Sede no ecsiste ya en Inglaterra Es preciso que el pleito del rey sea juzgado por un inglès. Su Magestad se ha decidido por vos.

—Quiere decir, que desde luego, aceptando yo estas funciones de juez, que pertenecen en un todo á Su Santidad, por ese mismo hecho reconoceré yo la validez de los actos escandalosos del parlamento, y que consecutivamente se proponen forzarme por la violencia á espedir el decreto que se apetece?

— Interpretais singularmente los testimo-

nios de aprecio de Su Magestad.

—Ya que veo claro, cuando se trata de mi honor y de mi salvacion, Señor Cromwell, tengo ya ochenta años: por algunas horas que me restan que pasar en los achaques, no arriesgaré una vida en el otro mundo. Si el rey me cree virtuoso y honrado, como ha podido imaginarse poder contar conmigo para tal desempeño? Podeis decirle que antes moriré, si es necesario; pero que nada podrá obligar á mi lengua á pronunciar una palabra que á mi conciencia se oponga.

—Unicamente me queda ya prometeros hacer cuanto pueda para evitaros persecuciones.

Hermosos eran los instantes; Cromwell dejó su asiento y se fué.

Aun apesar de su valor, se metió en cama con una calentura inflamatoria el anciano Warham, cuyo cuerpo era muy endeble para su grande alma, y murió en aquella noche.

Empezaba la corte á ver en Crom-

well el diablo familiar del rey. No transcurria una hora sin que Su Magestad no prestase atencion al antiguo consejero. Se deslizaba este hombre como una sombra entre la multitud, y nunca se acercaba sin recibir una sonrisa amistosa ó una demostracion lisongera de aprobacion. Persiguió á Enrique hasta en el coliseo, adonde concurrian las damas y la nobleza; y era por lo mismo uno de los ratos que el rey preferia una lucha de animales. Observóse al consejero tirar sin modales de la manga del amo.

—Grandes cosas hay, dijo en voz muy baja que únicamente el rey pudo oirla.

Al instante Enrique abandonó el asiento para retirarse á un sitio solo.

—Warham ha muerto. Será preciso reemplazarle por un hombre seguro, y el divorcio será al instante despachado por el primer arzobispo del reino.

—Cuál te parece mejor?

—Ha venido Crammer.

—Tienes confianza en él?

—Como si yo mismo fuera.

—Le nombro arzobispo de Cantorbery.

—Poseo el título en mi bolsillo, solo falta firmarlo.

—Al instante lo firmaré.

—Teneis aquí pluma y tintero.

—Dadmelo; y que Crammer principie la obra desde mañana sin falta.

—Desde hoy mismo.

—Se fué Cromwell con ligereza sin echar una ojeada á la arena donde algunas bestias feroces, perseguidas por los perros daban horribles alaridos. Fué volando á casa de Crammer.

—Y te he ofrecido, le dijo, que tu amigo Cromwell haria un dia tu fortuna, tu dicha.

—Nada me importa ahora mi fortuna, contestó el jóven: estoy sumamente enamorado, Cromwell, y soy un Ministro del Altar! Ah! porque me has hecho venir de Alemania donde he dejado mi vida?

—Vaya! desecha ese loco amor, recobra esa ambicion devoradora que siempre te he conocido, porque voy á pre-

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

sertarte un banquete esplèndido; magnífico.

—Ay de mí! no puedes volverme la felicidad: la que yo amo, la que yo quiero habita en Francford. Daria lo restante del mundo por una sencilla casa que haga el Oder.

—Los hombres cobardes son los únicos que se desesperan de lo que tiene remedio: el hombre de valor mira por sí y busca su buen porvenir. No puedo impedir que seas un sacerdote; resignate pues. Abandona las lamentaciones elegiacas, y contesta sin rodeos; que hace falta para consolarte? escoge entre las elevadas dignidades.

—En este caso, quiero dinero; un beneficio sobre uno de los cabildos de Lóndres.

—Lo tendrás.

—Quiero un priorato.

—Y nada mas?

—Pues qué! podrás darme mas aún?

—Te contentas con eso?

—Me resignaré.

—El amor tuyo es débil y tu ambicion mezquina. Lée este papel: te hago arzobispo de Cantorbery, primado de Inglaterra. Veas ahora si prefieres todavia volver á Francfort.

Loco Crammer de alegria, estrechó las manos de su amigo con las suyas.

—Será preciso que te empeñes en servir útilmente al rey, prosiguió el impávido Cromwell.

—Estoy dispuesto á servirte en un todo.

—Tienes que presidir en el pleito. Llenarás esactamente las formalidades necesarias en el plazo mas corto que sea posible, anularás el matrimonio con Catalina.

—Haré mas: amenazaré al rey con el anatema, si deja por mas tiempo el negocio en suspenso.

—Está bien, Crammer! prepara tus representaciones y tus amenazas. Tu las dirigirás al rey desde esta noche mismo.

En la capilla del antiguo palacio de York-Housse, se le habia dado el nombre de White Hall, fué donde se representó esta comedia preparada por Cromwell y el primado. Enrique aparentó vergüenza escuchando las amonestaciones duras del juez arzobispo, y acordaron en que un tribunal, compuesto de doce prelados, se reuniria en Dunstable cerca de la mansion de Catalina, para empezar otra vez y terminar este largo y ruidoso pleito.

Cromwell y Crammer fueron llamados para recibir las gracias de su celo y puntualidad. Fue tanta la alegria de Enrique que no pudo contenerse, y los abrazó á los dos.

—Desgracia es que yo no os haya conocido antes, decia á Crammer! seguid vuestra mision con esa energia, ó jóven, mi proteccion no os faltará. A no dudar Clemente VII va á lanzar un entredicho contra mi: pero vos le contestareis escomulgándole tambien, y si el portador de los rayos pisa mi reino,

no volverá á salir. Tocante á mis súbditos que se atreviesen á murmurar. .

Enrique con el revés de la mano hizo un ademan espresivo, que causó un ligero estremecimiento en los lomos de ambos consejeros.

—Veamos Cromwel, quien se opone ahora casarme con lady Ana Bolena?

—En vista de vuestro discurso en el parlamento, señor, y nuestros convenios, ¿no creeis mejor que sea conveniente aguardar el resultado del pleito?

—Y para qué? mi matrimonio es incestuoso á los ojos del Eterno. El medio mas acertado de probar que es nulo, es contraer otro al instante.

—No pudiera hacerse esto sino en secreto; y probablemente lady Ana querrá diferirlo para que sea pública y solemne la ceremonia.

La decidiré yo á unirse hoy mismo con migo.

Me es imposible aguardar mas, tiempo, Cromwell. Es necesario poner en la balanza mi impaciencia y mi cariño.

Necesario es concluir este asunto. No faltará un sacerdote que se presente. Esta misma noche, en la capilla,.. en presencia de un reducido número de amigos, . *ella* será mi esposa.

—Lleno de gozo fue el rey corriendo á casa de la marquesa de Pembroke, y al tornar á verla creyó encontrar en ella un millon de bellezas que no habia observado. Asi es el poderio de esa pasion que presta al objeto queridos encantos, nuevos á medida que se exalta mas y mas. Ofuscado Enrique con la esperanza de una felicidad cercana, hebrio del perfume que rodea á la amada, cayó á los pies de Ana y esclamó.

—Hoy mismo! esta tarde sin falta! esta noche sin remedio!

—Que decis? dijo Ana mudando de color.

—Ana de mi alma! Esta noche quedaremos casados.

—Casados! que cosa ha sucedido?

—No ha sucedido nada, sino que

mañana concluirán con mis dias ó me volveré loco; esta noche, pues, vendrás á mi poder.

—Estoy asustada! por qué no aguardais que la haya declarado el divorcio?

—Porque moriré, os digo: puede ser que os mate á vos misma; en fin, el juicio se me vá.

—Esperad que consulte á mi padre.

—Una hora nada mas.

—No me hallo preparada para tan grande acontecimiento. Os demando tiempo para tranquilizarme.

—Tranquilizarse! Dios mio! cuando yo estoy muriendome. ¡Ah! bastantes obstáculos he vencido. Por caridad no esciteis otros nuevos! Me has pedido la corona de Inglaterra, y yo te la doy. No estamos ciertos aún de que el divorcio sea pronunciado por Crammer, y nuestro matrimonio reconocido y proclamado por todo el reino? Ahora que os ofresco llevaros al pié del altar, vais

á rehusarlo? Ana Bolena! tu no puedes contemporizar. Abre ese corazon impenetrable; salga de él la verdad: me amas, si ó no? .. Dios mio! se pone pálida! sus manos tiemblan! como un ahogado! que va á contestarme?

—Enrique! yo te amo! contestó Ana con voz débil.

—Serás mia esta misma noche!

—Esta misma noche!

—Dios de Misericordia! dejadme vivir todavia veinte y cuatro horas mas.

Reunió Ana al rededor de si á sus muchos parientes. Asi que logró el objeto de su ambicion, no ignoraba la necesidad de recibir las caricias de su familia de la cual la etiqueta régia iba á separarla para siempre. Los acontecimientos que la habian llevado al pié del trono, se representaban confusamente á su imaginacion turbada. Se admiraba ella de esperimentar mas sobresalto que alegria, y en vano procura-

ba analizar los sentimientos que se agolpaban en su alma. Olvidando que á sus resoluciones debia atribuir la marcha de su destino le parecia que una mano invisible la habia impelido. La vida tranquila y particular de las mugeres de humilde condicion, se le representaba llena de dulzuras. Reclinaba la cabeza en uno de sus hombros, sus ojos se enternecian, su pecho se inflamaba y pasaban densas nubes por su frente hermosa.

—Ana, hija mia, dijo la condesa de Wiltshire, espero que pienses mas en tu talante, cuando ya seas reina de Inglaterra.

—No hay duda, añadió el padre. Ya sabes, Ana, que eso fué siempre un asunto de querer entre nosotros: es de todo punto increible que no hayas aprovechado mejor algunas lecciones de la condesa.

—Nada menos se trata que de su porte! dijo Jorge Bolena.

—No mortifiqueis, dijo una anciana tia, viendo á Ana pronta á prorrumpir

en llanto; la pobre niña está triste y apesadumbrada.

—Triste! lady Eduarda! qué razon teneis para decir eso? Ha caido en gracia mi hija para con el rey, por la amable viveza de su imaginacion fecunda.

—Seria una locura estar triste, dijo lady Rochford.

—Necesario es, añadió el padre, que ella se ocupe formalmente de hacer los honores que pertenecen al mas cercano pariente del rey de Inglaterra; si no me fuese dado uno de los primeros puestos en el consejo, no pudiera yo en la corte continuar.

—Tocante á mí, dijo la condesa con orgullo, estoy decidida á vivir en una de mis posesiones, porque no seria bien visto que mi hija llenase un puesto mas elevado que el mio, y mucho menos aunque tuvi se sobre mi una autoridad aparente.

—Muy loca soy, en dejar con tanto sentimiento esta familia sin entrañas, decia interiormente. Desvanezcanse las lógi-

mas bajo los párpados de la doncella, y su corazon volvió á recuperar la calma. Acercándose la ceremonia nupcial no le causaba ya tanto sobresalto. Presentábanse á su imaginacion cuadros alhagüeños. Observaba al rey ébrio de amor ofrecerla su mano para subir las gradas del trono. La clemencia y la bondad se apoderaron al lado de ambos esposos. Varios desgraciados imploraban los socorros de la reina, la sonrisa reemplazaba la espresion de la cólera en el semblante del príncipe, á los ruegos de su amada.

No habiendo contestado la señorita Bolena, á las palabras de su orgullosa madre, se enfrió la conversacion y ya no se reanimó. Observó Jorge que murmuraban.

—Tú me amas, Enrique! es cierto!

—Olvidas á otro, contestó el vizconde de Rochford.

—Ah! sí; tengo un hermano, esclamó Ana abrazando á Jorge.

Como quiera que el conde de Wiltshire, tenia horror á toda ecsaltacion, no pudo menos de manifestar su descontento, cuando la anciana tia, Eduarda Bolena, á quienes respetaban por su avanzada edad y su riqueza, tocó al padre y le dijo:

—Dejemos Milord, á esos jóvenes llorar y abrazarse con efusion. El corazon de una doncella es una planta muy delicada que al menor roce se marchita. Momentos hay de escitaciones en que la sensibilidad de los seres frágiles se ecsagera, y en que el alma parece irritada. Así que se les vé en tal estado, necesario es tener prudencia para no contrariar á la naturaleza, que por sí sola se encarga de aplacarlas.

—Lady Eduarda, no sé que entendeis por irritabilidad del alma. Os suplico de veras que no introduzcais esas majaderias en la cabeza de mi hija. Bastante dispuesta está hace poco á la tristeza. Con vuestro humor de poeta haríais de ella en poco tiempo una rei-

na ridícula y fátua, lo mismo Margarita de Valois.

Un sirviente de la embajada de Holanda trajo una carta y un lio para el conde de Wilsthire.

—De parte del sábio Erasmo, dijo el lord, del primer filósofo de Europa, y no como Wiat ó Surrey. Mientras mi mansion en Amsterdam, ha solicitado el honor de dedicarme una de sus obras. Me remite este libro. Veas que obra és, Ana.

—Desliá Ana el paquete, y leyó el título de la obra. *De preparatione ad mortem*; de la preparacion para la muerte!

—Oh hombre malo! esclamó lady Rochford.

—Sábio Erasmo, dijo Ana Bolena; me remites acaso mi porvenir? Oh! no; ¿por qué no has escrito mejor la preparacion sobre la fortuna?

—Ya es hora de vestirte, Ana, dijo la condesa; vendrán por tí á las doce de la noche.

Se fué Ana Bolena á su cuarto, yendo en su compañía sus mas jóvenes parientes, para dedicarse á adornar la novia. Segun la costumbre de aquellos tiempos, la pusieron una bata blanca, y la soltaron el pelo: la hermosa melena de aquella cabellera negra y espesa, cubrieron los hombros, y daba un resplandor celestial á los ojos de esta hermosa é incomparable doncella. Comparecida ella con aquel trage, los convidados quedaron deslumbrados.

—Oh hermoso ángel! esclamó Jorge, yo creo haberte visto en alguna otra parte. Sin duda te has fugado de alguna pintura al fresco del Vinci. Ea pues! despliega tus hermosas alas blancas!

Nunca se verá cosa mas encantadora, dijo Ana Savage.

Wiltshire titubeaba en conocer á su hija. Avanzó unos cuantos pasos hácia ella, restregándose los ojos; y despues poniendo el dedo en su hermosa cabellera negra, esclamó:

—En efecto son sus cabellos! no

lo sabia yo... no lo sabia... cuan gra-ciosos! son mas negros y brillantes que el ébano.

—Ah! ved ahí á lord Tomás, ren-niendo palabras de poeta, dijo la anciana tia.

Sonriéndose Ana alargó una mano á su padre.

—No quereis abrazar á vuestra rei-na?

—Dijo de esta manera, y el lord dió en la frente de su hija un beso; lo que avivó su rostro.

Ana se sobresaltó de pronto.

—Miradle aqui; dijo ella.

Acontece haber en los aires mensa-geros invisibles que hablan nunca sino á las doncellas.

Pasado un corto tiempo de silencio, sintieron los asistentes de la comitiva del rey entrár gente en el primer patio de la casa, y al momento apareció el rey en la sala principal.

—Beldad divina! esclamó sobrecogido de encanto, y un reino nada mas puedo darle

Se pusieron en marcha, dirigiéndose al palacio de White Hall. Lord Bolena acompañó á su hija hasta al pié de la escalera, donde una magnífica litera á la novia esperaba.

—Lindísima decia una dama, es esa litera blanca.

—Particular es su uso, murmuró lady Rochford, el tapar á las vírgenes de blanco en todas ceremonias, tanto en los entierros como en las bodas.

—No subiré sola, dijo Ana Bolena. Nancy, ven á mi lado, sube.

Mis Savage subió alegremente á la litera, y echaron las cortinas; pero como el aire de la noche era bastante crudo, la novia se quejaba de frio. Esperaban en la capilla Cranmer y Cromwell. Los confidentes del rey; Wiat, Norris y Brian conversaban en un rincon, y el capellan Rowland se preparaba el santo cáliz. Se abrieron las puertas, y el sacerdote revestido de la casulla, se adelantó un poco hácia el rey, y le dijo:

—Todavia no ha enseñado Vuestra Magestad el documento fehaciente de estar disuelto su matrimonio.

—Tienes valor á dudar de mí?

—Necesitaba saber á lo menos...

—Pregúntale al arzobispo de Cantorbery, al primado de Inglaterra, al gefe de nuestra Iglesia, si puedes oficiar.

—Podeis Rowland, dijo Cranmer.

El capellan se fué hácia el altar, y dió principio la misa. Mientras duraba la lectura del Evangelio, y cuando el sacerdote pronunciaba las palabras de Jesus sobre el matrimonio: «Nadie aborrece su propia carne; no separe el hombre lo que Dios ha juntado,» se cayó un cirio. Al tiempo de levantarse la reina para ir á recibir la bendicion, se pisó el tibete de su vestido, y al instante se sostuvo en la mano que la presentó su hermano.

Finalizó la ceremonia sin haber ocurrido otro incidente. Y saliendo de la capilla, dijo Enrique:

—Eres ya mia! Mia para siempre!

Solo la muerte es lo único que puede separarnos!

Luego se quitó su toca, y poniendo en tierra una rodilla añadió:

—Con confusion te saludo, reina de Inglaterra! desearia darte todas las dichas y felicidades del cielo como te doy todo mi reino.

—Soy feliz y dichosa, y os amo, dijo Ana Bolena.

Empezaron á retirarse todos córtesmente, no quedando ya cerca de la reina mas que su madre y Ana Savage.

Principiaba en el tocador el atavio de la noche. Los íntimos amigos del rey se preparaban á marchar, pero todavia andaba por las salas del palacio una muger enteramente desconocida que á no dudar se habia estraviado. Observabasele andar con precaucion y mirar al rededor de sí como asustada, con una luz en la mano, cualquiera creeria que era una sonámbula. Brillaban sus ojos estraordinariamente; se asemejaba á uno

de aquellos espectros sin sepultura, que de noche van á despertar á los caminantes para llevarlos por mil rodeos, y finalmente los empujan y echan al hondo de un abismo dando risotadas. La fantasma se introdujo clandestinamente en la habitacion preparada para los novios. Incendió con la luz una de las cortinas del tálamo, y asi que la llama hubo llegado hasta el techo huyó y desapareció como una sombra por las galerias del palacio.

—Todavia no me ha dado el beso mi hermosa hermana, decia Ana Bolena á su madre: desearia verla.

—Hija mia, ya es tiempo de que abandones esos caprichos de la juventud. No pienses mas que en tus deberes de esposa y de soberana. Nunca olvides que tu amabilidad para con el rey debe ir siempre acompañada de respeto, de sumision y de deseo por agradarle.

—Dios mio! dijo la reina: que ha ocurrido? No ois esos gritos?

Dos borrachos andaban por allí cayendose.

—Hay algo en la casa real esta noche? decia él menos borracho de los dos. El palacio se halla iluminado.

—Bien beben y bailan.

—No: no veo menearse nada qué haga sombra en los cristales. Escucha! no observas cuanta claridad hay? Es fuego! fuego en el palacio!

—Pues! sentémonos á ver eso.

—Sentémonos. Oye, oye! gritan todos á la vez. Si estará ardiendo el palacio!

—Y á mi que se me dá?

—Nada. Pero los pies los tengo como la nieve.

—Para eso que en casa hay poca leña.

—Como que esta á gran precio.

—Y las monedas escasas.

—Ya no arde mas, se apagó el fuego: que lástima.

No se ven ya las luces: una, dos, tres.

—Que es lo que cuentas? los dedos de tus manos? No sabes tienes diez?

No es eso. El palacio se transforma en negro. Unicamente se ve iluminado un solo cuarto. Todos están durmiendo.

—Entonces durmamos tambien nosotros.

—Vaya, vecino, vamonos. Silencio! aqui se acercan dos señores á caballo con achones. Vamos á seguirlos.

—Que decis de este acontecimiento, milord Norfolk?

—Por cierto que es cosa muy degradable y muy triste. Justamente en el dia mismo del casamiento. Ah! sois vos? Seymour? Me pareció seria Jorge Bolena. Chistoso hubiera sido el paso si el fuego pegara mientras que la perrita aguardaba entre sus sabanas la venida del enamorado.

—Desgraciada niña!

—Bah! lindas y mas nobles señoritas para revender. Una intrigana!

—Es vuestra sobrina.

—Por la parte femenina.

—Mas quien ha hecho esa travesura á la reyna?

—No me cuido de eso.

—Y yo?

Volviendo á su casa, abrió lady Rochford un libro que había encima de un confidente.

—Vamos á ver si me he equivado, dijo.

Trabajo en alta voz, en inglés, varios renglones de una crónica italiana.

«El mismo dia en que la reyna de Nápoles casó con el cuarto marido, ardieron las cortinas del tálamo nupcial, deduciendo de esto un presagio de grandes calamidades; finó en efecto á poco tiempo, ahogada entre dos colchones por sus subditos revelados.»

—Desgracia! tú que acudes á todas partes, pasarás pues por encima de la casa de esta muger sin pisarla? Tú que no desdeñas las mas humildes cabañas, acaso no querrias invadir con el ala un palacio!—Oh! yo sabre atraer-

te: Ana Bolena, mi dedo busca el minutero del reloj que ha de marcar tu hora, y tanto lo adelantaré que al fin le haré sonar, cuenta con una falta, una imprudencia, y estás perdida para siempre. El rey será celoso; no queda duda, lo será. En fin, ya veremos! podré trabajar en tu desgracia.

V.

na Bolona tenia una enemiga en su hermana política. Jamas se creyó que lady Rochford hubiese podido ser nunca una muger honrada en otra situacion, ni que fuese la ingratitud su único defecto. Era ambiciosa, y no re-

paraba en los medios para conseguir sus fines. Conservaba el rencor y era violenta, y lo mas particular és que nadie mejor que ella sabia hacer uso de la amabilidad con los que ella mas aborrecia esperando la ocasion de arruinarlos. Como no era posible que su natural dejase de mostrarse algunas veces, las personas de su casa tenian un génio altanero y soberbio. Jorge Bolena, que empezaba á conocerla, decia que se habia enlazado con una amable serpiente; y mas adelante la bautizó con el nombre de furia infernal. Observese por esta historia que no heran esageradas estas palabras de Rochford.

Al principio de su matrimonio, disfrutó Ana Bolena de una dicha tan pura que creia realizadas todas sus esperanzas. El príncipe á Cromwell abandonaba el peso de los negocios, ó cuando se dedicaba en ellos era para asegurar la corona á los hijos del segundo matrimonio para velar en la prospe-

ridad de la reyna, y hacer el enlace invulnerable. Observabase todavia su impetuosidad en las disposiciones estremadas que ordenaba y apesar de todo su caracter parecia haberse modificado mucho. Su amor se aumentó con la posesion del objeto querido. Dedicado Enrique en los medios de agradar à su amada, con la sumision de un esclavo daba oidos á las amonestaciones de su jóven esposa. Bajo la direccion de este encantador precepto hacia la guerra a sus antiguos defectos, con valor y constancia. Le proporcionaba el amor segunda juventud. Consiguió à ser Ana Bolena el alma del salvage Tudor, y parecia ser enviada por la providencia para libertar á la Inglaterra de una catastrofe. Wolsey si viviera, no hubiera podido dejar de admirar al enemigo que le habia he hado abajo. Mas ay de mi! no estaba acabada la cura, y en un instante el volcan que parecia concluido debia despertarse para inundar el mun-

do de terror al estampido de sus erupciones horrorosas. Volvemos á continuar los sucesos que, nos conducirán por sí mismos á mostrar de que modo descansaba con seguridad nuestra heroina en el borde de un precipicio.

Esperaban tres grandes personages á que el rey se levantase... Crammer, Cromwell, y el canciller Moro. La conversacion se reducia al valor civil. Moro, que era bastante irónico, con malicia, miraba á Crammer:=El mas bello ejemplo de valor que hemos visto en nuestros dias, decia, es á no dudar el que nos ha dado vuestra señoria. Al terrible Enrique VIII, amenazar con el anatema, sino repudiaba á la reina Catalina! Nuestros venideros apenas creerán que un hombre haya mostrado tanto arrojo, tanto valor.

Milord canciller, contestó Crammer; debierais abandonar esa costumbre de satirizar, y reflexionar antes lo que hablais. Casi todas vuestras reconvenciones se dirigen al rey, y las generaciones futuras

podrán tacharos un dia de imprudente.

—El cielo no permita que yo satirice al primado de Inglaterra. Vuelvo á decir que tomando parte en los negocios, despues del rompimiento de Su Magestad con la Santa Sede, vuestra señoría despliega un valor de que yo no soy capaz; pues vengo á devolver los sellos al rey.

Cromwell asió de la mano al canciller, lo condujo á un rincon y le dijo:

—Fuera de si estais, Moro, quereros abandonar en este instante! ahora que el rey desea rodearse de todos los hombres honrados de Inglaterra!

—Tratandose unicamente de rodear á Su Magestad, puedo ocupar en el círculo, un sitio sin que del real sello sea el depositario.

—Ah! de las espresiones no hagamos un juego de voces. Por ventura, á Enrique no conoceis? Unicamente son permitidas esas diabluras á jóvenes de me-

nos de veinte años: no teneis necesidad de tan peligrosas resoluciones para haceros célebre.

—Con objeto á vivir obscurecido, quiero retirarme á mi casita de Chelsea, en las mismas orillas del Tamesis.

—Que verva habeis pisado esta mañana? Cielos santo!

—Si he de hablaros con franqueza, Cromwell, el rey jamás podrá ser á mis ojos el gefe de la Iglesia.

—Que ideas tan locas! eso es una enfermedad de conciencia! por ventura seis vos responsable de las empresas del rey?

—Dios me libre de tal cosa! harto haré con responder de mis propias acciones.

—No os ocupeis pues de semejante asunto. Teneis familia, teneis hijos; debeis evitar el envolvernos á todos en vuestra ruina?

—No quiero sacrificarles el descanso eterno de mi alma.

—Teneis prisa, pues, por pasar á mejor vida?

—Disgustado en extremo estaria; os lo aseguro si hubiera de permanecer eternamente en este mundo

—A lo menos no vayais á esponer los verdaderos motivos que os conducen á hacer vuestra dimision.

—Deberia hacerlo; pero unicamente me concretaré á hablar de mi salud quebrantada

—Vamos! ya veo que es menester salvaros la vida aunque sea á vuestro pesar.

—De que manera.

—Os recomiendo á la reina, que es omnipotente.

—Continuamente he pensado sacar partido.

—Señor Moro! Señor Moro! Tentar á Dios es burlarse el hombre asi de su propia existencia.

No poco disgustado se manifestó el rey de la dimision del canciller.

—Ese vegete me insulta, decia Enrique; se declara absolutamente contra mi

persona; su retirada es un vituperio que hace de mis acciones.

—Cual es la razon que impulsa, dijo la jóven reina, para no creér los motivos que alega? A Moro lo juzgo incapaz de mentir. Su salud es en efecto bastante delicada.

—No era mejor cuando yo le saqué de su cabaña. El sabe muy bien que hoy dia, me seria grato su apoyo tal vez mas que nunca.

—No creo que vuestra Magestad necesite del apoyo de nadie. Que os importa ese hombre ó cualquiera otro de vuestros subditos? el rey es siempre superior á esa multitud obscura asi como el sol lo es á las nuves. La aficion de Moro á la soledad no debe privarnos ni aun de un solo momento de sosiego.

—Decis bien; entierrese donde mejor le parezca, pero yo sabré encontrar un medio seguro de forzarle y que me dé su aprobacion.

Los sellos de Inglaterra fueron puestos en manos de Tomás Audley, orador

influente de la cámara, á quien el embajador de Cárlos Quinto llamó en adelante con el apodo del vendedor de justicia. En tanto se reunió un tribunal de obispos adictos al rey presidido por Cranmer, en la reducida ciudad de Dunstable, cerca del palacio de Ampfill, en el cual habitaba Catalina. Habiéndose negado esta princesa á comparecer ante aquel tribunal, la entregaron una copia literal de la cita, se pasó adelante. Quince dias tan solo duraron los alterca dos, y la sentencia, inmediatamente redactada por Cranmer, fué publicada por todo el reino. Fué declarado el matrimonio de Catalina nulo é inválido, legitimado el de Ana Bolena, y únicos aptos para la sucesion de los hijos que nacieren de este segundo matrimonio. Dada á luz esta sentencia en 23 de Mayo, se señaló para el 2 de Junio el ceremonial para la coronacion de la reyna.

Aleccionado Cromwell por Wolsey, no ignoraba como se gana el afecto versátil del populacho. Se decidió deslum-

brar y regocijar al pueblo bajo, y sobreponerse en la magnificencia de las fiestas á todo lo que en este género se habia visto en aquellos tiempos.

Ningun historiador pudiera decidirse á pasar por alto la estensa revelacion del mas alagüeño dia de la vida de nuestra amable reyna? Despues de trescientos años hundidos en los abismos de la eternidad, se asombra el hombre de sentir palpitar su corazon al escuchar tan antiguas relaciones; proviene de que esta historia es la de una pasion, y las pasiones no admiten edades; somos de carne y hueso como eran nuestros padres; nos hallamos espuestos á las mismas debilidades, batallamos contra los mismos males, con armas parecidas.

Ana Bolena! Abre los ojos. Te corresponde este dia, y vale una existencia entera. Ni un minuto pierdas en un sueño insensible. Abandona el lecho y demanda al espejo se presente tu hermosura, porque ya sonó la hora de tu triunfo. Al salir el sol esta mañana te

á nombrado: no pora de buscarte y pregunta donde está aquella hermosa criatura tan célebre que pone en movimiento tantas personas. Preséntate y obligale á confesar que nada ha iluminado tan graciosamente como tu rostro hermoso. O dulce sueño! Jóven reina, muchas fuerzas teneis en ese cuerpo delgado y frágil, sino se rompe por las sensaciones que van á remover tu alma en esta jornada!

Apenas fué de dia ya estaban en pié los habitantes de la ciudad. El pueblo se agolpa á las márgenes del Támesis, y deseoso mira los preparativos. Pueblo indiferente! saliste pues de tu apatia! has limpiado tus trapos y olvidado la miseria de tu morada para concurrir a la cita dada por una muger poderosa. Espera un instante; por ti és por quien se adorna. Preciso es que te agrade, y los testimonios de tu admiracion van á hacer latir su corazon. La alegria y las amables miradas, serán di-

rijadas á ti y no á tu esposo, tu eres el amante en el dia, pueblo soez. Mira, mira. Ahi tienes la flota brillante que baja del palacio de Greenwich á la torre de Londres.

Esas veintenas de barcas empavesadas, de la propiedad de la nobleza, abanzan al compás de una música alegre. En medio de ellas está la falua ricamente adornada donde viene la reina, rodeadas de sus camareras. Ahi está Ana Bolena! De tisú de oro es su vestido. Juegan los rayos del sol en los diamantes que adornan su cuello de paloma. Aplaudir populacho ébrio, entrega sus encantos á tus miradas las mas bella de las mugeres.

Trescientas barcas llenas de comerciantes de la ciudad, cierran la comitiva. El rio podrá sostener por largo tiempo una carga tan pesada en estremo?

Mirad las murallas de la torre. Una esplosion terrible se oye. Es el grito de júbilo de la artilleria que supere la algazara del pueblo. El humo cubre la

fortaleza. Se tapa la cara con sus manos la reyna. Dios quiera que pueda inspirar á su esposo el horror que ella tiene á la guerra!

=Nunca, dijo Dubellay; en mi vida oí cañonazo que tanto ruido hiciera.

Llega la comitiva en el recinto de la torre, y el lord corregidor pronuncia el discurso de costumbre.

=Pregunta la reyna, no es aqui donde se hallan los presos? Ah! quiero que mi esposo les perdone antes que pase el dia.

Despavoridas huyen las lechuzas de los torreones, dando fúnebres graznidos.

- Si, si! aqui es donde se rinden esperando la muerte, y tu misma vendrás á este sitio.

Aquellos graznidos el aire se los lleva. Mientra duró la marcha triunfal ácia el palacio donde reposa la corona de San Eduardo, se aumentó el delirio de los jóvenes. Ana Bolena iba en una litera descubierta. Se la ve de cerca. Con

espresivos saludos graciosos contesta al entusiasmo del pueblo. Te paga tu curiosidad, infeliz pueblo; echate entre los caballos. Mas de un caballero arde en amor por su reina; pero tu, á quien bloquean el trabajo y los padecimientos, nada tienes que temer de sus hermosos ojos, porque nada tienes que esperar nunca.

Al palacio llegan. En medio del salon del trono se adelanta el lord corregidor y presenta á Ana Bolena una copa llena de hipocrás: la toca sus lábios, despues sube los seis escalones y se sienta magestuosamente. Le ponen la pesada corona: su mano derecha empuña el cetro de oro y su izquierda la bola de marfil. Inclina sonriendose su cabeza declinada; apenas tiene fuerzas para sostener aquellas pesadas insignias, y en el afan con que la desembarazan de ellas pudiera ver Ana la primera advertencia de los reveses del porvenir. Pero como pensara que tan gran dicha pueda concluir nunca? Guar-

da tu seguridad jóven muger? nada importa saber como has de morir? Disfruta bien de lo presente; da gracias á Dios por los placeres que te envia.

Se dió en las salas bajas del palacio, una magnífica comida. Por cuatro veces fué cubierta la mesa y renovados los convidados. Norfolk y Surrey se pasean despacio á caballo al rededor de las mesas, conservando el órden. Se ve tambien Ana Bolena. En un sitio elevado sentadas á sus pies dos damas de honor cuidan de su regia vestidura; otras dos están en pie, á sus costados, estienden delante de ella un paño de grana, que la oculta de cuando en cuando á los ojos de los asistentes, cuando quiere cambiar de postura ó bien descansar de la fatiga. En una sala contigua mira el rey sin que nadie lo vea, y goza de la felicidad de su querida

Mientras el sol declina; la multitud se dispersa, y los ruidos se desvanecen. A pesar de todo, el tiempo á caminá-

do. Envuelve la noche el mundo en su negro manto. Hermoso dia, huye cuanto pueda. No se borrará jamás de tu memoria, y los infortunios no podrán apagar tu luz consoladora de la mente de Ana Bolena.

En el entretanto que nuestra heroina gozaba las dulzuras del poder real, el Vaticano se reunia para tratar de los asuntos de Inglaterra. Asustado el Santo Padre de la dureza y energia del rey, habia ya tentado de volver al aprisco del señor la oveja estraviada; pero las negociaciones no habian tenido ningun feliz resultado.

—Poseo lo que necesito, habia contestado Enrique; soy dichoso. En mi reyno yo solo soy el dueño; la Iglesia, el pontifice, y hasta el demonio tomen la cosa como quieran; nada me asusta.

Los Cardenales se quedaron absortos, y al oir tal respuesta la cólera se vió pintada en sus semblantes.

Mediante que ha perdido todo respeto y toda moderacion, esclamó el pa-

pa, quede abandonado para siempre ese lujo tan ingrato, y la maldicion de Dios caiga en su trono. Acordaron dar una sentencia que ordenaba á Enrique VIII separarse de Ana Bolena, volviese con Catalina, en el preciso plazo de tres meses, bajo pena de excomunion.

—Y quien se obligará de llevar á Londres el anatema? dijo un cardenal.

Concluidas de decir estas palabras se apoderó el temor de aquellos ancianos. No es dificil escomulgar desde lo interior del castillo de San Angelo; mas los rayos de la Iglesia no viajan por los aires como los que llevan las nubes. Es preciso llegar al pié de su trono, para herir á un rey, y el leon de Inglaterra tiene tan buenos colmillos, que se arriesga el que intente asomarse á la caverna donde habita. Moriria Cappegio de calentura antes que volver allá en toda su vida. Resolviéronse pues que los rayos fuesen á pequeñas jornadas hasta las orillas del canal de la mancha, descansando en las mejores posadas, y

que fuesen lanzados por encima del oceano, aunque se perdiesen ó naufragasen en él, sin hacer mas ruido que un relámpago de calor.

Enrique no era hombre que se satisfacia con reir de las amenazas impotentes de los cardenales, pues hasta el color se le subia con solo oir nombrar á Roma.

=Milores, dijo á su corte, hay en Italia una reunion de viejos que hablan de poner á mi reino un entredicho, mandar á mis subditos que me mortifiquen, y otras lindezas semejantes. Va á responderles como se debe el supremo gefe de la Iglesia en Inglaterra. Tened entendido que en adelante la palabra de papa quede borrada de nuestro vocabulario: pronunciada que sea por cualquiera, habrá dicho contra mi una blasfemia, que le costará muy cara.

Inmediatamente por un decreto quedaron suprimidos de un golpe cuarenta y dos monasterios, confiscados sus bienes á favor del erario; Habiendo vis-

to el clero la venganza de Enrique iba á dirigirse contra él, de buena gana hubiera conjurado al papa para que suspendiere sus ataques espirituales.

Con el fin de volver á la alegria del príncipe, se ofreció á pagarle un tributo anual. La diócesis de Cantorbery puso por si sola á disposicion del rey una cantidad de cien mil libras esterlinas, las que fueron aceptadas; mas no por eso dejaron de cerrarse los conventos, y estas ofrendas no hicieron otra cosa mas que inflamar sobremanera la codicia del soberano, pues con ello le dieron una idea de que se amontonaban riquezas en las arcas sagradas. No era estraño que fuese un conjunto de contradicciones cualquiera reforma verificada bajo la direccion de Tudor. Este príncipe habia escrito en su juventud contra Martin Lutero. El objeto que se propuso era que se persiguiese sin descanso á los sectarios alemanes atraidos á Lóndres por las disputas con la cor-

te Romana. Sus partidarios se encontraban encarcelados, y algunos de ellos fueron quemados vivos. Queria Enrique decidir en artículos de fé, y sucediendo que con mucha frecuencia sus pareceres mudaban repentinamente, las consecuencias se veian confusas en estremo. Prestaba á la proteccion Ana Bolena las gracias y debilidades de una muger cumplida para arrostrar toda clase de cuestiones. Los repetidos insultos de los franceses, las maldiciones de Roma, y el recuerdo de los tormentos del infortunado Marot, eran un estímulo que la impulsaban á la reforma. Solamente miraba en los protestantes hombres perseguidos, y la simpatia irresistible que sus padecimientos escitaban en su corazon acabó de dominarla. Los protegió desde luego, no como religionarios, pero si como hombres valerosos y desgraciados. Su valimiento en el ánimo del rey se acrecentó aun mas, cuando se anunció que la reyna no tardaria en ser madre, y el pueblo al acoger con entusiasmo es-

ta noticia enlazó la virtud de aquella á quien habia despreciado antes de verificarse el casamiento. Tanto el clero católico como los protestantes no sabian cuanto eran deudor á la influencia de aquel ángel pacificador. Desde que ocurrió la muerte de Wolsey todo lo queria derribar Enrique, queriendo dar de este modo pruebas de poderio y actividad. No permitia ni la mas pequeña oposicion á su voluntad fantástica, ni aun aquella que él mismo habia puesto.

Se hacia particular mencion entonces, de un célebre predicador, Hugo Latimer, el cual se contaba que convertia á centenares sus oyentes á la fé protestante. Lleno de sobresalto el clero le intimó que compareciese cuanto antes á la presencia del obispo de Lóndres: luego que se presentó fue encerrado en la torre. Salian aterradoras amenazas de la boca del rey, mas era tan amada Ana Boleon que todo lo alcanzaba, y por su mediacion se concedió permiso para escuchar á Latimer á quien ella queria

salvar de una muerte segura. Condujeron al predicador desde su calabozo al palacio de White-Hall donde la córte se reunió con toda pompa y solemnidad. Seguramente la grande elocuencia de este hombre solo hubiera servido para perderle, si la jóven reina no hubiese dado terminantes muestras de aprobacion con sus ademanes y miradas cada frase del discurso. Participó el rey del entusiasmo de su adorada consorte, y Ana llevó la generosidad hasta manifestar de viva voz la satisfaccion que su corazon sentia, cuando Latimer tronó contra la vanidad de las potestades terrestres. Se puso en pié y alzando su voz, rogó al predicador le diese consejos útiles sobre su conducta venidera. Admirado el eclesiastico de haber encontrado en la reina tanta modestia, continuó lo restante de su discurso en un tono mucho mas moderado y esta fué su salvacion. Pusiéronle inmediatamente en libertad. Con objeto de probar que sabia aprobecharse cuanto le era posible

de las lecciones que recibia, reformó Ana varios de los abusos que existian en la córte. Prohibió espresamente a sus doncellas las lecturas de libros de caballeria para substituir á estas malas leyendas con obras de sana moral, y las damas siguiendo el ejemplo de la reyna se dedicaron á trabajar en bordar alfombras y otros primores, los que se vendian á beneficio de los indigentes. Latimer fue promovido á la silla de Worcester, lo cual llenó de asombro á los obispos que se habian propuesto causar su esterminio. Esta severidad de principios que mostraba Ana Bolena, no la impedia gozar con viveza de cuantos placeres inocentes son inherentes á la juventud. El baile y los juegos tenian sus horas determinadas, y la reforma no ofrecia ya cosa alguna de rígido y de repugnante.

Bien pronto dió la reyna á luz una hija, y aunque Enrique deseaba un heredero varon, la tierna Isabel fué acogida con bastante júbilo, y el amor del

soberano á su muger parecia cada vez mas inalterable. Lo mismo los poetas que los artistas, tomaban asunto para sus obras en los amores del príncipe y de la hermosa doncella de honor. En todas partes se veian las cifras de Enrique y de Ana rodeados de lazos y divisas. Habíase ganado la reina el afecto del pueblo. Aunque su esposo era generoso, sin embargo carecia muchas veces de dinero porque daba una suma considerable en limosnas y en mantener en los colegios una infinidad de jóvenes pobres. De esta manera gozó por espacio de dos años cabales, de un placer perfecto, y el consentimiento y la satisfaccion de su alma, daban ensanche á su salud, y cada dia estaba mas hermosa y envidiable.

Fácilmente se puede comprender que se habia hecho en el carácter de Ana Bolena una de aquellas revoluciones, que se observan muchas veces en el curso de la vida humana. Siempre estaba afable y alegre, pero el atolondramiento de

la juventud habia dejado el puesto á la gravedad que convenia á la reyna. La imprudencia y la ligereza habia desaparecido del todo. Atribuia el célebre Cabanis esta mudanza repentina, á causas puramente físicas. Con lucimiento hubiera esplicado las modificaciones que sufrió el sistema venoso á los veinte y siete años, y la influencia de estos movimientos en el carácter y las ideas; pero me parece que tambien se puede añadir á esto el sentimiento de una situacion arriesgada, la noble ambicion de ser útil, y la precision de guardar intacto el honor de un nombre histórico en el porvenir.

Poco tiempo tardaron en aparecer las primeras nuves que debian turbar la felicidad de nuestra heroina querida.

Deseando el rey consolidar la reforma, siguió la supresion de conventos El fisco agoviaba al clero acusado, so pretesto de estorciones, capitaciones, y estafas del mismo, por lo que enviaron peticiones y diputados. Contestó Enrique

que á nadie recibiria sino se añadia á los protocolos su cualidad de cabeza suprema de la Iglesia. Se le ocurrió entonces exigir un nuevo juramento de fidelidad con este motivo, y al cabo de algunos debates, se acordó que concluiria la fórmula con el siguiente paréntesis (tanto como la ley de Dios lo consienta), y todos prestaron juramento. Se exigió el juramento á los empleados y á la nobleza, tambien á toda persona de alguna distincion en la sociedad. Acordose tambien Enrique de Tomás Moro, á quien le conservaba rencor, aunque no lo aparentaba. Queria saber los verdaderos motivos de la retirada del Canciller; á no dudar prejuzgaba que Moro rehusaba prestar juramento; y sus conjeturas no eran infundadas. Declaró Moro que su conciencia le ordenaba que se negase á ello, y al instante fué puesto en la carcel. La misma suerte le cupo al Obispo Fischer, viejo y ciego. Fueron desatendidas por primera vez las súplicas de Ana Bolena. Ofreció Enri-

que que concederia la vida á estos dos hombres; mas el papa escribió á Moro felicitándole por su valor y constancia, y á Fischer elevándole á la dignidad de cardenal, y se oyó al rey decir públicamente lo siguiente:

=Antes que venga de Roma el capelo, ó sombrero del cardenal, ya no tendrá cabeza el obispo para ponerselo.

Habiendo hecho la providencia que Tomás Moro naciese en el reino de Enrique VIII, le destinaba el triste papel de victima. Siendo un hombre sumamente sabio y de un talento muy esclarecido no podia quedar este grande hombre sumido en la oscuridad, y como incapaz de ser ingrato á su principe con una negativa, no podia quedar sin empleo, á la vez que su misma honradez no le permitia estacionarse en el poder. No habian cumplido dos años y ya estaba incómodo de mandar. Llevaba consigo su honradez cierta incu-

comodidad interior que le pronosticaba habia de acarrearle persecuciones. Una fatalidad hacia nacer al rededor de él los peligros. Dedicado Moro en la disecacion de animales como naturalista, enseñando á sus hijos el arte bello y divino de la música, y tratando por cartas con Erasmo de los puntos de metafísica, molestaba el sueño del leon. Le parecia á este hallarse ofendido hasta por el silencio y los esfuerzos que Moro hacia para retirarse á la vida solitaria. No cesaba de ver la muerte al rededor de su morada. Toda persona nace con su sino. Unos mueren siendo víctimas de un vicio dominante, otros de un capricho ó terquedad: á semejanza de Séneca, debia morir Tomás Moro por su virtud. Persona alguna á tenido un fin mas trágico ni mas voluntario que el suyo. Todos los subditos sin oposicion alguna prestaban el juramento bien de palabra ó por escrito. Jamás hubiese pensado nadie en acusar de delito una persona por haberse prestado

á esta formalidad. Se afanaba Tomás Moro en solicitar un martirio aunque inútil; esto era un verdadero suicidio. Incómodo Cromwell al ver esta tenacidad, apuró todos los medios de persuacion, y Moro insistió en su negativa sin poderlo reducir á la razon.

No se le ocultaba á la reina que la muerte de un personaje tan respetable seria una mancha indelebre para su reinado. Rogó, medió á su favor con tanto ahinco que se alargó el proceso, y Moro parecia estár en el olvido en la cárcel. Ponia en juego Ana toda la sutileza de que son susceptibles las mugeres para salvar al ex-canciller. Se oponia á que Moro pereciese, por infinitas razones, aunque leves; entre ellas, porque era un gran tocador de viola, y á ella le agradaba mucho este instrumento, y porque los hijos de él eran graciosos en estremo. Estaba empeñada en conseguir su indulto, en lo cual encontraba un medio de probar al rey en su amor. El capricho de una muger acon-

teco tener muchas veces mas peso á los ojos de un príncipe como Enrique, que la justicia y el temor de una mancha. Estuvo en nada que el hombre mas honrado de Inglaterra no fuese deudor de su vida á estos manejos. Se sonreia el rey al oir las súplicas y al ver la habilidad femenina de su amada; se suponia ablandado, mas no firmaba la órden de soltura y el encono se conservaba como adormecido en lo interior de su corazon.

Fué un dia el rey al palacio de Richmond con la servidumbre.

—Mira, sabes, dijo á la reina en el camino, de qué manera habla de tí tu abijado? Asegura que eres una concubina mia; á despecho de tu matrimonio, y que si Catalina llegase á morir, tu hija seria bastarda aun cuando nuestro enlace fuese celebrado segunda vez. Te avergüenzas! tranquilízate; ya pagará su insolencia temeraria.

—Es preciso, contestó la reina, que le anonademos con nuestra generosidad.

Mandarle llamar, Señor, ante vuestra presencia, quiero obligarle á mudar de lenguage y forzarle á que nos quiera.

Para fundar sus furores, mentia Enrique. A las veinte y cuatro horas supo Ana la muerte de Tomás Moro.

=Ay Dios mio! esclamó con sumo dolor; á mí es á quien un dia pedireis cuenta la sangre de ese justo. Por ventura hay necesidad de que mi nombre sea maldecido? Wolsey! tendrá la Inglaterra que echar de menos tus inicuas intrigas? tu me lo habias predicho: no está en consonancia la política con su corazon! Oh Dios mio! inevitable es vuestra voluntad! Que será de nosotros si me quitais mi poder?

=Mi estimada sobrina, decia el celoso Norfolk; eso dará lugar á que hablen de vos en toda Europa.

=A calmado ya mucho el amor del rey (dijo lady Rochfort); de hoy en adelante hirá amostiguándose. Llegó el dia de principiar el ataque.

Transcurrido un mes de la muerte de Tomás Moro, se paseaba la corte por los jardines del palacio. Era en el mes de Agosto, y las damas estaban tomando el fresco de la noche. Habia trabado el rey con Francisco Brian y Norris, una conversacion deshonesta y se habian arremolinado los hombres á un rincon del parque. Hablaba con la reina Jorge Bolena, y en una calle de árboles frondosos estaba lady Rochford sentada al lado de un caballero de alta estatura.

—Mi amado Seymour, decia ella; ya que vuestra hermana no tiene talento, es preciso sacar provecho de su juventud y de su hermosura. El mejor medio de sorprender la imaginacion del rey es llevarle esa doncella con mucho misterio. Es una gran dicha que nunca la hayan visto en la córte. La enseñaremos nosotros á fingir repugnancia al esplendor y al boato.

—No tiene la tontilla necesidad de que se lo enseñen, Se estremece cuando yo

la hablo de presentarla al rey, y es el unico papel que está en disposicion de representar ahora.

—Poseeis bastante ascendiente sobre vuestra hermana para asegurar que seguirá vuestros consejos?

—A la verdad que si se negase á obedecerme, la haria andar á sopapos.

—Violentarla no. Esas niñas pusilanimes ceden de buenu voluntad por las buenas. Asegurais que no es conocida entre los intimos amigos del rey?

—Nunca ha salido de nuestra providencia, y en los ocho dias que hace que se halla en Lóndres, aun no á salido á la calle. No se ignora que tengo una hermana; mas quien pudiere adivinar su apellido al verla?

—Conviene de esta manera.

—No, no aguardo que Juana Seymour haga la fortuna de su familia. Que probabilidad hay de que este plan tenga efecto?

—Mas probable es de lo que pensais, mi amigo. Juana es una de las mugeres

mas preciosas de Inglaterra. La reina tiene diez años mas que ella. El matrimonio ha mitigado la pasion del príncipe. Entre el amor en él, por segunda vez, y ya no hallará obstáculo á sus deseos. Decid á los Bolenas cual es el medio mas seguro para apoderarse de una corona. Agrade al rey la vista de vuestra hermana, y yo me encargo de anonadar esa familia; mas de Enrique necesito su íntima confianza. Escuchad mi plan. Enviaremos mañana vuestra hermana al teatro, acompañada solamente de una criada. Se colocará á la izquierda en frente del asiento régio. A la reina no le agrada las luchas de animales, y no se hallará en la funcion. Cuidaremos de que Juana descubra su pecho. Yo iré bien temprano á dar un vistazo cuando ella esté en el tocador, y la leccionaré lo necesario. Mirando al público, fijará la vista bastante tiempo en el rey, y despues se sonreirá conmigo y me saludará. De esta suerte, si el golpe es atinado no podrán dejar de hacérseme

preguntas y confianzas. Permanecerá Juana inmóvil, y conservará despues la vista baja mientras dure la funcion. Se irá antes de concluirse. Una litera bien cerrada la conducirá á su casa, y vos tendreis mucho cuidado de que nadie le siga los pasos. Recapacitad bien en la incomparable hermosura de vuestra hermana, y tambien en sus diez y siete años de edad. Delante de nuestro bello sexo es débil el rey; su corazon es inflamable; me hace esperar feliz resultado. Creedme mi querido Seymour, conseguiremos nuestro objeto.

=Me volveis la esperanza al cuerpo; pero si el rey se enamora no estará del todo concluido.

=De todo es nuestro si se enamora, se irrita, yo pongo en sus manos armas fuertes contra el enemigo, y vos sabeis como hieren cuando una pasion le estimula. Los Bolenas desaparecen entonces como el humo.

—Y vuestro esposo?

—Seymour, yo estoy emparentada con el rey por esta familia; soy hermana política de la reina, y sin embargo todo lo arriesgo por favorecer vuestra ambicion. Es necesario que vos me ameis.

—Ah! pudierais nunca dudar de mi amor?

—No pudiera dudar sin morir. He olvidado el efecto de Rochford. Amigo mio! se romperán los obstáculos que nos separan con los que alejan al rey de vuestra hermana.

—Lo creeis? los matará á todos?

—Vos lo habeis dicho! sois ignorado en esta córte, y yo soy nula. Nos tocará el turno de gobernar á Tudor, y nada se opondrá ya á nuestra union. La reina viene hácia aquí; apartemonos.

—Nos veremos esta noche?

—No seria prudente, amigo mio. Adios! tened valor y constancia. Llegará la bonanza.

—Qué cabeza! dijo Eduardo Seymour. Hay momentos en que me parece es-

tár con el diablo. Mal haya sea! matar á su marido para enlazarse conmigo! Oh! despasito con eso, querida! Si consigo ser hermano de una reina, puede ser quisiera quedar amante tuyo; pero no mas. Pediré el mando de los ejércitos. Haré la guerra; atacaré á Cárlos Quinto, lo batiré, y lo mataré. Me caso con una infanta. Reino, concluyo la conquista del Nuevo Mundo..,

Habandome yo libre, decia por su parte lady Rochford, siendo confidenta del rey, se abre delante de mi un dilatado campo. Pero porque no han de valer mas los Seymours que los Bolenas? Tengo ahora veinte años y on soy mal parecida: si algun dia los ojos de Enrique VIII! Seguro que no cediera yo el puesto á otra reina! para evitar las desgracias hay medios ocultos. Mucho mas vale ser la viuda de un principe, que vencida y reemplazada por una rival.»

Al siguiente dia, y á la hora en que se abrió el circo, fueron ocupados por

los mercaderes de la ciudad todos los sitios concedidos al pueblo. El lugar reservado para la nobleza se llenó, y el pueblo agrupado por afuera miraba á las demas bajar de sus literas, ricamente vestidas.

Habiendo transcurrido una hora de agu rdar, la algazara del populacho, y los toques de timbales y clarines, anunciaron la llegada del rey. Enrique iba acompañado de sus dos intimos amigos, del obispo de Bayona, y del pintor Holbein, establecido poco habia en Lóndres, y á quien Su Magestad demostraba mucha estimacion. Montados á caballo los comisarios salieron de la arena y se hizo la señal de principiar la funcion. Se echó un oso á la lid; acosado por una trailla furiosa. Despues de haber reventado el animal algunos perros, quedó por fin tendido, aunque forcejando y dando rugidos horrorosos. Se enredaban sus uñas en la carne de de sus contrarios, y sangre abundante corria por la arena. Apesar de todo

el interes de esta escena, el rey dirigió su vista á una persona que en aquel instante, en frente de él se sentaba.

—Ved, dijo el príncipe á los jóvenes que le acompañaban; ved aquella jóven que acaba de sentarse allí. O yo me engaño, ó nunca cosa mas hermosa á iluminado el sol!

—Efectivamente, es encantadora: no he visto ojos azules mayores.

—Provocan besos sus mejillas: que con robustéz ostenta! qué garganta! qué cútis!

—Reparad sus manos.

—Que gracia en sus actitudes! su gravedad es lo que mas me agrada.

—Sus dorados cabellos, como los racimos de la uva mas lozana.

—Y tú, Juan Holbein, qué dices, preguntó el rey. No te encanta esa jóven?

—Si la hermosura consiste únicamente en la regularidad de las facciones y en la perfeccion del cuerpo, puede

Vuestra Magestad asegurar que no hay cosa mas cumplida que esa muger. Es una estátua antigua; mas existe en Inglaterra una persona mas encantadora todavia, que reune á la hermosura deseada del estatuario la de la espresion, que no pocas veces hace aburrir al pintor; una muger cuya alma...

—De quién hablas?

—De la reina, señor.

—Yo quisiera decir á esa rubia seductora cuánta satisfaccion tendria en hablarla. Está mirando hácia aquí. Ah! nunca me hubiese figurado.....

—Esa mirada á quién vá dirijida?

—A mi, dijo Brian. He llamado su atencion. Saluda; y á no dudar es á mi.

—Mucho amor propio tienes Brian! No ves que ese saludo es dirijido á lady Rochford.

—Tambien á mi. Lo que convence mas es que al saludarla y mirarla se ha puesto colorada.

—Unicamente se ha sonrojado de ta

lonteria.

—De placer, de placer! voy á seguirla.

—Brian, dijo el rey; yo te prohibo el salir de aqui.

—Siendo forastera, cómo hemos de saber su nombre? Me dá permiso Vuestra Magestad que vaya á informarme?

—No, porque nada me importa. Ni he de volver á verla, ni en ella mas pensaré.

Enrique, aunque hacia mucho tiempo habia adoptado hábitos de disimulo, su indiferencia aparente no pudo engañar á sus allegados. No podia ocultar su turbacion. No se apartaban ya sus ojos de la hermosa desconocida. Mientras tanto se habia animado mas y mas la lucha en el circo. Una hiena de Berberia, perseguida por los perros, asustaba á los espectadores con sus rugidos de rábia. La fiera se habia refugiado en un rincon de la arena donde hacia un destrozo de todo lo que á ella se acercaba. Por fin, habiéndola rendido de grande

perros de presa, los demás se arrojaron sobre ella, y todo su cuerpo se vió terriblemente mordido. Los concurrentes aplaudieron con tanto entusiasmo, que el rey volvió la cabeza hácia el sitio de la lucha. Así que hubo pasado aquella distraccion había desaparecido la desconocida.

—Bendito sea Dios! murmuró en voz baja. Lady Rochford la conoce.

Incómodo y pensativo Enrique de sí mismo, se fué al gabinete de la reyna, á quien encontró en el tocador.

—Ana, por qué no has venido conmigo? no debieras haberte separado de mi.

—Cabalmente, eso es cuanto yo deseo, mi amado príncipe: no nos separemos ya; pero abandonad ese aspecto triste, y sepamos lo primero si te gusta este vestido.

Empezó Ana á andar delante del rey, con una encantadora gracia.

—No respondes: ya veo que no te parece bonito.

—No es fea! no puedo negarlo, cuando tú eres un ángel.

—No es preciso negarlo, te está permitido decirlo. Qué tienes? me parece que estás triste. Comunícame tus pesares ahora mismo.

=Acercóse la reina lentamente, y puso una mano en el hombro de Enrique, mirándole con amabilidad.

El amor volvió á tener cabida en el corazon del príncipe.

=No, no me aqueja ningun pesar. Soy el hombre mas dichoso. Habeis dicho bien: tengo una perla de hermosura, que el mundo entero no ha visto otra parecida. Oh! en adelante yo estaré mas sobre mi.

—Qué ha acontecido esta mañana? Enrique, Enrique! han hecho en tu corazon alguna herida!

—La que tus ojos me han hecho.

—Necesario será confesarlo. Si dejas de quererme, Enrique, jura que será la primera que lo sepa.

—Ten sabido que te quiero mas

que nunca, que no puedo querer á otra Mientras conserves esas miradas penetrantes que trastornan lo interior de mi alma, mientras que esa sonrisa encantadora anime tu semblante, no tienes que temer nada.

Le dirigió Ana al rey una sonrisa de aquellas que le era imposible ver con serenidad.

Mediante que eres un cariñoso caballero, voy á darte una noticia interesante: he soñado esta noche que era madre de un príncipe de Gales. A no dudar es un aviso venido del cielo, estoy cierta de que te daré un segundo hijo.

—Con suma complacencia esclamó el rey. Un varon! un varon! Es lo que pido á Dios hace veinte años! Al fin me lo otorga! No ignoraba yo que tú serias el génio de los Tudores Ah desgraciado papa! yo te aleccionaré á maldecir nuestro tálamo. Te responderemos nosotros á tus baladronadas con una linea de hijos gallardos y hermosos como el dia mas claro.

—Espera un poco antes de entregarte á la alegria. Y si fuese hija?

—Será un principe! un principe de Gales! tendré un heredero! O dicha! estoy bien casada delante del cielo! soy una madre afortunada. Carlos Quinto, bien puedes tener un ejercito de hijas, pero mi primogenito no será para ninguna de ellas: volemos á noticiar esto al fiel Cromwell.

Se ignoraba en el palacio por qué motivo lady Rochford se paseaba por las arboledas de los jardines con la vista inclinada al suelo. Era lo mas funesto el corazon de esta muger; nada absolutamente descubria á los ojos del público, los movimientos de sus pasiones. Era demasiado diestra para salir al encuentro de las confidencias del rey, y su génio malefico se incomodaba de la necesidad de esperar. Como una sombra inmediata á Enrique se la veia pasar, y hablar sobre mil asuntos distintos; mas el principe parecia haber olvidado á la bella desconocida. No sabia hablar mas

que del sueño de la reina y del vástago ofrecido á la rama de los Tudores. Otra muger menos terca que la esposa de Jorge Boleno, hubiese recurrido á otra combinacion: pero no desistia lady Rochford á una idea hasta despues de haber apurado todos los medios de conseguir el fin apetecido.

Ninguna cosa es tan maravillosa y agradable como el vedado de Windsor. A corta distancia de la quinta ó palacio hay una selva, que data de muchos años, en que se encuentra caza de raza antigua. Mirad, esos árboles elevados! esos son los credenciales de la nobleza de los lobos y las zorras que allí abrigan muchos siglos hace, y que nunca fueron cazados por los reyes. Desde que el espino blanco ha reemplazado á las rosas sangrientas de York y de Lancaster, á menudo la corneta del cazador y el trote del corcel hacen resonar aquellos bosques con su ruido ame-

nazante. Las guerras civiles no tiñen ya de sangre los campos, y los furores de la nobleza bulliciosa se han vuelto contra tí sola, caza desgraciada!

Mucha destreza y mucha astucia tiene Enrique para la caza. Le estiman los ancianos guarda bosques; viéndole aguijonear su caballo levantan sus atezados rostros, y dicen:

=Mas hábil es ese que nosotros. El sitio que escoge siempre es el mejor. No le gusta el arcabuz matador, y únicamente hace uso de la antigua ballesta; mas la flecha de Robin-Hood, no es tan segura como la suya, y cuando empuña su ancho cuchillo, la última hora del jabalí ó del águila bien pueden decir que llegó

Se asemeja la caza del jabalí á una verdadera guerra, guerra peligrosa contra un enemigo sumamente ágil y robusto. Esa es la predilecta para el terrible Tudor.

Instigados los perros, persiguieron de cerca á una jabalina. Siendo despanzur-

rados varios de ellos, mantuvieron dando ahullidos entre los helechos, no desalentándose por esto la caza. Escuchad! escuchad! El ruido cerca está; bien pronto estará el enemigo delante de nosotros, el rey preparará sus armas, sabedor á donde vendrá á parar la fiera. Silencio! el jabalí llega, saltando por los espesos matorrales.

=Qué es lo que hace el rey? dijo un guarda. Qué ha sucedido? Se halla con la ballesta inclinada al suelo! mira á otro sitio! y se divierte en seguir con la vista á una jóven dama que camina á caballo por lo alto de aquel monte. La jóven es bonita, mas el rey desatiende á la cacería. Oh! el rey pierde el juicio; miradle como vá trepando con la mayor destreza por enmedio de los espinos para alcanzar á la hermosa! La persigue por los senderos, pero ella se ha sonreido espoleando á su cabalgadura blanca, y despues ha desaparecido á galope tendido en la fragosidad del bosque.

Regresa Enrique confuso y fatigado en estremo. La jornada es penosa. Ha errado el tiro de dos magníficas presas. La dama es mucho mas ágil que una corza de cuatro años, y por primera vez el jabalí perseguido retorna vivo á su guarida.

—Quién, pues, ha podido abrir á esa estranjera el recinto del vedado? pregunta el rey, despidiendo chispas por los ojos.

—No hemos sido nosotros, no hemos sido nosotros; responden prontamente las gentes de la quinta.

—Mandaré os den de palos hasta que brote la sangre de vuestros cuerpos, si no lo confesais inmediatamente.

El verdadero motivo de la ira de S. M. es el despecho de no haber podido dar alcance á la sílfida que perseguia, porque ya se vá templando su terrible mirada.

—Dígalo sin temor el que haya introducido á la desconocida: le ofrezco desde luego el perdon por su ingenuidad.

Colocando aunque involuntariamente el anciano conserge su mano derecha en el cinto de Búfalo, donde ocultaba lindas monedas de oro, dijo:

—No soy yo, señor; y creo que la hermosa Rosamunda abandona su sepulcro para venir á cazar aquí, con el rey Enrique I, mediante á que de noche, en los tiempos de borrasca, escucho distintamente los perros y la trompa de Lucifer... Mas de una vez se ha visto ya en nuestros bosques, y las huellas de la caza infernal se encuentran todavía bien marcadas por la mañana entre los húmedos y espesos matorrales.

—Cesa, cesa, responde el soberano. Diez guineas de oro daría á cualquiera que me presentára esa linda cazadora; mas te prevengo no vayas á hacer uso de tus armas contra ella, viejo imbécil.

—Diez guineas de oro! dijo en su interior el maligno y antiguo conserge: eso equivale segun creo, á treinta coronas, algo menos de ciento cincuenta libras de

Francia! Poco es eso! el doble me han dado porque guarde silencio, en muy buena moneda! es indispensable ser honrado cuando se saca provecho.

Pensativo y cabizbajo en estremo volvió el rey al palacio. Sus anchos hombros se redondean y su barba se esconde entre el harmiño cruzado sobre su pecho. Piensa ver la Diana imposible de asir, que huye velozmente por la colina. Mira tambien la vestidura blanca y el nevado corcel pasar atravesando el ramage; ve asi mismo el talle esbelto y los brazos torneados y embelesadores de la desconocida; los cabellos rubios que el viento acaricia, y la banda de gasa que cruza por encima de su seno de alabastro. El fuego sube á las mejillas del príncipe cual si continuara persiguiendo todavia á la hermosa ninfa. Sus labios murmuran palabras sin coherencia. Arde en impaciencia, y su mente padece como si estuviese agitado por aquella pesadilla cruel

en que las piernas se niegan á obedecer al hombre que quiere correr.

Mas reparad en otra dama que sale corriendo al encuentro del rey. Sus pequeñísimos pies desfloran la menuda arena de los jardines. Su vestidura es blanca como la de la bella fantasma; el blando cefiro juguetea igualmente en sus cabellos de azabache; su talle es perfectamente acabado; sus brazos graciosísimos, y el marfil es menos blanco que el seno estrechado por su banda. Llega; arrojase con precipitacion al cuello del príncipe, y le pregunta con amabilidad si ha tenido buena caza.

A lo menos esta habla, dijo el rey; siquiera tengo el consuelo de que no huye hasta hacerme perder el aliento!

Y Enrique recibe un tierno y ardiente beso de los labios de la reina.

—Si; si; que venga la vision del cielo ó del averno, yo desafio á todas ellas á que igualen jamás á mi amada esposa.

Y la jóven reina comprendiendo bien estas palabras se apoya dulcemente y sonriendo en el brazo de su esposo, subiendo al mismo tiempo las escaleras del palacio.

Con objeto á no faltar ni en un punto á la verdad no se debe dejar de mencionar, que durante la velada, á la hora en que los vinos generosos de Francia se vertian en la copa real, Enrique tornó á ver frecuentes veces á la musa de los bosques dando vueltas entre las nieblas de su imaginacion acalorada y al levantarse de la mesa recostándose un poco el príncipe en una otomana, escuchó á la reina que cantaba diferentes canciones estrangeras, acompañándose con el clavicordio. La voz dulce y armoniosa de la amante y los acordes voluptuosos del instrumento, desvanecieron de tal modo la turbacion del esposo, hasta el estremo de trasladarle á un mundo en que la jóven reina era omnipotente. Venturoso aquel para quien el placer está en los hábi-

tos cuotidianos!

—Ah! esclamaba lady Rochford, porque he de apresurarme con tanto afan detrás de mi desconocida; porque he de dejar la caza y regresar al palacio cabizbaja sino has llamado al corazon, príncipe mio? El maleficio producirá su efecto al fin.

Por dos veces se presentó delante del rey la cazadora de Windsor. La primera tuvo efecto en la iglesia donde el monarca fué á oir el *Te Deum*. Estaba la hermosa en una tribuna elevada. Con el mayor fervor y cual si fuera un ángel rezaba silenciosamente, y Enrique en nada atendió al oficio divino. La segunda vez, fué en ocasion en que el rey se mostraba à su pueblo desde uno de los balcones del palacio real. Distinguió à la dama asomada en una ventana desde donde ella ondeaba en el aire un pañuelo blanco.

—Otra vez Dios mio, otra vez se me aparece! encantadora vision! y será posible que mis brazos no estrechen ja-

mas esas formas deliciosas?

La voz del monarca se vió confundida entre las aclamaciones de las muchedumbre. , ...

. . . . . .

. . . . . .

Se presentó un dia á la reyna Eduardo Seymour. Tenia en la mano su sombrerillo adornado de largas y abundantes plumas, y en su rostro orgulloso se marcaba distintamente el respeto y la cortesía.

—Y porque causa no lo he de confesar á la mas bondadosa de las reinas? Si, soy pobre, mas la pobreza no es cosa que deshonra á nadie. Soy jóven y ambicioso, pero la ambicion jamás ha sido un vicio. Tengo una hermana à la que amo con delirio y á quien quisiera ver dichosa. Si mis ojos de pariente y amigo no me engañan, es digna por sus cualidades, juventud y hermosura de figurar como una estrella modesta, en vuestro adorno deslumbrador.

—Me colma de satisfaccion, respondió la reina, ese lenguage franco. Vuestra hermana debe ser amable y de buen fondo. Será admitida en mi servidumbre. Mañana sin falta alguna me la presentaréis. Podeis anunciarle desde luego, que está admitida en el número de mis doncellas de honor.

Obedeciendo esta órden, al dia siguiente fué conducida á palacio Juana Seymour por su hermano.

—Oh! hermosa jóven me presentais! esclamó Ana. Reparad, pues, cuan interesante es su turbacion. Aprocsimate, niña, no tiembles de ese modo; nada tienen de terrible estos rostros nuevo para ti; yo tambien me sonrojaba al verlos, cuando empezé á saber lo que era el mundo. Que edad tienes?

—Solo cuento diez y siete años.

—Encantadora edad! cuan feliz es la que tiene diez y siete años. Me agradas mucho querida, y tengo la persuacion de que me tendrás afecto.

—Oh! señora...

—Llega, llega, te daré un abrazo. Que os parece señor?

—Muy bien... muy bien... respondió Enrique balbuciente.

—Sigueme, niña. Verdaderamente estaria aqui tan conmovida, que seria factible se desmayase la pobrecita!

—Que hermosa es! dijo el rey en su interior. Justo cielo! adonde me tratas conducir? yo creia sin embargo haber conocido al amor.

Rayos lanzaban los ojos de Lady Rochford.

—Pues bien Tudor, te encuentras ya petrificado en tu asiento.

—No ha sido muy necia su respuesta; murmuró el hermano de Juana Seymour.

—En que estas soñando Rochford? preguntó Wiat al hermano de la reina.

—No me gusta mucho la entrada en la servidumbre de esa nueva doncella, y menos todavia me agrada la admiracion que al rey ha causado su vista.

—Iba á hablarte acerca de ella. Mira al soberano. Conozco sus mas insignificantes

ademanes. Se encuentra herido. No le pierdas de vista: es preciso mirar por él, Argel!

—Pondré cuanto esté de mi parte; vigilaré con los ojos de Argos, para el descanso de mi adorada Juno, sin que logren aunque lo intenten adormecerme con todos los narcosticos conocidos ó por conocer.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

	Pags.
I.	5
II.	41
III.	81
IV.	136
V.	183

ANA BOLENA.

ANA BOLENA.

NOVELA HISTÓRICA,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

ARREGLADA AL CASTELLANO

por

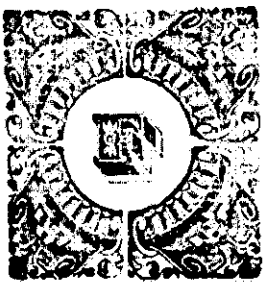
D. J. M. de P.

TOMO IV.

Málaga 1830.

Establecimiento Tipográfico-Literario de D. José García, calle de Granada, núm. 31.

I.



né Ana Bolena una muger sin igual. Todas las virtudes y todas las gracias del bello secso se hallan en ella. Mucho rencor ha debido guardar la naturaleza á la fortuna que ha arrebatado

esta hija de predileccion en la flor de su edad. Era dudosa su grande elevacion á su belleza, y su hermosura fué la causa de sus desgracias y de su muerte. No han debido sorprenderse los que la conocieron, que la mas perfecta de las criaturas hubiese llegado á ser una reyna; mas inútilmente quiso Ana impedirles el ver continuamente en la reina una muger á quien no era posible dejar de amar. No han hecho mas que hacerla cada dia su corona y su poder mas peligrosa. En torno de ella no se veia mas que una atmósfera de voluptuosidad, que inspiraba un amor irresistible.

Solamente una vez vió el anciano Capeggio á Ana Bolena, y decia en Roma que la Vénus de los antiguos habia vuelto á la tierra para vengar el paganismo destruido, y hacer la guerra á Jesucristo. La Cleopatra del Norte era el nombre que le daba. En efecto: desde los remotos tiempos de la famosa reina de Egipto, nunca habia prodigado la be-

lleza semejantes deidades; mas Cleopatra que se introdujo en la estancia de Julio Cesar, no fué mas que una cortesana de elevado rango, la voluptuosidad fué únicamente la que le dió su imperio, si ella hubiese tenido mas pudor, su ambicion hubiera podido encontrarse chasqueada, á la vez que Ana triunfó por medio de su virtud encantadora, erigiendo los romanos una estátua que con la mano derecha se tapaba los ojos.

Era tan encantadora la jóven reina, que todo lo que se acercaba á ella, moria de amor. Su corte se compuso bien pronto de suspirantes; y hasta en las boardillas del palacio donde habitaban simples caballeros, su nombre era repetido sin cesar en las pasiones amorosas. No ignora una muger el estrago de sus encantos: veia Ana á sus servidores convertirse en desgraciados amantes, y multiplicaba los peligros al rededor de ella su mucha bondad.

Habia tenido necesidad de ausen-

tarse Enrique para hacer un corto viaje al oeste de Inglaterra. La reina que se habia quedado en el palacio de Windsor, le gustaba pasearse por la mañana en el parque en compañía de Norris, su primer escudero. Un dia al tiempo de montar á caballo la reina estrechó Norris en sus brazos el talle de Ana Bolena, y aunque ella le dirigió una mirada séria, no pudo contenerse al deseo de poner su mano en una de sus rodillas torneadas, al componer su vestido.

—Oiga V., señor escudero, dijo la reina, el que se espone á merecer la cólera de vuestro soberano, no puede menos de ser un necio.

—Sí señora, sí señora! contestó Norris; es un hombre enfermo y desgraciado, que no teme la cólera del rey, sino la de su soberana.

—Creeria yo mas bien que estaba decidido á todo. Norris, sois el prometido esposo de una de mis doncellas; Madge es una estimable jóven que á no dudar

sereis dichoso con ella. Yo la dotaré, y deseo que este matrimonio se haga pronto.

—Impedirlo será mas fácil á Vuestra Magestad.

—Os lo aseguro que se hará.

Cerca de una ventana abierta se hallaba el caballo de la reina. Uno de los sirvientes de la comitiva, observó detrás de las cortinas, que se hallaban algo levantadas, una muger que á no dudar se estaba enterando de las palabras de su ama, mas no pudo conocerla.

—Sin faltar á la verdad, diremos (decia lady Rochford), que despues de las amorosas declaraciones del escudero, se ha suavizado en estremo.

Sujeta por bastante tiempo, la pasion de Norris, habia dominado los temores y el respeto debido. En el paseo guardaba el escudero un melancólico silencio, ó contestaba á las proposiciones bondadosas de Ana con espresiones que revelaban toda la pena que

le agoviaba.

—Norris; dijo la reyna con valor; voy á daros á conocer de una vez la precision de desterrar de vuestra cabeza las locas ideas que en ella dais cabida. Antes de subir al trono, amaba á Enrique y apesar de esto si las intenciones del rey hubiesen sido menos puras, hubiera yo desistido de mi ambicion antes de faltar á mi honor. Podeis haceros cargo si es posible en el dia que ese honor tan sagrado se me olvide. Prestad atencion á la razon que os manda ahogar un amor al cual está negada siempre toda esperanza. Creo que tendreis la suficiente fuerza para vencer vuestra imaginacion acalorada. Desde hoy será mi amistad la recompensa de vuestros esfuerzos y vuestro valor heroico; os la ofresco, creida de que sereis acreedor á ella. Mis beneficios y mi proteccion mitigarán las penas de que vuestro corazon será curado prontamente.

—Oh mi buen caballo! esclamó Norris con enfado; noble bestia que me

eres adicta! yo te ofresco mi amistad; y esto será la recompensa de tu valor! Yo te la doy, mas tambien clavo mil dardos agudos en tus hijares, y hago trizas tu carne palpitante. Y de que servirá que te encabrites al sentir la espuela? Fatigado tu pecho da resoplidos espantosos! tu te quejas, ingrata! no oyes que te concedo mi amistad! no creas que yo apetezco tu muerte! vamos! seamos amigos y veamos correr tu sangre!

Con esta conversacion el demente Norris fatigaba á su caballo. De casta inglesa el animal, despues de muchos esfuerzos que hizo para derribar al ginete, se arrojó desbocado y furioso por en medio de los árboles y las malezas; y por último desapareció, habiendo arrastrado á su amo completamente!

A legua y cuarto del sitio de esta escena, encontraron á Norris gravemente herido los guarda-bosques.

Concurrió la ly Rochford á desnudar á

—Mi querida hermana, dijo sonriendo. Mirad aqui una hermosura homicida: es necesario ocultar esos hombros preciosos con un hábito de San Francisco: y esos ojos bajo un espeso velo; y no haciendolo asi, vuestro reinado será fatal á nuestra valiente nobleza. Norris es un jóven muy acreedor de feliz suerte.

Dios mio, decidlo vos si no estoy inocente; dijo Ana levantándo al cielo sus ojos llorosos.

—Se puede bien añadir (dijo Lady Rochford) que ha llorado con gana por la desgracia de su querido.

No hacia mas que acabarse de levantar Ana Bolena cuando le participaron muy temprano que llegaba un mensagero en el patio de palacio. Sir Weston, primer secretario de Enrique, traia una carta llena de cariñosas espresiones. En la habitacion de la reina fué admitido el mensagero.

—Mañana estará aqui el rey sin falta alguna! esclamó Ana, pronto lo veré! mucho habeis caminado, Weston.

El jóven se hallaba lleno de polvo! debe estar fatigado del cansancio del camino.

—Dios quiera que mi llegada sea del todo grata á Vuestra Magestad! contestó el secretario.

—Si, si; sois portador de la alegria que habia huido de mi corazon, honrado Weston. Que dice mi esposo? se acuerda siempre de mi?

—No hace mas que nombrar vuestro nombre continuamente.

—Me quiere! Bendito sea Dios! id, id á descansar, jóven Weston. Me hablareis de él esta noche.

La reyna le diò á besar su mano.

—Ah! ya no siento el cansancio, dijo entre dientes el secretario arrodillándose: cuanto diera por tener que traer todos los dias una carta á Vuestra Magestad!

—Sir Weston, replicó Ana Bolena con tono algo mas altivo; yo os haré llamar cuando necesite de vuestra presencia.

Dilatadísimo es el dia para la jóven esposa que está aguardando con ansia el regreso del que ama: la impaciencia se aumenta á medida que el instante de la dicha se vá aproximando.

—Desventurada; decia la reina. Cuán triste es la condicion de las mugeres! necesitamos guardar clausura en tanto que sus esposos están viajando. No corre, es verdad, los riesgos de la guerra ni las aventuras peligrosas; pero cuán numerosos padecimientos tiene que sufrir en el rincon del hogar doméstico! Cuántas penas y fastidios acompañan incesantemente á estas dos virtudes ecsigidas á nuestro sexo débil, la paciencia y la resignacion! A lo menos todo vez que yo estoy separada de Enrique por muchas horas todavia, sea este mismo el objeto de mis conversaciones y aun de mis pensamientos.

Weston fué llamado. Era un caballero de hermosa presencia y de casa antigua y distinguida. Un tanto infatuado de sí mismo, y tal vez dispuesto á presumir demasiado de sus prendas personales, aunque dotado de algun talento y de mucha reserva; logrò interesar à la reina con la relacion del viage y dar un atractivo bastante estraordinario à unos pormenores minuciosos en estremo. La atencion que le prestaba la muger mas encantadora, le escitaban á desenvolver los recursos de su fecunda imaginacion. La conversacion fue larga y el tiempo transcurrió con suma rapidéz.

La moda de jugar á el algedréz estaba en todo su furor, mediante á que el rey era aficionado á él. Ana Bolena le habia aprendido en otro tiempo durante su permanencia en Hever. Todos los altos personages se manifestaron celosos por envidia, del honor concedido al simple secretario Weston, cuando la reina le eligió por compañero para ju-

gar al ajedrez. No perdia de vista ninguna de las jugadas lady Rochford: creyó advertir que ambos jugaban distraidos, y que Weston miraba con mucho mas cuidado los ojos de su adversaria que las casillas del tablero. Ana sin dejar de suspirar, concedia toda su atencion á la hora que el reloj señalaba, hizo por lo tanto una mala jugada con el peon llamado la reina, y el secretario la ganó al instante.

—Seas mia, reina adorada! dijo muy quedo, llevando el peon á sus lábios: ya hace mucho tiempo que por ti padezco.

—He cometido una torpeza imperdonable, dijo Ana Bolena levantándose prontamente, no acabaré esta partida.

Y en el resto de la velada, ya solamente encontró sir Weston en el semblante de la soberana la sequedad mas altiva. No hay una vergüenza tan cruel como la de un amante rechazado: Se encuentran por ventura pesares mas amargos que los que ocasiona una pasion

desgraciada? Que son las decepciones de la fortuna puestas en paragon con el amor? Oh! ilusoria presuncion! ridículo complemento de atractivos; dichoso el que te posee! porque no eres otra cosa que la esperanza robusta y provista de profundas raices; la esperanza sostenida cual un jóven arbusto, por el orgullo, el apoyo mas firme.

Sin embargo de la consoladora presuncion que la naturaleza habia tenido cuidado de colocar en el corazon de Weston, la reina habia manifestado con demasiada claridad su desden para que el amor propio de este caballero se viese humillado; agreguese á esto tambien, los temores que inspiraba el esposo, y ciertamente no causara sorpresa á nadie, el ver al jóven secretario, suspirando con la cabeza baja por las galerias de Windsor, entregado á la inquietud mas estremada y al mas profundo despecho. Abrigando incesantemente Lady Rochford pensamientos de otro género, daba vuel-

tas tambien por el palacio, y cuando sus ojos de águila llegaron á divisar aquel jóven pájero herido, se manifestó en sus labios una imperceptible sonrisa.

—Sir Weston, dijo al secretario alzando al mismo tiempo su dedo índice con semblalante maligno; abrigo el recelo de que haceis uso de la magia para complacer á las damas. Alguien me habló de vos ayer, suspirando al pronunciar vuestro nombre, al tiempo de recostarse y de quitarse una flor de su peinado.

—Ah! tened piedad de mi, señora; que os dijeron.

—Lo haria si me fuese permitido repetirlo. El atrevimiento es cosa que no siempre desagrada á nuestro sexo, Weston, y vos habeis dado pruebas de ser un atrevido caballero. Felizmente no dejamos nosotras traslucir lo que pensamos; nuestras mismas debilidades permanecen encubiertas con las apariencias de la tibieza y aun á veces con el mas absoluto desprecio. Sed discreto, Weston; ya habia notado yo que llevais

la capa con nobleza y elegancia, que vestis con mucho gusto, y que vuestra conversacion es bastante amena; pero tengo para reparar en todo eso mas ocasiones que otra gran señora. Sed discreto os repito, Weston, y no arrostreis con ligereza los peligros, porque los hay muchos y grandes; mas lo que os recomiendo muy particularmente es la discrecion.

—Habeis hécho retornar la alegria á mi corazon.

—Silencio, oh jóven! olvidad desde luego que hemos tenido este encuentro.

—En nombre de cuanto hay mas sagrado, os suplico que me digais algo mas. Dadme algun consejo. Que puedo yo intentar?

—La ocasion es una silfide á quien no se coge facilmente mediante su imponderable velocidad. El poder se encuentra rodeado de trabas; la multitud tiene los ojos abiertos y los oidos atentos continuamente. Pero una esquela se

guarda hasta la noche, y los pensamientos del amante son leidos con atencion en el silencio de ella.

—Y de que medios nos podremos valer para entregar esa esquela?

—No creo que faltará quien se encargue de eso.

—Vos, señora! ah! cuan bondadosa sois para mi!

—Quedaos con Dios, Weston!

Si el billete hubiese sido entregado á lady Rochford, esta infernal muger, con su encono, su sangre fria y su habilidad en toda clase de intrigas, infaliblemente hubiera jugado malas partidas á Ana Bolena; mas por fortuna tuvo Weston la suficiente audacia para poner el mismo su epistola sobre las rodillas de su soberana.

La sútil y falsa confidenta se mordió sus labios delicados al saber que sus ofrecimientos de tercera eran del todo inútiles.

—Habeis cometido una imprudencia, dijo ella con viveza: cuando se os ofre-

ca otra vez, sed mas discreto y dirigios á mi.

Mas Weston no tuvo ganas de aventurar otra carta. Habiéndole presentado la casualidad una ocasion favorable de hablar personalmente a la reyna, se acercaba ya à ella, manifestándo en su rostro la esperanza muda con el amor, cuando Ana Bolena le dirigió una mirada en que se traslucia toda la indignacion que encerraba su pecho.

=Sir Weston, le dijo, os concedo el improrrogable plazo de tres dias para hacer la renuncia de vuestro empleo y que dejeis la córte. Si no os ausentais dentro de este plazo, vuestra insolencia será denunciada al rey. Huid, pues, sin perdida de tiempo, y en el entretanto no os atrevais á presentaros delante de mi.

—Quien es, señora, el que huye asi léjos de la que ama. Antes prefiere morir mil veces sin sentirlo, si es tan negra su fortuna, que no le es dable alcanzar de ella su perdon.

—Miserable! aun tiene atrevimiento para desafiar mi justa indignacion, cuando una sola palabra que saliera de mi boca haria levantar en su presencia el cadalso! Será indispensable que yo haga un ejemplar terrible. Weston, le dijo: sin duda veis en mi únicamente la hija de un caballero y no vuestra reina. Es cierto que no soy de familia real, pero yo os haré entender que la sangre de los Bolenas merecia el honor de ser régia. Una declaracion cual la que me habeis hecho es un insulto. El cielo es buen testigo de que hubiera preferido responder á él con el desprecio y el olvido, mas bien que con la cólera: acusad pues únicamente á vuestra descarada obstinacion y necedad, si alguna desgracia os sucediere. Ya os he dicho terminantemente, y os lo vuelvo á repetir, que antes de tres dias, no lleguen á ver mis ojos vuestro rostro si no quereis proporcionaros una muerte cierta.

Al siguiente dia supo la reina con

placer que Weston habia obtenido permiso para marchar á Francia por término de tres meses.

Por una de esas estrañas càsualidades que suelen acontecer, habia caido al rey en gracia el pintor Holbein; no solo por su franqueza, si no es tambien por su genio alegre y festivo á la vez. Habianle dado á este pintor habitacion en palacio; altos personages solicitaban su compañia, y aun entre los mas orgullosos se encontraban tambien algunos que se preciaban de profesarle una intima amistad, porque el monarca le concedia con frecuencia el honor de sentarse á su mesa. Un tanto libertino, pródigo en estremo, cosmopolita como todos los verdaderos artistas, cuya patria es el universo, jamás dejaba Holbein de tener amigos, mas solia faltarle muchas veces el dinero, no obstante su colosal fortuna y su numerosa clientela, y apesar de la moda que no

permitia ya á un señor bien recibido en la córte el hacer uso de los pinceles para tóda clase de personas.

Un dia fué á llamar á la puerta del sobresaliente y notable pintor, un mancebo de unos veinte años de edad, pálido y de una complecsion bastante débil.

—Que se os ofrece, jóven? le preguntó.

—Señor Holbein, soy portador de noticias y de una carta de vuestro intimo amigo el sabio Erasmo.

El pintor abrió la carta con afan, y leyò su contenido, redactado en estos términos:

«Mi siempre querido Juan.

«Si no fuera por que eres un in«corregible burlon, te diria que derra«maras en breve una lágrima por tu «antiguo amigo. Antes de abandonar es«te mundo, valle de miserias, te escribo «todavia con mano trèmula; para re«comendarte muy particularmente á un «niño á quien he cobrado afecto y que

«regresa á Inglaterra, donde no tiene «ni parientes ni protector alguno. El pe«rillan á dado una vuelta por Italia, ga«nando su sustento con la musica. Las «artes le han alimentado como les ha si«do posible. Es decir que ha hecho «malas comidas. Dispensale algun favor «por amor á mi persona, y respeta su «inocencia. Encierra su cuerpo un alma «pura y fogosa, prevenle que te adop«te por modelo. Nada será mas fácil pa«ra tí que encontrarle acomodo si es que «te tomas esta molestia. Su esclarecido «talento ha enternecido y reanimado mi «viejo corazon. Le he prestado algun «dinero. El mal de piedra que me aque«ja y ochenta años que he cumplido ya «me arrastran hácia el sepulcro y estos «serán los que satisfagan esta deuda. No «imploro tu generosidad, porque conoz«co bien el caracter que te adorna; si «llegas á ser el bienhechor de mi pro«tegido, Erasmo te lo recompensará en el «cielo! Adios!

Fijó Holbein su mirada llena de fuego en el rostro del viajero y le preguntó:

—Cual es tu nombre, muchacho?

—Me llamo Marcos Smaeton.

—Profesas bien la música? tocas el violonchelo, el clavicordio ó el oboe?

—Toco todos esos instrumentos, y tambien sé cantar.

—Tienes necesidad de algun dinero?

—El bueno y bondadoso Erasmo me ha prestado cien florines para costear mi viage, y ya solamente me quedan dos.

—Que demonio! pues yo he perdido ayer quince *angelotes* de oro a los naipes en una jugada desgraciada; ese era todo el caudal con que contaba: pero vuelve á medio dia y comerás conmigo, pues me mantienen en esta casa. Tendrias valor para divertir con tu habilidad musical á una gran señora, cuyo retrato he principiado hoy á delinear.

—Me determino, siempre que la tal dama sea aficionada al arte que yo profeso.

—Es música tambien; pero es necesario que te pongas otro vestido.

—Solamente tengo este.

—Pues sin ropa y sin dinero no se va lejos. Anda á todo correr á casa de mi sastre, y te vestirá de nuevo al fiado. Mañana te presentaré en una buena casa. Trae al mismo tiempo una guitarra.

—Ay de mí! maestro Holbein, he tenido precision de vender en Paris para comer la que yo tenia. Era un escelente instrumento, de Bolonia! Os parece que traiga una viola?

—Muy bien; prepara la música de mas gusto que tengas.

Marcos y Holbein estrecharon desde luego la mas franca y profunda amistad. Al siguiente dia, el músico, elegantemente vestido, se presentó muy de mañana en la habitacion del pintor.

—Donde vamos á ir? preguntó.

—Al cuarto de la reina.

—De la reina! será posible!

—Sin duda; no hay para que tem-

blar. Es una muger como otra cualquiera, muchacho; tiene un alma como la de los demas vivientes El artista no debe nunca conocer ni la gerarquia ni el nacimiento, mediante á que pone á los hombres en presencia de la divinidad. Si te encuentras satisfecho de tu talento, toca sin temor en presencia de los reyes y de los emperadores, porque estos, no lo dudes, tienen las orejas tan largas como nosotros.

—Tocaré delante de todos los soberanos, reunidos, si es posible.

—Sígueme pues.

Hizo Holbein la presentacion de su amigo con la decencia y compostura de un hombre habituado al trato de los personages.

—He pensado dijo el pintor á la reina, que seria conveniente entretener las largas horas de la sesion retratistica; porque si el fastidio llegase á apoderarse de Vuestra Magestad el retrato no podria salir bueno. Los encantos de la música animarán vuestra fisonomia, la cual

quiero estudiar á mi satisfaccion. Mi amigo Marcos es uno de los músicos mas célebres de Europa: se ha hecho famoso en Francia y aun en Italia: le he conocido casi desde su infancia, y ya cantaba escitando la general admiracion.

Confuso y trastornado el músico con las suposiciones de Holbein, respondió tartamudeando á las palabras llenas de amabilidad de la reina. El prestigio de que está acompañada la potestad règia, la magnificencia del aposento, la deslumbrante y angelical belleza de Ana Bolena, que descubria para el pintor su cuello de cisne y sus hombros de alabastro, todo contribuia á infundir en el pobre Marcos una turbacion difícil de vencer. Holbein fruncia ya las cejas, y temia comprometerse viendo á su protegido, que por el escesivo temor de que se veia dominado, apenas podia templar el instrumento.

Sin embargo, despues de haberse colocado Marcos la viola entre las rodillas, y pasádose ligeramente la mano por

los ojos para sosegarse, recobrando su energía en el momento del peligro, apoyó el arco en la cuerda, y tocó una melodía italiana con esquisita pureza. Inflamándose su genio gradualmente, su pálido rostro se animó, y el Dios protector de la música descendió al punto á su frente. Se introdujo casi por encanto en los verdosos llanos de la improvisacion, y sonidos de un vigor siempre en aumento y de una imponderable armonía se sucedieron con suma rápidez. Un trueno y voces celestiales parecian juntarse á sus dulces y vibrantes tonos. Yá no se veia en él al tímido jóven que un momento antes no podia resistir á las miradas de una hermosa y jóven reyna: sus ojos despedian relámpagos; su rostro de una gravedad casi amenazadora se alzaba altivamente hácia el cielo: era el artista en todo su esplendor, elevado sobre la humanidad por el sublime poderío que presta la inspiracion.

Se hallaba Ana Bolena profundamen-

te conmovida; su respiracion se volvia anhelosa, y su alabastrino pecho se inflamaba con estremo. Enagenado Holbein de admiracion y de júbilo, habia dejado en abandono sus pinceles. Los cantares se suavizaron gradualmente; desvanecièronse los arpegios, y una armonia habilmente dirigida restituyó la calma á los circunstantes. Volviendo á descender entonces el artista à la tierra, al trasluz de una nube ligera pudo ver los ojos de la reyna fijos en su semblante con una espresion encantadora de mansedumbre y delirio, que no pudo menos de suspenderlo.

Recobrò al fin Marcos su continencia modesta para recibir los repetidos elogios de Ana Bolena y las acaloradas felicitaciones del pintor. Pidieronle que cantase: su voz era clara, estensa y vibrante Encontrò todavia magnificos acentos, y esta vez, mucho mas seguro de si mismo, pudo gozar á su antojo del vivo placer reservado únicamente al poeta y al artista, de escitar el entusiasmo.

Durante el resto de aquel dia, distraida la reyna agradablemente con las impresiones que recibiera por la mañana, no habló sino del nuevo músico. El rey deseó escucharle, y quedó absorto de su singular talento. Mientras duraron las sesiones del retrato, no dejó Marcos de asistir á ella; veia sin cesar los hermosos ojos de Ana Bolena que le miraban al trasluz de la nube ligera, y la obra maestra que salió de la paleta de Juan de Holbein, tenia un caracter particular de éstasis y de dulzura. Abandonándose la reyna á su predileccion hácia las personas de mérito quiso que el jóven músico se quedase en palacio. El rey consintió en darle aposento, y la reyna pasó mañanas enteras en cantar con Marcos.

—No hay nada perdido, contestó Holbein: nada nos cuesta escribir á nuestro amigo Erasmo que su protegido, ha sido enteramente del agrado de nuestra corte. Por todo creo que el júbilo no debe ser muy pequeño: Masqué

causa tu tristeza: veo á través de tu disimulo alguna pena mal encubierta: ¡Suspiras! por vida mia! ya lo alcanzo: tú estás enamorado: no trates de deslumbrarme con ese ademan mas propio de un cómico que de un hombre que pertenece al mundo real que al mundo de los poetas: vás á decirme una mentira y esta no te la perdonaria. Pero hay más: tu amor no es legítimo, porque está consagrado á una persona superior á tí; á una persona á debido á la suerte un nacimiento, una fortuna, una clase que distan escesivamente de tu cuna, tu porvenir y tus bienes.

—Pues bien, sí; si es necesario que este secreto que me consume, que esta llama que arde en mi corazon sea vista á tus ojos, no te lo encubriré por mas tiempo: pero guarda, guarda Holbein en lo mas profundo de tu alma lo que ha sido para mí, y solo para mí hasta ahora, un misterio sacrosanto que he temido me sorprendiera hasta el aire que

respiro. Es cierto, soy delincuente; pero ten lástima de mí, porque soy muy digno de lástima.

—Desgraciado! desgraciado! No miras el abismo que te rodea: no ves la sima insondable que se abre ante tus piés?... Desde tu humilde oscuridad has levantado tus ojos para fijarlos sobre ese punto de luz tan culminante como deslumbrador! Y que crees que pueda autorizarte!... ¡Tu talento!... Nuestro talento se vende y se paga, porque no eres más que el instrumento que recrea á la primera dama del reino que te dispensa el favor de escucharte.

—Cesa, cesa, porque no conoces por entero mi secreto: ¿crees acaso que haya sido tan insensato ó tan niño, que haya dado lugar á esa muger á gozar en mis sufrimientos? ella ignora como todos mi amor y mis delirios, y nunca llegará á entenderlos.

—Ah! eso es muy heróico, amigo mio, muy sublime, muy poètico: has resuelto suspirar eternamente hasta tu pos-

trero dia, purgando en este mundo lo que debieras purgar en el otro: cree que el diablo tu patron no dejará de tomártelo en cuenta.

—Maestro Juan! tened lástima de mis desgracias: cualesquiera que sean las penas que invaden a un infeliz, débesele tener más lastima que me manifestásteis: consoladme y no os mofeis con tanta crueldad de las heridas ulceradas de mi pecho.

—Mira, Marcos: escucha bien lo que voy á decirte, porque dejo aparte las bromas: ten presente, hijo mio, que el hombre siempre es grande aun desde su misma oscuridad, porque es hombre y esto le basta: una reina es una muger, y una muger siempre es débil: solo Dios sabe lo que encierra cada una en medio de los pliegues de su alma; y qué diablos: las debilidades de las reinas que acaso por su misma grandeza, por su misma altura miran más á placer sobre el más pequeño átomo, no son todas consultadas con el Papa. Las mu-

geres que siempre han amado á sus maridos sin haber dejado caer la mas leve mancha sobre las sábanas de su lecho, son tan raras como la antigua Lucrecia romana; y el que como tú, calla eternamente, aguardando la piedad de su ídolo sin implorarle, es comunmente suplantado por otro más osado ó más dichoso: creo haberte dicho lo suficiente.

—No os entiendo, Holbein: quiero no entenderos porque me aconsejais un crimen, un crimen infame. ¿Olvidais que lo que decis es que separe al esposo de la esposa, que pague con la más negra de las ingratitudes el beneficio que cada dia recibo del que me alimenta, que le robe su tesoro, que amargue su dicha, que en vez de ver en la esposa el ángel de su buena guia, vea el demonio de su condenacion? Y de tu boca han salido tales palabras!... Quiero no haberlas oido, porque la corrupcion que infesta vuestra alma, se rebosa del vaso que la contiene y se tras-

mite á los que os rodean! Ah! Sois más desgraciado que yo, porque no alcanzais á comprender la felicidad que encierra sacrificarse heróicamente por la muger idolatrada: yo callaré, callaré siempre.

—Veo, pues, que no estás muy enfermo.

—Oh! os equivocais: la adoro, la adoro tanto como adora el niño á su madre, el pez al agua, el pájaro el espacio:

—Entiendo pues: te limitarás á pronunciar su nombre cuando discurras solitario y errante por los espesos bosques, entonarás tu voz y solo el eco que repita tus palabras, responderá al llamamiento de tu pena: pero guardate, guardate aun, porque aunque esto no sea agravio, tal vez bajo tus piés se levante la serpiente que te muerda: el menor quejido, la mas pequeña frase que en tu delirio ó en tu sueño dejes escapar, ese será la sentencia de tu muerte.

—El cielo me guarda y me aguarda: nada habré perdido. No faltó en efecto Marcos Smeeton á su juramento: guardó silencio; pero la continua proximidad á la reina, la familiaridad que engendró cada vez más y más, las lecciones de música y la distincion que Ana hacia de su maestro, acabaron de hacer incurable el mal del desgraciado, que callando sufria los rigores de su pasion.

Presentóse Marcos una mañana y á la hora de costumbre en el cuarto de la reina: esta aun se hallaba en su oratorio, pero no le fué negada la entrada, pues era sabido que para él estaba siempre abierta la puerta de la real cámara. Interin que su discípula volvia, entreteniase en contemplar el retrato recien acabado por Holbein, en que con tan diestra mano el hábil pintor habia sabido dar al lienzo toda la naturalidad, toda la verdad, toda la hermosura de Ana Bolena: poco á poco fué olvidando cuanto le rodeaba y el lugar en

que se hallaba, y ya no miró mas que su pasion, su porvenir.

—Sí; hé aquí, decia, su imágen: estas son sus facciones, esos sus hermosos ojos, donde la virtud se retrata; esa su fisonomia en que está el sello de la bondad y la magestad: esa su tez alabastrina, tersa y suave como las hojas de la rosa.... No obstante, sobre todo este conjunto falta lo que la mano del hombre no le es dado imprimir: falta el soplo del espiritu divino que alienta á este ser angelical. La mirada del pintor ha cegado ante su brillo y no ha sabido describirlo: no lo hubiera yo olvidado: porque en mí hay el gérmen fecundo de este interior movimiento que llega hasta el corazon, y en ti Holbein, no hay más que el arte, el arte que te hace copiar con la mayor verdad la naturaleza: solo ves en el ser humano, la humanidad: lo ideal no ecsiste para tu pensamiento que saturado de los deleites se ha embotado para siempre. No obstante, esas son sus

manos, esos sus hombros redondos, esa su boca con su sonrisa que enloquece. Esa mirada es la mirada de Ana Bolena, que me trastorna y me hace tan desgraciado: ¿por qué Dios mio yo no nací más ó por qué no es plugo que ella naciera menos! dichoso aquel á quien tú amas, oh reina!

El roce de un vestido que Márcos sintió tras de si vino á interrumpir su solilequio: volvióse y vió á la reina, que ansiosa de escuchar su parecer sobre el retrato, habia entrado sin ser sentida, y que al escuchar las últimas razones del músico habia detenido su paso sin saber qué hacer en tal momento. Tal vez, y era lo mas prudente, hubiera callado: hubiera aparentado no oir lo que sus oidos reales no debieron entender, si el absorto Márcos no hubiera esclamado con dolor:

—Ah! miserable, miserable de mí! Estoy perdido: perdido por mi imprudencia: qué será de mi desde este momento! Me vá arrojar á la calle como un

infame, como un loco!... Oh debilidad: descubrir asi el secreto de mi corazon! mas me valiera haber muerto antes que sufrir tal humillacion!

Las lágrimas que se desprendian de sus ojos inundando sus megillas, pálidas como la cera, movieron el corazon de la reina, que con la mayor calma y con una voz que aunque reconvenia no maltrataba, dijo entonces.

—¡Tú tambien, Márcos! Cuán desgraciada soy! Todos cuanto quisiera que me respetasen, todos aquellos á quienes miraria á mi lado como sinceros amigos, todos se esfuerzan en rodearme de soledad y de martirio: porque yo hubiera deseado que permanecieran aqui, y no obstante, es preciso que te marches

El rostro de Márcos tomó la espresion de un cadáver: sus rodillas se doblegaron bajo un peso irresistible y cayó de rodillas esclamando:

—Ah! no me despidais; no me des-

pidais, señora, porque condenaríais mi alma: jamás hubiérais escuchado lo que mi insensatez me ha hecho decir, si la casualidad, si el demonio no me hubiera enredado entre sus lazos: ah! no me despidais, señora.

—No está en mi mano .... es preciso.....

—Pero... qué importa que yo os idolatre con tal que lo calle eternamente?

—Pero, desgraciado, no entiendes...

—Sí, sí, entiendo mi desgracia: pero yo seré mudo: espiaré con el arrepentimiento el pecado de mi insolencia: yo no recordaré lo que ha pasado: esto será un secreto, un secreto horrible, que me ahogará antes que salir de mis trémulos lábios.

—Lo juras?

—Lo juro por cuanto sagrado cesiste.

—Sea pues. Cumple tu juramento y acaso te perdone: permanece en palacio. Anda, infeliz: hemos concluido por hoy: ven mañana à la hora diaria y no olvi-

des quien eres y quien yo soy.

—Acaso perdonareis?... Muy bien, señora!...

Estas palabras acabadas de pronunciar por una voz que hizo estremecer á la reina, dieron fin á aquel diálogo que tanto habia de influir en el porvenir de la desventurada reina.

Al cruzar Márcos la galería, percibió á lo léjos una muger que huia: era lady Rochford, cuyo oido habia estado apoyado en el tapiz que cubria la puerta de la cámara de Ana Bolena.

II.

Qué acontecimiento notable hace vestir de rigoroso luto las prolongadas bóvedas, de la iglesia de Newastle? Qué sucede que el pueblo se agolpa sin cesar llevando en su rostro las

muestras de un pesar profundo? ¿Por qué el cántico de los religiosos se eleva hasta la altura de la Omnipotencia infinita? .... Es que ha dejado de existir el señor de Northumberland, el padre de todos sus vasallos, que lo adoraban y respetaban como al mismo monarca; el noble poderoso que cuando sacaba su espada, en derredor de ella amalgaba la inmensa cohorte que formaba la juventud de sus súbditos. Hubiera podido hacer la guerra á la Inglaterra si su génio indómito se lo hubiese dictado, porque dóciles á su voz, desde el anciano hasta el niño hubieran perecido sin replicar ni quejarse.

No más que ocho dias hacia que descansaba entre sus mayores, al lado de sus nostres antepásados y no obstante aun continuaban las preces de los sacerdotes rogando por el eterno descanso del viejo y opulento señor.

Percy, á quien sobradamente conocemos, el primogénito, el heredero había recibido yá de las autoridades el

pláceme por su nueva dignidad unido al pésame por la pérdida de su padre. Percy era duque de Northumberland, y aun que su corazon estaba triste, su misma altivèz no le permitia presentar en público las muestras de su sentimiento. Su padre ha dejado de ecsistir y ninguna señal ha dejado revelar las emociones de su alma, no obstante el grande amor y respeto que al anciano profesaba.

Un rico negociante se halla á sazon ante el jóven lord, y le muestra las mejores de sus mercancías; lo más precioso que producirse puede para aumentar el fausto, el orgullo y las grandezas.

—Ved, milord, ved que estos bordados son magníficos y á propósito para vos: el luto no obliga á cercenar el oro de los vestidos: mirad este recamado sobre negro, que és del gusto más moderno: tengo escelentes plumas, de las cuales la reina se ha dignado tomar un gran surtido.

—Ola! Con que tu has visto á la reina? dicen que és hermosa y á mas de hermosa espléndida.

—Es muy cierto, señor; nadie la iguala en el mundo, ni en lo primero ni lo segundo; y no obstante, se dice que su esposo la desdeña: probaos este jusdillo, señor: debe sentaros primorosamente.

—Te lo compro: más dime; tú puedes hablar con la reina?

—Si, mi ord; siempre que tengo necesidad de hacer venta de mis mejores surtidos, llego hasta ella sin obstáculo ninguno: ¿y esta cadena que es parece?

—Es muy linda. Y tu podrias hacer llegar, bajo de un disfraz cualquiera á otro hombre que te acompañára, bien como tu servidor, bien como tu hermano....

—A donde mi'ord.

—Al aposento de esa soberana que tanto alabas por su hermosura y generosidad.

—Si no és más que eso, nada mas fá-

cil: por que justamente siempre me acompaña mi yerno Oliveres, tan conocido en el palacio como yó mismo.

—Pero por esa mismo razon de ser tan conocido.....

—Si me dijeseis la persona milod....

—Yo, por ejemplo.

—Fácil tambien, muy fácil, por que sois bastante jóven y podeis pasar por mi hijo: ¿no quereis ver las sederia que traigo en esta caja?

—Las tomo de cualquier modo.—¿Como te llamas?

—Milord, Ysaac Mathis, y mi casa está en Lóndres al lado de la iglesia de San Pablo.

—Pues bien, este bolsillo, Isaac, contiene quinientos *angelotes*. Son tuyos, si consientes en un todo, en el plan que he comenzado á manifestarte.

—¡Quinientos *angelotes*! ¿Son de oro milord?

—Si, de oro; pero contesta.

—Estoy enteramente à las órdenes de milord.

=Pues bien, quiero llegar hasta la reina: pero al momento: hoy mismo; al caer la tarde te encontrarás delante de la puerta del Este. Yo me encargo de llevar un caballo para ti: marcharemos solos, por que tus mercancias están vendidas: yo me las quedo.

—Alabado y bendecido seais, señor: vuestro gusto será cumplido: pero en estos quinientos *angelotes* está comprendido el precio de mis telas?

—No: te las pagaré aparte: puedo contar con tu discrecion y tu silencio?

=Soy mudo y ciego, milord.

=Queda entonces á tu cuidado, proporcionarme un vestido que iguale al tuyo, con sus correspondientes botas de cuero, y su ancho gorro que pueda cubrirme hasta los ojos.

=Nada faltará para vuestro disfraz.

—Marchate ahora, y hasta la noche.

=Que Dios conserve á vuestra grandeza.

Tal como el mal aventurado de Percy habia trazado su plan, fué llevado á cabo; disfrazado bajo su mezquino trage, el duque de Nortumberland, no bien hubo tendido la noche su negro manto, abandonó el palacio de sus mayores, por una puerta escusada sobre un mal caballo y llevando otro del diestro. Llegó al punto de la cita, donde su hombre, és decir, el negociante Isaac, ya lo esperaba largo rato.

—Eres tu Isaac?

—Yo soy milord.

—No me nombres de ese modo.

—Lo haré asi.

—Toma esta bestia y vamos: marcha delante.

El negociante de telas obedeció: puso su caballo al trote corto, y adelantándose algunos pasos á Percy comenzaron su marcha, cada cual entregado á diversos pensamientos.

La noche era despejada y serena, y la luna que comenzaba á rielar bañando de luz las copas de los árboles, las

cúpulas de las iglesias y las elevadas torres, no dejaba ocultos á los viageros ningunos de los mas lejanos objetos: entre los edificios que más descollaban á la distancia del camino real, la abadía en donde estaba situado el panteon de la familia de los Nortumberland era el que mas orgulloso, parecia querer desafiar á las nubes por sus altos campanarios y enlutados paredones: un triste pensamiento asaltó al jóven de improviso.

—Ah! padre mio! desde el fondo de tu marmóreo lecho no me maldigas: no me mires con cólera, por que bien sabes cuanto te he respetado siempre, y cuanto he respetado tambien tus menores deseos. Vuestros preceptos sagrados, que nadie me hubiera hecho contrariar, me unieron á una muger que no amaba, y á quien sin embargo, bien lo sabeis, padre mio, he considerado siempre, por que vuestra eleccion era sagrada para mi. Ahora antes de partir he besado la frente pura é infantil del tierno ni-

fio que dormia en su cuna, y pedido en mi corazon á Dios lo haga mas dichoso que yo lo he sido. Tal vez no vuelva á ver á su padre si marchando por la senda de peligros que vá á emprender, logra llegar hasta la muger que siempre ha adorado en su corazon. Si esto sucede, si Dios permite que ese niño quede huérfano y desamparado en el mundo, vos, padre mio, que siempre habeis sido justo y bueno, que desde el cielo me veis y me juzgais, no le olvideis á él, yà que yò por desobedeceros ahora, merezca vuestro castigo: y cuando, quizá dentro de pocos dias, vaya á golpear sobre la losa que os encierra para que me concedais un lugar, no me lo negueis, para reposar mis cenizas al lado de las vuestras tan queridas.

. . . . . .

La alegria inunda la régia morada: esa nube de cortesanos que do quiera como un enjambre de abejas sigue á los monarcas, está sedienta de placeres, por

que Enrique 8.º de Inglaterra ha despertado de buen humor, por que desea alegrarse, y esto hace alegrar á los demás: ¡miserables idiotas que vendeis vuestras afecciones, vuestro corazon y vuestros deseos desde el dia en que os vendeis al capricho de los reyes: reis con ellos, con ellos llorais, y todo lo demas muere en el mundo para vosotros, por que no amais sino la adulacion y el servilismo!

La caza se prepára; el monarca marcha á la cabeza de su comitiva y pronto resuena en los bosques el rumor de la monteria, el ahullido del javali, el ladrido del perro y el eco de las cornetas: todos gozan, ó al menos aparentan gozar en aquella confusion, imágen de la guerra, como ella llena de azares y como ella con triunfos y derrotas.

Una gran mudanza ha acaecido no obstante en el carácter de Enrique, que la corte conoce sobradamente. Aquellos arranques de colera tan frecuentes, aque-

lla irritabilidad que prendia como una mina á la menor palabra, á la menor contradiccion, ha desaparecido como por encanto: hubiera podido creerse que la edad con sus hielos, habia enfriado aquel corazon belicoso, ardiente, lleno de energia y arrebatado. El rey no bien empezada la partida de caza, se fastidiaba; el rey no reia apesar de los esfuerzos de sus cortesanos, el rey permanecia indiferente hasta á los encantos de la música, cuando la bella Ana, la reina, su esposa, cantaba ó tocaba aquellas canciones que tanto le habian engreido en otros tiempos.

Los médicos opinaban que para aquel mal de languidèz, debia aplicarse el egercicio y la distraccion; pero ni la distraccion ni el egercicio, hacian volver á Enrique las antiguas costumbres; los antiguos ábitos.

—Nuestro principe ha perdido su ardor, y el noble recreo de la caza, és yá para él una fatiga: ¡oh todo cambia en el mundo!=He aqui las razo-

nes que cruzaban de boca de los monteros y señores cuando Enrique estenuado por el fastidio, yacia sobre la yerba dejando de perseguir al siervo.

Mas por el contrario, los obispos y prelados, la gente de iglesia, llenos de alegria prorrumpian en elogios del milagro por el cual, el rey habia reformado sus pasiones tan violentas como feroces á veces.

=Una voz oculta y misteriosa, la voz de Dios, (decian) ha hablado á Enrique de Lancaster, y aún la iglesia, la verdadera iglesia, volverá á recobrar su antiguo brillo, su primitivo esplendor, bajo la dominacion del leon de Inglaterra, convertido en el mas humilde cordero.

Mas interin que esto esclamaban, no por eso dejaban de continuar las confiscaciones acusando al clero: los monasterios se cerraban, y los ministros de la religion de Jesucristo, seguian siendo el objeto de las màs desordenadas persecuciones.

Francisco Brian, el ya tan conocido Francisco Brian luchando siempre con sus bufonadas contra el mal humor del monarca, era el único que, á favor del vino de España en que Enrique ahogaba su mal humor, lograba, y no siempre despejar de sobre la frente del rey aquella nube oscura y espesa que lo lo mataba moralmente. Estas secretas libaciones acompañadas de continuo de la crápula y del desórden, en que como hemos dicho, Brian representaba el principal papel, hacian creer á todos que el afortunado bufon seria el arca donde se encerraria el misterio de la intranquilidad del monarca: pero si asi era, mucho debia temer Brian que se evaporase su secreto, puesto que ni la menor gota rebosaba del vaso que le contenia.

Los hombres pensadores, de sano juicio, de recto proceder y de buen corazon, no achacaban la mudanza de Enrique sino simplemente al efecto de los años, pues sabido és que aun á los co-

razones más indomables, los doma y amansa el hielo de la edad: la Inglaterra; pues, segun el juicio de estos hombres, podia prometerse un porvenir feliz, bajo la mano de Enrique de Lancaster, el leon se habia domesticado y habia trocado su erizada melena por la piel del cordero.

No asi pensaba lady Rochford: ella leia más profundamente: ella abanzaba hasta sondar el alma del rey, y creia encontrar en los síntomas de Enrique, el repentino cambio de una pasion á otra, que no por ser nueva y en edad más madura dejaria de ser tan violenta y arrebatadora como las primeras: su mal corazon se regocijaba con la idea de ver algun dia coronados sus infames deseos. Jorge Bolena, tan amante como un niño de su hermana, sufria tambien; pero sufria en silencio, sin atreverse á dejar traslucir ni la menor sospecha de las que conservaba al presenciar la conducta de su cuñado. . . . . .

Juana Seimour, esta muger que vió Inglaterra sentada sobre el trono de sus reyes, tan pronto casi como rodó por tierra la cabeza de la infeliz Ana Bolena, habia llegado ya á la época en que su destino hasta entonces tan oscuro, empezase á dejar entrever una parte de su grandeza.

Juana Seymour, decimos, era lo que puede llamarse una muger vulgar, atendida su sencillez é ignorancia: aficionada, sí, á verse galanteada y favorecida, pero nunca mirando mas allá del círculo dentro del cual le habia concedido Dios nacer y vivir: seguro és, nos atreveremos á declararlo, que si Juana Seymour, hubiera nacido en la pobreza, en la mediania, hubiera acabado su ecsistencia en medio del fango de las prostitutas, porque su veleidad, su credulidad, su ignorancia y su coquetismo la hubieran conducido insensiblemente á despeñarse en el abismo que ha recibido y ahogado á tantas otras: pero para su fortuna, ecsistia un Eduardo

Seymour muy ambiciosa, y una lady Rochford muy intrigante y muy pérfida. Tal vez dotada de talento é imaginacion, no hubiera sido para la desgraciada Ana tan temible como llegó á ser: los contrastes de caractéres en seres tan volubles como Enrique, hacen encender la llama abrasadora del deseo. Juana Seymour era el fiel contraste de la reina y de la generalidad de las mugeres que la rodeaban: si Ana Bolena cantaba y todo el mundo aplaudia, ella permanecia tranquila sin revelar la menor señal ni de aprobacion ni de disgusto. Pero aquella distraccion, quizá estudiada, llamaba la atencion del monarca que admiraba en ella no mas que el valor material de su hermosura. Si las damas de honor se entregaban gozosas á los placeres de su estado y sus pocos años, Juana abandonaba el grupo y retirada y sola no escuchaba ó aparentaba no escuchar los chistes picantes y agudos de aquella bandada de mariposas que revoloteaban detrás de su au-

gusta señora: pero esta indiferencia y retraimiento, encantaban á Enrique codicioso de arrancar con un beso una sonrisa á aquellos lábios siempre plegados y mudos. Es indudable que otro cualquiera que no el rey de Inglaterra hubiera olvidado á la joven que queria mostrar la gravedad de la vejez: pero él por el contrario, atizaba la hoguera en que ardia, soplaba, aumentaba nuevos combustibles y era desgraciado otra vez porque queria cual otras veces. Tal vez contribuia á aquella pasion, que Juana Seymour, fria y blanca estátua, siempre triste y abandonada en medio de los placeres, animaba su semblante, coloraba sus mejillas, y entreabria sus frescos lábios, cuando por acaso el monarca inclinaba sus ojos para fijarlos sobre los suyos: tal vez, repetimos, contribuian á aumentar la real pasion, los suspiros con que solia contestar la joven casta, á las protestas apasionadas de amor que su dueño solia repetirle. Las lecciones de su hermano eran sabiamente aprendidas,

y sus diez y siete años y su timidez, escaltaban la mente del monarca, ya pasado de su florida edad y cruzando aquella en que tanto influye la novedad en todo.

Ana Bolena, como vamos notando, habia perdido el cariño de su esposo, y éste, sometido como todos los hombres a la fuerza de las costumbres, solamente con Brian, con aquel hombre que todo lo encontraba justo con tal de divertir á su amo, habia consultado sus nuevos amores. ¿Como decirlos á su ministro Cromwell, al que por llevar á cabo sus locuras, habia conmovido la Europa entera, mudado la religion de su reino, y repudiado á una reina tia de uno de los grandes hombres que han ecsistido?..... Imposible.

—Cómo, me esplicarás, Brian, decia Enrique un dia á su confidente, cómo me esplicarás estos errores de mi corazon?... Creo que estoy enamorado, pero enamorado de dos mugeres.

—Señor; cómo podrian esplicarse los

errores del corazon de aquel sábio, tipo de lo grande, de lo sublime de lo que ningun hombre...

—Vamos, acaba; de quièn?

—De Salomon, señor.

—Y bien?

—Y bien! Salomon tuvo cuarenta mugeres, las que sino vivian en buena armonia, y esto no lo dice la historia de su vida, contribuian á tenerlo siempre alegre y feliz.

—Sin embargo; no puedo casarme con Juana Seymour.

—Y para qué quereis toda esa ceremonia y un nuevo y necesario divorcio?... No veis que se reirian de vos y con vos de todos los ingleses, si diéseis al mundo ese segundo escándalo?

—Pues Brian, no hallo modo: todas las mugeres de mi reino en quienes pongo los ojos, todas no saben hablar más que de bodas, como si el amor del rey fuese el amor vulgar de uno de mis súbditos.

—El mal egemplo, señor: todas quie-

ren ponerse la corona de San Eduardo: todas quieren mandar: todas quieren ser reinas: vayan al diablo: conténtense con lo que se les dá, y dejen quieta la corona: no sois tan viejo en verdad ni tan feo tampoco que no podais merecer por vos los favores de una dama: imaginad un buen plan y a ella; no desmayeis por los primeros contratiempos y lograreis vuestro designio.

—Bien, pero si apesar de todo se resiste esa Juana Seymour, entonces....

—Todo saldrá bien, señor: buen ánimo, repito.

—Pero si no consiente....

—Entonces, y en último caso, un rapto, una desaparicion y la trasladamos á donde por fuerza admita el honor que tan locamente rehusa.

—No, Brian; si se resiste, me casaré con ella.

Estas palabras, dichas con una energía superior y en cierto tono que encerraba algo de misterioso y terrible, hicieron callar á Brian, el que sintió, no

obstante su con un indiferencia un estremecimiento nervioso que le hizo vacilar un momento, cual si de repente hubiera faltado de bajo sus piés la tierra que lo sostenia.

Hé aqui, entretanto, las habilillas que de boca en boca de los cortesanos rodaban sin llegar hasta el rey cada vez mas pesaroso de no hallar á medida de su deseo las ocasiones de ver sola y á su lado á la muger que codiciaba.

—Qué tiene el rey? qué tiene el rey que no obstante nuestros esfuerzos para distraerle, solo logramos hacerle hostezar, incómodo en nuestra presencia cual si cada uno de nosotros lo atenaceára con hierros ardiendo? Parece como detesta nuestro trato: está adusto, sério, nos aparta de sí y solo permanece en el cuarto de la reina, ocupando un puesto entre las doncellas de honor, entre las que tampoco estingue el mal humor continuo: su lenguage es arrebatado; su silencio espanta y de continuo nos trata

de necios, importunos y aduladores.

Pero estos hombres que asi discurrian, no podian comprender que es muy pobre la condicion humana, asi en el grande como en el pequeño para tener á raya los sentimientos del alma por mucho que procuren ocultarse: el rey en efecto pasaba el dia en buscar pretestos que alejasen á todos los que rodeaban á Juana Seymour, y aun la misma reina era víctima á veces de sus majaderias y caprichos: y decimos víctima, porque llena de sobresalto y de pesar, adivinaba en un gesto, en una mirada, en una accion, lo que no le esplicaban los lábios mudos de su esposo: miraba las particulares distinciones de este hácia su jóven dama, y cada una de ellas era un acerado puñal que atravesaba su pecho: Ana Bolena conocia á Enrique por esperiencia, y sabia donde llevaba su frenesí cuando codiciaba un nuevo capricho: callaba y sufria, pero sufria llorando, cuando pocas

veces podia dar libre curso á sus lágrimas.

. . . . . .

No desperdició un solo momento el arriesgado Percy, durante la travesía de Newcastle á Lóndres, para convenir los mejores medios que pudieran llevarlo hasta su objeto: requirió á Isaac, y este le contestó, que por su parte juzgaba cumplir su palabra con introducirlo dentro del palacio; mas que despues, como no debian esperar juntos el final de una aventura que á él en nada le interesaba, quedaria milord solo y en su derecho para obrar como mejor le conviniera: no era esto enteramente lo que se habia tratado, pero reflecsionando Percy que la presencia de algun otro no podia menos de embarazarle, callóse y procuró trazar su plan como mas á propósito le pareciera.

Conocia sobradamente hasta los más lejanos pasadizos, corredores y habitaciones del palacio, y podia prometerse que escondido en cualquiera parte lo-

graria no ser visto hasta que pudiese salir sin riesgo.

Como bien se nota, Percy no contaba con las dificultades, ni con todos aquellos accidentes que se suscitan repentinamente y que enlazados entre sí producen un manantial de crecidas penas para el que espera con impaciencia.

Llegaron en fin á Lóndres, y todo dispuesto, presentóse Isaac á las puertas del palacio para aguardar la hora en que pudiera ser presentado á la soberana. Pasó de boca en boca su solicitud por medio del crecido número de lacayos y de ugieres, y llegada por fin á la reina, fué contestada con una negativa. Ana Bolena habia pasado muy mala noche y no tenia ganas de escuchar al judío, su abastecedor de joyas. Al siguiente dia volvió Isaac, pero la reina partia para Grenwich y no podia recibirle tampoco: volvió á la subsiguiente mañana: pero ni en esta ni en otras dos logró su objeto, porque la reina

estaba indispuesta: he aquí una semana perdida. Más afortunado, despues de los primeros ocho dias, fué recibido y con él su acompañante.

—Quien es ese mozo que os traeis, maese Isaac? preguntaron algunos dependientes de palacio. Antes viviais solo.

—Es muy cierto: pero ya me voy doblando y el árbol nuevo es necesario que preste su ayuda al tronco corroido y viejo. He tomado á mi servicio á este mancebo que és inteligente, activo y entendido.

No fué este el último interrogatorio que sufrieron, antes de llegar á la ante-cámara de la soberana: pero por fin se salvaron los obstáculos, y despues de una hora de ante-sala, la mampara abrióse para dar paso al falso y al verdadero mercader.

Saludó profundamente el judío: Percy con bastante turbacion, inclinóse con respeto, y ambos aguardaron.

—Qué traeis nuevo, señor Isaac que

merezca verse para comprároslo?

—Señora, todo lo mejor; lo mejor, lo más nuevo, lo más escojido de cuanto ha producido Flandes, España y Francia: todo de lo más selecto; pero creedme, decidios por los géneros de Francia, porque és lo de más gusto: aquí traigo aun una pieza de tela igual á otra que ha tomado la princesa Margarita.

—Pues me quedo con ella, no más que por esa circunstancia.

—Quereis ver los encages, señora?

—Veámoslos.

—Voy, voy al momento: ¿dónde están? no es aquí: qué es esto?..... dónde andan?.... no los encuentro.... ¡ay! se me han quedado en casa: pero nada hay perdido; mi mancebo irá por ellos: él és listo y no puede tardar: ea, anda Jaime, anda en un salto.

Poco habrá que esplicar para profundizar las intenciones del mercader: el juego está bastante conocido: el supuesto Jaime atravesó la antecámara, acechó el

mejor modo de escurrirse al largo de un corredor bien conocido de él, y topando con un gabinete que servia de guardarropa de la reina, desvió varios vestidos encerrados dentro de unos armarios de nogal y ocultóse lo mejor que pudo entre los pliegues que aquellos formaban: Isaac, continuó buscando; halló por fin los encages que presentó con humildad pidiendo perdon por su mala memoria, y despues de cobrarlos, salió solo del palacio, dejando entregado á sí mismo á su noble compañero y espuesto á las consecuencias del arriesgado paso que iba á acometer.

¿Deberemos hacer aquí un análisis de los padecimientos morales que afligian al amante caballero, mientras permanecia oculto entre la seda y el oro de los vestidos de su amada?.... Creemos que no es nuestro deber ocuparnos de tal cosa, porque ¿qué hombre no ha padecido alguna vez en su vida los tales tormentos? ¿qué hombre no ha amado, y qué hombre no ha sentido el

aguijon de la duda?... Percy dudaba y esperaba: no queremos decir temia, porque el miedo no habia entrado jamás en aquel corazon jóven aun, pero entero y arrogante: y sin embargo si hubiese tenido miedo, razon le hubiera sobrado, atendida su situacion: de un momento á otro podia ser descubierto, y perdiéndose él perdia á la que adoraba sin el menor resultado: mas hay un Dios que vela constantemente por los enamorados: cuántas hazañas que el mundo ha admirado, cuántas empresas que han hecho inmortales á los que la han emprendido, cuántos renombres no se han conquistado, impulsados por las locura del amor!!...

El amor es una fuerza sobrenatural, grande, poderosa, irresistible, que á veces trueca en posibilidades lo que hasta entonces ha parecido inaccesible y colosal. El que ama no retrocede ante el peligro, sino que le busca, tal vez porque no le conoce, tal vez porque no lo alcanza: por eso, volvemos á referir-

lo. Percy no tenia miedo y aguardaba con duda, pero sin temor.

Imposible parecerá, no obstante, á nuestros lectores, que pudiera escapar el enamorado jóven en medio de aquel peligro: porque las damas han salido, han entrado veinte veces cada hora, en el lugar en donde permanece quieto, acurrucado, conteniendo hasta el menor átomo de su respiracion, porque ella puede hacerle traicion, al tocar la mano de alguna de las doncellas de honor de la reina el vestido próximo á aquel que lo tapaba: lo hemos dicho, hay un Dios que vela por los enamorados y Percy debia triunfar: suena la hora de comer; la reina sale acompañada de toda su servidumbre, y muy en breve todo queda desierto, salones y galerias, pasadizos y gabinetes: Percy sale de su escondite, y abriendo una puerta secreta de la que conocia el mecanismo, llega hasta el dormitorio de Ana, solo tambien en aquel momento: la suerte estaba echada: la jugada, aunque arriesgada era la

postrera y nō era tiempo de retroceder: fijo ante la vida ó la muerte, quiere apurar su destino cualesquiera que sea el que su horóscopo le designe: de todo cuanto le rodea, nada le parece más cómodo para ocultarse que el lecho de la reina, y con efecto se acuesta bajo de él, á aguardar de nuevo: un sudor frio baña su frente, una continua convulsion agita sus miembros, pero no le importa: Percy continúa esperando.

Llegó en fin la hora suprema: la hora en que asistida Ana de sus damas y doncellas, comienza á desnudarse para buscar el descanso en un sueño que estaba bien lejos de esperar fuese tan intranquilo como desgraciado en aquella noche de desventura: pero és tan larga esta operacion, pasan tantos momentos en despojarla de sus adornos, que no pueden enumerarse, sobre todo para el que espera..... Ana yá se halla cubierta solo por su elegante bata,

pero aun volviéndose á su consejera, á su antigua amiga, á su actual favorita, á su amiga mis Savage, comienza un diálogo que escucha claramente el escondido.

—Ya lo has visto, Nancy mia: Enrique está siempre sombrío, siempre meditabundo, siempre pensativo. Casi no quiere hablarme, cuando yo, no pudiendo resistir su lúgubre silencio, le dirijo la palabra.

—Los negocios del Estado le preocupan, y por eso...

—Ay, no! Mira su ministro: mira á Cromwel, sobre el que verdaderamente descansa el peso del gobierno, cómo permanece tranquilo en vez de inquieto, satisfecho en lugar de triste. Enrique, créeme, Enrique és asi conmigo solamente.

—Tampoco debemos ecsigir que el rey permanezca despues de cuatro años de matrimonio, tan arrebatado como en otro tiempo.

—Sí, pero una duda me desgarra el

corazon lentamente: si Enrique amára á alguna otra...

—Y de quién?..... Oh! eso es imposible.

—Hé ahí el secreto que no puedo penetrar, y apesar de ello estoy casi segura de que el rey no és feliz porque se ha encendido en su pecho una nueva llama tan arrebatadora como las anteriores: esto no puede concluir sino muy mal, Nancy mia.

—La madre del futuro príncipe de Gales, no debe albergar temor ninguno.

—Esa es mi única esperanza: si esta desapareciera, entonces... entonces no sé qué seria de mí.

—Aun serias la madre de la princesa Isabel.

—Todo eso es nada, amiga; convéncete por ti misma antes que el tiempo llegue á acreditartelo: la esposa, si ha perdido el amor de su esposo, será muy desgraciada, por que su esposo no pone diques jamás á sus deseos y no hay

vínculos ni consideraciones bastantes á detenerlo en su camino.

—Si; pero dentro de algunos meses el trono de Inglaterra tendrá un heredero.

—Sufro mucho, Ana, y los sufrimientos pueden malgastar mi salud: mi mal yá nace, y está en el corazon.

—¿Quieres que no quede á tu lado de noche, y entre las dos procuremos ahuyentar esa melancolía que te hace derramar tantas lágrimas?

—¿Quien te ha dicho que yo lloro?

—¿Quien me lo ha dicho?.. nadie: pero yo te conozco: tú ries durante el dia, cantas, tocas, corres por tus jardines, te componés.... pero cuando esa puerta se cierra ante nosotras, todas tus doncellas, solamente la reyna es la desgraciada, por que entonces lloras, tirando á un lado la máscara engañosa con que te has cubierto durante el dia.

—Qué pasaria en aquel momento al desesperado Percy?.. júzguelo el lector.

Pero la reina ha rehusado la oferta

de su amiga, y esta se levanta, deseando cortar la enojosa conversacion, y saluda para retirarse.

—Deseo que V. M. duerma con paz y tranquilidad

—Oh! no me llames así: yo soy tu Ana, tu amiga Ana como en otro tiempo: aquel tiempo precioso que partió para no volver!

—Quien puede decirle?

Un abrazo estrecho y lleno de afecto puso fin á la conversacion: la confidenta de la reina ha salido y Ana se dirige hacia el fondo del dormitorio

Aquí empieza tu dicha, amante feliz: mira esa criatura celestial despojada enteramente de la seda que la cubria, transparentando sus formas por el lienzo de su camisa..... ahy! existen momentos que con nada pueden comprarse.—

Ana Boleua se recoje al lecho, pero no duerme: está pensando, y su pensamiento remontado á una idea que le hiere, hace prorumpir al labio....

—Es él?...—Percy hace un movimien-

to instantáneo: Ana vuelve á caer en las almohadas, dejando fuera de la cama su desnudo brazo.

Como hemos dicho, Percy habia hecho un pequeño movimiento, y la mano de la reina casi tocaba á sus cabellos: ya iba á salir, cuando se detuvo de nuevo, pues Ana Bolena suspiraba y parecia iba á tornar de nuevo á sus sentidas quejas; y en efecto, despues de un momento de pausa, esclamó:

—Ah! cuan desgraciada soy!.. tampoco esta noche vendrá: no vendrá por que ha dejado de amarme.

—Te engañas Ana, vendrá por que no te olvida, por que eres su delicia, su amor y su vida como tantas otras veces: Percy está aqui, por que quiere disputar á Enrique el supremo bien que su corona me arrebatará. ¡Ah! sin reino que ofrecerte, sin más que un corazon que te idolatra pronto á morir por ti, Percy vuelve á recobrar lo que nunca miró perdido.

Estas fueron las primeras palabras del

enamorado Percy al salir de su escondite: inútil es pintar la sorpresa, la confusion, el asombro que impresionaria en aquel momento á la reina: muda por el sobresalto, el temor y la vergüenza para articular la menor razon, cayó como herida de un rayo sin desplegar sus hermosos labios.

Hubo un momento de silencio, despues, procurando la encantadora reina ocultar sus desnudos hombros, volvio á rehacerse, mas solo para implorar á Dios:

=¡Dios mio! ¡Dios mio! No me abandoneis!

—¿Por que llamas á Dios, por qué le ruegas, por qué lloras?

—¿Por qué, desventurado?... Mira esa puerta secreta que conduce á la habitacion del rey: puede llegar de un momento á otro, y entrambos nos perderiamos.

=Dios vele sobre su vida señora y lo aparte de este sitio, por que si apareciera, sabeis lo que yo haria si apareciera? Le mataria.

—Miserable! A tu rey! Tú le asesinaria? Y luego, luego que seria de mi?

—Huiremos.

—Silencio, caballero, silencio: vos no me conoceis: Ana Bolena no debe concluir de ese modo.

—Que no te conozco dices?.. Que no te conozco?.. No te conocia aquel dia venturoso y desgraciado cuyo recuerdo me persigue y que tú pareces haber olvidado, aquel dia en que entre mis brazos y sobre mi corazon jurastes ante Dios ser mia solamente?...

—Si, pero entonces, Percy, Ana Bolena, niña y sùbdita no conocia, no podia conocer á Ana Bolena muger y soberana.

—Si, pero Ana Bolena soberana, és la misma que fué un dia mi amante; és la misma que juró sobre la salvacion de su alma, sobre la gloria de sus mayores, por el amor à un Dios que la vé y que la juzga: tu no sabes lo que me ha costado llegar hasta ti: tu no sabes cuanta resignacion és necesa-

rio para esperar tantos dias, tantos meses tantos años, tu no sabes cuan amargo és ver en brazos de otro la muger que se idolatra, tu no sabes que arriesgando mi vida para llegar hasta ti, abandono, no á una muger que la obediencia me hizo aceptar, sino al hijo de mi corazon que quedára huérfano tal vez, proscripto y desheredado por la traicion de su padre, tu no sabes en fin lo que puede el placer de una venganza y yo quiero vengarme; si: y me vengaré de ese hombre coronado que te abandona y me condena: estamos solos: nadie podrá impedirme esta venganza ni á tí salvarte de mis brazos demasiado robustos para no luchar y vencer: una noche de felicidad, una noche de felicidad, Ana, en cambio de mis sufrimientos, y bajaré despues al abismo para sepultarme en él si ès preciso.

—Una palabra, Percy, una palabra todavia: tú eres bueno y generoso y yo no te he olvidado: quieres que te lo

jure? Pues bien, yo lo juro de nuevo todavia: pero atiéndeme; la noche es bien larga; dáme una hora, una hora nada más, despues de la cual, si todavia insistes, entonces podrás..... qué sé yo: no sé qué iba á decir: pero lo digo otra vez... dame esa hora que te pido, que yo pueda coordinar mis ideas, que pueda indemnizarme para contigo, que pueda justificarme de mis fallidas promesas.

—Pues bien, tienes esa hora; te espero; te escucho.

—Oh! Gracias, Percy, gracias: sal de esta alcoba: voy á vestirme: debo abandonar este lecho que me aconsejas que profane: no puedo esplicarme aqui, no puedo, y lo deseo, para que conozcas tal cual es mi corazon.

Percy calló y se alejó obedeciendo aquella órden que sin embargo lo contrariaba: no se hizo esperar mucho Ana Bolena, porque cubierta solo con su bata, corrió á contener con todo su poder las brutales pasiones de aquel hom-

bre: sentáronse ambas, y la reina fué la primera en romper aquel mútuo silencio.

—A los ojos del mundo, esclamó, soy considerada como una muger ambiciosa. Los que no profundizando los arcanos del corazon de la muger escriban para el porvenir la historia de este reinado, dirán que una doncella, simple dama de Catalina de Aragon, codició el cetro que brillaba entre las manos de su ama, y que para arrebatárselo supo encender una llama voraz en el corazon de su dueño y señor. Pero estos, repito, si pudieran ver á la clara luz de la verdad, quemarian sus escritos y pulverizando las cenizas evitarian á las generaciones venideras el culpable error de maldecir á una muger demasiado desgraciada. Con vos, Percy, que me conoceis, que habeis visto comenzarse el camino que me ha conducido hasta el trono, vos que sabeis cuantos esfuerzos he hecho para apartar de mi frente la corona de San Eduardo, vos no debe-

reis pensar como ellos: sí, porque yo he resistido cuanto puede una infeliz muger; pero lidiaba con Enrique, ante cuya voluntad se rinden las mas soberbias voluntades: la vuestra se ha inclinado tambien, y no obstante sois hombre, valiente, arriesgado y apoyado en el nombre de vuestros mayores. Entre el sendero de la virtud y el del crimen era necesario decidirse: era mi suerte elegir entre ser la querida del rey ó su esposa: lo primero era demasiado poco para mí: lo segundo demasiado: podia sucumbir en la lucha, pero era glorioso y grande el emprenderlo: yo lo emprendí, animada de la fuerza de mi honor: fui su muger, y no me creí culpable por haber huido de la lepra de una seduccion y de una pública vergüenza. Por otro lado, vos, que érais el amado de mi corazon, me fuisteis arrancado, casado con otra muger, y Percy ya habia muerto para mí: el rey supo hacerse agradecer sino amar, y no debo ocultaros que las pruebas de su pasion

llegaron hasta mi alma, fijaron mi razon, que me dijo, *haz esto*. Yo no habia nacido para ser un personage grave y sério, y sin embargo el destino ha unido mi nombre á la revolucion de Europa hecha para que yo llegase al trono: esto cambió enteramente mi carácter, y comprendí por fin que Dios me llamaba á un puesto en que yo nací: yá en él, me he conformado persuadida que la Providencia me concederia el descanso y la felicidad que no habia hallado en mi lega juventud: inútil esperanza! He visto los escollos que me rodean, vivo en medio de temores, y para ahuyentarlos de algun modo, me he impuesto el deber de la virtud y del esacto cumplimiento de mis sagrados deberes: á ellos debo sacrificarlo todo: Ah Percy! no és la misma muger la que teneis delante: los placeres tan bellos y risueños en una edad y en una posicion como la mia, no tienen ninguno atractivo, porque los materializo y conozco que nada son y para nada sirven:

nada son para mi. Formémo en mi conciencia hace dias la ley que juzgaba dictada por Dios de reformar el carácter de Enrique, y que por este medio la Inglaterra me bendigese; ha habido época en que me he lisongeado de que lo iba consiguiendo: mas el cielo no lo quiere. Mis previsiones han sido engañadas: las cadenas con que habia creido poder sugetar á nuestro dueño, se han roto y la nave ha vuelto á quedar entregada á sí misma, al furor del huracan de sus pasiones. Tendré necesidad de deciros cuál és mi posicion respecto de Enrique?... Sobradamente la comprendereis. Conoceis á ese hombre y su corazon: nuevos lazos que quizá ambiciona, y que yo le estorbo, le obligan á aborrecerme tal vez: acecha una ocasion, la más pequeña causa, el más ligero motivo para deshacerse de mi, como lo ha hecho de otras..... Reflecsionad, Percy, reflecsionad y vereis lo que nos separa. Si Enrique supiese que estábais ó habiais estado en este cuarto,

veria sus votos cumplidos, porque volveria á la libertad..... la muerte ó el divorcio, y con el divorcio la deshonra: este es mi porvenir. ¡Oh! el mal que yo he hecho sin querer, á otra muger buena, amante y leal, voy á pagarlo quizá con creces! Para mí todos dias de mi presente vida, encierran horas supremas, porque siempre estoy aguardando la en que debo dar cuenta de todo. Mi único consuelo ya debe ser el sepulcro, à donde acompañada de mis remordimientos, creo que voy á llegar muy pronto, y esta idea me consuela y me fortalece: tengo siempre delante à mi juez y á la posteridad que maldecirá mi nombre. Ya me habeis oido: ¿creeis aún que en tal situacion debo cometer el mas criminal de todos los delitos, aquel que nunca perdona ni el esposo ultrajado, ni la autoridad del rey, ni la justicia de Dios? Hablad, decidlo francamente, y confesad el caso en que me poneis. Sois desgraciado; lo comprendo bien, porque los desgraciados

todos se comprenden; pero sufris en silencio, y si lo hubièseis conservado hubiérais sido un héroe, mas ha sido superior á vos, y habeis sucumbido.... Yo tengo razon para deciros que mi ruego és el de un moribundo, y los ruegos de un moribundo son siempre sagrados: recojed de nuevo vuestro secreto, encerradle dentro del corazon y..... tened misericordia de mi..... Percy, yo os lo pido de rodillas, dejadme morir en paz.

Lágrimas abundantes corrian de los hermosos ojos de aquella muger, interin que el hombre que la oia, inclinaba la cabeza luchando bajo el peso de cien encontrados pensamientos que desgarraban su alma.

No duró mucho aquel lúgubre silencio: el rechazado amante, haciendo superior sobre todas sus otras pasiones la mas fuerte, su amor, miró á la que debia ser su víctima, y con el tono mas significativo dijo:

—No; no: todas esas razones con

que quieres hacerme vacilar, no son más que pretestos, pretestos para enredarme en el dédalo confuso de un laberinto que no conozco: mentiras para apartarme de ti. ¡Tus lágrimas! Cómo creero en tus lágrimas cuando las has vertido para prometerme lo que me niegas ahora? Y sin embargo, Ana, preciso me és confesártelo; te has valido de un modo muy elocuente para disculpar tu infidelidad!... Ah! Cuán desgraciado soy! Pobre, insensato, el que en muger confia!!!

—Oh! Te olvidas Percy cuando hablas de ese modo, qué modo tiene Enrique de deshacerse de los que coartan sus deseos y sus gustos: si fuesen para él sagradas la vida y el honor, todo lo demás no importaba, entonces seguramente escucharia propicia tus juramentos y veria llena de placer tu constancia y tus pruebas de cariño: pero colocada en la posicion en que me encuentro, rodeada de escollos y suge-

ta á la débil fuerza de sus caprichos, debo conservarme serena para no resbalar y precipitarme. Me recuerdas mis juramentos!... No los he olvidado, no; pero cuanto invocaba á Dios como testigo de ellos, era dueña de mí misma, mandaba sobre mi porvenir y nadie era dueño del derecho de acusarme de adúltera é infame: hoy... ¡cuán al contrario es todo esto! hoy se espia la ocasion para derribarme desde el foco de la grandeza y del poder á una muerte afrentosa y digna de la muger que olvida sus deberes mas sagrados!

=Con que es decir que esas ecsigencias sociales, esos deberes tiránicos son los que te me arrebatan, apesar de tener aún tu corazon?... No, esto no puede suceder asi: mírame aquí á tus piés, repitiéndote mi promesa de amarte siempre, de sacrificarme por tí .. yo no me levantaré sino para ser enteramente tuyo, porque tú debes serlo mia esta misma noche... Lo oyes, Ana? es-

ta noche has de pertenecerme.... Dios que nos oye sabe cuánta es la fuerza de voluntad con que he adoptado un partido, quizá violento, pero tambien el último.

Ana Bolena levantó su cabeza, y con una fuerza sobrenatural tomó á Percy por una mano, y lo arrastró hasta una ventana que abrió, al mismo tiempo que esclamaba:

—Pues bien, sí, seré tuya, lo repito á la faz del cielo, el mismo que escucha este juramento pronunciado locamente en maldecida hora: seré tuya muy pronto..... mas en un mundo donde mi amor no será criminal ni infame: donde pueda tranquilamente consagrarte, no algunas horas robadas á la vida pública, de noche y en silencio, sino toda la eternidad que se abrirá ante nosotros.

La reina buscaba sin duda al levantar sus ojos sobre la bóveda celeste, la estrella de su guia, su buena estrella, aquella estrella que la habia conducido

sana y salva por medio de mil escollos hasta el apojeo de la dicha..... pero su buena estrella habia desaparecido, y con ella todas las que tachonaban el firmamento: oscuras nubes lo cubrian, la noche era negra y lúgubre como sus pensamientos, el viento del equinoccio bramaba por cima de los edificios, y las aguas del Támesis, inflamadas por la creciente, batian con furor el pié de las altas paredes: otro momento de silencio siguió á aquella imprecacion y á aquel juramento: Percy fué el primero en romperlo.

=Basta de esperar (dijo): no he venido para oir palabras que nada significan, sino para ser dichoso: me aplazas para ese otro mundo mejor á donde tú, ángel lleno de pureza ascenderás algun dia..... pero cómo podré yo seguirte, precito y maldecido de Dios y de mi padre que lo hace desde su tumba?... No, és necesario que nuestros destinos se cumplan: yo que soy el ángel malo debo bajar al abismo, más despues

de probar en este mundo la suprema ventura: tú que eres el ángel bueno, llegarás á la mansion divina aun mas glorificada con la palma del martirio: tus ruegos ante el señor para que me perdone no servirán de nada, porque mi delito es mayor que aquellos que Dios perdona. Jamas restituye el destino la felicidad que momentáneamente nos ha presentado: esa felicidad está en mi mano, pues te oprimo sobre mi pecho... todos duermen... estamos solos... serás mia.

Realmente el desdichado Percy acompañaba con la accion sus últimas palabras: abrazaba con delirio á Ana Bolena, sus lábios cerraban los lábios de Ana, su aliento se confundia con el de Ana... Percy estaba loco, y Ana por su parte ya casi no resistia, porque el amor mandaba: un paso habian dado los dos amantes, arrastrando Percy á su víctima hácia el gabinete, cuando el estampido de un arcabuz vino á herir en los oidos de entrambos..... Voces con-

fosas, mas no muy lejanas se perciben y los pasos monótonos pero unidos de los guardias retumban en medio del silencio de la noche.

—Estoy perdida: os han descubierto.

Percy duda un momento: ¿qué hacer? qué resolver?

—A dónde dá esa ventana?

—A un terrado.

—Y ese terrado...

—Al Támesis.

—Rogad á Dios por mí, señora.

—Desdichado! vas á morir...

—No hay otro remedio.

—El ruido se acerca...

—Y qué temeis?... Estais pura como antes. Maldito sea yò para quien la desgracia es una hermana inseparable!

—Adios, infeliz, y él te perdone como yo lo hago.

Un segundo despues Percy habiã atravesado el terrado y dado consigo en el agua: pero las voces crecen porque le han visto, y una porcion de hombres cruzan en la misma direccion para

seguirle en el rio: uno, dos, tres mosqueteros nadan en su seguimiento: suena un tiro, despues otros tres: la bala del último ha herido á alguno, porque un gemido de dolor ha salido de las aguas y llega hasta los oidos de la reina, que postrada de rodillas esclama con las manos juntas y cruzadas...

—Salvadle, Señor, salvadle.

Pero mira en derredor de sí y un hombre la observa. ¿Quién és?... Es Enrique VIII rey de Inglaterra.

—Por qué te asustas?... Eso no és nada: unos ladrones han penetrado en palacio y se les persigue: la ronda de noche los alcanzará, porque por el pronto ya han soltado el robo para arrojarse al rio. Mas qué tienes?... ¡Dios mio! Ana!... Socorro... socorro!

Ana Bolena habia caido desmayada.

Amaneció el siguiente dia: pero este dia que aparecia por el camino de todos los anteriores, debia ser memorable para la posteridad: fecundo en acontecimientos de todas clases, el primero que

se anunció fué el de la muerte de la reina Catalina de Aragon, segunda esposa de Enrique de Lancaster, y tia del emperador Cárlos I de España y V de Alemania: aquella santa muger habia dejado de existir en el convento á donde se habia retirado, consagrando hasta su último aliento para pedir á Dios por su esposo, y para invocar su nombre unido á sus ingratitudes: el primero que anunció esta noticia á Ana Bolena al despertarse ésta, fué sir Breton, gentil hombre de cámara de Su Magestad.

=Ah! esclamó la reina rebozando una alegria que quizá algunos culparian mas que nosotros no reprochamos; voy á ser por fin verdadera reina antes de dejar este mundo!... Dios sea loado.

En albricias de esta nueva regaló al mensagero de ella la hermosa Ana, la cofaina de oro en que se lavaba las manos: accion que aunque se apartaba algun tanto de la nobleza de su carácter, si se considera el remordimiento que cau-

saba à Ana Bolena la idea de la desgracia de Catalina de Aragon y el odio con que la mirarian los ingleses por haberle arrancado su lugar, és disculpable aun en el corazon más heróico.

Concluyó de prisa su tocado, y salió de su cuarto entregada á sus pensamientos para dirigirse al del rey, en el cual debia verificarse otra nueva sorpresa, más no del género de la referida.

La etiqueta ecsigia que el gentil-hombre la precediera; pero Breton habia salido conduciendo su régio regalo, y Ana llegó sola hasta los salones del interior sin encontrar à nadie. Abre ella misma la mampara de la habitacion del rey el que solo en compañia de Juana Seymour, tenia à esta sentida sobre sus rodillas .... La sorpresa, el terror, arrancaron un grito á la reina y volviose sola y precipitada: un puñal no hubiera herido tan violentamente su corazon.

—Enrique conmoviose igualmente: cayeronsele los brazos con que ceñia la cintura de la jóven, bajó la cabeza y sofocó un grito que tambien estuvo á punto de hacerle traicion: despues con ademan arrebatado pero con la mayor indiferencia, dijo á Juana.

—Bendigo á la casualidad por que ella me ha proporcionado evitar esplicaciones desagradables: no os aflijais, Juana: ello os acerca al trono y casi vá le tacais con vuestra mano: el rompimiento és inevitable y tendrá lugar cuanto antes.

—Lady Rochford, que no abandonaba jamás los pasos de la desdichada reina, habia visto el movimiento de esta, habia escuchado su grito y comprendidolo todo: una alegria feróz se pintó en su semblante.

Todo vá bien: la suerte está en mi ayuda: rodarás, Ana, y no rodarás por tu solo peso, porque yo sabré empujarte dejando caer sobre tu cabeza una piedra que la apleste: tengo la ocasion:

he trabajado hasta ahora para recojer el fruto que comenzará á crecer bajo de mis manos: no más tu espia: de hoy más, tu acusadora.

Dicho esto, consagró el dia á rodear al rey, sorprendiendo palabras, acechando movimientos y esperando el momento para desencadenar las furias en el corazon del esposo. ¡Oh! era una víbora llena de veneno que se arrastraba por en medio de la yerba para morder á traicion y escapar á su tiempo.

Llegó la hora en que el rey acostumbraba pasar al cuarto de la reina: no hubo tal visita: todo el mundo notó que en vez de ella, el príncipe salia á dar un paseo á caballo seguido de su escolta: á muy pocos pasos de palacio incorporose al monarca lady Rochford.

—Vuestra magestad está triste, señor, dijo la dama.

—Y que sabeis vos de eso!

—Señor, yo lo sé todo porque Juana Seymour no tiene secretos para mí.

—Y qué sacais en limpio?

—Que os atormentan los remordimientos.

—Remordimientos?

—Si, muy naturales en un corazon tan leal como el vuestro.

—Pero por donde habeis alcanzado que yo tengo remordimientos?

—No és menester ser muy entendido para leerlos en vuestro rostro en donde está pintada la tristeza con caracteres indestructibles. Lástima me causa veros asi, y casi estoy tentada de libraros de ese mal.

—Vos?.. Y como podriais?

—Yo, señor, pudiera libraros de ese mal os repito, diciendoos una sola palabra: pero el respeto sella mis labios.

—Señora, no os entiendo.

—Si me dais vuestro permiso, hablaré con toda franqueza.

—Hablad pues.

—Vos, señor, os haceis á vos mismo cargos que son tanto más severos cuanto menos los mereceis: consultais con vuestro corazon las pequeñas faltas que

creeis haber cometido, y no obstante aquellos para quienes os creeis reo, son doblemente delincuentes: habeis alzado hasta la altura suprema á ingratos desconocidos que han pagado vuestro amor con la traicion y vuestras bondades con crímenes dentro de vuestra propia casa en donde mirais un juez, aquel de quien os guardais os vende villanamente y vos mirais con dulzura á quien debiera ocupar en vuestra presencia el banquillo del acusado.

—Señora, no puedo, no quiero comprenderos, por que lo que me decis és horrible.

—Y sin embargo és lo cierto.

—Con que segun vos decis, *ella* és infiel... *ella*.....

—Lo ha sido: no dudo en afirmaroslo.

—Por San Jorge!... Y quien es, quién, decidlo el que se ha atrevido á poner sus ojos en la esposa de su amo.

—Me preguntais quien es?.. Preguntadme *quienes* han sido.

—Luego mi deshonra és yá antigua?.. Luego soy el ludibrio de los amantes de mi muger.

—Lo habreis comprendido bien?..

—Si, si: la certeza es cruel pero tambien segura: pruebas, pruebas al momento: juro por Dios Santo que mi venganza será horrible: sus nombres: el nombre de los adulteros.

—Señor con calma alcanzareis todo, al paso que con esos arrebatos me asustais y nada diré: pongámonos de acuerdo y luego despues.....

—Os burlais señora? Por quien me habeis tomado? que me ofreceis? La verdad ó la alianza para una intriga de corte.

—La verdad, señor, solamente.

—Decidla, decidla cuanto antes, por que voy creyendome en el derecho de acusaros de complice en la traicion que denunciais: si sabiais esa verdad, por que no lo habeis denunciado hasta ahora?

—Vuestra magestad entiende mal mi

celo, por que no recuerda que antes me ha pedido pruebas y no he querido hablar á V. G. hasta contár con algunas: ro os arrebateis repito y decidme á quien és á quien debo hablar en estos momento: al esposo agraviado ó al amante de Juana Seymour?

—Al rey, señora; al rey, que ya está harto de aguardar.

—Pues de un modo ó de otro debo deciros que la prudencia debe ser el móvil de vuestros pasos: renunciad al proyecto, que veo pintado vá en vuestro rostro, de arrestos públicos, escándalos y denuncias: esto haria tomar precauciones y las pruebas serian inciertas trayendo la duda en pós el que *ella* seria absuelta: los testigos tal vez fatarian, y el trono que habeis destinado para la nueva elegida, quedaria tan obstruido como está ahora.

Como se vé la astuta y atrevida lady Rochford, no se arredraba por los arranques de furor del rey, sino que los aguerdaba á pie firme y combatiendo

aquel carácter feróz que renacia algunas veces en Enrique, con la calma glacial de la duda: así pues, fácilmente se comprenderá que el rey en una situacion en que veia sus esperanzas depender todas de las revelaciones de aquella muger, daria treguas á su impaciencia para escuchar á la maldecida dama: engañóse en sus deseos: pasó un largo rato sin que lady Rochford hablase la menor palabra y Enrique fué el que primero rompió el silencio.

—Pero porque me haceis esa confianza á medias? Concluid de una vez, pues la incertidumbre me devora.

—No és la más oportuna ocasion, porque la menor palabra, el menos gesto, la menor accion puede descubrir una parte de nuestro secreto y evaporarse como el humo: si quereis creerme, concededme á vuestra humilde servidora una audiencia reservada esta noche, en vuestro cuarto, prometiendome en el interin ocultar á todo el mundo lo que padeceis interiormente.

No aguardó la contestacion de Enrique su interlocutora: volvió las riendas á su caballo y entró nuevamente en Lóndres buscando en su cabeza el medio mejor de dar cima completa á sus diabólicos proyectos.

El encuentro con la favorita del rey y la postura de esta sobre las rodillas de su real amante, habian agotado de tal modo las fuerzas de la infeliz Ana, que se habia visto obligada á meterse en cama, atacada de una violenta calentura: esta situacion hacía temer al médico de la reina por la criatura que llevaba en su seno; pero pasaron las primeras horas en que la fiébre disminuyó y seguidamente la reina manifestó un vivo deceo de ver y hablar á su hermano. Jorge, como creemos haber dicho en otra ocasion, aunque fingia y disimulaba con su hermana, sabia todos los pormenores del nuevo amor de Enrique y habia seguido uno por uno todos los accidentes ocasionados en el rey. Asi que

nada lo sorprendió de cuanto Ana le revelaba; todo lo sabia él: no obstante, el pobre hermano tambien calló, no atreviéndose á dilatar más la herida abierta en aquel corazon tan llagado: aun intentó disculpar á su real cunado.

Las infidelidades de los maridos, decia, no son más que pequeñas nubes que empañan un solo momento el cielo de la felicidad conyugal, pero que disipadas brevemente, hacen aparecer aun más refulgente el sol de la tranquilidad: nada hay que haga arrepentir más de corazon al que delinque que ver la bondad de la esposa que perdona: avergonzado é inconsolable está yá el rey por su falta, y lo que sucederá voy á decirtelo: despues que vuelva de su paseo, pasco creado para evitar la vergüenza de verse reconvenido, correrá á echarse a tus pies; algunas lágrimas bañarán tus megillas y un abrazo pondrá fin á esas querellas domésticas, en las que Juana Seimour será la víctima, porque saldrá despedida.

—¡Ah! no lo creas. Acaso el rey ha sacrificado sus gustos por sus deberes?.. Los caprichos de ese hombre son formidables como los de la fiera: hoy dia ama á Juana Seimour como un tiempo amó á Ana Bolèna. Sacrificará para allegarla hasta sí, su trono, su reino y mi cabeza. Bien sé que este será el término de unos males que he conocido hace muchos dias en su indiferencia. Sus pasiones son tan fuertes como sérias y profundas.

—Pero hermana mia: hablas en este asunto como si tuvieras que echarte en cara: no eres buena? no has cumplido sagradamente con tus deberes con aquella santa fidelidad que impone la religion? no eres inocente de toda falsa acusacion? ¿Con qué derecho ni razon la emprenderia? Ademas, conviene saberlo: Juana se ha rendido al rey? si és así, nada hay já que temer, por que entonces no aspirará á ser reina de Inglaterra.

—Si, pero si por la inversa no se ha rendido, mi ruina és segura, y esta rui-

na és su sueño continuo, y la Europa no levantará su voz y su espada para tomar mi defensa como con Catalina de Aragon: ¿qué mano protegerá á la ambiciosa jóven que ha osado poner el pié sobre el trono de sus reyes?

—¿Qué mano preguntas?.. La mia: crees acaso que permaneceria impasible sin levantar mi voz, sin desnudar mi acero? Guárdese el fiero leon de enseñar sus uñas, porque no impunemente abusaria de su poder: yo le he entregado mi hermana, mi mejor tesoro, el tesoro de las mugeres, y ese tesoro debe conservarlo ó disputarlo á mi valor: sí, hermana mia; tienes un amigo, un amigo de confianza, porque és tu hermano.

—Pero és tu rey, grande y fuérte, contra quien pretendes revelarte.

—Tu causa és santa y Dios ayuda á los buenos.

—O los elige para mártires.

Ana Bolena lloraba y Jorge tambien: los dos hermanos se abrazaron confundiendo sus lágrimas y hubo un momen-

to de silencio: lady Rochford entrò en aquel momento.

—Sois vos, señora? venid, venid á consolar á mi pobre hermana.

Lady Rochford no respondió y se retiró al otro estremo del cuarto.

—Venid, continuó Jorge, venid y calmad sus angustias con vuestro buen humor.

Tampoco se movió la traidora vizcondesa, lanzando miradas recelosas á su marido.

—No sabeis responder, señora?

—No quisiera turbar vuestra conversacion, contestó por fin.

—Si vendrá el mal por este lado; pensó Jorge en su interior sin decir una palabra.

Hubo otro momento de silencio: despues levantóse Jorge, y agarrando fuertemente á su muger la arrastró hasta el oratorio de la reina.

—Te conozco, malvada: tu loca palabra ha abierto á la luz mi imaginacion: esos celos ridículos que acabas de manifestar

me han hecho conocerte: tú quieres perder á mi hermana; por eso la sigues, la espias y te conviertes en el ángel malo de mi desgraciada familia.

—Pues bien, Jorge; te amo y tengo celos.

—Celosa de mi hermana! tú! celosa tú, cuando eres un ser sin corazon y sin entrañas? no mientas, miserable.

Al hablar, así, tiró de su espada y apoyó la punta contra el pecho de su muger: despues continuó.

—No quiero verter aqui tu sangre, pero escucha: el primer movimiento que hagas para espiar á tu reina, la primera vez que te vea hablar en voz baja al rey ó dirigir la menor palabra á Juana Seymour, esa será la sentencia de tu muerte. . . . . Rochford-Hable será tu sepulcro, y allí te arrojaré á los perros para que destrocen á la víbora que quiere emponzoñarnos: he concluido.

Aun ensayó una tentativa de seduccion la astuta vizcondesa: se echó á

las plantas de su marido, abrazando sus rodillas, pero este la rechazó con el pié, saliendo en seguida.

—Ah! te has perdido, porque te hundirás con ella: has pronunciado tu sentencia: morirás como un infame.

Tal promesa presentaba lady Rochford á su marido, saliendo en seguida para continuar su papel de espia, apesar de las amenazas de sir Jorge: en calidad de tal, halló al paso á una de las mugeres de la servidumbre de la reina, que iba al cuarto de esta, y deteniéndola, la dijo:

—No dejais el cuarto de la reina, mistriss Stonnor?

—Sí, milady.

—Sabeis si se encuentra en él mi marido?

—Cierto, señora: allí lo he dejado no hace mucho.

—Raro caso! Larga es, pues, la audiencia: no opinais mal de esa conferencia tan prolongada?

—Acaso eso és nuevo?

—Còmo?

—Todos los dias acontece del mismo modo.

—Y decidme, estaba en la alcoba?

—Si, y apoyado sobre las almohadas de la reina.

—Con que sobre las almohadas? ¿Estais segura?

—Segura, señora: lo he visto demasiado bien.

—Gracias: estoy satisfecha.

Continuó aun andando, y á poco hallóse frente á una doncella de honor, y á esta como á la primera dirigiole la palabra.

—¡Ola! mis Madge: os ha despedido mi augusta hermana de su cuarto por lo loquilla que sois?... Reis tanto que acaso la molesteis en sus dolores.

—Bien podrá ser: pero nuestra ama tiene bien cerca otra persona que escucha sin cesar y al oido, y que parece que no la incomoda.

Y quién és?

—Un caballero.

—Basta. Y decidme; habeis visto á mi marido: no le encuentro en toda la mañana.

—Ese es quien está con la reina.

—Pero es su hermana: no lo olvideis.

—Mas la puerta de la cámara estaba cerrada para todos y...

—Y qué hacen?... los habeis visto?

—Perfectamente.

—Tendreis inconveniente en repetir lo que habeis dicho?

—Por qué si todo es verdad.

—No lo olvideis y adios.

Espantosas voces suenan en el entretanto en el gran patio de palacio. ¿Qué ha sucedido? Lady Rochford acude presurosa pues en todo cree hallar una causa para aumentar sus intrigas: y no se ha engañado, porque el génio del mal que la acompaña incesantemente vá á proporcionarle un nuevo triunfo.—Llega por fin y sabe que el rey ha sido herido de una caida de su ca-

hallo, y es conducido en una litera: en presencia de aquel espectáculo repentinamente forma su plan y lo pone en accion inmediatamente: finge aparentemente abandonarle la razon y á veces corre de un lado á otros salones y galerias, llora, clama, implora á Dios por la salud del monarca, y de cuando en cuando deja escapar algunas palabras como, ¡desgraciada Inglaterra! pobre patria!

Como era de esperar, muy pronto llegaron tales voces hasta los oidos de la reina, la que no obstante la prohibicion de sus médicos, saltó de la cama y se dirigió apresurada á la alcoba de su esposo: el rey acababa de sangrarse, y esto le habia devuelto la razon y tambien la salud, porque estaba fuera de peligro: mas el daño estaba hecho: Ana Bolena no habia podido resistir á tan fuerte impresion, y habia caido desmayada á los pies del lecho de Enrique VIII.—No debia quedar aqui: aquella noche fué terrible para la desgraciada Soberana, para la Inglaterra y para el mundo en-

tero: la reina apresurose el parto, y muy pronto se supo de positivo que el trono habia perdido un heredero baron. El dolor y la desesperacion del rey no es decible, llevando hasta al despecho el pesar por semejante acontecimiento: hizo vestir la corte de luto, tal como si el príncipe muerto hubiera ecsistido á la vida: habia nacido muerto.

Todos sentian, repetimos tan desagradable circunstancia: ¿Todos hemos dicho?... No, habia tambien quien gozaba y reia, por que veia muy prestimo su triunfo: esta sola persona que henchia su corazon de placer al ver la amargura de los demas, era lady Rochford que esclamaba como una loca.

—Admirable! he aqui mi obra completa! el destino me favorece! Castigo... castigo, ven acercate, y ya que has respondido á mi voz acércate cuanto antes: hiere á la victima que te espera y que no tiene yá ni una tabla donde asirse en medio de la tempestad que corre: su derrota es cosa cierta: en vano batallara

con sus últimos esfuerzos, por que el esquife ha sosobrado y basta un solo golpe de remo para sumegirla, aplastando su cabeza: victoria! ¡victoria por mi venganza!

III

No es esto lo que nos prometiamos: creiamos en la paz, en la tranquilidad del espiritu del monarca y aun esta no ha llegado todavia: van yá quince dias que la reina se halla restable-

cida de su enfermedad, y aun Enrique no ha solicitado una sola vez ver á la que és su esposa: és más: nadie se acerca en su nombre para preguntar por su salud y esto indica, qué?.. Que el rey la abandona enteramente?.. Por qué causa?.. Ah! fácil és saberlo: amará á otra: ese hombre ès siempre el mismo: debiera á lo menos disimular en algun tanto sus sentimientos: si fuesemos nosotros los que asi procedieramos, que escándalo no hubiera! ¡como yá no nos hubieran castigado severamente!

De este modo hablaban los viejos y fieles servidores del rey.

—Imposible parece que aquel amor que ha conmovido hasta en sus cimientos el Estado, que ha alterado la paz en algunas potencias poderosas, que ha introducido un cisma religioso en nuestra patria, haya muerto tan violentamente como empezó: y las casas del Señor arruinadas, y sus ministros perseguidos, y sus bienes confiscados, y la sangre más pura derramada, han sido estériles sacri-

ficios para comprar la estabilidad de las cosas: desgraciado reino sujeto á los caprichos de un déspota.

Asi hablaban los obispos y gentes de la iglesia.

—La tal reina, eh?.. ya el leon se vá cansando de ella, y pronto tendremos otra nueva; qué hombre!.. no obstante es hermosa todavia, y todavia conserva su cutis rosado y sus brillantes ojos: ¡eh! mucho nos ha hecho pasar, por que és buena: ella dá con mano pródiga á los pobres y socorre las miserias de sus infelices, súbditos.

He aqui el lenguage del pueblo.

Y de aqui, qué pudiera resultar?.. Que los cortesanos acudian al nuevo sol: és decir á Juana Seymour: los obispos renegaban y desesperaban del porvenir, y el pueblo callaba y sufria.

En el entretanto lady Rochford, erigida en consejera secreta del monarca, pasaba las noches en su compañia: nadie podia traslucir lo que en semejantes horas se decian: Enrique queria estallar,

pero lady Rochford lo contenia.

—Aguardemos la ocasion, decia.

—No, busquemosla, decia Enrique.

—Nada más fácil. Si consentis en volver á ver á la reina y mostraros como antes.

—Pues bien daré una fiesta en Greenwich, en donde todos los enamorados se citan y donde és fácil sorprenderlos.

—Eso és un buen proyecto: falta el enamorado.

—Y eso como.....

—Ya hablaremos, señor.

—Tal como Enrique decia sucedió: anunciése que iba á darse un magnífico torneo seguido de régios bailes á donde debia concurrir toda la nobleza. Todo el mundo esperó, y aun la reina, que para cautivar de nuevo á su ingrato marido, quiso adornarse con sus más brillantes atavíos. ¡Pobre reina! Queria vencer á su rival, y no obstante, no era su rival la mas temible.

El 1.º de mayo de 1536 era el dia señalado para la fiesta: con efecto á las diez

de la mañana ya salia Ana Bolena vestida y rodeada de sus damas para dirigirse al aficatro. Norris y Rochford, debian figurar como justadores, y Márcos dirigia la orquesta. Una cosa sorprendió á todos é hizo levantar murmullos: Juana Seimour habia ocupado un puesto separado de las demas doncellas de honor, cuando por pertenecer ella á esta clase, debia ocupar el inmediato á su soberana.

—Atencion, dijo lady Rochford cautelosamente, arrimándose al oido del rey: todos estan presentes.

Hizose la seña y un caballero con la visera calada presentose á reclamar el honor de romper una lanza en gloria de la dama cuyos colores vestia. Entonces pudo notarse, que el estrangero, pues tal parecia, llevaba una bandera en la que figuraba el halcon, divisa de Ana Bolena.

El rey ecsigió que el caballero se descubriese, y con efecto lo hizo: alzó

la visera de su almete, y conociose á Weston que acababa de llegar de Francia.

Lady Rochford habló bajo á Enrique.

—Observad, señor, la agitacion de la reina: se ha conmovido: aun nos faltaba este: uno mas en vuestra lista.

Por otro lado en una reunion de jóvenes señores se oian estas palabras.

Observad el semblante de la reina: ¿que tendrá? parece le ha seguido hasta aquí la calentura.

—Qué palidéz mas triste! Qué abatimiento!

—Cierto: si pudiese verse su corazon en este momento, habiamos de horrorizarnos: mucho debe sufrir.

—No os parece, añadió otro, dando á sus palabras el acento de la burla; no os parece que estaria mejor esa cara presidiendo un *De pro fundis* que no una fiesta semejante? Creo le estarian perfectamente los aderezos de azabache y el vestido negro.

—Cierto pero en ese caso equivaldria á una llorona alquilada y aqui representa una reina.

—Pero estaria más en carácter en aquello que en esto.

—Mirad, allí está su constante admirador: venid acá Holbein: acercaos génio inimitable: dadnos vuestro parecer sobre la cuestion que ventilamos.

—De qué se trata, caballeros?

—Del semblante de la reina.

—Oh! perdonad milores: pero mi parecer sobre tan augusta persona, no saldrá jamás de mis labios.

—Vamos, no seais tan reservado: hablad con toda confianza, por que los que os escuchan son vuestros amigos y admiradores y nada debeis recelar.

—Si, si, hablad: contestaron todos los jóvenes.

—Pues bien, señores; una vez que lo ecsigis, voy á contestar á la pregunta que os habeis dignado hacerme: procuraré apartar á un lado las manchas de artista, y remontándome de un vuelo has-

ta vuestra altura, me cuadraré, pondré la mano sobre la cadera y aspiraré el olor de mis dedos cerrados, ya que no lleve pomo de de esencias como milord Lovel: en esta apostura, muy graciosa en un noble, pero rara en el pintor, os diré... os diré finalmente que el dia en que perdamos nuestra reina, desaparecerá de la tierra la verdadera belleza.

Los nobles callaron y Holbein saludando con ironia se alejó.

—Nos ha burlado el truan.

—Tiene gracia, no obstante, ingenio y travesura.

—Mucho lo aprecia el rey.

—Como que ha satisfecho todas sus deudas que no eran muy pocas.

—S. M. és la generosidad personificada.

El torneo habia comenzado y muchos jóvenes brillantes habian alcanzado aplausos repetidos, y gloria para con sus damas, que á porfia premiaban el ardor de los paladines, yá con ricas bandas, con ramilletes ó listones. Tocoles pues,

su vez al vizconde de Rochford que debia recibir el ataque de sir Enrique Norris. Puede comprenderse bien cuanto interés no tendria la reina en la suerte de ambos combatientes, sabido el peligro que en tales lances corren los justadores. Cruzaronse las lanzas y Ana Bolena hizo un estremecimiento tan marcado, que fué advertido por muchos de los que la rodeaban. Pero un choque y otro choque siguió al primero, y los jueces del campo, aun no podian decidir en favor de ninguno de los dos.

Aunque poco aficionada la reina á espectáculos como el que presidia, aunque violenta en aquella hora en que todos gozaban menos ella, regularizaba lo mejor que podia su conducta, para no dar márgen á la maledicencia de ensañarse contra su honor: Ana Bolena habia sido siempre fria é indiferente en ocasiones como la presente, y jamas habia concedido favor alguno aun á aquellos que llevaban sus colores, galantería muy usada en semejante tiempo: que

zá sin las prevenciones que la maldad habia creado, sin la infamia de una pérfida muger que hacia convertir á los ojos del marido las cosas mas indiferentes en crímenes reales, la pobre esposa, señalada como victima, hubiera escapado tambien aquel aciago dia al tormento y la suerte que tenia destinada: pero no sucedió asi: escrito estaba que costára sangre el accidente más pequeño, la casualidad más fútil.

Interin que los combatientes descansaban algunos momentos para tomar aliento, pues debian volver á la palestra, la reina, colocada en primera línea, habíase apoyado sobre el borde del anfiteatro: inadvertidamente deja caer su pañuelo; Norris lo levanta con la punta de la lanza y comete la imprudencia de enjugar con èl el sudor de su frente. Esta fué la señal para romper el dique al enojo preparado de Enrique VIII: levantóse, y dirigiendo á la reina una mirada llena de altivéz y de desprecio, salió diciendo:

—Harto he visto: marchemos.

Con efecto, partió, seguido de su comitiva y de una gran multitud de espectadores. La reina, llena de espanto y sin saber á qué achacar la conducta de su esposo, volvió á palacio sin hablar una sola palabra: su dignidad no le permitia dirigir pregunta alguna sobre lo ocurrido, y sola y triste encerróse en su oratorio hasta la hora de comer: mas llegó ésta y los asientos del rey y de sus confidentes estaban desocupados: el gentil-hombre de semana tampoco vino á ofrecerle sus servicios: todo era tristeza, soledad, dolor, abatimiento.

Veamos lo que hacia el rey entretanto.

Enrique se habia encerrado con los individuos que componian su consejo secreto, y despues de un rato de conferencia, preguntaba.

—Quién de vosotros querrá encargarse de arrestar á la reina?

Pero á esta pregunta nadie contes-

tó: Enrique la repitió con tono amenazante.

—Yo; respondió Norfolk.

—A vuestra sobrina, milord? No lo olvidaré; sois el más fiel de mis servidores.

Ana Bolena se levantaba de la mesa, casi sin haber probado los manjares que unos tras otros le habian servido, cuando el duque de Norfolk se presentó ante ella. Acompañábalo como en comisiones tales á la que llevaba solia acostumbrarse, el teniente de la torre.

La reina dió un grito de sorpresa.

—¿A quién venis á prender aqui?.... Creo que entre los que estamos no hay ningun delincuente. ¿Qué buscais?

—A vos, señora, contestó lacónicamente el duque de Norfolk.

—A buscarme á mi?.... Hablad pues, tio mio: cualquiera es buen sitio para escucharos.

—Es preciso que nos sigais.

—Sois mi tio, lo que no puedo olvidar, y jamás llegaré á figurarme que traigais cerca de mi ninguna comision de dolor y de tristeza: os sigo pues: á dónde vamos?

—A la torre.

Un terror involuntario movido de aquellas palabras y de la situacion, apoderóse de todos los presentes.

—A la torre?... Os equivocais sin duda! Miradme bien: soy la reina.

—Lo sé, señora: pero no es mi voluntad la que obra: él me manda y debo obedecerle.

La reina no contestó en el momento: dejó caer su hermosa cabeza, reflexionó un momento y despues continuó:

—Marchemos, señores: estoy pronto: no creo haberos ofendido en mis contestaciones... .

—Podeis mudaros de trage, señora.

—No; eso no: iré á mi encierro tal como veis, para que se sepa á quien

se ultraja, dadme vuestro brazo.

Con altanero ademan, con el ademan de la virtud ofendida, recogió Ana la cola de su régia vestido y precedió á su acompañamiento hasta la orilla del rio en donde le esperaba una barca: entró en ella y entregóse aisladamente á sus pensamientos: poco á poco fueron remontándose estos hasta llegar á aquel dia en que habia cruzado aquellas mismas aguas, rodeadas del fausto, el brillo, el esplendor de la régia pompa... qué diferencia! Ahora aquella barca se deslizaba sobre el rio silenciosa y lúgubre... ahora las orillas estaban desiertas... ahora no se elevaba el grito de admiracion y entusiasmo del pueblo que la acogia como soberana, ni las músicas que la precedieran aquella vez, ni el coro de ninfas que entonaban sus glorias..... Soledad, vacio, tristeza... Dos lágrimas escapáronse á sus ojos y su voz le hizo traicion.

—Cuatro años hará en el mes venidero!

—Si hubiérais observado otra conducta mas honesta, no os veriais en este caso, sobrina mia.

Un rayo no hubiera herido mas violentamente el corazon de Ana.

—Una conducta más honesta! milord! cuáles son mis delitos? De qué se me acusa?

—Señora; vos bien sabeis vuestras faltas que á los ojos de un esposo coronado, son crimenes: por tanto escusadme el repetiroslas, porque no quiero sonrojaros.

- Mis faltas! cuáles son?... Quién ha podido conocer lo que no existe?

—Quién ha podido conocer, preguntais?... Todo aquel que se ha tomado el trabajo de observaros: todos, repito, y hasta vuestros sirvientes mas inferiores.

—Mentira! infame, mentira! no se atenta solo á mi vida, sino tambien á lo que és mas caro para mí... á mi honor... á mi honra!... Yo la defenderé y se me oirá, y se me conce-

derá la razon, porque la tengo, milord, la tengo: no se calumnia tan descaradamente á una muger, no quiero decir á una reina. ¿Donde están las pruebas? Las pruebas? Ah! no ecsisten y yo abatiré el orgullo y la impudéz de mis detractores y mis verdugos: os repito que necesito pruebas y descanso en que no las encontrarán.

—Sobrina mia: me asombra la pertinacia con que pedis esas pruebas, cuando hay tantas que seria difícil enumerarlas: no os manifesteis orgullosa despues de ingrata; creedme: habeis recompensado tan mal los beneficios del rey, que no os queda otro recurso si quereis salvar vuestra cabeza, que ser mas humilde que el último de los seres creados.

—¿Con que vos, milord, continuais queriendo convenceerme de mi supuesta culpabilidad? Me aconsejais que me rebaje, que me humilde? .... Jamas será eso: puede el rey muy bien retirarme sus beneficios, puede, si tal es su capricho,

hacer cercenar mi cabeza de mis hombros; pero manchar mi reputacion sin que mi voz se alce acusando la calumnia, eso jamás lo conseguirá, no espere que mis lábios, aun contraidos por el tormento, pronuncien palabras que me confirmarian en semejantes supuestas acriminaciones: todo cuanto se intente contra mí, decidselo así al rey, no será suficiente á que ceda a mis enemigos la victoria en lo que respecta á mi honor: en cuanto lo demas, puede hacer Enrique lo que mejor le plazca: yo seré una víctima que añada al largo catálogo de las que ya son ante Dios y reclaman venganza contra él

Despues de pronunciar Ana Bolena las anteriores palabras, volvió la espalda á Norfolk, y enmudeció de todo punto: el desprecio hácia aquel hombre que la injuriaba al verla caida no obstante los lazos que á ella lo unian, creó en el corazon de la reina hácia su conductor, un ódio que no le perdonó sino en sus últimos momentos.

Llegaron en fin á la torre, y al desembarcar apoyóse en el brazo del teniente Kingston, á quien preguntó midiendo á un solo golpe de vista las altas y ennegrecidas murallas:

—Vais á encerrarme en un calabozo, no es cierto?

—No señora: os ha sido destinado el aposento en que ya otra vez...

—Si, cuando otros tiempos Ana Bolena era amada y fué reina!... Gracias, teniente, gracias. ¡Dios mio! si he de permanecer mucho tiempo aqui, dadle fuerzas á mi débil naturaleza de muger: entremos: no os detengais en comunicar en mi presencia las órdenes que os hayan dado: yo seré dócil con vos, porque estoy cierta que no querreis humillarme aun más que mi destino lo ha hecho.

Norfolk habia terminado la comision que voluntariamente habia aceptado: dejó á la reina despues de un corto saludo, y salió para volver á Lóndres: la reina se mantuvo firme hasta entrar

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

en la habitacion que le estaba destinada: allí ya no fué dueña de sí misma, y dando riendas á su dolor, esclamó en medio de su triste pesar, de su desolada amargura.

—¡Oh! esto es demasiado hermoso para mí! Soy una presa, no una reina, y vos teniente os comprometeis siendo tan bueno con esta desgraciada.

El teniente no contestó.

. . . . . .

Un continuo movimiento, una agitacion incesante parecia haber invadido los salones y galerias del palacio de White-Hall. Los consejeros de Enrique iban y venian; los gefes de los cuerpos salian del gabinete del rey de tomar órdenes que marchaban á comunicar á su respectivo destino, y hasta el mismo monarca de Inglaterra, acompañado de Cromwel, de Brian y del secretario Walter Welsech, trabajaba sin levantar cabeza: en la misma estancia lady Rochford, apartada al un estremo, escuchaba y veia cuanto pasaba en derredor su-

yo.—El duque de Suffolk entró.

—Qué hay?... preguntó el rey: qué éxito has obtenido?

—Señor, por todas partes se busca al hermano de la reina, pero inútil: debe haber salido de la ciudad.

—Y venis á decirme semejante nueva? No sabeis que necesito á ese hombre, que lo quiero á toda costa? Entended bien que vuestra cabeza me responde.—Decid, milady, no sabeis dónde se encontrará vuestro marido?

—Buscadle en la torre, en donde es muy posible pugne por entrar para ver á su hermana.

—Ya lo ois: marchad inmediatamente, y di á Kingston que lo prenda si lleva su temeridad hasta á presentarse allí.

Suffolk salió inmediatamente: entonces el rey, volviéndose á Cromwel que se ocupaba en leer un abultado manuscrito, interrogóle.

—Di, Cromwel: no son hartas pruebas las ya encontradas? Weston y el

músico Márcos morirán los primeros: son culpables: sí, no hay duda: en cuanto á Norris...

—¿Qué, señor?

—Ese quisiera salvarle, y no sé cómo, porque él és el que aparece más delincuente: sin embargo, veremos: haré un esfuerzo.

—Señor, yo os hablaré con aquella franqueza respetuosa que os debo: en esta acusacion observo que todos los cargos son atestiguados por sola una persona; y aun cuando no pienso poner en duda la veracidad de milady, parecerá inverosimil, incierto y mentiroso á los ojos de los jueces y del mundo, que todas las escenas escandalosas habidas entre la reina y sus amantes, hayan sido sorprendidas por una... una sola persona.

—Pues no tenemos además á Madge y mistris Stronnor?

—Señor, esos dos testigos nada han dicho que merezca llamarse cierto: ade-

más, V. M. ha conferenciado secretamente con ellos esta mañana... y aunque seria un arresto imperdonable, el tribunal podrá creér que sus palabras han sido inspiradas por la boca de su dueño: esto ajaria vuestro honor.

=Si, pero eso fuera bueno si yo hubiese de entregar el fallo de este asunto á cualesquiera de esos cortesanos que obrarian por su conciencia segun le llaman: no: la comision será escojida por mí, y creo que con una poca de buena voluntad, podrán darme gusto.

—Pero olvidais el público, que al menor lunar que aparezca en este proceso clamará por do quiera traicion .... crímen.., felonia.

—Cromwel: eso lo desprecio, porque al primero que hable lo haré colgar y asi escarmentarán los restantes.

=Pero no todas las lenguas están en vuestras manos: la Europa hablará, y á esta no podeis ahogarla.

—Vamos, dejemos eso: soy dueño de mi casa y mando en ella á mi capricho.

El gentil-hombre de servicio anunció que Brereton solicitaba audiencia de S. G.

—¡Oh! que entre: puede sernos muy útil.

Entró en efecto la persona anunciada: no aguardó á que se le dirigiera la palabra: dirigiéndose al rey dijo con energía.

—Pienso, señor, que V. M. desea ilustrarse con verdad acerca de la conducta de su esposa.

—Eso es verdad, y ya estaba yo admirado, de como no figuraba vuestro nombre en esta acta.

—Tambien yò me admiro de que he llegado uno por uno á los doce lores encargados de la sumaria, y ninguno ha querido oirme: se habla de una entrevista, conversacion ó diálogo habido entre la reina y Norris, y desearia saber si lo escrito está conforme con lo que sé.

—Nada más fácil: Cromwel, lee lo relativo á ese particular.

Cromwel empezó á leér.

—«Paseábase la reina á caballo por el cercado de Windsor, y á muy poca distancia seguíala el escudero Norris, esalando á cada momento tiernos suspiros y miradas llenas de fuego: todo el mundo observó aquella pantomima: tanto fué yá lo que insistió el imprudente, que obligó á la reina á decirle.....— «Norris; reprimid vuestras muestras de «amor, porque os observan, aunque me «complace creér que si el rey llegase á «morir, su viuda tendria un hombre que «no la olvidaria, aunque és de mal «agüero el recojer los despojos de un difunto.»

—Quién ha declarado esa impostura? Eso és falso, porque la reina lo que «dijo fué: «Norris, poned á raya vues«tras locuras: sois amigo del rey, y si «reflecsionarais, veriais el crimen que co«meteis solamente en atentar á su hon«ra.»

—Vete al diablo si és eso lo que traes, pues que no sirve para maldita de Dios

la cosa: contentémonos con lo ya escrito.

—Pero eso no es verdad, señor.

—Y quién te mete á ti en decirla?

—Tened al menos la bondad de que oiga lo que respecta á Weston.

—Léelo, Cromwel.

—«Con objeto de poderle hablar con «más holgura, la reina le designó co«mo compañero en el juego del aje«drez, aunque este punto era casi una «propiedad de lord Surrey: Weston, ha«biendo ganado el peon llamado *la reina*, «lo llevó á sus lábios, y dándole un be«so esclamó:—Mia eres por fin, adorada «reina.»

—Tambien eso és falso: lo único que pasó, y estoy cierto de lo que digo, porque estaba á la espalda de Weston, és que éste al tomar el peon, dijo:—«Seas mia, reina adorada.»—Pero esto no culpa en modo alguno á la quien iba dirigido, sino al atrevido que lo digera: en cuanto al desagrado que

cansò á la reina el atrevimiento, bien pudo notarse que se levantó incómoda con el galan.

—Pues bueno: tú yá has hablado; óyeme ahora: si tienes la imprudencia de repetir en alguna parte lo que has dicho, á la hora de haberlo pronunciado te habrán cortado la cabeza: adios, y no lo olvides.

—He cumplido mi deber siendo veráz, y seguiré cumpliéndolo, comunicando á los jueces lo cierto y nada más: en calidad de caballero de honor no me he separado de la reina, la que és tan pura é inocente, como la pureza y la inocencia: si asi no proclamase, seria un cobarde, un infame y un ingrato.

—Yo enmudeceré tu lengua, por más que te pese, y veremos si aun haces ostentacion de esa fidelidad á toda prueba.

Lady Rochford, que como hemos dicho, no perdia ni una sola palabra de cuanto se hablaba en el gabinete del rey, acercóse á Enrique y dijole en voz baja:

—Creed, señor, con efecto á sir Brereton: seria un ingrato como ha dicho muy bien, si digese otra cosa que lo que acaba de espresar; porque yo recuerdo que cierto dia, y en hora tan temprano, que para nadie se habian abierto aun las puertas de la cámara de la reina, lo ví salir de ella, conduciendo un rico presente que vuestra esposa acababa de hacerle: este presente que és una cofaina de oro en que S. M.ª se lavaba las manos, se hallará aún en su casa.

—Oh! pues juro á Dios!... Con que és decir que ese hombre tambien és un traidor á su rey... un nuevo amante que se nos entrega él mismo: muy bien, sir Brereton.

—¡Señor! Lo que decis no tiene el menor átomo de razon: nadie creerá semejantes palabras.

—Sabemos nuestro deber: añadir, Walter, otro capítulo más á esa acusacion.

—Señor, yo soy ya un hombre de

cuarenta y cinco años, y además acabados por mis padecimientos.

—Escribe, Walter, escribe que se le ha sorprendido en el momento en que saltaba del lecho de la reina para ponerse en fuga: no olvides lo de la cofaina de oro.

—Señor, yo soy casado; tengo una esposa, mis hijos...

—No le hare: eres hombre y por lo tanto susceptible de deseos: escribe, Walter

—Señor, dispensadme que os diga que eso es una infamia.

—Hola! Capitan de mis guardias; conducid á la torre á ese infame: pronto, desarmadle y llevaos de mi presencia al prostituido caballero.

Brereton miró al rey con aire despreciativo y altanero, y al entregar su acero, esclamó:

—¡Pobre Inglaterra! Qué será de tí en manos de semejante hombre!

—Capitan: tened cuenta con las palabras pronunciadas por ese insensato:

á la menor injuria que le oigais pronunciar contra el trono y mi persona, dadle la muerte.

En este momento apareció el gentilhombre, y anunció..... el lord Rochford.

—Ah! Dios me lo envia: con que és él?

—El mismo, señor.

—Loada sea mi buena suerte: hacedle entrar sin esperar un momento.

Un momento despues el vizconde estaba en presencia del rey.

—Entrad, vizconde: no sabeis cuanto celebro teneros aqui en mi presencia, tanto más, cuanto que temí que me la proporcionárais voluntariamente.

—Quisiera hablar sin testigos á Vuestra Magestad.

—Pues haceos cuenta que estamos solos, porque los que me rodean, son tan amigos, que mis secretos son tan suyos como mios: os cedo la primacia, porque

á mi vez tambien tengo yo que hablaros, y habreis de oirme con la paciencia que yo os escuche.

—Señor, comenzaré por rogaros me oigais con toda la indulgencia de que sois capaz y que atendiendo á la calidad de parentesco que me une con aquella desgraciada por quien vengo á pedir, me oireis y pesareis en vuestra recta balanza, las mayores á menores razones que os presente para indemnizarla á vuestros ojos.

—Empezad ya, por que la introduccion és demasiado prolija.

—Empezaré pronto y con franqueza, por que en tales ocasiones el disimulo cortesano se aviene mal con las circunstancias del momento: ambos conocemos, y nos conocemos tan bien, que ninguno puede negar al otro, nada de lo que hay reservado en su corazon. Vos amais á Juana Seymour, y quereis levantarla hasta la altura que otro tiempo os pareció conveniente dar á mi infeliz hermana: la reina ha sido presa con el ma-

yor rigor y esto bajo pretestos mentidos; por que las personas de buena fé no ignoran que para Enrique de Lancáster no hay dique que contenga sus deseos y el divorcio de Catalina de Aragon, cuanta otra prueba faltará, responderia á estas palabras, tan justas como francos. ¿Cual es, decid, la razon verdadera del trato que dais á la muger más virtuosa del mundo? No es más que lo que llevo manifestado, y ciertamente que con él dejais caer una mancha sobre vuestro limpio nombre: no solo sereis vituperado por la generacion actual, sino que tambien por las venideras: cuando la Inglaterra vió venir a vuestro padre para espulsar la rama maldecida de los York, coronoce de ojacanta ó espino blanco para saludarle y bendecirle, dándole al morir el epiteto de nuevo y virtuoso Salomon.... á fe en seguro que nuestros hijos, los hijos de los que hoy sufren vuestro yugo, den á vuestra memoria esta muestra de admiracion ó de aprecio: V. M. olvida co-

monmente que es rey para acordarse de que és hombre, ó más bien dicho, apoyais vuestros deseos de hombre, sobre la autoridad de rey... Oh! el nombre de Tudor será maldecido dentro de poco. ¿Creeis acaso que tanta és la inmunidad de la soberanía que se cree relevado de dar cuenta á ese otro rey poderoso que se llama pueblo y que és verdaderamente el soberano?. . Cumplid con vuestros deberes, por que la corona los tiene lo mismo que el súbdito que obedece. Habeis conmovido .a Europa haciendo cambiar la religion en vuestro reino, y todo por una muger.... mostrad al mundo que era digna de esa revolucion y no defraudeis las esperanzas de los que os obedecen que esperan bajo el mando ó la influencia de esa muger, la paz que tanto desean. Si vuestro amor no era susceptible de durar, si lo habeis agotado, debierais ocultarlo al menos, para que el mundo no os mof ra. En fin, para decirlo de una vez: no és Ana Bolena la que pierde más en este acci-

dente: sois vos, porque vos nó conseguireis deshonrarla, sino que os deshonrais á vos mismo; al nombre glorioso de vuestro padre.

—Teneis algo más todavia que añadir? Ya veis como os escucho.

=Oh! no me sorprendereis: esa paciencia és endurecimiento; si mis palabras os convencieran seria yo feliz. Señor, vuestros consejeros tiemblan delante de vos y ponen silencio á su lengua, por que os temen y son cobardes: yo tendré valor para deciros lo que ellos callan. Solo en esta ocasion mis lábios se hubieran abierto: á ella debereis escuchar la verdad. ¿Creeis que no se adiviuan vuestros intentos? vais á acusar á la reina de adultera!.. un nuevo divorcio os hará libre y alcanzareis vuestro desco, porque siempre habrá un prelado tan cobarde ó tan bajo que encuentre razon para devolveros el arbitrio y la facultad de casaros nuevamente: y entre tanto, la mejor de las mugeres sumida en una cárcel, verá imperturbable pasar la corona que ceña

á las sienes de otra no tan digna como ella, que caerá á su vez como caen todas las mugeres que reciben el infectado hálito de Enrique 8.º. el cadalso será el premio de leales servidores que darian su vida por vos y entre los que se encuentran el desgraciado Norris! señor, en nombre de vuestro padre, mirad por vos mismo y desistid de semejantes pensamientos: no ha podido crearlos sino una cabeza infernal, porque ni aun vos mismo, aguijoneado por vuestros deseos, por vuestro amor, sois capaz de crear semejantes tramas para que perezca la virtud y la lealtad. Sereis, vos, acaso Cromwel el que quereis desviar de su camino á nuestro rey? ¿Sois vos, el que debe su lavantamiento y su posicion á la fidelidad màs heroica?

—No, milord, no; no soy yó, y asi haga el cielo que podais conjurar con vuestras palabras, la tempestad que desata sobre todos nuestro comun dueño.

—Oh! unid á mis ruegos vuestros ruegos, Cromwel, y ayudadme á con-

vencer al rey de su fatal error: vos conoceis los medios de persuadirle mejor que yo. Preciso que logremos de él hacerle volver al verdadero camino, porque de otra suerte quizá se derrame la sangre de sus vasallos y se manche la limpieza de su lecho real.

—Voto á Dios, sir Jorge Rochford, que ha concluido mi sufrimiento y no hay aguante para callar más tiempo: preciso es que yo responda, y responderé: te persuades leér en mi corazon y no quiero engañarte: sí; has adivinado: pero por que no declaras toda la verdad entera? Voy yo á decirtela puesto que tú la suprimes: tú eres un hipócrita y tu hermana una infame. No va á mancharse mi lecho real como hace un momento decias descaradamente, sino que está ya manchado, sucio y asqueroso. Mas me faltaba añadir al catálogo de nombres que figuran en las acusaciones, la de uno que habia querido dejar aparte por no poderme convencer á mi mismo á pesar de las prue-

bas, de que en un hombre pudiese caber tanto crimen unido á la más refinada audacia: este nombre és el tuyo, el tuyo que además de llevar el delito de adúltero, lleva el de incestuoso y nefando: hé aqui la causa de la miserable defensa que has venido á hacer de la reina y de los que han sido sus públicos amantes.

—Un incesto!—Esclamó Jorge, rompiendo el dique á su enojo como el torrente que se desborda con estrépito creciente! Un incesto! Rey de Inglatorra, mientes. Mientes, y esa mentira querrá pruebas: pruebas que no presentará por que la calumnia no las tiene: he aqui la cabeza que sostiene la corona de san Eduardo! he aqui la frente que ciñe una diadema de las mas grandes del mundo! ¿Quién en este momento quisiera parecerse á ti, rey infame? Hipocrita me has llamado y tu eres el ejemplo de la hipocrecia. Y no te jactes con tu conseguido triunfo, porque por cima de tu despótica voz que se alzará para intimidar

á los jueces, la verdad se alzará, descendiendo del cielo un rayo que te abrase si la justicia de los hombres ès tan esclava del miedo y el servilismo: aun restan esperanzas á los que torpemente acusas; no creas has de lograr impunemente tu proyecto, hay hombres en Inglaterra que no faltos como tú de entrañas y de corazon, oirán la débil voz del hermano que pide por su hermana. Apártate de mi vista: sáquenme de este lugar y llévenme á morir, porque mi muerte serà una acusacion màs que ante el trono de Dios te hagan en el momento de comparecer en su presencia y á recibir el castigo de su condigna justicia: veate yo pronto alli, y pueda levantarme delante de ti orgulloso con poderte aplastar y lanzarte á los oscuros antros donde abitarás con tu pariente el demonio. Prosigue dando al mundo el espectáculo de tus heroicidades bastardas, Neron moderno, tirano, escapado de alguna horda de salvages, maldecido de

Dios.... mirate... mirate y hallarás en tu persona la mejor prueba: los estragos que tu salud sufre, tus padecimientos, tu vejéz quizá anticipada, todo eso és obra de la Providencia. Sigue tu camino, que el infierno está ya abierto para recibirte.

—Fuera, fuera.. llevar á este loco: cargadle de cadenas, sumilo en el mas oscuro calabozo de la torre y aguarde allí su sentencia en union de sus cómplices.

—Si, llevadme: aniquila al último representante de una familia mejor que la tuya y que tu mismo padre, que antes he citado como bueno y como justo; me desdigo, porque el padre que tiene la desgracia de serlo de un Caligula como tu, és digno de ser tan odiado como su fruto: maldito seas, maldito seas porque destruyes la obra más perfecta de Dios destruyendo á la infeliz que tuvo la desgracia de escuchar tus palabras: pero no creas que impunemente gozarás tranquilidad al lado de esa necia sin ver-

güenza que quieres alzar al sólio .. no: mi espectro posará á tu lado, te seguirá en el consejo, en la calle, en el templo, en la mesa, en el tálamo, y allí apoyando mis pies sobre tu pecho, te haré recordar tu maldad y el nombre de Ana Bolena sacrificada á tu brutal lujuria, á tu impudéz á tu irracional deseo.

Jorge decia las últimas palabras arrastrado por los guardias y alzando la voz á medida que se alejaba del cuarto de Enrique: un largo silencio se siguió á la desaparicion del preso: el rey fué el primero que habló.

—Señora, estais bien segura de poder convencer á los jueces?

—Perfectamente, señor.

—Asi sea; al menos podré vengarme.

Desde aqui en adelante ya no fué Enrique un racional: era un salvage que solo sabia amenazar, blasfemar, llenar de terror á los que lo oian y estaban á su alrededor. Poco á poco fueron desapareciendo todos los que componian el consejo secreto, y el rey quedó solo con

Brian. Ya conocemos su carácter; se inquietaba poco de la cólera de su dueño, y con el mayor descaro preguntó:

=Pensais, señor, dar la muerte definitivamente á la reina y á su hermano?

—Y tú me lo preguntas? Casi lo dudo.

—¿Es seguramente vuestro ánimo irrevocable?

=Sin duda.

=Y son ciertas esas acusaciones de adulterio, fulminadas contra ellos?

—Ciertas, sí ¿Crees acaso que soy algun insensato de quien se atrevieran á burlarse? Tan ciertas como su muerte.

=Pero ciertas para el mundo: mas aqui entre los dos, confesemos que nada ecsiste, y que son solamente supercherias mas ó menos bien coordinadas.

—Sean lo que quiera, ellas bastan para hacer levantar un cadalso, y te juro por la memoria de mi padre que sobre ese cadalso, correrá la sangre de los

infames.

—¿Con qué sereis capaz de condenar á esa desdichada muger que en nada os ha faltado?

—Quisiera haber firmado yá su sentencia.

—Pues señor; renuncio á mi título de vicario infernal, porque veo que soy un niño de teta á vuestro lado: sois Satanás en persona; de otro modo no pensariais tal cosa: yo convengo en que se pueda y deba perseguir á los vicarios de los conventos, comerse su dinero, ahorcarles y descuartizarlos bajo cualquier pretesto... pero cortar la cabeza á una muger tan hermosa, y con la que habeis pasado tantos placeres..... eso no puedo concebirlo.

—Eres un necio, Brian.

- Sí, no diré lo contrario: pero como por via de tentera, voy á enjaretar algunas palabras que me disimulareis en gracia de la buena intencion: no creo que os sea necesario derramar la sangre inocente de vuestra muger para te-

ner una querida: creedme: dejad el hacha del verdugo que enmohezca, y reponed á la reina en el lugar de que nunca ha debido descender: llore si quereis retirada como la pobre Catalina de Aragon, la desgracia de que ya no la ameis: pero presentadla como la cubierta de la realidad que esconderéis para no haceros odioso ni á vuestro pueblo ni á vos mismo: vos solo alzareis las cortinas de su lecho, y ella será aun feliz, porque os vé y le dejais la vida: esto en el entretanto, que juntos los dos nos vamos á emborrachar y reir en casa de esa Juana que ahora está de vez: he dicho algo?

Como puede verse, Brian aun conservaba un poco de corazon: no se habia agotado en un todo el gérmen hácia lo justo.

—Calla, Brian, y no me molestes; contestó Enrique.

—¿Y Norris?—Sereis capaz de despachar al pobre Norris? Tan gallardo, tan fiel...

—Será probable.

—Jesus, Enrique: estais hoy con un humor atraviliario, y esto os hace tener ideas perversas cuando podiais ser bueno y alcanzariais más gloria: no sois capaz de querer á nadie; ni aun á mí, y eso que tan buen consejero soy: no me fiaré mucho, no sea que si un dia os estorbo para alguna de vuestras empresas amorosas, os querais desacer de mi cabeza como de esas otras.

—Tal vez.

—Vaya, vaya: no andemos con mas bromas de esa clase: ceded á mi deseo, como lo habeis hecho tantas veces, y dándome el indulto de todos esos pobrecillos, dejemos los patibulos y los horrores, y ocupémonos de algo que merezca la pena: por ejemplo una funcion de máscaras.

—Vete al diablo! no quiero oirte más.

—Pero habeis pensado las tristezas y pesadumbres que nos vais á ocasionar? Ahora mismo ya no se ven más

que aspectos tristes, sombríos, meditabundos, medrosos!= Por Dios, señor: ni aun vos mismo vais á poder resistir la peste á cementerio que vá á inundar vuestro palacio.

= Márchate de él: quién te lo impide?

—Vaya, para que me llamárais antes de llegar á la puerta: mis vicios son el espejo de los vuestros y me necesitais para ver en mí el efecto que producen en vos. Me teneis á vuestro lado porque me necesitais para dirigiros y dirigir vuestras órgias. No és que yo quiera decir que no son estos los mejores vínculos de amistad; yo los reconozco, y por eso os aconsejo los placeres en vez de esas ideas de muerte que pueblan vuestra imaginacion. Dadme la órden.

—¿Qué órden?

—La de soltar los presos.

—Me guardaré demasiado bien: no me apures; lo he resuelto, lo he prometido: sabes que no sé volver atrás, y es-

traño que me prediques. Si insistes todavia, creeré que eres cómplice de mis enemigos.

—Enrique, dejémonos de chanzas porque eso seria causa...

—De que te incluyéra en los acusados.

—Líbreme Dios de tal calamidad.

—Calla entónces.

Brian habia tentado en vano: estaba resuelta aquella escandalosa desgracia: acaso en otra ocasion no hubieran sido inútiles sus esfuerzos, ahora habia una fuerza mas poderosa que la razon, que las palabras, que las bromas del favorito: habia la pasion de Enrique, ó por mejor decir, su deseo lúbrico y escitante por Juana Seymour: era preciso inmolar aquellas víctimas sobre el altar en que habia de unirse al rey para reemplazar á Ana Bolena.

. . . . . .

—Es tan sutil la imaginacion del desgraciado para crear recursos con que ali-

mentar sus ilusiones perdidas, que del terreno más estéril hace brotar flores de esperanza: así el dichoso cómo él infortunado buscan el porvenir lleno de encantos á traves de las sombras de los pesares; he aquí la situacion de la heroina principal de esta historia: despues de tres dias mortales pasados en la inquietud más amarga, creia que era ya tiempo de aguardar un alivio, cuando el rey, ecsigente para todo, la habia dejado dormir tranquila bajo los dobles techos de la famosa torre: habia pedido á Enrique mugeres que la sirviesen y el real esposo habia accedido á su demanda transigiendo con su habitual dureza. El teniente Kingston guardaba con ella tales miramientos que no podian creerse sino emanados de un superior: era evidente que un hombre de su clase y su destino, acostumbrado á la dureza con todos los desgraciados que pisaban aquel sitio, para haberse convertido hubiese de haber tomado instrucciones que regularizacen su conducta. No podia penetrar-

se, convencerse Ana Bolena, que el hombre de quien habia recibido tantas pruebas de amor, se tornara tan pronto en su verdugo, mucho más no ecsistiendo como no ecsistia una causa legal. Habia oido relatar más de una vez la historia de un rico y poderoso señor que habiendo querido poner á prueba la constancia y sufrimiento de la que amaba, la habia hecho pasar los más agudos pesares hasta alcanzar el positivismo de su acendrado amor. ¿Por qué, pues, el rey no habia de querer tambien apurar su sufrimiento, despues de cuyo crisol debia salir reluciente y llena de gloria como antes lo habia estado?... Cada momento, cada segundo que pasaba, creia la reina ver abrirse aquella puerta fatal, y ver aparecer por ella á su esposo más amante que nunca, que tornaba á su pecho para restituirle la dicha y la tranquilidad... de una á otra idea, llevaba nuestra heroina su esperanza hasta hacer preguntas al teniente interrogándole sobre su suerte venidera. ¿No es ver-

dad, decia, que esto no será nada?., Pero ¡ay! que al concluir esta última frase, los lábios no se atrevian á continuar... un recuerdo amargo y doloroso venia á acibararlo todo: la imágen de Juana Seymour, sentada sobre las rodillas del monarca, se interponia entre su estado actual y su porvenir... Entonces cambiaba de aspecto todo lo que rodeaba y las paredes de aquel recinto lóbrego parecian decir... Desgraciada! No sueñes con ilusiones mentidas: los que aquí han entrado como entraste tú antes de ayer, solo han salido para la Eternidad!

Poco debia tardar el primer acontecimiento que le dijera lo cierto: en el mismo tercero dia, le fué anunciada la visita del canciller Tomás Audley, á quien acompañaba lady Rochford: esta inaudita mujer presentóse ante su inocente víctima, con aquel descaro que le era peculiar, y con aquella altaneria que presta al malvado, la seguridad de la traza en que ha de sucumbir su enemigo.

=Señora, dijo la vizcondesa: venimos á traeros un mensage del Rey.

—Loado sea el Señor!—Dios ha escuchado mis ruegos: yo lo aguardaba. Y és de bondad ese mensage?

=Es de recta justicia.

—Decidlo pues, que ya os escucho.

—Solo un medio se os presenta de calmar la severidad con que S. G. debe juzgar vuestros delitos, verdaderamente imperdonables: este medio es la franqueza: declarad íntegramente todas vuestras faltas, aquí, ahora mismo, delante del canciller, y en virtud de esta confesion, Dios tocará en el corazon del esposo ofendido, y tal vez conmute vuestra sentencia.

Ana Bolena se apoyó en el respaldo de una silla, porque sintió que iba á caer..... era que su último rayo de esperanza acababa de eclipsarse bajo las negras nubes de un tormentoso horizonte: era que acababa de espirar su postrer aliento bajo el peso de la desgracia:

era que la muerte moral acababa de herirla.

—Y no tienes otra cosa que decirme?

—Absolutamente nada mas, señora.

—Respondereis al rey tal y tan exactamente como me habeis repetido sus palabras?

—Tanto como nuestra memoria nos lo permita; milord, tened cuenta con las palabras de la reina, por si omito alguna circunstancia al trasmitirlas á nuestro dueño.

—Hablad, señora, dijo el canciller, porque lo mismo que V. M. digere, oirá nuestro rey: empeño mi palabra de caballero.

—Pues bien, milord, dejad esos papeles, y no alargueis la mano para tomar la pluma, porque mi confesion ha concluido, no tengo nada que confesar. ¡Oh! si el rey me creyèra verdaderamente culpable, entónces sí podria deciros muchas cosas: podria deciros que recordarais á vuestro amo, el tiempo en que una doncella humilde, habia re-

sistido vigorosamente á las tentativas, á las persecuciones, á la seduccion de un rey que la amaba ostensiblemente cometiendo por ella las mayores locuras; pero que la virtud de esa doncella, no obstante amar á ese príncipe que la solicitaba, se mantuvo fuerte y combatió su pasion denodadamente hasta esconderla en su pecho: podria deciros tambien que aconsejárais al rey reflecsionase si era posible que la muger que amándolo en toda su grandeza, supo no concederle el mas pequeño favor, se hubiese ahora entregado á sus criados olvidando cuantos deberes hay sagrados en el mundo... Todo esto y aun mas os hubiera dicho si estuviese segura de que el rey me cree culpada: pero él mismo que dá impulso á las acusaciones, conoce en su corazon mi inocencia y no necesito justificarme de faltas, que ni ecsisten ni él las cree: en lugar de todo esto, milord, decid al rey que sacrifica el honor de su nombre esclarecido en este mundo y su salvacion en

el otro, por lograr un placer tan efímero y perecedero como todos los placeres cuando no se apoyan sobre una firme voluntad... . Añadidle, y concluyo de molestaros, que le soy deudora de toda la dicha que he esperimentado, y de la bienaventuranza que me aguarda: su amor me levantó á una altura inmensa... he sido reina, yo que nací vasalla; he mandado debiendo obedecer, me he visto rodeada de grandeza, de poder, de gloria mundana, hasta donde puede llegar á ambicionar la mas codiciosa de magestad y de fuerza; todo esto he debido á su amor: he aqui lo deberé á su odio: su odio hará de mi una víctima, pero una víctima propiciatoria á los ojos de Dios; una sentenciada por los hombres, previlegiada del Eterno: en conclusion: su amor me hizo una reina en el mundo, su odio me hace una santa en el Cielo; he concluido milord.—Quédame que hablaros á vos, hermana mia, de quien veo y dudo haya tomado sobre si una parte

tan activa en estas falsas delaciones: ¿qué utilidad os reporta á vos un papel tan denigrante?.. ¿Qué os he hecho yó? ¿Qué causas teneis para ser mi perseguidora constante?

Este era el momento deseado por aquella víbora venenosa para acabar de derramar en el corazon de la infeliz Ana, la última gota de ponzoña que acabára de martirizarlo en el mundo y subir limpio, puro y purgado ante el rey de todos los reyes: no la dejó escapar por cierto: la ocasion no podia ser mejor: quedaban aun desgracias que anunciar y era preciso que la lengua de lady Rochford, uniendola á las espresiones de su odio, fuera la que las formulára.

—Me pedis, dijo la vizcondesa, que os haga una entera confesion de mis pensamientos: pero quiero daros esa satisfaccion; mejor hubiera estado no preguntarme: vos habeis provocado estas aclaraciones: no es la culpa mia.—Vuestro

orgullo y nada mas os pierden hoy: ascendisteis al poder sin poder esperarlo nunca, y desde que os visteis en un lugar para el que no habiais nacido, no sabiais hablar sino de conceder gracias, de dispensar proteccion, de hacer beneficios, de hacer guardaros á todos los que os rodeaban las mayores atenciones y respetos. Queriais aparecer más alta que todos, y mas alta quisisteis ser en fin, que aquellos que eran más grande que vos. Sé muy bien que á continuacion vais á acusarme de ingratitud por que os he debido algunos beneficios que sin sacrificaros mucho me habeis hecho: pero yo hubiera pasado sin vuestros beneficios como hasta el momento en que los creasteis: creisteis concederme el supremo de todos los favores y me enlazasteis á vuestro hermano: pero perder cuidado, he tomado á mi cargo desembarazarme de todos esos regalos y hasta de mi señor esposo. Vuestro querido Jorge se halla tambien preso en la torre y acusado del crimen de incestuoso. ¿Qué más que-

reis que os diga? ¿Quereis que tambien os anuncie el término de la presente situacion? Lo haré, sin tener el don de profetizar: escuchadlo bien, porque os importa: dentro de pocos dias, vos y vuestra familia desaparecerán de la sobre haz de la tierra y no quedará en pos de ella más que el recuerdo de unos cuantos nombres infamados. La voluntad del monarca se domeña y se doblega bajo de la mia y nada podrá salvaros. Hable el señor Canciller. Las formalidades mas precisas se llenarán con la mayor premura posible y yo habré logrado el fruto de mis desvelos. ¡Ah! me interrogais y estrañais que yó que sé vuestra inocencia me haya unido á los acusadores! si, teneis razon: la conozco tanto como vos mismo la conoceis, porque yo fuí quien infundí las primeras sospechas en el ánimo del rey, quien os he espiado, quien ha descubierto todas vuestras faltas, quien ha creado las pruebas, designado los cómplices: todo lo he previsto y todo en fin, dará en su dia no muy

lejano el fruto que deseo.

Como se puede conocer, lady Rochford, dejandose arrastrar de su odio aun en la presencia de un tercero, habia dicho más de lo que debia: mas ella sabia que no peligraba, porque contaba con el rey; és decir con su amor hacia Juana Seymour; la fisonomia de esta maldita muger, sobre la que el historiador imparcial no puede prescindir de dejar caér un negro borron que acompañe su memoria, era horrible en aquel momento: arrugas profundas surcaban su frente, perdió el color, entreabrió los labios con una espresion infernal y la barba le temblaba como si hubiese estado acometida de convulsiones violentas: era que el gózo de ver humillada ante ella á la desgraciada que aborrecia, venia á animar su alegria satanica. ¡Cuanto se habia equivocado! Ana Bolena habia comprendido desde la primer palabra su horrible situacion y habia ascendido de las ideas de este mundo á las de otro mejor y más justo: su rostro

era el de un ángel: en vano buscó la vizcondesa sobre aquel semblante las huellas del despecho ni el abatimiento... Ana Bolena, luego que su enemiga concluyó de hablar, contestó con severidad siempre dirigiendo al cielo sus fervorosas palabras.

—Dios mio! Dios mio! Vos que escuchais á esta muger, juzgadla en vuestra justicia y perdonadla como yo tambien la perdono: hágase vuestra soberana voluntad, pero no permitais que mi nombre sea infamado por la posteridad: alcese una voz verdadera, la voz de vuestra divina gracia, y yá que permitais que yo sufra los martirios en esta vida, no permitais que mi nombre sea maldito y pronunciado con horror en los venideros siglos: hágame justicia la historia, ya que los hombres me la niegan.— En cuanto á ti, muger, sabe que no me intimida la suerte que con ese placer satánico acabas de anunciarme, por que mi cuerpo nada vale y mi alma será pronto ante Dios: en medio de es-

te lodazal inmundo, en medio de la escoria sucia y deleznable de una sociedad tan corrompida, no podia ser feliz la que abriga un alma superior á las de los que la rodean: suba limpia y purificada á otro reino mejor, en donde no hay traidores ni se inventan calumnias.—Hé concluido; retiraos y llevad al rey mi contestacion: no debo ocuparme más de las cosas terrestres, y os apreciaré me dejeis sola para pensar en mi verdadero dueño: vete, muger; vete: tú has querido abrirme el infierno y por el contrario me has abierto el paraiso: gracias por haberme alcanzado la aureola de los mártires: eres muy pequeña y te perdono y te olvido.

Mudo silencio siguieronse á estas palabras: la acusadora habia sentido doblegarse su impúdica altivéz ante su víctima: razon tenia la reina; aquella muger era demasiado pequeña y habia temblado ante el acento inspirado y profético de aquel ángel arrancado del coro de Dios y que iba á comparecer ante él muy en

breve el canciller, silencioso tambien, la habia seguido, y Ana Bolena estaba sola.

Momentos despues preguntaba á su carcelero el teniente Kingston:

—Decid, caballero: ¿por qué me habeis ocultado que mi hermano estaba en la torre?

—Señora, ¿para qué amargar más vuestra situacion?.. Esta nueva os hubiera lastimado tanto, que por respeto á vuestro estado os la he querido evitar.

—No; eso hubiera sido una luz clara para mi, á cuyos resplandores hubiera podido ver lo real de mi estado, exento de ilusiones ni esperanzas. —No conoceis que nada debo yá esperar?... Pocos momentos me separan de la eternidad: pero sabeis si me concederán jueces?

—Señora; ¿quien ès en Inglaterra, el que no obtiene ese desagravio?... La justicia alcanza á los más pequeños y no creo se os niegue un tribunal, cuando le hay para oir á un miserable mendigo.

—Sin embargo.... no me tranquiliza vuestra razon. Aunque por otra parte mas valiera que me los negaran. Serán otros tantos desgraciados á quienes la fuerza los hará ser perjuros, y un perjurio lo castiga Dios horrorosamente: sí, más vale: seria infernar sus almas. ¿Y este negocio concluirá muy pronto?

—Ignoro pormenores, pero he oido que el proceso se hace aceleradamente.

—Bien: cumplen á mi deseo: perdoname Dios mio, si soy capaz de desearme mi última hora... ¡pero és tan amarga esta agonia!—Tendrè valor, Kingston; mucho valor... más del que esperan encontrar en una pobre muger abandonada y aborrecida! Vos presenciareis mi egecucion, no és verdad?..

—Señora... me estais desgarrando el alma con esas palabras: desechad tan lúgubres pensamientos: tal vez sereis absuelta.

—Ah! no lo creais: estoy yá sentenciada y moriré: pero moriré dignamente: como muere un mártir: religiosamen-

te pero con la altivez y la entereza del inocente.... ¡Qué espectáculo! Lóndres vá á ver morir á la que ha reinado sobre la Inglaterra entera... nadie me llorará... nó me llorarán los buenos, porque hay buenos en este reino maldecido por el cielo: yo rogaré por ellos allá arriba.

. . . . . .

No eran aun las ocho de la mañana de un dia de los sub-siguientes al en que acabamos de dejar á nuestra real acusada, cuando, el ministro de Enrique entraba en la torre, mandando á Kingston, mediante una órden firmada por el rey, lo condugera al calaboso de Norris: todas las puertas se abrieron ante èl y muy pronto hallose cara á cara del preso: oigamos el diálogo que entre ambos hubo lugar.

—Norris, el rey anhela vivamente salvaros.

—Qué tarda pues, en darme la libertad?

—Es que si esta se os concede, ha

de ver bajo ciertas condiciones en que penseréis durante las primeras veinte y cuatro horas: despues me comunicareis vuestra resolucion.

—Para qué aguardar tanto: decid y os contestaré al momento.

—Pues bueno: el rey desea, que, puesto que habeis sido acusado de adulterio con la reina, confirmeis esta acusacion.

—Mal modo és de alcanzar mi libertad si corroboro la falsedad de esa acusacion.

—Pues no hay otro alguno.

—Y si yo insisto asegurando que soy inocente?

—Ireis al tajo, mi querido Norris.

—No lo entiendo.

—Yo os lo esplicaré y os daré los medios para defenderos: cuando despues de escuchar todos los cargos que contra vos se dirijan debais contestar, lo hareis achacando á Ana Bolena la causa de vuestra culpa: es decir: afirmando que la misma reina os llamó y hizo acostar

en su lecho, movida de los más impúdicos deseos: esto será bastante y seréis absuelto.

—Pues no quiero serlo de ese modo.

—Reflecsionad en lo que decis: el rey que ahora no desea vuestra muerte, os promete tambien su aprecio, títulos, honores, riquezas, si accedeis á lo que en su nombre os propongo.

—Nada quiero, pues lo he de comprar con lo que vale más que todo eso; con mi honor.

—Dejadme concluir: la suerte de la reina, de un modo si de otro está decretada, y esta no és más que su deshonra: no temais por su vida... pero sus amantes, los acusados como tales... estos morirán infaliblemente. ¿Por qué quereis ser contado en ese número?

—¿Por qué?... no debo deciros por qué: pero me allano á entrar en la lista.

—La prision ha transformado sin duda vuestra cabeza: despreciar tanta di-

cha por un cadalso!.

—Caballéro, no me nembres más el cadalso, porque no me asusta: en cuanto á la dicha, y qué dicha cumplida puede haber, donde no hay honra, donde qneda el amargo torcedor de una conciencia manchada, los remordimientos de un crímen?

—Norris: esas son palabras, no más que pomposas palabras que nada significan, al lado de un bien tan caro como la vida.

—No; porque mi vida, Cromwell, no puede equivaler á mi alma, y esta la perderia para siempre: no conteis conmigo para perder á esa desgraciada: si debe serlo, no sea yo uno de los instrumentos que la conduzcan á su ruina; decidselo asi al rey, y que esta es mi postrera resolucion.

—Mirad que la lástima de Enrique vá á convertirse en ira, y olvidará el afecto que os profesa para sentenciaros.

—Hágalo en buen hora: un hachazo

y todo ha concluido.

—Volveré mañana temprano, porque todavia espero: el proceso empieza al medio dia: ya medireis la distancia que hay entre la vida y la muerte y acaso...

—Basta, señor ministro: podeis volver cuando gustareis, pero siempre os diré lo que hoy.

Cromwell salió, cerrándose tras si todas las puertas, haciendose trasladar en seguida al hediondo y húmedo calabozo del músico Márcos: el infeliz dormia: tomó el ministro de manos de uno de los carceleros una linterna, hizo salir á los que le acompañaban, acercose al preso y le despertó, volviendo á empezar el mismo trabajo en que le hemos visto ocuparse en el encierro de Norris:

—Vienen yá por mí para arrastrarme al patíbulo? (Barbotó Márcos, medio dormido todavia.)

—Para eso, seria ante todo necesario, que yá se hubiera pronunciado tu sentencia, y no hay nada de eso.

—¡Ay! sufro tanto, que no sé si ganaria saliendo de aqui, aunque esta salida fuese para el otro mundo.

—Estais malo?

—No tardará en suceder si yá no es, milord, porque aqui no se puede estar. ¿Por qué me han arrojado á este abismo tan inmundo, en donde á cada momento saltan sobre mi rostro los reptiles inmundos que se crian en los más asquerosos lodazares? Estoy muerto de frio y de miedo: esas paredes brotan agua.... ah!... decid que me dejen salir siquiera un momento de esta tumba.

—Mañana saldrás, porque mañana ván á juzgarte.

—Y de qué? ¿Qué he hecho yo?

—Qué has hecho?... No sabes que estás acusado de haber tenido ilicitos amores con la reina?

—¿Con quién, milord, habeis dicho?

—Con la reina.

—¡Oh! Mienten, mienten villanamente los que han dicho semejante calumnia.

—Calumnia ó verdad, serás sentenciado á muerte!

—¡Oh Dios mio! Pero si soy inocente...

—No te diré lo contrario: pero tu suerte no variará por eso: no obstante, hay un medio para que vivas.

—¿Cuál, milord, cuál?... Decidlo pronto, porque quiero vivir... quiero volver al mundo, ver el sol, el cielo..... decid qué debo hacer, porque todo es preferible á vivir aqui ni un solo dia más.

—¿Con que quieres la libertad y la vida? Yo vengo, te lo diré de una vez, á ofrecerte más todavia que todo eso.

—Cuán bueno sois, milord.

—Antes es preciso que convengamos con qué y cómo me has de pagar favores semejantes.

—Os escucho, milord, os escucho.

—Ten presente lo que vas á oir, y que el olvido de la menor circunstancia puede desbaratar todos mis mejores proyectos: mañana comparecerás ante un tribunal, del que yo seré el presiden-

te: en él no hallarás quien te defienda: pero no te acobardes. Cien y cien preguntas capciosas y que tú mismo tal vez no comprenderás, han de hacérsete; entre ellas la de que si has sido correspondido amante de la reina Ana; responderás, *sí*.

—Milord, cómo si no hay tal cosa?

—Responderás *sí*: te condenarán en el acto, pero el rey te indultará en secreto llegado el dia en que debas perecer.

—Pero será cierto que el rey me indultará?

—Te empeño su palabra y la mia.

—Mas què objeto lleva el rey con esas cosas?... Será perder á su esposa, y entonces yo.....

—Tú eres un necio en preguntar lo que no te importa.

—Es que veo tan léjos la certeza de mi perdon...

—Te he dado la palabra del rey: de lo que él piensa ni lo que él hace, toca á nosotros juzgar: Dios és el úni-

co juez de los reyes.

—Y sus pueblos, milord, cuando no obran en justicia.

—Insolente! Qué significan esas palabras en tu boca?

—Nada, señor: que entreveo alguna trama infernal urdida contra la pobre reina..... y como nuestro soberano és un soberano tan malo á veces, no seria de estrañar que quisiera escojerme para falso cómplice de alguna acusacion infame: obra con la impunidad de rey y olvida por sus placeres y antojos á sus pueblos que son sus hijos... más si los hijos se revelan.....

—Tú estás loco, Marcos, y quiero olvidar tus disparates: si el rey los supiera no te quedaria esperanza.

—Me habeis hecho dudar.

—Pues nada, adios: dentro de dos meses ó tres, que pasarás aqui, en este calabozo, te llevarán á la horca: á los villanos esta és la muerte que les pertenece.

— Ah! por piedad milord! ¿decis que no hay más medio?...

—Ninguno más que el que te he propuesto: libertad, una crecida suma, y partir para donde quieras en el momento mismo! dudarás todavia?

—No dudo milord: está echa mi eleccion.

—¿Qué responderás mañana ante el tribunal?

—Todo lo que vos me habeis dicho, milord.

Cromwell salió dejando á Márcos pensar en su porvenir, dorado y risueño y olvidando el modo con que se lo adquiria, y dirigiose inmediatamente hacia el palacio de Wite-Hall, no sin murmurar al salir del encierro del músico algunas palabras de desprecio.

—¡Miserable! Por un puñado de oro! Deleznable condicion! Tú vivirás en la lepra eternamente aunque nades en el oro: el miedo á la muerte y la ambicion de dinero! Ya sabia yó que este sería el único!

Al llegar Cromwel á palacio, despidió Enrique á sus amigos, y corrió en busca de Cromwell.

—¿Qué hay?

—Ya teneis lo que tanto habeis deseado.

—¡Norris!.....

—No es él: Norris me ha rechazado con indignacion.

—No importa, no quiero que muera.

—El músico Márcos, declarará.

—Bastará con eso.

—Pero no renovais vuestra promesa de que el honor de Ana Bolena será lo único sacrificado á vuestros proyectos, y que no se atentará contra su vida?

—Te lo prometo: una vez declarada adúltera por el tribunal, la envio al Norte del reino, y entonces me divorcio.

—Jamás, señor, me habeis faltado á la palabra.

—No se duda impunemente de mis palabras, Cromwel.

—Lleno de confianza estoy; vos per-

donareis tambien á ese pobre jóven; eso es sagrado...

—Aprecio mucho esa conciencia escrupulosa con que urdes una trama diabólica.

—Mi celo en serviros me arrastra muy léjos en verdad. Confieso que un funesto hábito en los negocios de Estado...

—No debes ruborizarte delante de mí; eres un fiel y hábil servidor. Tambien Márcos tendrá la vida; pero en cuanto á Weston, Rochford y Brereton, esos morirán; porque, en fin, preciso es que esto cueste la cabeza á alguno.

—Tan solo lo siento por Rochford y Brereton.

—Ah! vas á apurar mi paciencia.

—No hablemos mas de esto, señor; sobre todo, salvad á la infeliz Ana Bolena.

—La dejaré la vida, estoy conforme en ello.

—Cromwel, decia Brian en voz ba-

ja al ministro: morirá la reina?

—No lo sé, señor Brian, preguntádselo al rey.

—Ha jurado delante de mí que la hará perecer, y eso me aflije, porque es mi prima, y su cuello es de una blancura que encanta.

—Ha jurado que perecerá? Dónde pues, y cuándo os lo ha dicho?

—El otro dia, al tiempo de acostarse.

—Y cómo ha hecho ese juramento?

—Por los huesos de su padre.

—De veras?

—Y eso os admira? Le habeis suplicado que la indulte, y os lo ha prometido?

—No digo eso.

—Lo adivino. Os engaña. Conozco sus intenciones secretas. Guardémonos nosotros, Cromwel; yo observo mudanza en el carácter de Enrique. Por todos lados hay un olor á horca que me trastorna diabólicamente la cabeza. En breve os pediré pasaporte para Francia.

—Temo que me dé chasco bonitamente, pensó Cromwel: con esa apariencia de arrebato y de sinceridad! Lo veremos: será una advertencia. Si hace esta travesura, gritaré yo: Sálvese quien pueda!

IV.

na comision de lores se habia nombrado para juzgar á los cuatro amantes presuntos de la reina. El vizconde de Rochford y Ana Bolena debian comparecer delante de otro tribunal más

numeroso, cuyos individuos no estaban nombrados todavia, y en cuatro de mayo se reunió bajo la presidencia de Cromwel. Habia ordenado el rey la mayor prontitud, y el lector sabe como se obedecia á Enrique VIII: no se admirará, pues, de que haya bastado un dia para terminar el proceso. Weston compareció el primero. Negó obstinadamente todos los cargos levantados contra él. Al cabo de un corto interrogatorio seguido de las declaraciones de lady Rochfor, se concedió la palabra al acusado. Weston se defendió mal: aparentó una insolencia que disgustó al tribunal, y si la sesion no hubiese sido secreta, el público facilmente hubiera adivinado de antemano que no le era favorable la sentencia. Más comedido se mostró Brereton: sus negativas eran vivas, y su sinceridad evidente; pero le faltaban las cualidades necesarias al orador: no supo hacer resaltar la mala fé de sus enemigos y lo absurdo de la acusacion. Norris fué el tercer llamado: con-

fesó su amor y dió los pormenores de la declaracion que habia hecho á la reina en el parque de Windsor. Refirió tambien fielmente las respuestas de Ana Bolena.

—Milores, añadió el acusado, no conozco ninguna ley que prohiba á un hombre estar enamorado, aunque sea de la reina. Sí; yo la amaba y la amo todavia; pero en fin, aun cuando la intencion sea criminal, por qué se ha de reputar como crímen con respecto á la reina? Merece una desgracia mi falta, pero la justicia nada tiene que echarme en cara. Vuestro ministerio, milores, es enteramente de complacencia. Hoy dia componemos el prólogo de una representacion mas importante. Si nos declarais reos, el proceso de otra persona no será ya más que una comedia, pues nuestra culpabilidad arrastra forzosamente la suya. A no ser por esto no trataria de defenderme, porque no concediéndonos ni consejos, ni defenso-

res, faltais á todas las reglas judiciales. Cuando se trata de complacer al rey, no se hace mérito de esto, yo lo sé. Si obráseis de buena fé, yo protestaria enérgicamente de mi inocencia; pero de qué sirviera?—Habeis venido aqui con vuestra decision decretada de antemano. Id pues, hasta el cabo; sacrificad vuestra alma al antojo de S. M., y en el otro mundo lo pagareis. Si hay entre vosotros uno siquiera que tenga conciencia.

Cromwel tocó la campanilla.

—Milores, dijo con viveza; apesar del respeto debido á la desgracia, saliendo el acusado de los límites de la moderacion y del decoro, no puedo menos de cortarle la palabra.

—Infame! esclamó Norris; si yo hablase de las proposiciones que te has atrevido á hacerme en mi encierro...

—Silencio! que se lleven inmediatamente á ese hombre y que introduzcan al acusado Márcos!

Pálido y desfigurado estaba el jóven

músico, habia comprendido todo lo odioso de las manifestaciones de Cromwel y la responsabilidad que iba á descargar en su cabeza. Para salvarse del castigo de un crimen supuesto, era menester cometer un crimen efectivo. Una noche de desvelo y de perplegidad, agregada á los padecimientos en la cárcel, habia abatido enteramente sus fuerzas. Respondió con voz débil á las primeras preguntas del presidente.

—Márcos Smeaton, dijo en fin Cromwel, sois culpado de adulterio con la reina?

Paseó Márcos sus ojos azorados al rededor de si, una vision cruel que le habia sitiado en el calabozo, se presentó de nuevo á su imaginacion delirante. Se veia al pié del cadalso; un oficial del rey al pié de la escalera tenia en su mano la real órden de indulto, y le dirigia la misma pregunta que Cromwel. En tanto guardaba Márcos silencio, y el presidente repitió con voz amenazadora:

—Sois delincuente?

El temor á la muerte le arrebató.

—Sí, contestó el acusado.

—Sosegaos, añadió Cromwel con tono mas suave. No perjudicará la franqueza á vuestra causa. Confesais, pues, que las lecciones de música eran otras tantas entrevistas amorosas concedidas por la reina?

—Ay de mi! jamás podré...

—Será preciso entrar en algunos pormenores.

Volvió á caer Márcos en su banco y prorrumpió en lágrimas.

—Milores, continuó el presidente; la suma juventud de Márcos Smaeton, le recomienda á vuestra indulgencia. Si solo tuviéseis que juzgar á él, se podria acusarle de seduccion; pero visto que su cómplice tenia otros amantes, y que es sospechosa de un crimen de que la naturaleza se horroriza, es de creer que ella, impulsada por un libertinage desenfrenado, ha puesto los ojos en este niño. Os propongo que suspendais un

momento los altercados, á fin de poder dar tiempo á que se serene un poco el acusado.

Durante la interrupcion se llevó Cromwel á Márcos á otra pieza del mismo palacio.

—Pues bien! le dijo, no tendrás siquiera valor de pronunciar las palabras que han de salvarte?

—Prefiero morir! no sostendré por mas tiempo ese papel abominable. En nombre del cielo os pido que me conduzcais ante el tribunal. Quiero retractar mis confesiones. No, la reina no es delincuente.

—Ya no es tiempo, jóven! Te perdiera sin salvarla. Guarda á lo menos tu vida.

—Prefiero morir, soy un miserable!

—Apenas cuentas veinte años, Marcos! Un brillante porvenir se abre delante de ti. Los beneficios del rey te asegurarán una existencia dichosa por donde quiera que vayas.

—Cesa de tentarme, Satanás! estoy re-

suelto á morir

—Ya no es tiempo, te digo. La reina está perdida y tu estás en salvo.

Confió Cromwell á Marcos á la custodia de dos soldados y volvió á entrar en la sala de sesiones.

—Milores, dijo á los jueces: el acusado se encuentra en un estado de abatimiento y enfermedad que no le permite ya comparecer. La voluntad del rey es que no se dilate el proceso, y vosotros encontrareis como yo, que el tribunal está suficientemente enseñado en lo concerniente á Màrcos Smeaton.

Adhiriéndose el tribunal al parecer del presidente, se procedió á deliberar.

Hay necesidad acaso de decir cual fué la sentencia de aquel tribunal esclavo? Antes que disgustar á Enrique aquellos doce lores, cuyos nombres no ha conservado la historia, hubieran comprendido en su lista negra á todo el que no llevaba toga, y aun á falta de hombres, hubieran sabido probar el adulterio por

medio de demonios incubos. Ni una voz siquiera se levantó contra este increible modo de proceder. Los cuatro acusados fueron condenados á la pena de muerte. Marcos á ser ahorcado, á causa de su origen oscuro, y los demás á ser degollados.

Juan Holbein el pintor, que habia comenzado el retrato de Juana Seymour, cuando supo la sentencia del tribunal hizo bajar al patio del palacio sus cofres y demas equipaje, y en traje de camino se puso en la escalera principal, aguardando la vuelta del rey que estaba en paseo.

—Que es eso, Holbein? preguntó Enrique, á quien la complacencia del tribunal habia puesto de buen humor. Estamos en carnaval? Qué difraz es ese?

—Vengo á despedirme de Vuestra Majestad.

—Y á donde vas, querido?

—Me voy de Inglaterra; si vuestra Ma-

gestad me lo permite.

—Eso lo dirás en chanza. Vosotros los artistas jamás dejais de chancearos. Ya te entiendo. Esplicame eso; tengo ganas de reir y vienes á propósito.

—Pues no estoy yo para risas, Señor; pido audiencia de despedida.

—Aun no te comprendo, Holbein. Síguenme, te escucharé mientras me mudo de ropa.

Holbein entró en el cuarto de vestir.

—Tengo que confesar á Vuestra Magestad una cosa.

—Confiésate, Juan, confiésate con el gefe de la Iglesia.

—Estoy enamorado de una hermosa dama.

—Pues un hombre de mérito como tú, debe lograrlo todo.

—Yo me guardaré muy bien de intentarlo. En primer lugar pienso en mi cabeza, á la cual pudiera poner en peligro el galanteo; por esto mismo quiero irme.

—Qué diablo de discurso es ese? jugamos á adivina quien te dió? habla, pues, claro, querido mio. Dime desde luego el nombre de tu amada.

—Es lady Juana Seymour.

—Ah! tú eres un adulador. El cumplimiento es muy fino, aunque algo preparado de antemano. Lo referiré á mi querida.

—No hay en esto lisonja, señor. Para acabar mi confesion, os diré que no puedo hacer el retrato de una muger hermosa sin estar enamorado, y lady Juana me trastorna la cabeza.

—Tú te curarás copiando las facciones de otra hermosura.

—Bien sabia yo, señor, que me perdonarais mi loca pasion. Nada hay que temer en tanto que esteis prendado de vuestra querida; pero si cesais de amarla, yo seré ahorcado, y quiero huir con tiempo.

—Lo entiendo, Holbein. Tú te metes en los negocios de mi casa: eres un

pero yo conozco bien el fondo de las cosas. Tiene el artista sus instantes en que llega á ser un hombre como los demás, y tú mismo con tu ambicion desinteresada, no te enfadas de encontrar buenos escudos en pago de tus tareas.

—Si, soy un pródigo y un jugador, convengo en ello; sin embargo renuncio á vuestros regalos, y me obligo á trabajar para vos sin exigir otra cosa que la manutencion y el alojamiento; permitid que os lo diga. Tomad todo lo que yo pesco, señor, haced de mi un jornalero, pero restituidme á mi pobre Márcos.

—Holbein, lo que tú haces es propio de un gran corazon. Quiero contentarte; te profeso amistad. Tú lo sabes. Te prometo no olvidar tu súplica.

—Es menester reflecsionar por largo tiempo en una buena accion, señor? Estais conmovido! sois generoso. Indulgencia, indulgencia!

Holbein se echó á los piés del rey.

—Nunca prometo cosa alguna en vano, Holbein. No dudes que pensaré en ti en el momento oportuno. Aun no están los sentenciados en camino para el cadalso. Yo he de firmar la órden de la ejecucion, y una palabra al márgen bastará. Te contentaré, mi querido Juan, lo he dicho. Levántate. Eres un diablillo.

—Vuestra promesa me vuelve la vida, señor. Estoy tranquilo; el gran Tudor me ha dado su palabra. No he hecho sino despertar en él un sentimiento de justicia, me envanezco de esto.

—Tienes mas imperio sobre mí, que muchos hombres que se dan importancia; pero, volviendo otra vez á nuestra conversacion, te diré que tu protegido ha sabido probar que los artistas tienen sentidos y aficion á los placeres, como los mas simples mortales.

Diciendo esto cogió el rey el proceso verbal que estaba colocado encima de la mesa.

—Voy á convencerte de la verdad. Lée esa cláusula, Holbein. Márcos se ha declarado culpado de adulterio.

—Imposible!

—Lée tu mismo. No he inventado yo eso. No he dictado yo las respuestas.

Holbein quedó absorto.

—Ya ves que si cedo á tus ruegos, no es la estricta justicia lo que habré escuchado; tu ves tambien que el mérito debe atribuirse á tu elocuencia.

—Y á la clemencia de vuestra hermosa alma, Señor.

—Holbein, anda, y no pienses ya en irte de Inglaterra.

—Permaneceré aqui mientras viva.

Los pares del reino habianse reunidos. Enrique VIII queria escoger por si mismo los veinte y seis lores encargados de juzgar á la reina y al vizconde de Rochford. Un discurso breve y enérgico anunció á los señorias el objeto de

la reunion, y trazó una esposicion rápida de las circunstancias. Veinte y seis ejecutorias selladas fueron puestas en la mesa. Faltaba en ellas todavia los nombres y la firma; cada vez que el rey designaba un lord, tomaba una de aquellas credenciales para escribir en ella el nombre que un hugier proclamaba, y daba el papel á firmar; despues otro hugier llevaba el documento á la persona escogida. Como los enemigos de la reina no eran harto numerosos para completar el tribunal, despues de ello se tuvo cuidado de tomar personas sin valor y almas depravadas, habituadas á prestarse á los caprichos del amo. En medio de aquella nobleza servil, palpitaba un jóven corazon cruelmente agitado durante la ceremonia. Veinte y cinco individuos estaban ya designados; buscaba el rey titubeando á los demás en la asamblea, cuando un lord tuvo la osadia de levantarse y dirigir la palabra á Enrique, diciéndole:

—Seria mostrar demasiada presuncion,

el suplicar á vuestra magestad que fijase en mí la vista.

—Sois muy jóven, respondió el rey; sin embargo, os elijo porque lo deseais. Y el hugier pronunció el nombre en voz alta, diciendo:

—Milord Percy, conde de Northumberland.

Se necesitaba todavia un presidente, y el rey consultó á Cromwel. Pero meneaba la cabeza negativamente al oir las proposiciones del ministro. Puso al fin el dedo en el hombro de un anciano que estaba sentado al pié del trono, y la voz graznadora del hugier gritò:

—Milord, el duque de Norfolk!

—Tambien el tio de la reina? murmurarou los señores que no habian sido llamados.

En el palacio de Westminster hay una sala gótica, obra clásica de arquitectura, y la mayor que ecsiste. Tiene ciento treinta piès de largo, el techo, que no está sostenido por ningun pilar,

es una de las obras mas admirables de la edad media. En ella se reune el parlamento y son coronadas las reinas; en él habia llevado Ana Bolena por un momento en su frente la corona de san Eduardo, en medio de las aclamaciones de la nobleza y del pueblo. Desde aquel mismo dia de dicha, mas de una sangrienta tragedia se habia representado bajo aquellas paredes, habituadas á los espectáculos de los furores y de las contradicciones humanas, insensibles á la alegria como al dolor y acostumbrados á toda la impasibilidad de la vejez. Habian oido allí Moro y Ficher su sentencia de muerte; los protestantes habian trabado sus controversias teológicas, preludios animados de sus suplicios, y tambien en aquel mismo recinto se reunieron todos los individuos del tribunal criminal para juzgar á Ana Bolena y á su hermano.

De órden de Enrique debian ser separadas las dos causas.

La del vizconde de Rochford fué la-

nada la primera. Jorge Polena comenzó por reclamar la existencia de un consejo y un abogado, mas habiendo sido desechada su peticion, declaró formalmente que no responderia. En efecto guardó un silencio obstinado, durante el interrogatorio del presidente. Los testigos, se reducian á muy poca cosa. Mistris Stonnor, aseguró que en los últimos tiempos el vizconde se introducia por la mañana hasta en la misma alcoba de la reina y que hablaba con ella en voz baja. Otra muger supuso haber visto al acusado dando un beso á su hermana, y sentándose con familiaridad en el borde de la cama. Se habian observado largas conversaciones, cuyo asunto se ignoraba, pero se habia oido muchas veces pronunciar el nombre del rey y el de Juana Seymour. Lady Rochford compareció la última en traje de una Andrómaca inconsolable. Las mugeres saben perfectamente hacerse un poder de su debilidad. Hay en estos seres peligrosos una imperiosa necesidad de produ-

ser efecto y presentarse en espectáculo. Hasta las mas bellas aunque mas ciertas de las dotes de cautivar el interés, tienen trabajo en resistir á esta manía. La lógica de las mugeres se reduce á una insistencia privada de todo raciocinio: sus medios de persuadir son las lágrimas, los ruegos, los gritos y las convulsiones. Trabajo le costaria al fisiologista descubrir la verdad, cuando ese sexo sumamente cómico, hace uso de sus grandes recursos: la ciencia se pierde en estos casos, y el ojo avizor de la justicia, engañado por melindres y fingimientos mas tiernos que el verdadero dolor, encuentra la última lágrima que no han podido arrancar de sus ojos los infortunios verdaderos.

Habia preparado lady Rochford muy de antemano sus armas femeniles, y reflexionó en la necesidad de convencer á aquel tribunal ya tan felizmente dispuesto. Se habia dicho anticipadamente que una muger llamada á ser testigo contra su marido en un negocio tan monstruoso, no podia tolerar con sau-

gre fria ésta posicion cruel: tantas sensaciones debian ser superiores á sus fuerzas; en consecuencia habia decidido que su organizacion delicada diera lugar á la escena más lastimera.

Se presentó al tribunal cubierta con un velo, y sostenida por dos mugeres, por que era menester que su paso fuese vacilante. Aun podemos añadir que sus párpados estaban anegados en lágrimas, porque era una cosa de primera necesidad, para lo cual jamás se vé apurada una muger. En fin, habia previsto y calculado de tal manera los mas leves pormenores de esta representacion, que desde su entrada, se movió un murmullo simpático en el concurso. El implacable Norfolk usó de un tono mehiñoso para dirigir sus odiosas preguntas sobre las relaciones entre la reina y su hermano.

—Ay de mí! decia la tayonada con voz interrumpida por los suspiros; harto pruebas tengo de ello: plegiese al cielo que mis ojos jamás hubiesen salido des-

cubrir mi desventura! Yo tuviera todavia gratas ilusiones!

—En qué se fundaron vuestras primeras sospechas? preguntó el presidente.

—Ah! ¿no pudiérais ahorrarme de espresar tan horrorosos pormenores?

—Preciso es poner en claro la justicia.

—Pues bien, milord, sabed, pues que la funesta verdad me ha sorprendido de repente. De ningun modo recelaba yo del afecto que tenia mi esposo á su hermana. Un dia, la casualidad me hizo entrar repentinamente en el cuarto de la reina. Estaba acostada. Ay de mi! Milord, yo ví al infame retirar de repente su mano que la tenia en los pechos de su hermana!...

—Oh! esclamó Jorge. Justo cielo, cómo no disparas tus rayos contra esta horrible criatura! Cómo no undes sobre nosotros este edificio?

—Silencio! esclamó Norfolk. No habeis querido responder al interrogatorio, y ahora quisiérais turbar la justicia al

hacer sus indagaciones!

No, que hable ella, y yo entonces callaré.

Se cubrió Rochford la cara con las manos

Proseguid, Milady, añadió Norfolk bondadosamente.

Guardé por mucho tiempo este secreto, y jamás se hubiera hecho público, si la vida desarreglada de mi rival no me hubiese acarreado una catástrofe, y si otras personas no me hubiesen dado señales de esa culpable intimidad. La desesperacion y los celos me inspiraron el triste deseo de venganza...

—Desventurada lady! sosegaos; esas sensaciones son muy penosas.

Northumberland tomó la palabra.

Pregunto á Milady, ¿por què razon fiscalizaba mucho tiempo hace la conducta de la reina, y por qué tres meses antes de este descubrimiento escuchaba detrás de una cortina un diálogo entre Norris y la hermana de su

marido?

Yo me interesaba por la jóven Madge que debia casarse con Norris, y me indignaba de ver aquel jóven tratar de un casamiento, en tanto que procuraba complacer á la reina.

Pero por qué egerciais esa inquisicion en el palacio, siendo asi que Weston, ó el músico Màrcos no se hablan de casar con Madge ni con ninguna otra amiga vuestra?

Y acaso podia yo mirar con indiferencia que se hiciese traicion al rey?

Y no pudiera creerse tambien que todo era efecto de un ódio disimulado que tuviérais á la reina?

Oh! Sobradamente ha podido notar el mundo entero la conducta que he observado de perfecta union con la reina. Pudiera acaso ser de otra manera siendo mi hermana política, y debiéndola además beneficios sin cuento? Cierto que si en su conducta criminal hubiera llevado sus delitos más encubiertos, ni yo ni nadie los hubiera adi-

vinado; pero á qué no arrastra el vicio en mugeres de una imaginacion tan ardiente como mi cuñada.

Hasta aquí pudo contenerse el marido de lady Rochford: levantóse, respirando fuego por sus lábios y escalando chispas de sus ojos, y esclamó con atronadora voz:

¡Mirores! esa muger es una infame: esa muger es una sierpiente venenosa que emponzoña cuanto se allega ó aproxima á su lado: esa muger tiene sangre de hiena dentro de sus venas: esa muger és un monstruo con figura humana, y su vida no és más que un tegido de crímenes. La esperiencia y la mas profunda conviccion basada sobre el tiempo que he vivido á su lado, me hacen hablar así, con la misma verdad con que lo haria ante Dios. Respondan sinó, á mi voz, los desgraciados que lloran sus crueldades: hablen mis vasallos de Rochford-Hall, á quienes ha castigado por faltas insignificantes con las mas duras penas: solo la en-

vidia de las virtudes de la reina, la envidia que corroe su corazon de áspid, son el móvil de esas palabras que testifican sin embargo de su ingratitud bastarda: ella ha confesado haber recibido de la reina innumerables beneficios, y en pago la calumnia y la inculpa del más nefando delito: ella además se presenta como testigo, delante de mi que soy su marido, arrostra la mirada del justo y busca la muerte de su hermana y el cadalso de su marido... ¿Qué clase de muger es esta? Juzgadla, milores, juzgadla. La que calumnia, la que sostiene una acusacion falsa, la que arguye, no solo contra un ángel de bondad y de pureza como la reina, sino contra su hermana y el hombre que Dios la dió por compañero, debe ser creida por hombres sensatos, justos, y que pesan ó deben pesar con mano desinteresada las razones y la calidad del testigo. ¡Y osa invocar la palabra amistad! Ese sagrado título que

desconoce, que mancilla, que vulnera, que ultraja y que desconoce! Permitidme aún una pregunta, mileres — Di, muger despreciable: dos dias despues del casamiento del rey, no te he encontrado yò mismo, clavando tus ojos y tu oido sobre la cerradura de la puerta en donde mi hermana hablaba con el caballero Wiau?... ¿No te he encontrado tambien en los jardines, ocultándote detrás de los árboles, marchando quedo y casi arrastrándote por algunos parages para seguir las huellas de la que has aborrecido por no parecerse á ti?... No te he echado en cara cien veces los vituperios á que te hacias acreedora por esas persecuciones que hacian llamar la atencion de todo el mundo? ¿No he apoyado la punta de mi espada sobre tu podrido corazon en la capilla de la reina, aquel dia en que llegando hasta el dormitorio de mi hermana en donde estaba yo, distes á entender con tu aspecto misterioso y tus palabras entrecortadas que tramabas en tu cabeza

un proyecto horrible? ¡Unicamente por amor hácia tu bienhechora, fiscalizabas sus mas inocentes palabras? Responde si es que te atreves!... Oh! Si yo aquel dia hubiera ahogado al tigre entre mis brazos, no serias la acusadora de la que está tan léjos de ti como lo está el cielo donde no entrarás nunca. Responde, miserable, responde.

=Si; respondió lady Rochford: si, responderé, porque vos mismo Jorge Bolena, acabais de proporcionar á los jueces pruebas que no desperdiciarán por cierto. Ese hombre que veis ahí, y á quien no habia querido arrojar al semblante la mayor de las acusaciones, ha apoyado la punta de su espada sobre el pecho débil y desnudo de una pobre muger, tan solo porque estaba celosa; porque aquel amor incestuoso que llenaba toda su alma, era mio; era mi tesoro: el tesoro de una esposa es el amor de su marido..... y en pago de mis lágrimas, de mis súplicas para apartarlo del lecho de la reina, en pa-

go del olvido de lo pasado que le ofrecia, me amenazó con herirme, para romper de una vez el lazo que lo unia á la que podia demandarle cuenta de sus ingratitudes.

Aun iba á contestar Jorge, cuando el presidente lo interrumpió.

—Milores, dijo: lo que lady Rochford acaba de aclarar y la confesado el acusado, importa quede consignado: este altercado esclarece las ideas para la postrera decision. Si mi'ady tiene la bondad de concluir su declaracion, prestará un importante servicio á la causa de la justicia.

La hipócrita lady lloraba amargamente, aparentando haber sufrido agudos tormentos con la acusacion últimamente hecha á su marido.

—¡Ah! qué ecsigis de mí, milores! qué ecsigis de la desgraciada lady Rochford! Quereis verme morir! He dicho yá todo lo más importante que sabia. Dejadme yá porque siento que mis fuerzas me abandonan, y creo estais bas-

tantemente instruidos: ¿qué más pruebas quereis de mi infortunio? Tengan misericordia de mí los cielos que tanta amargura me tenian reservada.

Al concluir estas razones, la astuta muger cayó desmayada sobre el pavimento, de donde fué levantada y conducida á una habitacion, siendo necesarios todos los recursos de la ciencia para hacerla volver despues de más de dos horas: el interrogatorio habia concluido, y los jueces determinaron no se presentase nuevamente lady Rochford, visto cuánto la hacia padecer el espectáculo de ver juzgar á su desleal esposo. La sesion continuó sin embargo, manifestando tal severidad los jueces, que ya no hubo lugar á la duda sobre el resultado del proceso: casi no querian volver á escuchar á Jorge, y ciertamente no hubiera sido oido, sin las instancias del conde de Northumberland, que intercedia para que se dejase hablar aun otra vez al reo: concedida la peticion, el procesado dijo:

—Milores, puesto que, usando del derecho que me habeis concedido, puedo volver á tomar la palabra; puesto que me concedeis oirme, como lo haria un tribunal imparcial, voy á deciros mis últimas palabras: no ignoro que estas no me proporcionarán ninguna ventaja en mi situacion, porque sé cual és mi suerte venidera; pero para que os sirvan de guia en tan espinosa situacion. Vuestro amo os ha reunido aqui para sentenciar á una muger que él sabe es inocente, como yó y como vosotros: el objeto es casarse con Juana Seymour: tambien lo sabeis: el corazon de ese rey verdugo mudará algun dia: los remordimientos desgarrarán su alma y la sombra de Ana Bolena le perseguirá constantemente, y vosotros sereis, cada uno, un espejo viviente de sus crueldades: en vosotros tendrá siervos que mañana lo desembaracen de otra muger que le estorbe como Ana Bolena: Inglaterra tiene muchas mugeres hermosas que vosotros ireis sacrificando, y

ciertamente vuestra posteridad será tan negra como las togas con que os vestis: la historia os hará justicia, porque el mundo no creerá lo que creeis que crea. ¡Oh! no me cambie por vos, y eso que no disto del patíbulo sino un solo paso: Dios ha maldecido á la Inglaterra dándole un mónstruo por rey! Dios mio! Reservadme mi hora de venganza: vea yó alguna vez en el otro mundo la frente de estos jueces para que allí seais la verdadera espada que los hiera: escupa yó en el rostro de ese rey que mancha la corona que lleva, y legadme, Dios mio, la espada del arcángel para precipitarle en el infierno.»

Aquí llegaba el acusado, cuando se abrió la cortina de una de las tribunas y apareció Enrique: «Os he mandado aquí para que escucheis esas injurias? Alejen á ese hombre, ó yo seré el único juez que mande degollar á jueces y acusados.»—Salió en seguida.

Antes de llegar á palacio el rey, Jor-

ge Bolena estaba condenado á la pena de muerte.

Volvamos un momento á la torre y veamos el estado de la reina.

La noche anterior al dia en que se vió el proceso, el teniente encargado de la custodia de la reina, oyendo ruido en su cuarto, levantóse á inspeccionar de donde provenia: Ana se paseaba por la estancia á largos pasos.

—Seré juzgada, y me oirán: el concurrirá á la sesion: oh! yo le hablaré con aquel lenguage que tanto le ha conmovido otras veces: la verdad desnuda brillará en mis lábios... pero si le exaspero!... Oh! entonces mi pobre hija!... Hija de mis entrañas!... Qué será de tí si la cólera de Enrique llega hasta el último periodo? No: seré sumisa aunque no tenga de qué acusarme: debo velar aún en la muerte por la que he llevado en mi seno durante nueve meses!... Pero tambien es hija suya! Hija de ese mónstruo, ingrato, que he tenido la debilidad de amar!... No obstante, ante-

pongámonos á todo, y escribámosle: Dios guiará mi mano.

La reinà con efecto se puso á escribir la siguiente carta:

Señor:

«La ira que V. M. despliega contra mí, y esta dura prision, son para mì tan sorprendentes, que no sé en qué lenguage os escriba. Me ofreceis clemencia si confieso la verdad respondiendo á los cargos que me imputan, y la persona encargada por vos de este mensage és aquella que más me aborrece. La eleccion del mensagero será un presagio de lo que debo esperar de vos y de los jueces? Mas de cualquier suerte, si me imponeis que diga la verdad para salvarme, ella nunca ha faltado ni faltará de mis lábios.»

«No tengo, sin embargo, crímen alguno que poder referir, y no oireis que vuestra muger se haga reo sin serlo.

Ninguna reina fué jamás mas respetuosa ante el derecho de su rey y su marido: yo hubiera sido feliz con este título y sin la dignidad de la corona; pero vos quisísteis otra cosa: el poder y la grandeza traen consigo comunmente la desgracia: el amor me elevó, y un nuevo amor que habeis concebido por otra, me abate hasta la mayor humillacion. Me hicísteis vuestra compañera sin merecerlo: pero yá que lo hicísteis, ya que Inglaterra presenció asombrada lo que no podia creér, no sea el ligero soplo de una mentira, el que desbarate una obra consumada con inmensos sacrificios y escándalos. Mi nombre se mancha, pero se mancha el vuestro tambien y el de la tierna hija que tanto habeis amado.»

«Yo me someto al fallo de un tribunal; pero de un tribunal justo y no comprado por la amenaza ú el oro: no figuren en él los que mal me quieren, y yo venceré, porque la virtud vence siempre. Quedareis tranquilo y yo sa-

tisfecha, aunque deba alejarme de vos para ceder mi puesto á otra más dichosa; pero al partir, parta sin la nota que me infama: parta pura como vos me recibísteis, y como en realidad estoy: si fuere criminal..... haced lo que querais. No ignoro quien me roba vuestro amor, pero la perdono.»

«Si en vez de todo esto, habeis decretado de antemano que Ana Bolena muera para dar una nueva reina á vuestros pueblos, sucumbiré calumniada, y Dios os perdone como yo os perdono, unidos á todos los que os aconsejan y dirigen: solo una persona emplazo ante el tribunal de Dios, en donde no hay más que rectitud y justicia: cuando comparezcais ante él, allí me hallareis para rogar por vos al Señor de los Señores.»

«Sea pues yó la víctima, repito, si esto os place; pero no condeneis á esos desgraciados que han unido tambien en mis acusaciones y que en realidad son inocentes: perdonadlos, porque ellos no

han ultrajado á su Rey, y solo serian nuevos sacrificios, nueva-sangre derramada que contribuiria á haceros odioso al que os mira desde su altura: mi último ruego és para ellos, porque son inocentes: concededme este favor, siquiera en nombre del amor que un dia me profesásteis.»

«Ruego al cielo tan solo y á toda hora, que no os deje de su mano y dirija vuestras acciones en cada dia de los que os resten de vida.»

«Vuestra siempre, siempre, leal esposa.»

Ana Bolena.

«En mi lúgubre encierro de la torre á 16 de Mayo.» (1)

(1) La carta que copiamos anteriormente, és auténtica.

V.

uy pocas mañanas despues, y á la hora en que se disponia el rey para marchar á Westminster, el teniente Kingston entró en su estancia, siendo portador de la carta con que ter-

minamos el capítulo precedente: al verle el rey esclamó en un grito de sorpresa:

—¿Qué traes por aquí, teniente? Por qué has abandonado á la presa?

—Señor, en este momento la reina comparece ante sus jueces y puedo separarme de ella.

—Y bien, qué te se ofrece?

—Traigo esta carta.

—Quién te ha hecho correo?... Por qué has tomado sobre tí una comision que ignorabas si podria desagradarme?

—Ninguna prevencion me habiais hecho para prohibírmelo.

—Bueno, y qué contiene este papel?... Quejas, no es esto? Súplicas que no quiero escuchar.

—O tal vez revelaciones importantes.

—¡Bá! Quitate de aquí y no me robes un tiempo que me hace falta.

El rey arrojó sobre una mesa la carta de la infortunada Ana, sin querer leerla, y salió para dirigirse al tribunal, en el cual hemos dicho tenia una

tribuna secreta. A su llegada, la reina estaba en pié y hablaba con aquella entereza que presta la virtud y una conciencia pura. Sencillamente ataviada con una bata de seda abierta por delante, suelto su hermoso y rizado cabello que caia en lánguidos rizos sobre sus alabastrinas espaldas, en pié delante de aquel tribunal que á otra cualquiera hubiera acobardado, daba á su acento la inflecsion más dulce, pronunciando sus lábios reconvenciones en contra de sus jueces y de su acusacion; pero de tal suerte, que sabia no lastimar aunque lanzára amargas quejas: no habia sido desapercibida la llegada del rey, porque el ruido de una puerta y el sonido de sus botas, habian advertido á los jueces que su dueño los miraba.

Despojada, segun hemos descrito, Ana Bolena, de las alhajas, de los diamantes, de las riquezas, habia desaparecido de sobre su frente la corona; pero en ningun modo la magestad: hermosa como el dia en que Enrique la habia ce-

ñido su corona, altiva como cuando el monarca doblaba su rodilla ante ella, era aún la muger por quien la Europa entera se habia conmovido, que habia humillado el génio de Wolsey, turbado el reposo del Papa é inquietado á Cárlos V sobre su trono imperial: el corazon del ingrato amante tembló tan fuertemente que fué necesario replegase en su imaginacion todo el recuerdo de Juana Seymour para poder desechar las imágenes que se presentaron bulliciosamente ante sus ojos.... Una voz secreta le gritaba y le reconvenia: era el remordimiento. El lenguage con que la reina formulaba su defensa, era sencicillo y conciso, pero tan profundamente verdadero, que los miembros del tribunal, más de una vez bajando la cabeza, cedian á la impetuosidad de una lógica nacida del corazon: tratabase en aquel momento de la acusacion hecha contra el músico Márcos.

=Es cierto, decia Ana, que ese desgraciado se habia enamorado de *mí*, pero

sus lábios ni aun osaron declarármelo hasta que un dia le sorprendí dirigiendo insensatos discursos á un retrato recien concluido por Holbein.

—Y por qué, señora, tuvisteis oculto á vuestro esposo ese accidente y permitisteis al músico permanecer en palacio?

—Por que no queria la muerte de un jóven á quien su locura me inclinaba á perdonar, porque para defenderme contra un rey me habia bastado yó sola, y hubiera sido ridículo buscar apoyo contra un sér tan pequeño y desgraciado; porque en fin, no era una inesperta doncella que teme la seduccion, sino una muger de veinte y nueve años, y los pares de Inglaterra tenian bien guardada la dignidad de la corona con la fuerza moral de su Soberana.

—Pero vuestra cuñada ha sorprendido á vuestro cómplice, prosternado ante vos: besando vuestra mano.

—Se hubiera prosternado pidiendo la

vida y el perdon, se prosternó para darme gracias por ambas mercedes. ¡Oh! de semejante circunstancia no se haria causa en este momento sin el abandono de mi esposo á quien Dios perdone!

—No obstante, vuestro cómplice asegura en el momento de pronunciarse su sentencia, que el acto del adulterio se ha consumado: asi lo confiesa él mismo.

—¡Lo confiesa! Milores, sed francos y no apropiad á las cosas un nombre que no le pertenecen. ¡Lo confiesa! A ese desgraciado se le ha asegurado que mi pérdida era inevitable, y que podia librar su vida deponiendo en contra mia, puesto que nada adelantaria con su abnegacion.... Esto es lo que habrá pasado. estoy segura.

—Señora, tened presente, dijo el duque de Norfolk levantándose, que és el rey el apoyo de la justicia, y que suponiendo semejantes ilegalidades ó infamias, lo haceis cómplice como á los demás.

—No dudo yo de su buena fé: Dios no lo permita: pero le han engañado, que és el mal que siempre rodea á todos los que empuñan un cetro: una mentira de que el rey no ha estado libre, lo ha complicado sin querer en mis desgracias: una mentira hoy quiere acabar con mi vida y con mi reputacion..... Señor.... Señor..... ¡Dios mio! Una calumnia y una mentira de tus súbditos te condujo á morir crucificado en la cumbre del Gólgotha..... Tened piedad de mí, que soy tan desgraciada como veis.

Ana Bolena, al levantar sus hermosos ojos para implorar al Todopoderoso, habia visto al rey: calmóse en el momento, y volviéndose hácia él, continuó todavia:

—Y vos, Enrique... vos que algun dia supisteis acallar las calumnias que una lengua maldiciente ecsalaba contra mí, cómo és que hoy permaneceis mudo é impasible!... Lo comprendo y veo lo que nos separa... entonces me amá-

bais, y hoy me aborreceis... Ah rey,... rey! por qué escuché jamás vuestras protestas de cariño!

Los jueces enmudecieron, sus frentes pálidas como la muerte, brotaban un sudor frio que las inundaba sin cesar: era que la piedad, el remordimiento y el dolor les doblegaba. Enrique rechinaba los dientes desde aquella tribuna.

Uno solo habia permanecido impasible: el viejo Norfolk, á quien la ambicion habia cerrado á la piedad todas las vias de su alma: este puso fin á la situacion y púsose en piè para dar principio á los cargos que se hacian á la reina, respecto de su hermano Jorge.

—Milores; contestó la acusada: no debiera contestaros, porque me rebajo al considerarme digna de reproche tan vergonzoso: ante ciertas palabras, ante ciertas acusaciones, no hay entereza bastante para arrollar á los infamadores: hay golpes ante los cuales no puede lidiarse, si nó inclinar la cabeza y recibir el hachazo: mas haré un esfuerzo

y apelaré á vosotros mismos, jueces de hierro reunidos; no para juzgarme, sino para condenarme: respondedme á vuestra vez, porque hay entre vosotros muchos que sois jóvenes todavia, y teneis hermanas tambien: qué digo entre vosotros!... Más: traed á toda la juventud de Inglaterra, reunidla, yo les preguntaré, y ellos dirán qué clase de sentimiento és ese que se encierra bajo de la palabra de hermano. Yo les preguntaré cómo aman á esas compañeras de nuestra infancia, que han habitado durante nueve meses el mismo seno, que han bebido la misma leche, que se han dormido en el mismo regazo, que han recibido los besos de una misma madre: ellos os dirán lo que és el amor fraternal: yo me someto á su juicio, y si ellos son capaces de condenarme, me daré por feliz en sufrir mi sentencia: yo he amado tambien á mi hermano con delirio, porque era mi hermano, y además bueno, generoso, indulgente, mi segundo padre, de quien siempre he re-

cibido amor y ternura. ¿Es este mi crimen? corresponder á sus desvelos en satisfacer mis deseos, en mitigar mi pesar, en aumentar mi alegria? ¿Qué he hecho yó pues, Dios mio?... Ecsaminad mi juventud... esa página abierta para leèr en ella las inclinaciones de la muger acusada .. ecsaminadla y estoy cierta que avergonzados volvereis los ojos por no atreveros á mirar de frente á la que sin mancilla alguna osais injuriar con el màs asqueroso de los libelos..... Hé aqui los hombres! Vosotros reunidos habeis dado una ley que castigaba con rigor á cualquiera que se atreviera entonces ni en lo sucesivo á dudar del honor de la reina Ana Bolena, asi como á los que se atrevieran á pensar que sus hijos no eran los legitimos herederos del trono! Vosotros, ¿lo recordais? Entonces os arrebatásteis para afirmar..... ahora os arrebatais para dudar!. . Yo he sido fiel esposa, milores, y seré tan fiel, que puesto que mi marido quiere mi muerte, rodará mi ca-

beza salpicando su lecho con mi sangre: pero el que aquí os reune y os mueve á su antojo para desquiciar mi honor, olvida que destroza tambien el de su hija y la mia!... Ah! tardío será el arrepentimiento; pero llegará y será inútil ansiar la reparacion, porque los hombres no podràn hacerla: vuestro porvenir, milores, envuelto tambien en negras nubes, será tan fatal como es el del reciproco que Dios maldice. Voy á concluir y lo haré de este modo: sois los gefes de las primeras familias del reino: teneis hijos de ambos sexos, y á quienes veis crecer desde pequeñitos en esa union sagrada, en ese lazo angélico, en esa cadena fraternal que enlaza al hermano con la hermana..... ¿Qué diriais si alguno se introdugéra en vuestras casas y lanzase en contra de una de esas inocentes parejas que he citado una acusacion semejante á la que se ha entablado contra mi?... ¿Qué diriais si de esas caricias tan tiernas que repite á cada mo-

mento el hermano á la hermana, y la hermana al hermano, se dijese que era una pasion de incesto, un crimen nefando, bajo é indigno de cristianos?... Qué decis, milores? Levántense, pues, los que son padres y me escuchen; yo los abandono mi defensa, porque por mi parte he concluido.

Siguió un momento de silencio: nadie se atrevió á replicar: uno solamente levantóse con resuelto ademan esclamando:

—Si, yo protestaré: milores, habeis condenado ya á cinco desgraciados inocentes, y mi nombre figura en la lista de los jueces: vais á condenar.... si, lo leo en vuestros rostros, á una muger sabia y virtuosa: que su sangre caiga solamente sobre vosotros: yo abandono este lugar, y declaro que no quiero pertenecer á un tribunal, cuyos individuos habrán de cubrirse con una máscara para encubrir la vergüenza: el que piense como yó, aun podrá llamarse caballero; los que nó, serán unos cobardes

despreciables.»— El que hablababa asi era Northumberland: salió de la sala, con efecto, pero nadie le siguió.

Otro incidente se unió al anterior para aumentar la especie de conflicto en que se hallaban los nobles pares: las dos damas de la reina, Madge y Stonnor, enviaron á decir no comparecerian al tribunal, avisando á Cromwel, que si se les obligaba, declararian la falsedad de las palabras dichas en el primer interrogatorio: los testigos por lo tanto quedaron reducidos á lady Rochford.... la infame muger que habia dado principio á aquel espantoso drama terminado al fin con sangre. Norfolk conoció en el ánimo de los jueces no era la ocasion mas oportuna para continuar, y suspendió la sesion por una hora: el rey volvió entonces á su palacio: al llegar encontróse con Brian.

—Amigo mio: aquello se enreda: no he tenido paciencia para aguardar, y ahora no la tengo para estarme aqui quie-

to: sin embargo: prefiero que tú vayas: toma la llave de la tribuna: no estés mas que cinco minutos: vuelve, vuelve y dame noticia por que la impaciencia me consume: la duda me mata.

Salió Brian con efecto, pero aun no habia salido, y ya Enrique lo acusaba de perezoso y tardo en su comision: vió á Wiat y seguidamente mandóle que siguiera al primer mensagero, el que deberia volver al momento que el segundo llegase á Westminster. Tambien Wiat marchó á caballo dando alcance á Brian: á poco volvió éste.

—¿Como vá eso, amigo mio? preguntó el rey.

—Señor, ella continúa hablando con tal gracia y tal magestad, que me han hechizado.

—¡Oh! Con qué continúa hablando? Un infierno me devora! Qué resultará?...

Otro rato más y Wiat llegó tambien: pero Wiat lloraba al entrar en la cámara del rey.

—Ah! señor: la reina no puede ser culpable: perdonadla; és inocente.

—Pero qué dice, qué hace?.. Acabaremos de una vez?

—Señor, dice que la última palabra que pronunciará al morir, será asegurar su inocencia como la asegura ahora.

—Pero ese tribunal estúpido, presta oido á palabras que nada pueden significar?

—El tribunal va á deliberar muy en breve: dentro de poco habrá pronunciado su sentencia.

—Oh! no me atrevo á ir en persona: vuelve otra vez, Brian: vuelve y no tardes: te espero, te espero asomado á esta ventana, espio tu vuelta y pienso que si me traes una sentencia en razon....

—Ay ojalá, Señor! Pero como yó deseo.

—Qué quieres decir?

—Que si no matais á la reina y la repudiais, pienso casarme con ella: regalad cuanto querais, pero no creo que...

—Cálla miserable, y corre en busca

de una noticia favorable.

—Favorable á la reina, señor?...

—No, estúpido: favorable para mí!

—Y como quereis que anuncie desde léjos semejante nueva?

—Harás una señal con tu pañuelo si la condenan.

—Si la condenan á espatriarse, á huir de vos....

—Miserable! si la condenan á muerte.

Partió con efecto aquel hombre, aunque haciéndole justicia, debemos confesar, lo hizo contra lo que en el fondo de su corazon sentia, por que Brian no queria ser el portador de semejante nueva: mucho tiempo tardó en volver, y Enrique lo aguardó puesto en una ventana cual lo habia ofrecido... pero ¡ay! volvió al fin, y el pañuelo se agitó en el aire: Ana Bolena estaba sentenciada á muerte.

Un profundo letargo con todos los síntomas de la catalepsia habia atacado á la reina, despues de su vuelta á la torre, y tanto llegó á inquietar á su guardador, que hizo venir al doctor pa-

ra informarse de la salud de aquella desventurada: el doctor por su parte ya se disponia á sangrar á la sentenciada, cuando se presentó en el cuarto la antigua señora Eduarda Bolena, que llegó á propósito para evitar á su sobrina nuevos padecimientos, porque se opuso á que se efectuasen los medicamentos del doctor: Ana Bolena con efecto solo estaba embargada ó sobrecojida de aquel primer terror pánico que produce en todas las criaturas, aun en las más fuertes, la noticia de una muerte próxima y violenta: la buena señora recienllegada, despidió al doctor y Kingston, y sola con su sobrina, tomóla las manos, apoyó sobre su pecho aquella hermosa cabeza, y despues de dirigirle algunas palabras de consuelo y esperanza, logró proporcionar á la paciente algunos momentos de profundo sueño: era que la crisis habia pasado y que aquel varonil corazon habia vuelto á su habitual energía. . . . .

. . . . . .

—James Carel—Gritaba Enrique al des-

pertar en la siguiente mañana.—Que preparen mis caballos para marchar á Richmond, y una hacanea para lady Juana de Seymour que debe acompañarme.

Salió el escudero, y Enrique saltó de la cama y se puso á vestirse solo: en uno de aquellos movimientos de impaciencia, vuelve la vista, y dos gruesos legajos puestos encima de su mesa le llaman la atencion.

El primero de ellos tenia puestos en la cubierta los nombres de los cinco supuestos cómplices de la reina: el segundo de ellos el nombre de «*Ana Bolena.*»

—Ah! soberbio hallazgo: no recordaba que hoy debia quedar esto terminado: pero quedará. ¡Oh Norris! tu te obstinas en morir, y lo siento: quisiera perdonarte, aunque si bien lo considero, tendria siempre ante mi un acusador que tal vez me dirigiera cargos... y haria el desdeñoso.... no: él ha escojido su suerte; que muera.—Weston, es

un fátuo é iria contando que le habia tenido miedo.... no hablemos de èl: en cuanto á Brereton, no me atormenta ningun temor, y sin escrúpulo.... Rochford!.. oh! este és un Bolena y me ha insultado atrozmente: todos merecen la muerte y la sufrirán. Queda Márcos, el musiquillo, á favor de cuyas declaraciones ha podido Cromwell formular el proceso: he prometido la vida de éste: he dado mi palabra, pero.... si vive partirá á otro pais; y allí relatará la verdad de lo que ha pasado... precisamente ese hombre és el que mas puede perjudicarme. He dado á Holbein la promesa... si, pero le he dicho, Holbein, quiero contentarte. ¡oh! bajo estas palabras pueden encerrarse tantas cosas!.. Yo contentaré á Holbein con otra cosa: estoy decidido.

En seguida Enrique toma la pluma, y al márgen de la primera hoja del proceso de los cinco cómplices, escribe.—«Los cinco sentenciados moriràn mañana.»—Despues continuó.

—Y de esta, qué haremos?.. Bah! hoy

lo pensaré: sobra con un dia.

El escudero volvió á avisar que los caballos estaban prontos.

—Ahora bien, James Caré: estos papeles á casa de Cromwell: esta bolsa á Holbein y le dirás además, que desde hoy cuente con una renta de diez libras mensuales.

Toma Enrique el proceso concerniente á la reina, y marcha en seguida á Richmond: no bien habia llegado, cuando se le presenta un correo de su ministro portador de la siguiente carta.

«Señor: he recibido vuestro encargo «y me ha espantado ver que condenais «á muerte al pobre Márcos, despues de «haberme dado á mi vuestra palabra real, «que yo trasmiti al desdichado, corro- «borada tambien con la mia. Esto no puede «suceder asi, señor, porque ¿qué responderé yo á ese hombre, cuando vea que *le hemos* «engañado tan villanamente como si no fué- «ramos vos el rey y yo el ministro? Conce- «dedme la vida de Márcos.,. os la pide de rodillas. «*Cromwell.*»

Hè aqui la contestacion:

«No te asustes: los muertos son los »que mejor callan el secreto que debe »desaparecer: ellos no vuelven para echar»nos en cara el mal que le hayamos »hecho: hágase todo como és mi su»prema voluntad.»

Enrique.»

Holbein por su parte habia recibido el presente del rey de manos de James Care, y esclamado en bendiciones al monarca, porque ignoraba que aquel era para recompensar la vida de su amigo: bien pronto la certidumbre mas amarga vino á desengañarle.

Amaneció el siguiente dia... brilló el nuevo sol, y la torre de Lóndres fué testigo de un nuevo suceso horroroso que aumentó el número de los habidos ya anteriormente en su recinto: una multitud de curiosos rodeaban aquel sitio desde muy temprano, pero de cuando

en cuando algunos soldados á caballo, caian sobre la muchedumbre, y á pocos momentos quedaba separada y disuelta: este estado de ansiedad duró poco: las puertas se abrieron, y el lord gran canciller se presentó seguido de otros altos señores

Acercóse Holbein al magistrado y le preguntó.

—Milord, qué ha sucedido?

—Se ha terminado á gusto del rey: los reos no ecsisten yá.

—Pero y Márcos?

—Tambien ha sido ahorcado.

Holbein, corrió desaforadamente jurando y maldiciendo y haciendo mil locuras..... pero Holbein tenia muchos acreedores, y la noticia de que habia recibido el dia anterior ciento cincuenta libras, se habia estendido entre ellos, por lo que por todas partes lo rodeaban, y no pudo efectuar su proyecto: habia pensado devolver al rey su regalo, y partir para Francia aunque fuese mendigando: yá hemos dicho que esto no

sucedió: Holbein impuso silencio á algunos de sus acreedores, y los restos de su fortuna fueron á disiparse entre el juego y el vino: su corazon se embotó, y la memoria de su amigo se fué borrando de su imaginacion: ¡miserable condicion humana!... . . . . .

. . . . . .

Vamos á concluir muy en breve esta narracion, y confesamos por nuestra parte demasiada debilidad para poder contar los últimos instantes de la vida de la virtuosa muger, cuyos varios accidentes nos propusimos narrar al comenzar esta obra: nuestro deber, sin embargo nos hace, aunque con lágrimas en los ojos y duelo en el corazon, arrostrar por todo, para cerrar este libro que contiene la descripcion de una muerte tan celebrada por un hombre sin corazon, tan sentida por otros y juzgada hoy por la posteridad como una de las mayores crueldades.

Es de noche, y el teniente Kinsgton, acaba de entrar en la habitacion de la

Reina.

—Señora, dice, me habeis mandado deciros toda la verdad.

—¡Mi hermano ha muerto!

El teniente inclinó la cabeza.

—Dios de misericordia! Mi hermano está en vuestra presencia..... acogedlo como una víctima santa, y no olvideis á la que en breve volará tambien hacia vos.

—Señora, aun puede el rey usar de clemencia.

—¡Oh! no, no quiero tampoco la vida: y ha muerto con valor!

—Con el valor de un héroe: con la resignacion de un santo.

—Todo acabó de un golpe! Triste destino ha cabido á su juventud y su nobleza! Oh! Los hombres son ciegos y labran por sí mismos la condenacion de su alma: esto ha de sucederte, Enrique.

—Ha padecido mucho?

—Nada, señora.

—El me verá desde el cielo: yo le seguiré tambien digna de mi y de mi

inocencia: ¿cuándo creeis que llegue mi hora? .. mañana?... Envidme al sacerdote.

Hé aquí lo que pasaba entretanto, que la muger sin mancha se disponia para pasar á mejor vida.

Un correo estraordinario de Enrique entregó un pliego cerrado al ministro Cromwel: éste lo lée y ecsala un profundo grito.

—¡Oh! esto es infame! infame! Querer dar á su querida una sorpresa de esta clase!... Gozarse en verter la sangre de la muger por quien ha conmovido el mundo! Qué insensibilidad! este hombre tiene corazon de hiena! Cuando la pasion ha llegado á apoderarse de ese corazon vacío y sin sentimientos, se desborda como el torrente, y todo lo atropella y lo destruye por alcanzar sus impúdicos deseos! Qué dureza de alma! La historia de Enrique orlará de luto las páginas que hablen de tu nombre, maldecito yá por tantos desgraciados!

—Milord, ved que necesito una respuesta.

—Pues bien, decid al rey y á Juana Seymour... que quedarán satisfechos.

El correo volvió á Richmond, mientras Cromwel murmuraba, ecsalando agudos suspiros.

—¡Qué dia el de mañana! Cuántas desgracias! ¿Me llegará mi vez de sucumbir á los caprichos de este mónstruo? —Cromwel preveia su porvenir.

. . . . . .

Era decreto de Dios y debia cumplirse: los resplandores de su trono debian aumentarse con un ángel mas, que lo ensalzára y cantase sus alabanzas: era decreto de Dios que Ana Bolena dejase el mundo de los hombres para ir á habitar el paraiso de los justos, y que fuese purificada por las crueldades de un esposo que no supo apreciar aquel tesoro.

Eran las ocho de la mañana del memorable dia 19 de Mayo de 1536: habia amanecido un sol triste y nebulo-

so, que velado tras largas y espesas nubes, robaba á la ciudad de Lóndres los destellos de sus argentinos rayos. Un fuerte viento de Sudoeste silvaba rebramando sobre la corte de Inglaterra y el horizonte recargado de tintas rojas y amarillentas, vestia el purpúreo color, señal de desgracias y de sangre: el lord gran canciller del reino se habia instalado desde la hora que hemos citado en el encierro de la desgraciada reina: largo rato hacia que ésta estaba levantada: habia abierto las ventanas de su habitacion, y desde allí contemplaba la lobreguéz de un dia que era para ella el último de su vida: buscaba la vida en cuanto podian dominar sus ardientes ojos: pero todo estaba mústio y abatido: parecia que el cielo, irritado contra la injusticia de un rey tirano, habia apartado por solo algunas horas las galas de la primavera, escasas siempre en aquel frio y nebuloso clima.

Notificóse á la reina su sentencia,

que oyó con la mayor calma y serenidad, mandándosele que se dispusiese para morir.

—Estoy pronta, señor; contestó Ana.

—Os restan aun cuatro horas.

—La egecucion es à las doce?...

—Infaliblemente.

—Hágase tu voluntad, Dios mio!

Salió el canciller, y la reina llamó á su alcoba á las mugeres que la servian y à los empleados de la torre, con los cuales, despues de repartirle sus alhajas, hasta el último de sus diamantes, entabló una alegre conversacion, mezclando en ella aquel tono jovial de otros tiempos, aquella gracia seductora que otros dias habia formado sus primeros atractivos: recitó trozos de poesía análogos á su situacion, buscando egemplos en la historia de los pasados tiempos, con qué comparar su suerte de presente: pero esto duró muy poco: desprendió su imaginacion de todo pensamiento terreno, y elevó su alma á la divinidad, brillando en sus ojos la fé

en su Dios y la esperanza en su misericordia: una idea no más la martirizaba: su hija.

—¿Qué será de ella? decia el sacerdote que la acompañaba.

—Señora, creed que Dios no la desamparará.

—Dios mio! que recobre el amor de su padre.

—El Señor lo ordenará asi, hija mia.

—Y decidme, teniente Kingston, creeis que se me permitirá hablar en el último momento?

—Señora, por qué os lo han de negar!

—Deseo dar la última prueba de sumision al esposo que me condena: deseo tambien hacer ver que la muerte no me espanta porque voy á recibirla sin delito.—A vos, milady, (continuó dirigiéndose á la muger del teniente), tambien tengo que pediros un favor.

—Señora, sea cual sea, creed que será religiosamente cumplido si está en

mi mano.

—Ahora no; cuando yo haya muerto: ireis á ver á la princesa María; á la hija de la desventurada Catalina de Aragon, y la direis que uno de mis tormentos en estos supremos instantes és no poderla pedir perdon humildemente por las penas y desconsuelos que pude causar á su virtuosa madre: que no me guarde rencor, que olvide mis agravios y tienda una mano de amistad, á la que como ella, yá no tendrá tampoco madre: que la ame como una hermana: que mi Isabel no se vea abandonada si acaso el corazon de su padre se hubiese cerrado para ella al mismo tiempo que para mí. He concluido: venga, pues, la muerte, porque ya todo está acabado. Creeis, milord teniente, que el egecutor hará penar demasiado á esta pobre víctima?.. ¡Oh! poco debe costarle separar de mis hombros este debil hilo que se llama vida.

Las doce están ya prócsimas á sonar. El canciller vuelve á presentarse

de nuevo, y despues de saludar con respeto, presenta la mano á la sentenciada para conducirla al cadalso: la reina no la admite.

—Gracias, milord: no he menester de apoyo para marchar serena por el camino del cielo: un poder de más fuerza, un poder oculto me sostiene, y ese poder es más que suficiente para mi.— La reina cruzó sus brazos y salió de la habitacion para no volver á entrar más en ella.

Pobre era en verdad el séquito que la precedia, y pobre tambien el número de testigos que rodeaban el cadalso. Los duques de Suffolk y de Richmond, Cromwel, Brian y Wiat, el lord corregidor, los Shérifs y una docena de damas sobre más ó menos. El dolor se retrataba en todos los semblantes. Atravesó la víctima el patio con planta segura y volviendo su hermosa cabeza á uno y otro lado, como buscando un objeto: no estaba léjos por cierto, porque á pocos pasos ya del fatal ta-

blado, una muger se arrojó llorando á los piés de la que tantas veces habia besado en sus transportes de amistad: esta muger era mis Savage.

—Calma tu dolor, Ana mia, y no llores: no llores por mí, porque otros merecen mas lástima que yó: mi alma ya no está aquí, está allá arriba, delante del Eterno que la acoje con paternal sonrisa.—Toma, hé aquí mi último regalo: consérvalo: en ese libro de oraciones, están trazados por la mano de tu amiga los pensamientos de mi última noche.—Adios, Ana: aléjate, porque me quitas el valor que me es tan necesario.

Aquella muger cayó desmayada: recogiéronla y llevárona, mientras que la reina subia con ligereza las gradas del palco mortuorio.

Brian murmuraba por lo bajo:

—El cielo es cobarde é indiferente, cuando deja morir así su obra privilegiada.

Los movimientos de aquella pobre muger indican que vá á hablar, y el

mas glacial silencio se sucede á los bajos murmullos que habia escitado la escena de las dos amigas.

—«Amigos mios, dice, vais á verme morir como mártir cristiana. En este momento en que no puede salir de mi boca sino la verdad, la pura verdad, protesto contra la sentencia que un tribunal ha pronunciado contra mí, porque soy inocente: á nadie guardo rencor, y á todos perdono: pido á Dios que conserve entre vosotros largos dias al monarca que os gobierna y que tantos beneficios ha hecho á esta miserable muger: su bondad ha sido infinita para conmigo. Si de entre vosotros alguno quisiese apurar la verdad de los hechos, ruégole que indague mis acciones, y las pese en su corazon, no pronunciando el fallo de su conciencia, sino sobre su conciencia misma. Doy mi postrer adios al mundo, y os suplico me encomendeis al padre de misericordia, que no dudo me acojerá, para que vuestra reina os deba por despedida un

recuerdo de piedad y caridad evangélica.»

En seguida apartó con ambas manos del rededor de su cuello los encages de su vestido, y esclamó con acento sublime, cual si mirase á Dios á quien invocaba.....

—¡Oh! Jesus! Jesus! los hombres os han muerto tambien!... apiadaos de la infeliz, y acoged su alma.

El lord canciller acercóse para vendarla los ojos: la reina lo rechazó.

—No, no, dijo: quiero mirar á la muerte frente á frente.

Marchó hacia el tajo, se arrodilló y puso su cabeza sobre la mesilla enlutada: levantó sus ojos y los clavó en el verdugo..... pero aquel hombre, llegando hasta su víctima, retrocedió espantado, mudándose el color cetrino de su semblante: dos veces quiso rehacerse de su asombro, y otras tantas dejó caer su hacha levantada. Vuélvese al canciller, cubierto de frio sudor, y dice:

—Milord: no podré egecutar á la reina si continúa mirándome de ese modo: ò poneis el pañuelo á esa señora, ó vuelve la cabeza hácia el otro lado: no és inesperiencia en el oficio... pero sus ojos me intimidan; parece que me dicen... «Descarga, verdugo, no te tengo miedo.»

—Tocaron las doce, y la reina vivia: Cromwel subió al cadalso.

—Vamos, dijo al canciller, el rey aguarda y nos comprometemos si tarda esto un minuto más.

—No sé que haga: el verdugo tiene miedo, y yo no he de matarla por mi mano.

Cromwel imaginó un medio: hizo señas al verdugo, el que se quitó los zapatos y pasò á la espalda de la desventurada Ana.

—Volved á colocaros, señora, dijo á la reina con conmovida voz, que no definiremos nosotros sí era hija del dolor ó del miedo por retardarse los preceptos de Enrique.

La reina obedeció, apoyó nuevamente la cabeza en el madero, y el verdugo instantáneamente descargó el golpe con tal fuerza, que el hacha se enclavó en el leño despues de segar la cabeza de la reina de Inglaterra. Un grito débil salió de los lábios de la víctima, y sus ojos alzándose hácia el cielo, se cerraron para siempre.

Los circunstantes creyeron ver una luz resplandeciente que brilló por un instante divagando en el espacio: era el alma de Ana Bolena que subia á la mansion de los querubes, para juzgar con justicia, despues de haber sido juzgada injustamente.

. . . . . .

. . . . . .

En una de las torres del palacio que habitaba Enrique en Richmond, representábase la escena que sigue:

El rey postrado á los piés de Juana Seymour, pediale con humildad un beso.

—¡Oh! nunca tendrás piedad de mí,

Juana? No te mueve á compasion ser tú la causa de mi desgracia? Oh! todos, hasta el mas miserable de mis súbditos son mas dichosos que su rey! No responderás á mi afan, con el mas leve favor?

—Hartos os he concedido; yo os amo, pero jamás seré vuestra, porque hay un abismo que nos separa.

—Oh! yo lo salvaré cualquiera que sea: habla.

—Dadme una prueba de ese amor que pondérais.

—Mañana serás mi esposa.

—¿Mañana?...

—Si, mañana: no oyes dar las doce?... pues bien, mira hácia allí... no distingues sobre el mas alto torreon de la torre de Lóndres un estandarte negro?

—Nada veo, señor!

—¡Cómo! Todavia no?... Habrá sido capaz Cromwel de desobedecer mis mandatos?... No suenan aun los cañonazos

de la torre!... Acaso el viento del Sudoeste se habrá llevado el estampido!... Qué és esto?.... qué és esto?.... Oh! maldicion sobre mí, y què desgraciado soy!

Una esplosion de la artilleria de la torre, llegó en este momento á los oidos de Enrique y de su amada, y en el mismo momento se enarboló el estandarte negro de que habia hablado el rey..... en sus transpertes de alegria, saltaba como un niño, y abrazando á Juana Seymour, esclamó:

—Ella ya no ecsiste: mañana me pertenecerás.

Con efecto, al siguiente dia, Juana Seymour fué la esposa de Enrique VIII de Inglaterra: era el 20 de Mayo de 1536.

. . . . . .

. . . . . .

Hablaremos brevemente, porque creemos no desagradará al lector, del fin que tuvieron los personages que figuran en segunda fila en la historia pre-

cedente: al año de patrimonio dió á luz un niño Juana Seymour, que reinó despues bajo el nombre de Eduardo VI; y en la precipitacion del matrimonio del rey, el público encontró la prueba de la inocencia de la reina Ana: Cromwel perdió el afecto de su amo, y murió en el cadalso, por no haberlo contentado en su cuarto matrimonio con Ana de Cleves, quien le pareció fea y desagradable: lady Rochford, no habiendo conseguido hacerse la interesante del rey, se redujo al miserable papel de espectadora y criada de las nuevas reinas, hasta Catalina Howard, y murió, junta con esta muger por manos del verdugo, y á los filos de su hacha: Los padres de Ana Bolena, murieron de pesar, y á causa de sus años y sus achaques, á poco tiempo de la catástrofe de su hija, el duque de Norfoik, vivió largos años, consiguiendo, por varios medios, conservarse hasta su última hora el aprecio del monarca: el duque de Northumberland, vivió feliz aun mucho

tiempo, en buenas relaciones con el rey, quien jamás lo inquietó por aquel fuego con que se espiicó en el tribunal en favor de la sentenciada: la hija de Ana Bolena, la princesa Isabel, fué siempre objeto de las mayores atenciones por parte de Enrique, que parecia como querer pagar á la hija, los agravios hechos á la madre: mis Savage casó con un gran señor, y conservó toda su vida el libro de oraciones de su amiga. Holbein no mudó de vida, y el vicio y el desórden, así como su habilidad, le acompañaron siempre: y por último, Enrique VIII, despues de haber cometido tantas y tantas atrocidades, borró con un cuarto de hora de buen arrepentimiento, en la hora de su muerte, la huella que le marcaba el camino de su condenacion: lloró sus culpas con un sacerdote, y ganó el reino del cielo, despues de haber inundado más de una vez, de sangre ilustre, los patios de Tower-Hill.

Aquí concluye nuestra abigarrada co-

mo simples narradores de la vida de Ana Bolena, y como ecos de lo que en francés escribió Mr. Pablo Musset: pero juzgando nosotros, que no sentirán nuestros lectores, tener algun más pormenor acerca de la vida de Enrique VIII, de ese hombre gigante de su siglo, hemos decidido añadir á este libro, y de nuestra propia cosecha, un capítulo adicional, que contenga en resúmen su historia, y que aunque independiente de la obra, guarda con ella una tan marcada analogía.

ADICION A LA NOVELA.

Si la estrechez de las páginas que podemos dedicar al presente resúmen del reinado de Enrique 8.° nos lo permitiera, con gusto desmembraríamos este pedazo de la historia de Inglaterra, para detallar los grandes sucesos que hubieron lugar en la época en que la planta de Enrique Tudor oprimió á los hijos de Albion: mas puesto que no puede ser así, limitaremonos á dar parte á nuestros lectores de los accidentes ocurridos con tendencia á sus pasiones brutales é impúdicos placeres.

Enrique de Lancáster, que fué el 8.° de este título sobre el trono de sus mayores, nació en el año de 1490, y entró á gobernar el Estado en 1509, es

decir á los diez y nueve años de su edad, por muerte de su hermano mayor nacido en 20 de setiembre de 1486: terribles recuerdos habia dejado el reinado de su padre, monarca viejo, avaro y suspicaz; así que, al proclamar á Enrique los ingleses, hicieronlo con el entusiasmo que siempre inspira un rey jóven, de imaginacion ardiente y de bella y varonil presencia: pero bajo de este deslumbrante esterior abrigabanse muchos defectos, que más tarde causaron infinitos males y que eclipsaron sus buenas cualidades.

Comenzó á reinar, procurando reparar los males anteriores, y su pueblo creyó haber hallado el ángel salvador que el cielo mandaba para su consuelo. Ansioso de conquistar gloria, lanzóse á la pelea, é invadió la Francia, derrotando á toda la infantería de aquella potencia y haciendo prisioneros á los mas notables generales de aquella época: otro triunfo tambien alcanzado por el Leopardo inglés, aumentó la popularidad de Enrique: este fué la memorable batalla de Flodden, en que murió sobre el campo, dicen algunos, que asesinado, el rey de Escocia, un arzobispo, cuatro prelados, doce condes y treinta barones, con muchos caballeros y hombres de armas: tambien fueron presa de los vencedores seis mil caballos y setenta piezas de artillería.

Asegurado en su poder y ya querido en general de sus vasallos, volvió á su corte, desde la cual ya procurando captarse la amistad de algunos soberanos ya buscando reencillas con otros, y nunca bien con ninguno, comenzó á demostrar aquella volubilidad é inconstancia, que le acompañaron hasta la muerte: habia casado en primeras nupcias con la princesa Catalina de Aragon, tia del Emperador Carlos

5.° entonces reinante en España y habia debido al cielo una hija llamada María que mas adelante fué reina de Inglaterra. Empobrecido el Erario por la avaricia de Enrique 7.° y más empobrecido todavia por los recursos votados por el parlamento en 1515 para la espedicion contra Francia, aun cuando el monarca hubiera roto más de una vez contra España, (por no haber querido prestarse Cárlos 5.° á ayudar á la Inglaterra para apoderarse del trono francés, huerfano de su rey, vencido y prisionero en Pavia,) no se determinó aquella empresa y Enrique aguardó una ocasion para herir en algun modo el amor propio del Emperador: bien pronto se le presentó, en el viviente amor que empezó á esperimentar por Ana Bolena: decidido á darla su mano y elevarla al trono, apeló á todos los recursos imaginables y de que al pormenor enteramos á nuestros lectores en la obra precedente, llevando su locura hasta trastornar la religion é introducir un cisma, que habia de ser causa para derramar tanta sangre en lo sucesivo.—No concuerdan los historiadores en el juicio pronunciado sobre esta célebre muger; los mas la hacen aparecer como un baluarte de virtud antes y despues de su casamiento con Enrique, acaecido en 1533: hay tambien quien asegura que el motivo principal que tuvo el rey para apresurar el enlace con su amada, era el hallarse en cinta y en meses mayores. Enrique queria que fuese legitimado el fruto de aquel amor, que lo era la princesa Isabel: sobre este punto diremos que nosotros nos atenemos á los que la calculan doncella sin mancha hasta su elevacion al trono.

Mil confiscaciones de bienes y otros tantos cadalsos levantados acompañaron el suceso escandaloso del entronizamiento del protestantismo: declarado Enrique gefe supremo de la iglesia, y ayudado del terrible tribunal nominado la cámara estrellada, todo obedeció ante su capricho, y (dice un autor moderno) «los medios que adoptó para imponer su voluntad, formarian un código completo de barbarie y tiranía, escrito en caractéres de sangre.» Tomas Moro, Fischer y otras muchas víctimas, fueron inmoladas á la persecucion de Enrique: el papa entretanto, que á la sazon lo era, como sucesor de Clemente 7.° Paulo 3.° lanzaba escomuniones y anatemas, tanto más cuanto llegó á su noticia que el rey de Inglaterra, movido de su vergonzosa sed de oro, habia suprimido 400 conventos de frailes y de monjas cuyos bienes habia agregado á la corona.

Cuatro años no más vivió en paz Ana Bolena, y ya hemos visto como fué llevada desde el lecho real, al cadalso, reemplazándola en el primero Juana Seymour: al dia siguiente de la muerte de su predecesora.

Al subir Ana Bolena al trono, el parlamento, humilde á los preceptos del monarca, habia declarado inhábil para la sucesion á la princesa María, hija de Catalina de Aragon y con derecho á ella, los hijos por haber de la nueva reina. A la muerte de esta el parlamento declaró inhábil para la sucesion, á la princesa Isabel hija de Ana Bolena, y con derecho á ella á los hijos de Juana Seymour.

No tan fácilmente se plegaban al gusto de Enrique todos sus vasallos: los condados del norte, alzaron un egército de más de treinta mil hombres, lle-

rando por emblema en la empresa que intentaban acometer, la conservacion de su religion antigua: la destruccion de los protestantes: algunos recursos de astucia se emplearon, y visto eran ineficaces, Enrique apeló á la fuerza, y el verdugo terminó la obra que comenzaron sus soldados: en un solo dia del año 1557, perecieron setenta desgraciados.

Por esta misma fecha dió á luz la nueva reina, Juana Seymour, un niño, que llevó el título de príncipe de Gales, y despues el de Eduardo 6.º: su madre murió de sobre-parto, dos dias despues. Respecto de esta tercera muger de Enrique y de su fin no dice más la historia: pero algunas notas particulares de aquella fecha y algenas leyendas autorizadas, cuentan que hallándose la reina muy próxima á la muerte, antes de dar á luz á su hijo, y queriendo Enrique conservar á la corona un sucesor que tal vez fuese varon, la hizo abrir el vientre para estraer á la criatura, lo cual equivale á un asesinato: de este hecho no respondemos: no obstante, repetimos que lo hemos visto consignado en más de un documento.

La profanacion continuaba: las imágenes fueron destruidas por conceptuarse como ídolos, y las fiestas fueron suprimidas bajo el pretesto de ser perjudiciales para las artes y la industria: los crucifijos rodaban por las calles y las mas sagradas reliquias fueron arrojadas al viento. «Los errores de aquella época de sangre y esterminio, (dice el mismo autor «que antes citamos) solo pueden compararse al egem«plo repugnante que ha dado la inquisicion.

Natural era que el rey quisiese casarse de nue-

vo, y su ministro Cromwell entendió en este negocio, haciéndolo contraer enlace con Ana, hermana del duque de Cleves, só pretesto de conveniencia, por no reconocer este último, así mismo que Enrique, el poder ó supremacía del Papa: el pensamiento era bueno, pero Tudor no había cedido jamás á conveniencias políticas, y dió muy mal resultado aquel consorcio negociado por medio de un retrato. Ana de Cleves ni era hermosa, ni poseía esá multitud de encantos que poseen personas nacidas en la primera clase: educada en un palacio, muy parecido á un convento, modesta, recojida y austera, no era la compañera que podia alhagar las esfervescentes pasiones del monarca inglés. Bajo pretestos ridículos fueron acusados así la reina como Cromwell, y sentenciados, la primera por no agradar á Enrique, á ver anulado su matrimonio, (como se efectuó,) y el segundo por haberlo negociado, á sufrir la última pena: la sangre de aquel ministro manchó tambien el cadalso. este fué el premio del hombre de quien había sido tan ciego instrumento y tan eficaz servidor: de los que han escrito sobre este hecho dicen unos que el rey anuló el matrimonio el mismo dia del arribo de la reina á Lóndres, sin haber *consumado el casamiento*: otros dicen que esto ocurrió despues de gozar sus caricias, pero á los muy pocos dias: esto acontecio en 1540.

La quinta esposa de este impúdico rey, fué Catalina Howar, jóven inglesa de estraordinaria hermosura y que reinó un año, muriendo al filo del hacha del egecutor en 1542, acusada de haber pertenecido á otro antes que al rey, casándose sin con-

fesarlo, sobre lo cual existia una ley privativa promulgada por Enrique.

Aun ocupó el lecho de Lancáster otra sexta muger, que lo fué Catalina Parr, la cual escapó de la suerte de las anteriores por haber la muerte detenido en su marcha al impetuoso rey: esto sin duda evitó un asesinato próximo, porque ya estaba dada la órden para prender á la reina y conducirla á la torre, de donde seguramente no volvian á salirse, sino para la eternidad, los una vez entrados: la causa de este mandato de prision fué una disputa teológica sostenida entre el rey y su esposa.

Otras muchas queridas tuvo este monarca que no és facil enumerar, y que como indignas de figurar en la historia, la historia olvida sus nombres.

Enrique 8.° que habia publicado un libro contra Lutero en 1527, publicó despues en 1544, ayudado de Cranmer, otro libro nominado «*Doctrina necesaria y ciencia del verdadero cristiano*» que sirvió como símbolo del dogma inglés hasta el fin de su reinado, y que el pueblo llamó *el libro del rey*.

En el mismo año 1544, alióse Enrique 8.° con Cárlos quinto, cesigiendo este como garantía, que la hija de Catalina de Aragon, su prima quedase nuevamente habilitada para la sucesion al trono, en caso de fallecimiento del príncipe Eduardo: esto le fué concedido: unido como hemos dicho á Cárlos 5.° declaróse guerra contra Francia, empezando á muy poco sin resultados decisivos; más habiendose puesto cerca á Paris, el rey Francisco 1.° entró en negociaciones con el emperador: retirándose este á sus estados de España, mientras que Enrique continuaba la guerra solo, que al cabo terminó por un tra-

tado firmado en 1543.—La causa que tuvo el monarca inglés, fué carecer de recursos, y la imposibilidad de encontrarlos.

«El rey, (dice el autor á que principalmente nos vamos refiriendo) se consolaba de semejantes escaseces, disputando como un teólogo y condenando á muerte como un verdugo.»

En tan bellas ocupaciones llegó su postrimero dia, espirando el el 28 de Enero de 1547 á los cincuenta y siete años de edad y á los 38 de su reinado.

«Así concluyó (dice D. Jacinto de Salas y Quiroga) este reinado de despotismo, durante el cual «quedaron ahogados todos los instintos de libertad «é independencia en la nacion inglesa; reinado de «vileza y servilismo, por parte de los que obedecian, y de crueldad por parte de quien mandaba.

Hemos dado fin á este pequeñísimo resúmen que escribimos con objeto de hacer más interesante nuestra novela: somos en él, sobre todo veraces y francos, circunstancia escasa en la mayor parte de nuestras modernas obras: si la nuestra está demasiado pobre de flores de retórica, si escasea de galas de ingenio, si, en fin, no és una narracion en lenguage sublime é interesante, está á lo menos escrita con sencillez y en términos adaptados para ser comprendida por nuestros conciudadanos, ya pertenezcan á la clase de hombres de saber, yá á la numerosa del pueblo.—*José María de Vivancos.*

FIN DE LA OBRA.

INDICE DEL TOMO CUARTO.

I. 8—II. 44—III. 117—IV. 191—V. 229